

ANTONIO
GÓMEZ RUFO

*La más bella
historia de amor
de Paula Cortázar*

AE
& I


Sinopsis

Una historia de amor que supera cualquier obstáculo.

Daniel, un soldado español, regresa herido de Afganistán. Una bomba le ha dejado desfigurado el rostro, pero la cirugía estética lo convierte en un hombre de una belleza ideal, abriéndole las puertas para vivir una vida distinta. Con lo que él no cuenta, ni tampoco Paula, su novia, es con la sucesión de sorpresas y acontecimientos que una sociedad como la actual es capaz de provocar para satisfacer sus instintos y tratar de olvidar sus necesidades.

Gómez Rufo desenmascara, con un lenguaje depurado hasta los huesos, la gran farsa social, proponiendo un emocionante brindis al amor.

Staff

Escaneo: *Carolina*

Edición: *Fabiola & Dianny*

Diseño: *Taly*

Índice

1 LA HERIDA 3 LA FARSA

1 1

2 2

3 3

4 4

2 EL BUFÓN 5

1 6

2 7

3 4 EL AMOR

4 1

5 2

6 3

7 4

8 5

9 6

7

Sobre el Autor

— ¿Qué quieres de postre?

— Natillas. Quiero natillas.

— Aquí no las hacen, amor mío. ¿No prefieres un helado?

— ¿De chocolate?

— Sí, de chocolate.

— Bueno, sí, un helado de chocolate. Pero grande, ¿eh? Muy grande.

Paula sonrió y volvió la cabeza hacia el camarero. Cuando se acercó, sonriente y servicial, le pidió un helado grande de chocolate para Daniel y alguna pieza de fruta para ella.

— ¿Le apetecen unas *goiabas*, un caqui...? ¿O la señorita prefiere piña? También tenemos pitangas y acerolas...

— Un caqui. Gracias.

El camarero se retiró y Paula volvió a mirar a Daniel. Esbozó una sonrisa tierna. Puso la mano sobre la suya y se la estrechó con suavidad. Sabía que era igual que un niño grande, pero lo había amado antes del terrible suceso, también durante los últimos dos años, a pesar de todo lo ocurrido, y ahora continuaba queriéndolo, quizá incluso más. Y estaba convencida de que él la quería también, aunque no lo supiera expresar o no lograra comprender el significado exacto del concepto de amor. Pero a Daniel no podía exigirle que acertara a dibujarlo fielmente, a expresarlo, a demostrarlo. Hacía tiempo que a Paula le bastaban el puñado de miradas agradecidas que él le regalaba a menudo..., aquellos instantes en los que la observaba arrobado..., incluso sus sórdidas reacciones adolescentes, como cuando le sorprendía masturbándose ingenuamente escondido detrás de la puerta del baño para no ser visto mientras ella se desvestía y se duchaba. Y por grandes que fueran sus limitaciones, y por tenues que fuesen las luces que ensombrecían su entendimiento, se sentía querida por él, y eso le bastaba para seguir amándolo cada vez más.

— ¿Te ha gustado la comida? — le preguntó mientras Daniel saboreaba el helado y se relamía, sin importarle tener los labios y las comisuras tiznados de restos de chocolate.

— Mucho — respondió Daniel con la boca llena y aquella sonrisa tan natural —. Todo me gusta mucho.

— ¿Todo? ¿A qué te refieres? — Paula arrugó las cejas.

— Todo todo, sí. Y lo que más me gusta es que aquí no me conoce nadie — afirmó Daniel tres veces con la cabeza, como si se lo estuviera diciendo a sí mismo —. Sólo tú.

— Claro, cariño. Aquí no nos conoce nadie. Es estupendo, ¿verdad?

Hacía poco más de dos semanas que habían llegado. Durante los primeros días eligieron una casa en la playa que estaba en venta y les bastó verla para decidir que tendría que ser la suya. Ya había acordado el precio con el propietario, le había dado en señal tres mil euros y había empezado a amueblarla mientras el notario fijaba la cita para formalizar la compraventa. Por ahora sólo tenían una gran cama, dos sillones de mimbre que habían colocado en el porche de la casa mirando al mar, casi todos los útiles de cocina y las sábanas, las toallas y diversos productos de aseo. Y varias lámparas de pie y de mesa con pantalla de papel

que aún estaban esparcidas por los suelos de las habitaciones. Pero aquella misma tarde iría a comprar el resto de los muebles que necesitaban, por eso estaban comiendo en un restaurante de la ciudad.

Su casa quedaba cerca, apenas a dos kilómetros de Natal. Paula todavía no había comprado el coche con el que se desplazarían y había alquilado una pequeña furgoneta Volkswagen con un conductor que les serviría también de transportista durante toda la jornada. Al anochecer, tendrían una casa más parecida a un hogar, aunque las dos semanas que llevaban en Brasil les habían bastado para hacer de aquel refugio algo más que una madriguera: era el sueño que habían perseguido ambos durante mucho tiempo.

La elección de irse a vivir a Sudamérica, como destino, fue de ella, y Daniel no se opuso ni expresó ninguna opinión. Él sólo deseaba que lo sacaran de Madrid, sin importarle nada más. Y Paula tampoco sabía con exactitud por qué había elegido la costa brasileña en lugar de cualquier otro país latinoamericano en el que se hablara español, en donde sin duda se manejarían mejor con el idioma que en una pequeña población que hablaba en otra lengua. Pero probablemente la decisión fue tomada por esa idea generalizada entre los europeos de que Brasil es un país en el que el anonimato es seguro y más fácil de conseguir, o al menos así se suponía por tanta noticia de fugados y perseguidos por la justicia refugiados en aquel país. Fuera por eso o por cualquier otra razón, lo cierto era que después de lo que sucedió al final, y por la necesidad de proteger a Daniel de los demás y de sí mismo, Paula corrió a una agencia de viajes, compró dos billetes de primera clase en un vuelo Madrid-Brasilia, llevó a Daniel a su banco para que ordenara que le hicieran la transferencia mensual de su pensión a una sucursal del Deutsche Bank, de Natal, dieron instrucciones para transferir lo antes posible todos los fondos de sus cuentas corrientes a la sucursal del Banco do Brasil, de Natal, y en dos días estaban en la terminal 4 de Barajas haciendo cola para embarcarse hacia una nueva vida. Luego, de Brasilia a Natal hicieron un agitado vuelo interior, pero en cuanto se instalaron en el Hotel Parque da Costeira y salieron por los alrededores de la ciudad para buscar una casa, la visión del sosegado mar y el calor del voluptuoso paisaje les devolvieron la calma que llevaban buscando desde hacía tanto tiempo.

Ahora Paula ya lo tenía todo controlado. El modo de trasladarse de la casa a la ciudad, los restaurantes donde desayunaban, comían y cenaban, el orden de las cosas que tenía que organizar para vivir sin sobresaltos, los médicos y hospitales cercanos por si se precisaban, y hasta el modo de acomodar la casa para que a Daniel no le faltara de nada: todo estaba bajo su control. Con el dinero que había ganado Daniel en el último año y la pensión vitalicia que le correspondía, nunca más tendrían que preocuparse para que no les faltase nada, sobre todo para que no le faltase a él. Y con ello, y el amor que nunca se escatimarían, la vida se presentaba ante ellos, por fin, como una promesa de serenidad.

Porque el último año, aunque Daniel no lo supiera, ni llegara a comprenderlo nunca seguramente, había sido una delirante escalera de caracol hacia la locura. Por eso Paula cerró los ojos, mientras él disfrutaba de su enorme helado de chocolate, y apretó un poco más la mano de Daniel, como si temblara al imaginar que se lo podían volver a arrebatarse. Como empezaron a robárselo aquel 17 de abril de 2011, en la lejana provincia afgana de Badghis.

Y hasta aquel día volaron sus pensamientos.

1

LA HERIDA

A las 08.35 horas de hoy, 17 de abril de 2011, un teniente español ha resultado herido al estallar un artefacto explosivo improvisado (IED) a unos dos kilómetros al suroeste del destacamento avanzado de Ludina, en la provincia de Badghis (Afganistán). El teniente, cuya identidad responde a las iniciales D. P. S. (nacido en Madrid en 1981), fue evacuado de inmediato en helicóptero al hospital de campaña de las fuerzas de la OTAN. El militar español formaba parte de la tripulación de un vehículo Lince, especialmente diseñado para resistir los atentados con minas y que no ha resultado dañado, pero el teniente se encontraba fuera del vehículo en el momento de la explosión. El Ministerio de Defensa ha abierto una investigación para conocer y dar a conocer a la opinión pública el modo en que se han producido los hechos que han desembocado en tan lamentable desenlace.

Con esta nota, leída por los servicios informativos de Radio Nacional de España, se despertó Paula el domingo 17 de abril, ya cerca del mediodía. Y de inmediato supo que se trataba de él, de Daniel Peñalver Soteras. De repente sintió un fuerte mareo, una especie de vértigo que no pudo vencer, y corrió al cuarto de baño, golpeándose con las paredes del pasillo, para meter la cabeza bajo el grifo del agua fría. No alcanzó el lavabo: se desplomó en medio del cuarto de aseo y se golpeó la cara con la taza del váter, añadiendo, a las ganas de vomitar, un intenso dolor en el pómulo derecho. Sus arcadas fueron secas; y el dolor le permitió recuperar la sensación de estabilidad. Entonces se levantó poco a poco, abrió el grifo de la ducha y se empapó la cabeza y la cara. Unos minutos después, mientras se secaba con una toalla, oyó la llamada del móvil.

— ¿Paula?

— Sí, Lola, sí — respondió con la respiración entrecortada —. Acabo de oírlo en la radio.

— Su padre y yo... Bueno, acaban de avisarnos del Cuartel General del Ejército. Vamos ahora mismo para allá. No sé si quieres que pasemos a buscarte y...

— Sí, sí, claro. Me visto y estoy en el portal en cinco minutos.

Los padres de Daniel llegaron a casa de Paula instantes después de que ella saliera a esperarlos. Se subió al asiento posterior del monovolumen BMW y el coche siguió a toda velocidad en dirección a la calle de Prim, por donde les habían informado que tenían que acceder al cuartel general. Dionisio, el padre del chico, no movió un músculo de la cara ni abrió la boca; su madre, Lola, estaba llorando y sólo volvió la cabeza para buscar consuelo en los ojos de Paula, que estaban también inundados de lágrimas. Se tomaron de la mano y gimieron doloridas.

— ¿Qué os han dicho? — balbució Paula.

— No sabemos nada. — Lola volvió a llorar ruidosamente. Después de un rato de intentar contener la

congoja, logró decir : ¡Nos lo han matado, Paula! ¡Nos lo han matado!

— ¡Qué coño! — gritó el padre, sin mirar a su mujer—. ¡No le hagas ni puto caso! Nadie ha hablado de muertos. Sólo nos han dicho que el imbécil de tu novio está herido, nada más.

— ¡No hables así de mi hijo! — se encolerizó Lola—. ¡Mi hijo es un héroe!

— ¡Tu hijo es un gilipollas! — replicó él, más bruscamente aún.

Los tres permanecieron en silencio el resto del trayecto hasta el cuartel militar. Paula no se atrevió a mediar en la discusión de los padres de Daniel y se limitó a llorar en silencio. Sólo se oía la radio, que repitió dos veces la misma información con que se había despertado Paula, y los gemidos del llanto de Lola, cada vez más espaciados.

Era evidente que les estaban esperando en el recinto del cuartel, porque las puertas de hierro estaban abiertas y dos soldados de la guardia les saludaron militarmente al llegar, indicándoles que siguieran al interior del patio ajardinado hasta la tercera puerta del edificio de la derecha. Allí, al pie de los cinco peldaños de la escalera, les recibió otro militar uniformado y un civil.

— Señor Peñalver. — El hombre uniformado se acercó a la ventanilla del conductor—. Soy el coronel Matesanz. Acompañénnos, por favor. Señora... — Se inclinó al estrechar la mano de Lola en su saludo.

— ¿Qué le ha pasado a mi hijo? — se apresuró a preguntar la madre, al borde de la histeria—. ¿Está vivo?

— Tranquila, señora — trató de calmarla el coronel con un estudiado tono de voz pausado—. Ahora les daremos todos los detalles. Y permítanme que les presente al doctor Ceballos, psicólogo. Trabaja para nosotros, para el ejército, y a partir de este momento está a su servicio.

— ¿Un psicólogo? ¿Para qué coño necesita mi mujer un psicólogo? — Dionisio se enfrentó al coronel—. ¿Es que mi hijo está muerto? ¿Es eso lo que nos quiere decir?

— No, no — cabeceó el coronel—. Nuestras informaciones son que sólo se encuentra herido. Pero en estos casos el protocolo del ministerio prescribe que...

— Ven, Paula. — Dionisio se ayudó del brazo de la chica para subir las escaleras y lanzó una mirada fulminante al coronel—. Anda, hija, vamos a entrar porque me estoy empezando a poner nervioso. A ver qué nos dicen ahí dentro.

La sala a la que les invitaron a entrar era muy grande. El suelo de parqué, reluciente, parecía recién barnizado. Las paredes, forradas con listones de madera, daban a la estancia un aire acogedor, más aún por los colores cálidos con que doraba el sol todos los rincones, traspasando los grandes ventanales de visillos descorridos. Un tresillo de cuero negro y otras dos butacas de madera con el sillar y la espaldera tapizados en terciopelo rojo formaban un amplio círculo que rodeaba una mesa baja sobre la que se amontonaban una pila de revistas militares y algunos objetos decorativos. A un lado del salón, dos soldados de uniforme, con guantes blancos, atendían una mesa de comedor sobre la que había una jarra de café, varias botellas con refrescos y algunas bandejas con piezas de bollería y canapés.

— Tomen asiento, por favor. — El coronel les indicó el sofá y los sillones. Esperó a que lo hicieran y después se sentó en una de las butacas, frente a ellos—. ¿Quieren tomar un café?

— No hemos venido a tomar café — respondió Dionisio con brusquedad.

— Por supuesto, por supuesto — afirmó Matesanz—. Pero si en algún momento les apetece algo...

— ¿Tienen una tila? — preguntó Lola—. Porque yo... Ay, Señor... No sé cómo puedo mantenerme en pie.

— Yo sí tomaría un café — añadió Paula, con un tono de disculpa en la voz—. Con las prisas, no me ha dado tiempo a... y estoy en ayunas.

— Por supuesto. — El coronel Matesanz hizo un gesto a los soldados de servicio, que se apresuraron a preparar lo indicado. Luego se recostó en la butaca y respiró profundamente antes de empezar a hablar—. Lo que sabemos, hasta ahora, no es gran cosa. El Ministerio de Defensa, como ya sabrán por las noticias, ha abierto una investigación y los informes que han llegado a Inteligencia Militar dicen que el teniente Peñalver, su hijo, está herido, aunque es preceptivo reservar el pronóstico.

— O sea, que no es grave — Paula no pudo contenerse.

— Bueno, no es exactamente eso lo que les acabo de decir — matizó el coronel—. Por ahora no conocemos la verdadera gravedad de sus heridas, así es que, aunque en el ejército tenemos la obligación de no utilizar nunca el concepto de pronóstico reservado, prefiero expresarme de esta forma para que comprendan que es muy poco lo que sabemos con certeza, por lo que me reservo aventurar otro pronóstico médico. Es, con precisión, lo que les puedo decir. Las heridas se han producido por la explosión de un artefacto de potencia media que ha alcanzado al teniente Peñalver en la cabeza, y de inmediato se le ha practicado una primera valoración de daños producidos antes de decidirse, por los servicios médicos, un traslado inmediato a la península para proceder a las necesarias intervenciones quirúrgicas que, al parecer, son imprescindibles. De hecho, ya ha sido embarcado, en la base de Herat, en un Airbus 310, medicalizado, de las Fuerzas Aéreas Españolas, con apoyo de personal médico de la Unidad Médica de Apoyo a la Aeroevacuación del Ejército del Aire, la UMAER, y en este momento vuela en dirección a Madrid. Su llegada está prevista para esta misma tarde y aterrizará en la base aérea de Torrejón, en donde todo está dispuesto para ser trasladado en una ambulancia al Hospital Central de la Defensa Gómez Ulla. Mis órdenes son, junto con el doctor Ceballos, acompañarles a ustedes todo el tiempo que lo deseen, tanto si prefieren esperar noticias aquí como si deciden que nos traslademos al aeródromo o al hospital, lo que estimen conveniente. En todo caso, mucho es de temer que no tendremos una información más concreta sobre su hijo hasta que sea intervenido, y tampoco sabemos cuánto tiempo puede precisar, debido a la naturaleza de las heridas del teniente. Espero que lo comprendan.

— Comprendido. — El padre de Daniel se levantó y dio unos pasos por la estancia. Metió la mano en el bolsillo, sacó una cajetilla de tabaco y encendió un cigarrillo.

— Lo siento, señor Peñalver — se apresuró a indicar el coronel—. Estamos en un recinto oficial y no está permitido fumar.

— ¡Por los cojones no se va a poder fumar! — replicó Dionisio, desafiante—. Deténgame si quiere. ¡Porque yo pienso fumar hasta que se me quemen los huevos!

El coronel Matesanz cabeceó, lamentando la brusquedad de la respuesta, pero no consideró oportuno iniciar, en aquellas circunstancias, una discusión con un hombre malencarado que no había demostrado buenos modales en ningún momento desde su llegada al cuartel. De todos modos, podía comprender su estado de ánimo y pidió a uno de los soldados que le acercara al señor Peñalver un plato de postre para que lo utilizara de cenicero.

“Fume un cigarrillo si quiere” condescendió. Pero le ruego que luego salgamos usted y yo al patio, cuando necesite fumar otro. No puedo permitirme incumplir la ley, compréndalo.

“Dionisio, por el amor de Dios” intercedió Lola. No puedes poner en un compromiso a este señor.

“Lo comprendo, sí. ¡Yo lo comprendo todo!” se encaró el hombre con su mujer. ¡Hasta que nos estafen diciéndonos que lo de Afganistán es una misión de paz, una misión humanitaria o como coño la llamen, cuando lo cierto es que es una puta guerra en la que han estado a punto de matar a mi hijo! ¿También hay una ley que les obliga a mentir sobre eso, coronel?

“El gobierno y el Parlamento, señor Peñalver... Yo, como comprenderá, sólo cumplo órdenes.

“Ya, ya. ¡Hay que joderse...!”

Lola acabó su tita y Paula el café al tiempo que Dionisio aplastaba la colilla del cigarrillo en el plato que habían dispuesto en la mesa junto a la bandeja de los canapés. Todos guardaron silencio mientras el coronel, desde su teléfono móvil, parecía escribir un mensaje en respuesta a otro que acababa de llegarle. El doctor Ceballos, alejado del grupo, paseaba a un lado y otro de la estancia a la espera de que fueran requeridos sus servicios.

A Paula no le sorprendió el comportamiento del padre de su novio. Desde que lo conocía, siempre se había mostrado de ese modo a la menor contrariedad o cuando no se le daba la razón, y a su mal carácter unía una especie de desprecio absoluto por todos cuantos le rodeaban. Su mujer, Lola, sabía sobradamente de su forma de ser cuando se casó con él, porque se conocían desde la infancia y eran vecinos y parientes lejanos “esto último Paula no terminó nunca de saberlo con exactitud”, y era la única capaz de contradecirle e incluso de alzar más la voz que él cuando discutían por lo que considerara discutible. El hombre no podía vivir sin ella, así que le consentía que se le enfrentase, pero en cambio nunca permitió que su hijo la imitara. De hecho, el ingreso de Daniel en la carrera militar no se debió a ninguna clase de vocación profesional sino al deseo de salir de la casa familiar lo antes posible. Y por eso ingresó en el ejército como voluntario a los diecisiete años, cuando tenía que haber elegido carrera para matricularse en la universidad.

Porque se negó a seguir los pasos de su padre.

Dionisio tenía un negocio que él llamaba, con pompa y énfasis, «el club». En realidad, La Divina Con Medias no era un local de copas para noctámbulos, ni una discoteca ni un *after hours*, sino una barra americana en la que trabajaban unas cuantas prostitutas y él mismo, que se encargaba de la gerencia y muchas veces de la caja registradora. El negocio, situado a las afueras de Madrid, cerca del aeropuerto de Barajas, había sido redecorado muchas veces en sus veinticinco años de existencia, como habían cambiado también muchas veces las putas que trabajaban en él, y tan pronto predominaban las sudamericanas como las africanas o las provenientes de los países del Este. Dionisio añoraba aquellos tiempos en los que inauguró su club, tiempos en los que las mujeres en alquiler eran españolas y tenían novio (aunque también fuera su chulo) y, casi siempre, un hijo; no como ahora, que con quien había que negociar era con unos fulanos con aspecto de mafiosos que ofrecían mujeres como quien oferta saldos y mercancías. Su mujer, durante algunos años, le ayudó en la caja y, si era necesario, a atender la barra, pero en cuanto Daniel fue creciendo Lola se fue quedando en casa cada vez más hasta dejar por completo de asistir al negocio. Lo gestionaba desde entonces Dionisio, con ayuda de una de las prostitutas, la más despabilada, a la que ponía siempre detrás de la barra para servir las copas y engatusar a los clientes para que bebieran más.

Pero el negocio era familiar, insistía Dionisio a voces, incluso dando en alguna ocasión un puñetazo en la mesa, y si Lola replicaba que podía gritar cuanto quisiera pero que a ella no la volvería a ver por allí, miraba a Daniel y le advertía que se fuera preparando, que en cuanto cumpliera los dieciocho años trabajaría con él al menos dos noches semanales, y desde luego todos los fines de semana. Daniel siempre le aseguró que no lo haría, pero después de algunos puñetazos sobre la mesa y de unos cuantos gritos y amenazas decidió no volver a llevarle la contraria. El ejército, por tanto, fue su solución, una manera de alejarse de su padre, de las putas y de La Divina Con Medias.

A su decisión militar se opuso siempre Dionisio, pero no pudo evitarlo. Cada vez que lo veía, le mostraba las cuentas del club para que viera lo que podía ganar con él y a continuación le preguntaba cuánto estaba ganando deslomándose todo el día con la instrucción, las guardias, los desfiles y todas esas zarandajas. Daniel no contestaba, y le contaba a su madre que ya era cabo, y luego que ya le habían ascendido a sargento en Kosovo, en donde se ofreció como voluntario, o que, al volver de Irak, sería ascendido a teniente. Lola lo besaba, de alegría, y le hablaba del miedo que le hacía pasar mientras andaba por esos andurriales de Dios, mientras Dionisio, sin siquiera mirarlo, siempre comentaba lo mismo, por lo bajo:

—Este chico es gilipollas.

Desde que Paula empezó a salir con él, cinco años hacía ya, sabía que terminarían casándose. Pero Daniel fue posponiendo la boda hasta que ganara lo suficiente para mantener una familia, quedarse en la península y trabajar en labores de despacho, sin necesidad de ofrecerse como voluntario a todos los territorios en conflicto en los que tuviera que intervenir España por decisión de la ONU o de la OTAN. De hecho, le había prometido a Paula que al regreso de Afganistán ya no volvería a solicitar ninguna otra misión y que pediría un destino más cómodo. Y que entonces se casarían. Y Paula dijo sí, emocionada, y añadió que ya estaba deseando que el gobierno diera la orden de que las tropas regresaran a casa.

—Han llegado noticias del servicio de inteligencia. —El coronel Matesanz interrumpió los pensamientos de Paula—. No sé si son buenas.

—A ver. ¿Qué pasa ahora? —preguntó el padre, acercándose.

—El teniente Peñalver se encontraba realizando una patrulla al suroeste del campamento y viajaba en su vehículo Lince, el tercero de la formación. La patrulla la componían treinta y siete efectivos, entre oficiales, suboficiales y cuerpo de tropa. Al toparse con un elemento extraño, que el capitán consideró sospechoso, se detuvo la patrulla y mandó llamar a los oficiales. El teniente Peñalver bajó del Lince y se encaminaba a pie hacia la vanguardia de la formación cuando tropezó y cayó al suelo, golpeándose la cabeza contra un artefacto explosivo que estaba enterrado en mitad del camino. Como consecuencia del estallido de la mina, sólo él ha resultado herido. No ha habido más bajas.

—¿Y él? —preguntó angustiada Lola—. ¿Qué le ha pasado a él?

—Bueno —carraspeó el coronel—. Habrá que esperar el diagnóstico, pero la explosión le ha producido importantes heridas en la cara y en la cabeza, aunque el casco ha minimizado el efecto del impacto y por eso podemos dar gracias a Dios: está vivo.

—¡No me lo creo! —gruñó Dionisio—. ¿Le estalla una bomba en la cabeza y me dice que sigue vivo? ¿Qué era? ¿Un petardo de feria?

—No, no. El explosivo, aun siendo de fabricación casera, era de potencia media. Pero la suerte,

llamémoslo así, es que se trataba de un compuesto básico de dinamita.

—¿Suerte? —El padre de Daniel no acababa de comprender.

—Sí, claro. —El coronel intentó aclarar lo dicho—. Si hubiera estado a un metro de la explosión, sin duda lo habría descuartizado. Pero estando justo en el foco de la misma ignición, la dinamita no provoca los mismos daños. La dinamita se comporta con un tipo de expansión flamígera que...

—No se moleste, coronel. Lo único que entiendo es que mi hijo está vivo de milagro, en el caso de que todavía lo esté. —Dionisio encendió otro cigarrillo, sin atender a la recomendación anterior—. Sólo díganos a qué hora llegará a Madrid porque quiero verlo. En cuanto lo vea, le diré si hoy es día de milagros o de cagarme en todo.

—Dionisio, por favor. —Lola se acercó y, llorando, le abrazó.

—Voy a salir a fumar. —El hombre se zafó de ella y abandonó la sala a grandes zancadas. Antes de cerrar la puerta con furia se le oyó decir—: Lo que yo decía: ¡un gilipollas!

A partir de ese momento, las horas se hicieron de plomo e invierno. Eternas. Por expresa petición del padre de Daniel, los tres fueron conducidos en primer lugar al aeródromo, en donde asistieron a la celeridad con que la camilla en que iba su hijo fue trasladada a una UVI móvil, y de ahí volvieron al vehículo oficial para acompañar a la ambulancia hasta el hospital militar, en donde la camilla se perdió, con idéntica urgencia, por un pasillo. Llevados a la cuarta planta, les indicaron que tenían que esperar en una sala que se había preparado con diligencia para que estuvieran solos los tres, visitados a cada rato por el doctor Ceballos o por algunos auxiliares de clínica dispuestos por el gerente del hospital, que les atenderían cualquier solicitud. Lola y Paula permanecieron juntas, sentadas durante muchas horas en silencio o escribiendo lágrimas que nadie quería leer, mientras Dionisio era incapaz de estarse quieto, sentándose y levantándose, saliendo y entrando de la sala y del hospital, para fumar, cruzando a un bar situado justo enfrente a beber un whisky y blasfemando de vez en cuando en voz baja, como si fuera su modo de rezar, o de retar, al diablo y a Dios.

Poco antes de las diez de la noche, el coronel Matesanz entró en la sala para anunciarles que en breves momentos un miembro del equipo médico que atendía al teniente Peñalver acudiría para facilitarles alguna noticia sobre el estado de su hijo. Seguramente les hablaría de los primeros resultados de los tratamientos realizados, para lo cual Dionisio había firmado diversas autorizaciones. Y, en efecto, unos minutos más tarde, con una expresión indescifrable, que lo mismo podía ser de preocupación, de profesionalidad o de pesame, un doctor que no dio su nombre estrechó la mano de los tres, les invitó a sentarse y les dijo, intercalando algunas frases ininteligibles compuestas de términos médicos y tecnicismos quirúrgicos, que el paciente estaba en coma reversible, que había sufrido heridas muy graves en todo el rostro, con lo que su fisonomía se había deteriorado sensiblemente, y que en un primer momento se le había practicado una intervención de cirugía meramente conservadora, sin atender a criterios estéticos, por lo que a las siete de la mañana se procedería a una segunda intervención siempre y cuando su estado general lo permitiese. Mientras tanto, añadió, permanecería en la URPA, la unidad de recuperación. Y que, a pesar de lo anterior, lo más grave para el paciente era que había sufrido un fuerte traumatismo craneoencefálico, el causante de su estado de coma. Que era pronto para adelantar cualquier diagnóstico, pero que en cuanto se supiera el alcance de las lesiones cerebrales lo comunicarían de inmediato a la familia, lo que se empezaría a ver tan pronto como se recobraría del estado de coma. El hecho de no haber sufrido pérdida de masa encefálica, aunque la cabeza se había sometido al impacto brutal del estallido de un artefacto, era positivo, pero su estado actual aconsejaba no adelantar ningún diagnóstico ni pronóstico alguno, al menos hasta no realizar las pruebas necesarias.

—¿Vivirá, doctor?— preguntó Dionisio, a bocajarro.

—¡Mi hijo!, ¡ay mi hijo!— lloriqueó Lola.

—Es pronto, señor Peñalver.— Alzó los hombros el médico—. De verdad, es muy pronto para saberlo. Sé por lo que están pasando, pero les ruego paciencia.

—Muy fácil es decirlo, ¡muy fácil!

— Señor Peñalver... — El coronel Matesanz ya conocía a Dionisio y trató de intervenir para que no se desbordase su ira también contra el médico.

— Cálmate, Dionisio. — Paula le tomó la mano y apretó fuerte—. Ellos son sus médicos; nosotros, su familia...

— Lo sé, señor Peñalver — añadió el doctor —, comprendo su inquietud, pero el interés de todos es que su hijo se restablezca lo antes posible. Es interés nuestro y del Ministerio de Defensa. Para que lo sepan, quiero comunicarles que el director del equipo médico que atiende a su hijo se ha puesto en contacto con cinco de los mejores neurocirujanos de nuestro país y estarán presentes, mañana a primera hora, en la exploración del teniente y en la evaluación de su estado. Uno de ellos vuela ya desde Navarra y otro desde Barcelona. Los demás han aceptado venir a las siete en punto de la mañana.

— Claro, al gobierno no le conviene este muerto, ¿verdad? — El padre de Daniel adoptó un gesto de burla—. Supongo que la prensa estará aquí de un momento a otro.

— Señor Peñalver, ningún fallecimiento le interesa a nadie, ni al gobierno ni a nosotros, los médicos que atendemos a su hijo. Estamos hablando de una vida humana, de una vida irrepetible, única. Y toda muerte, para mí, es un fracaso profesional y personal. Créame.

— Ya. Comprendo. — Dionisio se puso de pie y se dispuso a salir de la sala—. Esperaré el tiempo que haga falta, ¿me oye?, lo que haga falta. Pero no me moveré de aquí, así que díganme lo que sea en el momento que sea, ¿entendido? Me voy a fumar.

Paula salió esta vez con él. Dieron un paseo por los jardines exteriores del edificio, en aquella noche fría de abril, pero no hablaron. De los orificios de la nariz despedían vaho con su respiración, y las farolas salpicadas entre la arboleda, blancas, estaban rodeadas de un halo de humedad como si fabricaran auras para repartir entre los santos a los que rogar un milagro. No hablaban, pero los dos estaban preparándose para recibir en cualquier momento la noticia del fallecimiento de su hijo y novio, respectivamente. Si Daniel permanecía en coma, si estaba con respiración asistida, si tenía el rostro desfigurado, el cerebro dañado y tal vez hubiera perdido tanta sangre que todo él fuera un muñeco de trapo, esperar una resurrección era más una cuestión de fe que una probabilidad científica.

— Los milagros existen — dijo Paula a media voz, como para sí misma.

— No, hija — replicó Dionisio después de pensarlo un poco—. Sólo existe la suerte, y yo he tenido muy mala suerte toda la vida.

Los ojos del hombre se llenaron de lágrimas, y volvió la cara para que Paula no le desenmascarara, para que no le descubriera tan débil y triste, tan humano.

— No digas eso. — Paula le oyó sorber, para contener las lágrimas, y con sus ojos también inundados forzó una sonrisa. Le dio un beso en la mejilla y añadió: — No lo digas. Tú nunca has tenido mala suerte. Y además, yo siempre la he tenido buena. — Rió, componiendo un gesto horrible, mientras se deslizaban las lágrimas por su cara. Y apostilló: — Esta vez te desafié. Ya veremos quién es más fuerte, tú o yo; mi buena suerte o la tuya.

— Ojalá tengas razón.

El resto del paseo fue silencioso otra vez, pero tan estrechados el uno junto al otro que no sintieron el

frío. Paula se aferró al brazo del padre de Daniel y se preguntó por qué había tenido la osadía de decir que siempre había tenido buena suerte en la vida si nunca lo creyó así.

Aunque, pensándolo bien, tal vez fuera verdad.

Desde que se trasladó de Oviedo a Madrid, al ingresar en la universidad para estudiar Ciencias de la Información, se había sentido libre. Antes, durante toda la adolescencia, había presenciado las disputas continuas de sus padres hasta que se separaron cuando ella tenía dieciséis años y él se fue a trabajar a Australia, a la oficina de la multinacional Price Waterhouse Coopers. Su madre no tardó en encontrar un amigo que, al poco, se convirtió en un novio a oscuras, viviendo esa segunda juventud de amores disimulados en la que los hijos ocupaban demasiado sitio y resultaban un poco menos imprescindibles. Por eso fue una liberación para ella que Paula decidiera estudiar en la Complutense, al igual que ocurrió después cuando su hermano Víctor eligió Barcelona para estudiar en la Escuela de Cine. Ahora Víctor vivía en Nueva York, su padre en Sídney, su madre en Oviedo en una eterna y clandestina luna de miel, para que sus amigas no le afearan la conducta y la herencia de *La Regenta* no siguiera viva a su alrededor, y Paula en Madrid, en donde se despabiló pronto, en cuanto compartió vivienda de estudiante con otras dos chicas y un chico homosexual mucho más educado y limpio que sus compañeras de piso. Acostumbrada a los timoratos paseos por las calles Jovellanos y Santa Ana con condiscípulas de clase que se reían por todo sin atreverse a nada, Madrid fue para ella lo mismo que tomar la Bastilla. Un Madrid, el de principios del siglo XXI, tan lúdico en sus noches interminables como trágico por los atentados terroristas de Atocha, pero al fin y al cabo el paraíso donde había perdido el miedo, había escapado de las murmuraciones y había saldado con prisas su virginidad.

Nunca tuvo novio hasta llegar a Madrid. Y durante aquellos primeros años, con el promiscuo desahogo de la novedad, había tenido demasiados. Pero al decidir ordenar su vida, en el último año de la carrera, fue cuando conoció a Daniel Peñalver. Y desde entonces siempre salían juntos y sólo se separaban cuando a él lo destinaban a alguna de las misiones internacionales en las que participaba España.

El modo de conocerse (Daniel no se hartaba de contarlo para vergüenza de Paula) fue un tanto especial. Lo recordaba punto por punto, de las veces que se lo había oído contar, y cada vez le hacía menos gracia. Él lo explicaba a su manera, Paula no sabía si era cierto o exageraba, pero como discutían frecuentemente por los detalles de aquel primer encuentro, Daniel terminó contándoselo por escrito, de un modo tan impersonal, literario y fantasioso que Paula conservaba aquella carta escrita desde las trincheras de una guerra lejana como la más hermosa declaración de amor con que podía soñar cualquier mujer.

Amor mío.

Me aburren estos tediosos días en Sang Atesh. Dicen que la próxima semana nos trasladarán a Badghis, a ver si allí hay un poco más de actividad porque aquí, además de dormir, comer y hacer algunos movimientos tácticos para no perder la forma, poco más nos podemos permitir.

Hoy he estado un rato mirando tus fotos en el móvil. Y de repente he recordado que nunca te crees lo que pensé cuando te vi por primera vez, o sea que te lo voy a contar con todo detalle para que no vuelvas a llevarme la contraria cuando te digo lo que yo sentí.

Fue el 21 de abril, ¿recuerdas? Era el primer día de la primavera y hacía una tarde estupenda de sol, así es que me senté en la terraza del Café Bulevar, en la misma plaza de Santa Bárbara. Al poco, te sentaste tú en una mesa a mi lado con aquel tipo trajeado con aspecto de cajero de sucursal bancaria o ejecutivo de cuentas de una empresa de medio pelo; o de abogado pobre, sin despacho propio. ¡Y tú estabas

tan guapa! Nunca podré olvidar tú pelo castaño, los ojos azules y esos labios que no pueden apartarse de la mente incluso sin haberlos besado. Yo os eché a los dos alrededor de treinta años, aunque también es verdad que tú me pareciste un poco más joven.

Como no tenía nada mejor que hacer, me dediqué a escuchar lo que hablabais. Disimulando. Yo pensé que tú eras francesa; en cuanto a él, no podía saberlo porque me pillaba de espaldas y no le oía, aunque supuse que era español porque tú, de vez en cuando, intercalabas expresiones en castellano. Te miré una y otra vez. Cada vez me parecías más guapa. Sonreías con naturalidad, de un modo que me impedía dejar de mirarte. Y cuando te diste cuenta de que yo permanecía con los ojos fijos en ti, me devolviste la mirada varias veces, ¿no es verdad? Entonces me puse nervioso y traté de desviar los ojos pero, al igual que un moscardón regresa una y otra vez al lugar del que se le espanta con la mano (por cierto, que aquí hay muchos), mi mirada volvía a ti. Eras un imán. Pensé que podía resultarte un impertinente, por lo que me puse a repasar viejos mensajes del móvil. Pero nada: estando tú allí, no podía dejar de contemplarte.

Es verdad que no entendía lo que le estabas diciendo a tu acompañante en francés, pero por alguna palabra suelta supe que hablabais de trabajo. Después, tú le enseñaste un bolso que sacaste de debajo de la mesa y le explicaste algo, usando nombres de calles. Me pareció que se lo mostrabas para ver si le gustaba la compra que habías hecho, pero no pude oír la opinión de él.

No podía saber si erais amigos o novios, una pareja. No lo sabía. Pero el tiempo avanzaba y cada vez me sentía más atrapado por ti. Estabas preciosa. Y pensé que, como sucede tantas otras veces, en cualquier momento te acabarías la cerveza, os levantaríais y os iríais de allí. Y no te volvería a ver nunca más. Comprende que no podía dejar que sucediera así. Nunca he fantaseado, pero aquella tarde fantaseé. Y mi fantasía, de pronto, se convirtió en realidad.

Porque extraje una servilleta de papel y escribí en ella que te rogaba, te suplicaba, que me llamasas, que me escribieras, que hicieras algo. Te tienes que acordar perfectamente. Y además, como en el papel te puse mi número de móvil y mi correo electrónico, si querías, no tenías excusa para no hacer algo.

Me dio miedo dártelo, pero había decidido hacerlo y sólo necesitaba encontrar el momento oportuno. Esperé a que me miraras otra vez para confirmar si cabía la remota posibilidad de que pudiera interesarte. Lo hiciste, ¿te acuerdas? Claro que te acuerdas. Incluso, cuando aquel tipo te puso una mano en el brazo, mientras te hablaba, tú me miraste y apartaste suavemente el brazo: entonces no supe si lo hacías para que comprendiera que estabas con él o para que creyera que no estabas con él. Los códigos de las mujeres, los malditos códigos. Nunca los he conseguido entender.

Dejé la nota escrita sobre mi mesa a la espera de decidir qué hacer con ella. No me atreví a dártela, naturalmente. Tu acompañante podía partirme la cara, por muy francés que fuera. Seguí mirándote de vez en cuando, pensando que mis fantasías son como son y que al final, como siempre, no haría nada. Y volví a pensar en los inconvenientes de una gran ciudad como Madrid, en esa maldición según la cual jamás te vuelves a encontrar con nadie. Te irías, desaparecerías, nunca habrías existido. Es lo mismo que sucede con los instantes de felicidad: o se disfrutan cuando se presentan o nunca regresan. La fugacidad es la maldición que acompaña a las grandes ciudades.

Cuando terminasteis de beber, parecía que estabais a punto de iros. Entonces aquel tipo te dijo algo y se levantó. Iba al interior del bar, a los servicios seguramente, y tú te quedaste sola. Era el momento de observar qué hacías: si buscabas el móvil y te ponías a mirarlo, fingiendo que no te interesaba nada de

cuanto sucedía a tu alrededor, no había nada que hacer. Si no lo hacías y me mirabas, aunque fuera sólo por una vez, te sonreíría. Si respondías, me atrevería; si no, saldría huyendo.

Pero no buscaste tu móvil. Me miraste. Te sonreí levemente, pero no respondiste de ninguna manera. Entonces no lo pensé más y lo hice. ¡Qué patético! Me puse de pie, dejé mi nota escrita sobre tu mesa, junto a tu vaso vacío, y me fui sin mirar atrás.

Apenas me dio tiempo a comprobar tus ojos de sorpresa y a ver, de reojo, mientras me alejaba, que habías tomado el papel y te habías puesto a leerlo. Cuando terminaste de hacerlo, yo había doblado ya la esquina y no me podías ver. Ahora te tocaba a ti mover ficha. No debía dejarme llevar por la impaciencia; tenía que esperar. ¡Y moviste ficha, claro que sí! ¿No te alegras ahora?

Y así ocurrió todo. Ahora no me digas que no y no vuelvas a dudar de que me enamoré de ti en el mismo momento en que te vi.

Como sigo estándolo, amor mío. Escríbeme pronto, que aquí tus cartas son una droga y el día que no la recibo sufro de síndrome de abstinencia. Te quiero.

DANIEL

La verdad era que ni Paula era francesa (el francés era su amigo, o mejor dicho, el profesor invitado a dar un seminario en la facultad al que tuvo que acompañar hasta la hora de que se fuera al aeropuerto), ni Paula le perdonó que le calculara treinta años, cuando tenía veintitrés. Además, el bolso era una compra que había hecho él para su mujer, compra a la que Paula le había acompañado y también asesorado. Pero lo que menos le perdonaba era que todo el mundo se enterara de que fue verdad, sí: de que fue ella la que le escribió un email, la que le solicitó agregarse en el Messenger para chatear con él y la que accedió a una cita, sin disimularlo en absoluto, la primera vez que él se la pidió. Cinco años ya y él se seguía burlando, diciendo a todos sus amigos, delante de ella, que por suerte aún no existía el Facebook, porque entonces no sólo le habría solicitado amistad sino que le habría enviado una foto en *top-less*, de lo colgada que estaba por él.

En todo caso, era cierto: había tenido suerte porque Daniel se fijó en ella; también la tuvo por decidirse a ir a vivir a Madrid; y la tuvo después cuando, nada más terminar la carrera, encontró el trabajo, que todavía conservaba, en el gabinete de Prensa de la Fundación Madrid Cultura 2000. Con contrato indefinido y un salario que empezó siendo de mileurista pero que ahora ya le había permitido conseguir una hipoteca, comprar el piso en el que vivía, en el edificio Mirador, de Sanchinarro (apenas a media hora del centro, en metro), y ahorrar algo todos los meses de los mil ochocientos euros de la nómina.

Así es que tenía razón, ella siempre había tenido suerte. Su padre, que ya se había vuelto a casar, volaba a Madrid siempre que podía, para verla, o sea que se sentía querida por él; su madre la llamaba mucho por teléfono, también la quería, y ella había ido dos fines de año a Nueva York para pasar la Nochevieja con su hermano y con Sarah, la chica con la que vivía en un apartamento en la 73 Oeste con la avenida Ámsterdam.

Yo siempre he tenido suerte, Dionisio, de verdad. Se apretó un poco más contra él, que se había sentido confortable a su lado y cómodo en el silencio de la noche por los jardines del Hospital Central de la Defensa Gómez Ulla. Y esta vez también voy a tenerla. Anda, fúmame otro cigarrillo y entremos, que hace un frío pelón y Lola debe de sentirse muy sola.

De acuerdo. Dionisio encendió otro cigarrillo y dijo: ¿Sabes?, eres una buena chica. Eres lo único en lo que ha acertado mi hijo. Lo que siento es que no sé si...

Calla, por favor. No digas cosas raras..., por favor...

Los diagnósticos confirmaron pronto sus lesiones externas, pero fue necesario esperar bastante más para ir conociendo las secuelas que podían dejarle los daños cerebrales. Las heridas, quemaduras y malformaciones en rostro, cuello, hombros y torso se podían tratar y restablecer; los que no eran tan fáciles de recomponer eran los efectos del impacto de la explosión en el interior de la cabeza. Incluso la rotura de los tímpanos tenía tratamiento quirúrgico; por el contrario, los destrozos neuronales serían los que dirían, con el tiempo, la gravedad real de las lesiones del teniente Peñalver.

El 1 de julio, dos meses y medio después del suceso bélico, Daniel continuaba en observación en la UVI del Hospital Central de la Defensa. Paula y Lola se alternaban para visitar al herido: su madre por las mañanas y Paula por las tardes; y Dionisio iba dos o tres veces a la semana para ver a su hijo a través de una cristalera, o entraba a verle cuando se lo permitían. A diario preguntaba por su estado, impaciente por saber cuándo saldría del coma y recuperaría el conocimiento, pero nadie podía dar una respuesta. En los últimos sesenta días, Daniel había sido sometido a nueve operaciones quirúrgicas y, según los partes médicos, había recuperado los tímpanos y sus oídos habían cicatrizado bien, sin esperarse secuelas en su función auditiva. También se le había trasplantado piel de los glúteos y de las piernas al pecho, la espalda y el cuello, y su cuerpo avanzaba adecuadamente en la regeneración de la piel, por lo que de continuar el proceso su curso normal apenas quedarían huellas de quemaduras en esas zonas. Las últimas tres operaciones, mientras el herido continuaba en coma, habían servido para realizar una cuidada reconstrucción de la piel de la frente, de las mejillas y de la nuca, con un resultado satisfactorio en cada una de las intervenciones, realizadas con la última tecnología en láser y mediante injertos microscópicos múltiples y células madre de la propia médula del paciente. Dos meses y medio después del atentado talibán, por lo tanto, el herido había recuperado o estaba en proceso de recuperación de una buena parte de sus heridas físicas, pero continuaba la incógnita de saber cuáles serían sus secuelas cerebrales.

Paula, Lola y Dionisio pedían con insistencia una fecha, aunque fuera aproximada, para que despertara, y siempre les respondían del mismo modo:

—Se recuperará, seguro. En el caso de su hijo, señora, el estado de coma es un arma de defensa del organismo frente a la agresión que ha sufrido. Tarde o temprano recobrará la conciencia y entonces sabremos si ha sufrido otra clase de daños.

—Pero ¿no pueden decirme si...?

—Los escáneres cerebrales, las resonancias magnéticas y los electroencefalogramas nos muestran un importante deterioro de algunas zonas, sobre todo en el parietal derecho y en el occipital del mismo lado, así como una lesión frontal imposible de evaluar por ahora, pero no muestran desplazamientos de masa cerebral, pérdidas ni derrames internos. De todas formas le advierto de que en estos casos siempre suele haber alguna complicación, por desgracia, aunque también es verdad que todavía no hemos descubierto su naturaleza. Ojalá no tengamos ninguna sorpresa. Así lo esperamos. Y eso es todo. Por ahora no podemos decir más.

— Pero ¿vivirá?

— Vivirá, señora. No hay ninguna complicación orgánica, de eso estamos seguros. A todos los efectos, la vida de su hijo está fuera de peligro.

— Gracias a Dios, doctor. Sólo rezo para que no se equivoque usted.

Tras las cristaleras de la UVI, Daniel era sólo un cuerpo anclado a una docena de monitores y máquinas, atado a cordeles y cables como una cometa suspendida en el aire y cubierto por una sábana que sólo le dejaba a la vista los pies y el rostro, a su vez recubierto de gasas como si se tratara de una momia. El hombre que estaba allí podía ser su hijo o cualquier otra persona si no fuera porque una madre no se equivoca en esas cosas. Eran sus pies, sus tobillos, sus brazos claveteados por agujas, sus muñecas desmayadas. Aquellas manos, en cambio, después de las quemaduras y de su reconstrucción casi completada, podían ser de cualquiera, pero eran las de su hijo, estaba segura. Si al menos, cuando la dejaban entrar de visita en la UVI se hubiera atrevido a levantar los párpados y mirar el azul inconfundible de sus ojos, aquellas pupilas transparentes como un mar sin habitar... Aunque no lo necesitaba. Ni ella ni Paula, quienes tuvieron que asegurarlo sin fisuras cuando Dionisio, un día, se hizo la pregunta en voz alta.

— ¿Seguro que ese de ahí es Daniel? Visto así, podría ser cualquiera... Y me jodería estar velando a un extraño...

— ¿Es que no distingues a tu propio hijo? — se indignó Lola —. Ni entre un millón me confundiría yo.

— Es Daniel, claro que es Daniel — confirmó Paula en voz baja pero con absoluta firmeza.

— Bah. — Cabeceó él, sin volver a pensar en ello —. Incluso si no lo fuera, no os atreveríais a decirlo...

Empezaban los rigores del verano en Madrid y Paula pidió sus vacaciones en la fundación para poder estar más tiempo en el hospital. Sus días, desde entonces, consistieron en irse a casa al atardecer, cuando se acababa el horario de visitas, y volver a primera hora de la mañana, en cuanto la dejaban entrar en la sala reservada para la familia junto a la unidad donde permanecía Daniel. Lola, sabiendo que la novia de su hijo se pasaba allí todo el día, y convencida de que la llamaría al móvil en el momento en que hubiera cualquier novedad, dedicaba las horas a limpiar la casa, a pasar sus revisiones y a preparar una habitación para que su hijo se instalara en ella en el momento en que le dieran el alta y pudiera regresar a casa. Quería tenerlo todo dispuesto para cuidarlo y que se sintiera bien, y aunque Paula le aseguraba que ella se encargaría de que en su casa no le faltara de nada, Lola zanjaba la conversación afirmando que ya tendría tiempo de estar con él.

— Y no es que crea que no le atenderías bien, cariño — añadía —. Pero comprende que, estando aquí su madre... ¡Vendrá a mi casa!

— Sí, Lola. Como tú digas.

A Paula apenas le quedaban fuerzas para discutir. Los tediosos horarios de hospital sin nada que hacer que no fuera esperar en vano noticias que no se producían; los cortos paseos; leer una y mil veces un cartel en la sala de espera que instruía acerca del comportamiento recomendado en aquel lugar, y mirar por la ventana el transcurrir de las horas y observar los movimientos del personal sanitario de aquí para allá, siempre corriendo, la estaban agotando tanto como si ella misma fuera una enferma inmovilizada en un estado similar al del coma, de no ser porque, en lugar de soñar, pensaba, y en lugar de dormir, sufría. Volvía a casa todas las noches con la sensación de haber cargado y descargado cien camiones de fruta, deseando que llegara un

día en el que, de verdad, pudiera ir de madrugada a Mercamadrid a descargarlos en lugar de tener que ir al hospital a buscar en un imperceptible movimiento de dedos de Daniel una señal que le devolviera la ilusión de que regresaba a la realidad.

Al cabo de unos días se atrevió a llevarse un MP3 para oír en la radio las noticias y escuchar un poco de música, pero el temor a que las ondas interfirieran en el funcionamiento de alguno de aquellos miles de aparatos de la UVI, aunque ya le habían dicho que no era un problema y que bastaba con que apagara el teléfono móvil cuando entrara a verlo, le hizo recapacitar y sólo lo encendía cuando salía al aseo o cuando bajaba a la cafetería, para comer algo. Por eso, finalmente, optó por llevarse algunos libros y leer, a pesar de su escasa afición lectora. Y fue tal la compañía que sintió con Thomas Mann, Capote, Chandler, Dickens y García Márquez que al cabo de un mes ya no dejaba pasar un lunes sin acudir a la biblioteca pública y elegir un nuevo amante para que la acompañara durante los siguientes días.

Agosto fue otro mes en blanco. La algarabía callejera por la presencia del papa en Madrid, con miles de jóvenes ruidosos y asilvestrados cantando a cualquier hora y en cualquier lugar consignas y musiquillas en celebración de no sabía qué acontecimiento religioso, no distrajo a Paula de su único dios y de su exclusivo ministerio: velar el sueño de Daniel. Ir y volver al hospital le ocupaba más tiempo por las dificultades de transporte en una ciudad tomada en aquellos días por forasteros y cortadas al tráfico muchas de sus calles por culpa de la misma celebración, y aunque llegó a enfadarse en algún momento porque la policía le exigió dos veces, de malos modos, su documento de identidad al pasar por la Puerta de Alcalá, lo mismo que si se tratara de una terrorista o de una malhechora, o peor aún, de un peligro inminente para los peregrinos de la Iglesia católica, las posteriores horas de lectura y soledad en la sala dispuesta a dos puertas de la UVI le devolvían el sosiego y recobraba la calma.

Al anochecer del último domingo de agosto acabó de leer *El jugador*, de Dostoievski. Y a media mañana del lunes 29, comenzó una nueva novela, *Juego de máscaras*, del tunecino Ofur Zimman.

Abril de 2019

Una pandemia de gripe aviar, por mutaciones múltiples del virus H5NI, causa la muerte a dos tercios de la población mundial. La humanidad ha desaparecido, prácticamente, en Asia, África y grandes extensiones de América del Centro y del Sur, y ha diezmado la población de Europa, Australia y el Norte de América. El censo provisional realizado por la Organización Mundial de la Salud (OMS) establece en mil trescientos setenta millones los habitantes actuales del planeta Tierra.

Febrero de 2020

Un brutal atentado terrorista, de autoría desconocida, se produce durante la Asamblea Extraordinaria Mundial de Jefes de Estado y de gobierno de Naciones Unidas, reunida en la ciudad austríaca de Salzburgo, causando la muerte de treinta y un Jefes de Estado y de gobierno, entre ellos los presidentes de Francia, Estados Unidos, Italia, Rusia, Gran Bretaña, Alemania, España y Canadá, además de siete reyes y los jefes de las juntas militares de Guinea, Israel, China y Pakistán.

Marzo de 2020

Las cúpulas militares de todos los países de la Tierra se hacen cargo de los gobiernos de sus naciones, coordinando sus actividades en el seno de la Nueva Alianza Atlántica y del Pacífico y acordando implantar una dictadura mundial fundamentada en una ideología política única, en la religión cristiana, en el más estricto control ciudadano y en la moral conservadora de principios del siglo XX.

Junio de 2020

Tras apagar los más violentos focos subversivos, el mundo queda sumido en un estado único policial, con pérdida de todas las libertades civiles y al arbitrio gubernamental de la moral integrista católica. Desaparece la resistencia civil. Sólo unas pocas personas, diseminadas por el planeta, practican esporádica y clandestinamente una resistencia residual.

Ésta es la historia de tres de esos elementos residuales.

Paula cerró el libro. Había elegido mal en la biblioteca. Ni le gustaba la ciencia ficción ni estaba, en modo alguno, en condiciones de leer las historias truculentas de un mundo arrasado. El drama corría por sus venas en una hemorragia incontenible y no tenía fuerzas para enfangarse en otro drama, igual de terrible que el suyo, que la indujera a respirar peor de lo que ya lo hacía por las noches, al acostarse, cuando la Imagen de Daniel se le presentaba una y otra vez como un lienzo grabado en las paredes de la noche y en muchas de ellas se imaginaba asistiendo a su entierro; y entonces tenía que levantarse, llorando, y tumbarse delante del televisor a ver anuncios de teletienda hasta que se quedaba dormida.

Durante las muchas horas de insomnio que sufría cada noche rememoraba retazos de la vida de Daniel, como si le rezase. Se acordaba de su tozudez a la hora de solicitar misiones difíciles en el extranjero, de la mala relación que desde siempre mantuvo con su padre, de lo presumido que era para sacarse partido, de su poca afición para el estudio y, en cambio, de su perseverancia a la hora de aprender cualquier lección que le permitiera ascender en la carrera militar. Y aquella noche recordó lo gamberro y tramposo que había sido antes de conocerla, antes de que iniciaran su relación. Según le habían contado sus amigos, y él nunca lo desmintió, tenía una libreta en donde apuntaba detalles de todas las chicas con las que salía, o de cualquiera con la que mantuviera una conversación, detalles sobre sus gustos, aficiones, asuntos familiares o personales, de tal modo que guardaba su teléfono y sus rasgos físicos porque, si volvía a quedar con alguna de ellas, sabía de antemano si le gustaba o no el cine de Woody Allen, si prefería cenar en un japonés o en un italiano, si su madre era murciana o gallega, si le gustaban los chicos con vaqueros o con corbata, si había suspendido el derecho civil o el mercantil o si le ilusionaban las flores o todo lo contrario, por ser alérgica al polen. Y algún detalle mucho más personal, descubierto por casualidad o de pasada, del que luego le hablaba como colofón en una conversación interminable de la que la chica terminaba asombrada e ilusionada porque el chico, tan despistado como parecía, le hacía creer lo mucho que se había interesado por ella, recordando tantas cosas y satisfaciéndola en todos sus gustos. Gamberro y tramposo, pero tan simpático y atento que eran incontables las chicas con las que se había relacionado hasta que la conoció a ella. Daniel creía que todavía conservaba la libreta, recordó Paula, aunque ya no supiera en dónde la guardaba. Y no lo sabía porque ella se la había

requisado y escondido, para evitar tentaciones.

No era un hombre guapo, no; pero exhibía un metro ochenta y ocho de estatura y una figura de modelo de publicidad cultivada en el deporte y en el gimnasio. Un hombre al que miraban más los otros hombres que las mujeres, seguramente envidiándolo. Y, ahora, aquel cuerpo le excitaba con sólo recordarlo, pero no pasaba de ahí porque sucumbir a cualquier tentación, en su estado, le parecía una irreverencia. Aunque también era cierto que en los últimos meses, desde el suceso que desgarró la piel de Daniel y el alma de Paula, se le había roto la libido como se estrella un vaso contra el suelo, en mil cristales minúsculos, y no sólo carecía de deseos sino que ni siquiera se le cruzaban pensamientos relacionados con las necesidades de su naturaleza joven y femenina, viviendo, sintiendo, pensando y soñando sólo con su recuperación y con el regreso a la normalidad de una vida que, sin haber sido nunca precisamente vulgar ni normal, carecía de sobresaltos en la intimidad y en las redes sociales con las que se entretenía, curioseando vidas ajenas.

Aquella noche Paula tardó más de la cuenta en quedarse dormida delante de los anuncios de la teletienda. Por la cabeza, arremolinados y desordenados, sobrevolaron pensamientos a ráfagas que impactaban sobre ella instantes después de que ya empezara otro de aquellos destellos a traerle un nuevo pensamiento triste, inquietante, terrorífico o sobrecogedor, siempre relacionado con una idea poderosa como un alud o la caída de un árbol centenario: la desaparición de Daniel imaginada en un millón de posibilidades, desde la misma muerte, con imágenes de incineración y capillas ardientes, hasta la posibilidad de que, despertando de su ausencia, se hubiese olvidado de andar, de moverse, de vivir. Pensamientos que siempre significaban, en todo caso, un drama, y para Paula aquellas imágenes bombardeadas sobre su soledad en el silencio de la medianoche eran escenas de tristeza, inquietud, terror y sobrecogimiento que se desbordaban desde sus ojos en forma de lágrimas mudas como nevadas y pegajosas como estelas de resina.

Acabó agosto y de nuevo tuvo que volver a la rutina laboral en jornadas de mañana y tarde. En julio había solicitado sus vacaciones anuales y en agosto un mes de excedencia por motivos personales, pero ya no pudo retrasar por más tiempo la vuelta al trabajo. Por lo tanto, el jueves 1 de septiembre madrugó para sentarse ante su mesa en la fundación y decidió dejar de llorar para que sus compañeros no se compadecieran de ella ni tampoco se sintieran obligados a compartir el luto.

Y así lo hizo sin que tuviera que tragarse aquellas lágrimas que le abrasaban el esófago durante demasiado tiempo porque, acababan de dar las once de la mañana en el reloj del tercer miércoles de septiembre cuando recibió en un móvil un escueto mensaje de Lola: «Daniel ha despertado. Ven.»

Hoy he pensado en ti. Y me he acordado de tu mirada y de tu sonrisa, de esa manera de volver la cara cuando te decía algo que te sorprendía, o que te inquietaba; y de que siempre, cuando te ibas, deseaba de inmediato volver a verte.

Fue la última frase de la última carta que le escribió Daniel desde su acuartelamiento en Afganistán. Y fueron las palabras que le vinieron a la cabeza en cuanto leyó el mensaje de Lola, se le arrugó el corazón, arrambló con el bolso y salió corriendo, sin decir nada a nadie en la oficina de la fundación, para subirse al coche y volar contra los semáforos y los pasos de cebra en dirección al Hospital Central de la Defensa Gómez Ulla. Llevaba los ojos empañados en lágrimas, por eso tal vez no veía el color de los semáforos; o quizá fuese que la emoción le nublara la vista y por eso cruzó el asfalto de Madrid con el corazón acompasado al ritmo de una batucada y con el alma vendida al demonio.

Cuando llegó, ya estaban Lola y Dionisio detrás de las cristaleras observando sin pestañear los ojos abiertos de Daniel, que parecían perdidos o buscando una explicación para descubrir en dónde se encontraba. Tres enfermeras trajinaban con los mandos de ordenadores, pantallas y demás aparatos electrónicos anotando variables, datos de gráficos y frecuencias de líneas quebradas; y dos médicos trataban, junto al paciente, de analizar sus reacciones, observando su fondo de ojo, tratando de buscar respuestas y reflejos en sus pupilas y, de vez en cuando, diciéndole algunas palabras que le tranquilizaran en su evidente agitación.

Paula se abrazó a las espaldas de Lola y de Dionisio, en la antesala de la UVI, sin dejar de llorar. Volver a ver a Daniel despierto, después de tantos meses de angustia, era una sensación que le dificultaba respirar con normalidad. Apenas pudo articular palabra y tardó varios minutos en poder componer la pregunta precisa que quería hacer.

—¿Cuándo podremos entrar?

Los padres de Daniel no respondieron. Dionisio, visiblemente emocionado, se limitó a pasarle la mano por la espalda y a presionarle el hombro, en señal de que todos sentían lo mismo y por eso comprendía su ansiedad. Era la única respuesta que podía darle el hombre que, por una vez, parecía un bondadoso ser humano. Aun así, Dionisio murmuró, como si se lo estuviera diciendo a sí mismo:

—Pronto.

Pegados a la cristalera, espectadores de una función en la que nadie reparaba en que ellos tres también eran protagonistas del espectáculo que se estaba representando en la sala de los resucitados del hospital, asistieron durante dos horas a las continuas entradas y salidas de médicos y enfermeras y a una reunión de cinco doctores ante la cama de Daniel, a ratos comentando algo y en otros debatiendo aspectos que ni Paula ni los padres de Daniel podían interpretar. Sólo se fijaban en Daniel y más en concreto en el juego de sus ojos perplejos, ojos inquietos que lo miraban todo sin que, por lo que se apreciaba desde fuera, comprendiera lo

que pasaba. Todavía tenía el rostro cubierto con vendajes y gasas, y sólo se le veían aquellas pupilas azules que parecían bailar en demanda de auxilio. Dionisio se enfadó varias veces durante aquella espera, en ocasiones gritando que no aguantaba más y en otras amenazando con que entraría dando una patada a la puerta; pero, finalmente, resignándose al ver que, uno tras otro, se trataba de diferentes equipos médicos los que se adentraban en la sala de vigilancia intensiva para comprobar nuevos datos o revisar informes recién elaborados. Lola, agotada por la ansiedad de la espera, tuvo que sentarse un par de veces alegando un vahído y necesitó pedir que le llevaran un vaso de agua para ingerir unas pastillas que guardaba en el bolso. Fue un poco más tarde de las cinco cuando el joven doctor Navarro, designado por los demás para ser el portavoz del equipo médico ante la familia, salió de la UVI y les rogó que le acompañaran a la antesala.

—Su hijo está bastante bien— dijo al empezar a hablar—. Desde luego, en lo referente a su estado físico podemos decir que su recuperación está resultando muy satisfactoria. Y en lo que atañe a su estado psicológico, todavía es pronto para establecer un diagnóstico exacto.

—¿Y por qué tiene la cara cubierta de vendas?— preguntó Lola entre jadeos, con los ojos llorosos y la humildad de un menesteroso.

El doctor Navarro tardó en comprender la pregunta. Y respondió:

—¿Se refiere a las gasas, señora? Por nada, sólo por precaución. Nuestro deber es evitar cualquier clase de complicación. Ustedes autorizaron las intervenciones quirúrgicas que han permitido paliar los efectos de las graves quemaduras, pero su rostro, doña Lola, continúa exigiendo mucha atención. Suponía que ya les habrían informado de que...

—¡A nosotros nunca nos dicen nada!— replicó airado el padre, con los ojos cargados de cólera.

—¡Sí, Dionisio!— le contradijo Lola, enérgica—. ¡Hasta ahora nos lo han dicho todo! Tú mismo firmaste las autorizaciones... No le haga caso y siga usted, doctor.

—En fin— terció el médico—. En todo caso, así es. Ya saben ustedes que durante el proceso de recuperación ha sido intervenido siete veces para que el paciente recuperara la piel de todo su cuerpo, y en ese sentido podemos decir que su hijo está bien. Las quemaduras de la cara, aunque en un avanzado proceso de regeneración y curación, han cursado en varias deformaciones que obligarán a someterle a una cirugía estética reparadora y a un severo tratamiento de reconstrucción plástica con el fin de devolverle su rostro natural, un tratamiento que, como comprenderán, no podíamos llevar a cabo hasta que su hijo despertara del estado de coma en que se encontraba y que él mismo, o ustedes, si así lo decidiera el paciente, nos indiquen las pautas estéticas a seguir en el proceso corrector quirúrgico.

—¿Nosotros?— preguntó Dionisio, desconcertado—. Pues anda que no tendrán ustedes fotos del chico...

—Nosotros también tenemos muchas fotografías— intervino Paula—. Y varios vídeos, doctor. No será difícil...

—Sí, sí, claro— aseguró el médico—. Ya hablaremos de ello en su momento. Ahora, si lo desean, pueden ustedes pasar a ponerse las zapatillas, el gorro y la bata asépticos y entrar a ver al teniente Peñalver. Quizá lo mejor sería que pasaran de uno en uno, tengan en cuenta que el paciente...

—Ya— refunfuñó Dionisio—. De uno en uno como para ir a mear. Bueno, yo entro ahora mismo.

—¡Dionisio!— saltó Lola, saliendo detrás de él.

“Yo..., si puede ser...” Paula pidió permiso con los ojos al médico. Soy su novia...

“Vaya, vaya” se desentendió el doctor Navarro, alzando los hombros y guardando su pluma en el bolsillo de la bata verde. Lo comprendo.

Paula, por discreción, se quedó en el umbral de la puerta, viendo la escena del reencuentro de los padres con su hijo, y apenas pudo contener la emoción ante lo que presenciaba: Lola estaba abrazada a Daniel y le llenaba de besos el vendaje de la cara, los brazos y las manos. Dionisio, de pie tras ella, sonreía y estrechaba con suavidad la mano de su hijo para sentirlo vivo. Y Daniel, o lo poco que veía Paula en los ojos de Daniel, parecía sonreír también; al menos su mirada parecía risueña. Y entonces fue cuando pudo oír, como hacía meses que no la oía, su voz:

“Mamá...”

Tal vez fuera porque la voz saliera distorsionada tras los vendajes. O puede que el tono y su inflexión fueran el resultado natural de tantos meses de conciencia dormida. Pero aquella voz, aquella manera de pronunciar la palabra «mamá», no era la de un hombre, sino la de un niño. La firmeza de la letra m, la extensión de la última a, la demostración de debilidad infantil o de dependencia... Paula oyó la forma en que pronunció aquella palabra y, de repente, la sorpresa le devolvió a una realidad que había temido, pero también descartado, demasiadas veces. Siguió inmóvil en la puerta, paralizada, sin atreverse a entrar, hasta que se cerciorara de lo que acababa de sentir.

“Hijo. Hijo mío...” Lola siguió besándole por donde podía.

“¿En dónde estoy, mamá?” preguntó.

“En un hospital” replicó el padre. Pronto te pondrás bien, ya lo verás.

“¿Y me has traído juguetes, mamá?” Miró a su padre pero de repente apartó los ojos para volver a posarlos en su madre. Parecía que Daniel no quería hablar con nadie, salvo con ella.

“¿Juguetes?” Lola titubeó. No, no, hijo mío. Te he traído algo mejor. “Y señaló a Paula”. Pasa, hija. Daniel, mira quién está aquí...”

Paula respiró profundamente y se acercó a la cabecera de la cama. Besó la venda que le cubría la frente y dijo:

“Hola, Dani. Ya lo ves, estamos todos aquí. ¿Cómo te encuentras?”

Se produjo un silencio incómodo. Daniel miró a Paula y a su madre. Luego a su padre y otra vez a su madre. Y al cabo de un rato, preguntó:

“¿Quiénes son, mamá?”

“Tu padre y Paula, tu novia. ¿No me digas que no...?”

“¿Me has traído juguetes, mamá?”

Lola levantó los ojos hacia Paula y dijo:

“Tranquila. Ya verás que pronto... Ahora debe de estar...”

“¡Mamá!” interrumpió Daniel intempestivo, enfadado, comportándose como lo haría un niño al que no se le está prestando atención. Tengo pis.

—Ya, cariño. Ya...

Las enfermeras que asistían a la escena negaron con la cabeza e indicaron a la familia que por ese día ya estaba bien, que el paciente tenía que descansar y que lo mejor era que salieran. Una de ellas le administró por la vía abierta en el brazo algo contenido en una jeringuilla y los tres, Paula y sus padres, salieron despacio de la UVI, se desvistieron de las prendas asépticas en silencio y fueron de nuevo a la antesala para sentarse y tratar de recuperarse de la emoción vivida, sin saber que los pensamientos de cada uno de ellos se desbordaban por cataratas, cascadas y despeñaderos muy distintos.

Su padre veía caer a su hijo por las cataratas de una idiotez aún mayor de la que siempre expresaba cuando se refería a él, reafirmando en su perenne desprecio. Cuando empleaba el adjetivo de gilipollas para calificarlo, al fin y al cabo era un insulto maduro, de hombre a hombre, como el que se pronuncia contra alguien que puede defenderse. Y aquel insulto contenía un cierto respeto, la consideración de una persona hacia otra que, desde su punto de vista, actuaba en razón a su libre albedrío, como actúa un adulto, aunque no se esté en absoluto de acuerdo con el camino que toma en la vida. La decisión de Daniel de no querer seguir con su negocio, de despreciarle también a él por ganarse la vida en La Divina Con Medias, al que calificaba de mero puticlub de carretera, era un error y un desplante, además de una toma de postura que parecía incluir un repudio moral ante una actividad limítrofe con la legalidad y, desde luego, indigna para un hombre moderno. Pero al menos era una decisión, su hijo había sido capaz de tomar una decisión, de enfrentarse, de dar la espalda a su requerimiento y, para alejarse de su lado, se había enrolado en el ejército. Todo aquello, incomprendible para él, al menos lo hacía merecedor del calificativo de gilipollas, porque a santo de qué venía preferir la disciplina militar y los destinos a zonas en conflicto, en los que corría peligro su integridad, en lugar de vivir tan ricamente entre licores y mujeres fáciles, negocio con el que se ganaba un buen dinero y no se arriesgaba la vida. Habían pasado trece años desde aquello y Dionisio todavía no comprendía la tozudez de Daniel, pero al fin y al cabo en esos años le había demostrado que era perseverante, esforzado, valiente y tenaz. Un gilipollas, sí, aunque perseverante y resolutivo.

Pero ahora, después de la escena que acababa de presenciar, ya no pensaba que su hijo fuera un gilipollas. Ojalá lo siguiera siendo. Ahora, por lo que había visto, era algo peor que un inconsciente: era un enfermo. Un enfermo despeñándose por una catarata hacia la imbecilidad o la infancia, el viaje al infierno del reino de la demencia, a la idiotez, al retraso mental... Sintió una profunda lástima. No sabía si podría soportar verlo así. Quizá acabara babeando y pidiendo croquetas a todas horas, tirando del delantal de su madre. Aquél no podía ser su hijo; no quería que lo fuese. Sólo quedaba esperar que estuviera bajo los efectos de un fuerte impacto emocional y, en unos días, recobrase la lucidez que le convirtió en un buen profesional de lo suyo. Prefería que su hijo fuera un gilipollas a un idiota. Mil veces lo prefería así.

Su madre, Lola, pensaba en su hijo como un madero a la deriva deslizándose por una suave cascada que lo alejaba de lo que él era y lo arrastraba hacia un mundo que no era el suyo. Continuaría siendo su hijo, lo seguiría hasta donde fuera necesario, y estaba segura de que muy pronto Daniel recobraría la razón, comprendería en dónde estaba, lo que le había pasado y la necesidad de rehabilitarse, y en muy poco tiempo podría volver a lucir el uniforme y las condecoraciones que con tanto mérito había obtenido. Seguro que en cuanto recordara el accidente, la explosión, su trabajo en Afganistán y lo valorado que estaba por sus jefes y compañeros, recolocaría sus pensamientos, ordenaría sus ideas y volvería a ser como siempre fue.

Porque lo que acababa de vivir al borde de su cama tenía que ser una pesadilla. Y, pensándolo bien, podía tener una explicación: ella nunca había presenciado la manera en que alguien regresa de un estado de

coma, no tenía elementos de comparación. Quizá fuera así siempre. Tantos días perdidos en el sueño, acaso soñando con su infancia, incluso sumido en un torbellino de pensamientos antiguos, podían haberle incapacitado para, desde el primer momento de lucidez, recobrar la conciencia de su realidad y tan sólo había continuado en el transcurso de sus viejos recuerdos, aunque permaneciera con los ojos abiertos y su apariencia fuera de normalidad. Desde luego no iba a creer, así como así, por aquellos pocos minutos pasados a su lado, que Daniel no era el hijo que ella conocía. Los médicos habían hablado de la necesidad de realizar pruebas, de descubrir el alcance de sus lesiones cerebrales, y pronto lo harían. Mientras tanto, para ella, el despertar de Daniel era la inmensa alegría del día, y esa alegría no se la iban a robar por mucho que su comportamiento, en aquellos instantes, fuera tan anormal como desconcertante.

Y, en todo caso, daría igual el tiempo que necesitara para curarse. Como madre no iba a consentir que menguara el amor que le profesaba. Era su hijo, ¡su hijo!, lo mejor que le había pasado en la vida y el regalo más valioso que le había hecho la naturaleza; y si los daños producidos dentro de su cabeza tardaban en curar, o no curaban nunca, le daba lo mismo, no se separaría de él y lo cuidaría como si fuera un bebé otra vez. Ya lo había hecho y no le costaría nada volver a hacerlo. Porque lo único importante era que seguía vivo, que estaba vivo, que la había llamado mamá y que la necesitaba. Era lo más importante para ella y lo único a lo que dedicaría todo su tiempo. Ahora Daniel se deslizaba por aquella maldita cascada hacia la infancia, pero allí estaría ella, en la ribera del río, esperándolo, para rescatarlo de su cesta como a Moisés lo rescataron y cuidaron su hermana Miriam y la hija del faraón, Batía.

Paula, ensimismada, había observado el despertar de Daniel como el despeñamiento de un hombre hacia la nada. Que no la hubiese reconocido era lo que, en aquellos momentos, menos le importaba. Supuso que la sucesión de emociones en el regreso a la vida, la sorpresa de encontrarse en un lugar desconocido, la abrupta entrada de sus padres abalanzándose sobre él, sobre todo de Lola, su madre, y el desconcierto por el exceso de sus besos, abrazos y sollozos en un espacio inasimilable, entre aparatos tecnológicos y enfermeras, y las batas verdes de todos, con las cabezas cubiertas con gorros de plástico y mascarillas en la boca, le habrían sumido en una nueva alucinación como las muchas que habría tenido durante su estado de coma, en el supuesto de que en ese tiempo un enfermo sueña, alucine o recuerde. Por lo tanto no era importante que no la hubiera reconocido, como tampoco dio muestras de reconocer a Dionisio, su propio padre. Lo terrible era haber comprobado que, en aquellos momentos, Daniel no era un hombre, no era el hombre que conocía, sino una especie de niño haciendo preguntas absurdas sobre juguetes y repitiendo la palabra «mamá» igual que lo haría un deficiente.

Paula se convenció de que él no podía seguir así, pero, hasta que los médicos dijeran qué secuelas habían dejado las heridas en el cerebro de su novio, decidió que no quería volver a verlo. Muchas veces, en los meses transcurridos desde el atentado, había temido por la clase de secuelas que podían haberse incrustado en su cerebro del mismo modo que se agarran los trozos de metralla a la carne de las víctimas. Había mirado en Internet las consecuencias de los impactos cerebrales en los lugares donde señalaron los médicos, el parietal, el occipital derecho y el frontal del cerebro, y las perspectivas no le habían agobiado porque nunca se aseguraba que las secuelas fueran definitivas; y ella siempre buscaba huir del alarmismo en las informaciones leídas en la Red. Pero aquella primera impresión, aquel espectáculo vivido en la UVI del hospital, le había dejado la huella de un hombre que, despeñado, ya no era lo que fue sino un pelele con el que no sabía qué hacer.

No quiso llorar. Miró a Lola y a Dionisio encerrados en sus pensamientos y escondió la cara entre sus

manos para recordar a Daniel tal como era. Y titubeó sobre la decisión de no volver a verle. Porque era preciso acompañarle en lo que faltaba: nada menos que en reconstruir las facciones de su cara y en reeducarle, si era necesario, para que pronto fuera reconocible como el hombre al que amaba y al que nunca quería dejar de amar.

2

EL BUFÓN

El 17 de abril de 2012, con motivo del primer aniversario del atentado de Badghis, el Canal 5 de la televisión dedicó el mejor horario de la noche a un programa especial sobre aquel suceso, para lo que contó con el teniente Peñalver como invitado de honor. Los demás asistentes al programa, tertulianos y colaboradores habituales de la cadena, participaron también en lo que pretendía ser un homenaje a las fuerzas armadas españolas personificado en el propio Daniel, y no faltaron imágenes de archivo, análisis políticos, críticas al gobierno de aquel momento por mantener a las tropas españolas en una guerra encubierta y un repaso sin límites al proceso de curación del militar herido, deslizado comentarios sutiles que denigraban algunos aspectos de su intimidad, algo que, según los directivos de la cadena, sin duda sería de gran interés y aumentaría la audiencia del programa.

Paula, cuando se enteró de que se emitiría el programa, reunió fuerzas de donde apenas le quedaban y decidió sentarse delante del televisor para volver a ver a Daniel y sumarse, como telespectadora, a lo que se anunciaba como un gran homenaje. Estuvo pensándolo toda la tarde, porque no estaba segura de querer verlo, y decidió tantas veces que lo vería como que no lo haría, dudando hasta que a última hora descolgó el teléfono, llamó a Lola y le preguntó si era cierto que Daniel asistiría al programa y en qué condiciones. Lola, muy nerviosa, se lo confirmó, añadiendo que el equipo de producción del espacio le había asegurado que la presencia de Daniel sería meramente testimonial, sin que se viera obligado a responder preguntas ni a hablar de lo que no quisiera.

Cuando las cámaras enfocaron por primera vez a Daniel Peñalver, Paula se tapó la cara con las manos y se echó a llorar. En efecto, su madre se había salido con la suya: aquel hombre, aquel personaje uniformado, se llamaba Daniel Peñalver, era teniente del ejército, en la reserva, laureado además por méritos de guerra, y había sufrido un atentado en Afganistán; pero de ninguna manera era el hombre que había sido su novio y con el que había estado a punto de casarse.

Las pretensiones de Lola se habían cumplido, finalmente. Ya en el hospital, cuando se celebraron las primeras reuniones con los equipos médicos durante el otoño de 2011, Lola había insinuado en dos ocasiones que si debía operarse a su hijo para reconstruirle el rostro, lo lógico era aprovechar la circunstancia para perfeccionar algunos rasgos de su fisonomía anterior, y aunque Paula aportó decenas de fotografías y vídeos de Daniel con sus facciones reales, tomadas y grabados en los últimos años, Lola reiteraba que su hijo era muchísimo más guapo de lo que se reflejaba en las fotos, que todas aquellas imágenes eran muy malas y que si sabría ella cómo era su hijo, añadiendo que era absurdo que no se tuviera en cuenta su opinión en lugar de lo que mostraban unas instantáneas mal hechas.

Los médicos aseguraron que, a ellos, les daba igual la forma que se eligiera para la barbilla, los labios, la nariz, los pómulos y las orejas del paciente, que lo único que no estaba a su alcance era variar la expresión de su mirada. De lo demás, tanto costaba la cirugía en un sentido como en otro, pero que era preciso que la familia tomara una decisión cuanto antes porque la intervención no podía esperar.

Dionisio debió de acudir a las reuniones aleccionado por su mujer, porque en aquellas entrevistas no abrió la boca. Y Paula, cuando intentó mostrar su parecer en la primera cita, fue llamada de malas maneras por Lola, poniendo sobre la mesa nombres como los de Cary Grant, Marlon Brando, Paul Newman, Gary Cooper y algún otro (Tom Cruise, no, dijo textualmente; es enano), de quienes se suponía que Daniel tenía la barbilla de uno, los labios de otro, el corte de cara de éste, la nariz del de más allá y las orejas de un tercero, en opinión de su madre.

—Vamos, Lola— ironizó Paula—, aunque comprendo que tu hijo sea para ti...

—Es tan guapo...

—¡Pues claro! A mí me encanta, ya lo sabes. Pero no se parece a... ¿En qué se parece a Marlon Brando?

—Déjame a mí, Paula. Yo sé lo que hago.

—A mí me gustaba como era. No quiero que cambie.

—Te repito que me dejes en paz— insistió Lola, con gesto agrio—. Yo sé lo que hay que hacer.

—Me parece que no— se enfadó también Paula—. Lo que quieres hacer es una falsificación.

—¿Que yo qué?

—¡Una estafa!— Paula alzó la voz.

—¡Tú cállate!— Lola no soportó la impertinencia de Paula y se indignó—. Además, ¿quién te crees que eres? ¿Y qué tienes tú que opinar? Ni siquiera mi hijo sabe quién eres.

—Pero, Lola...

—Doctor Navarro— se dirigió al portavoz del equipo médico—, ¿tiene que estar ella aquí?

—No lo sé, señora— respondió el médico—. Ustedes son la familia. Decídanlo.

—¡Pues no tiene nada que decir!— replicó Lola, airada—. Fue la novia de mi hijo, pero ni están casados, ni son pareja de hecho, ni nada de nada. Preferiría que se fuera.

—¡Lola!— se sorprendió Paula—. ¡No me puedo creer que...!

—Dionisio. —Se volvió a su marido—. Dile a la niña que se marche. Cuando Daniel pregunte por ella, la avisaremos. Mientras tanto, ¡no es de la familia!

Paula abandonó la reunión y fue la última vez que vio a los padres de Daniel. Desde entonces, sólo había hablado con Lola a través del teléfono, las primeras veces para preguntar por la salud de Daniel y saber si había preguntado por ella y, ante la negación de la madre y las escasas explicaciones de la evolución de su hijo, espació cada vez más las llamadas. Paula se recluía en casa después del trabajo y esperaba, en vano, a que algún día sonara el móvil y Lola le comunicase que Daniel había preguntado por ella. Hasta que a finales de enero, convencida de que era la propia Lola quien quitaba a su hijo la idea de verla y que, incluso, podía haberle mentado diciéndole que ella no quería saber nada de él porque se había ido con otro, fue una noche a buscar a Dionisio al portal de su casa para que le dijera la verdad. Sabía que él no le iba a mentir, y que si lo hiciera lo descubriría en su mirada. Pero Dionisio, que se mostró muy cariñoso al verla, le confirmó que su hijo no hablaba nunca de ella, que ni siquiera sabía que había tenido novia y que, aunque iba recuperándose de

las operaciones de cirugía estética y de los injertos y remiendos de los implantes plásticos, no estaba muy bien, sobre todo en su evolución mental, sin que pareciera tener necesidad alguna de carácter sexual porque no veía en las mujeres nada que le interesara.

“Sólo quiere estar junto a su madre” dijo con cierta amargura. A veces me pregunto si me reconoce a mí, porque cuando le hablo no me escucha, si le pregunto no responde y si le hago alguna carantoña se zafa como si fuera a hacerle daño.

Desde aquella conversación con Dionisio, Paula no volvió a insistir. Una vez al mes, más o menos, telefoneaba a Lola para interesarse por la salud de Daniel y las respuestas que obtenía eran cada vez más secas y lacónicas. Hasta aquel 17 de abril en que Lola, muy nerviosa, se había extendido un poco más en las explicaciones cuando le confirmó que, en efecto, Daniel acudiría a la televisión para participar en un programa que pretendía homenajearle.

Paula no había dejado de amarle. Seguía enamorada de Daniel de la misma manera que un año antes, pero al verlo en la pantalla comprendió que aquél no era el hombre al que quería; que era un hombre guapo, en efecto, absolutamente perfecto, más bello que cualquiera de los actores de cine y más atractivo y varonil que cualquier hombre que hubiera visto nunca, pero que no era su Daniel. Sólo la expresión de sus ojos, aunque no los mantuviera fijos ni un segundo y se pasara todo el tiempo remirándolo todo como un niño fascinado en la plaza central de Disneylandia, volviendo la cabeza a un lado y otro, arriba y abajo, incapaz de guardar la compostura, aquella expresión, desde luego, era la del hombre que amó. Sin brillo, eso sí. Sin su vitalidad. Pero era la expresión de sus ojos.

Tal y como le aseguró Lola, iban pasando los minutos del programa y no había abierto la boca. Sólo cuando lo presentaron, y le brindaron varias frases de elogio, sonrió, aunque tampoco pareció prestar mucha atención. Le preguntaron qué opinaba de la guerra y, sonriendo bobamente, respondió:

“Me gusta mucho. Sí, mucho...”

“Sí, claro” replicó el presentador.

El plató entero se quedó en silencio. Y el conductor del *magazine* volvió a retomar la tertulia. El resto del tiempo, Daniel lo pasó moviendo la cabeza a todos los lados, e incluso levantándose y sentándose mientras emitían algún reportaje o entrevista grabada, porque al regresar la cámara al plató tras los cortes publicitarios lo sorprendió dos veces sentándose y, una vez, se oyó que el presentador le pedía que se mantuviera quieto, en su sitio.

“¡Pero si yo no hago nada!” se quejó Daniel.

“¿Quiere usted decirnos algo?” improvisó el presentador.

“¿Falta mucho?” preguntó, cansado.

“No, ya estamos llegando al final del programa.”

Volvió el estudio a convertirse en un lugar incómodo, tenso. El programa iba a terminar. El presentador, esbozando una gran sonrisa, le dijo que le agradecía mucho su presencia y le preguntó, por último, si quería añadir alguna cosa antes de despedirse de la audiencia. Y Daniel, deshaciéndose en una sonrisa bobalicona, respondió con una voz gutural que a Paula le produjo sonrojo:

“Mi abrigo. Mi madre me ha dicho que me abrigue, que va a hacer frío.”

El programa se cerró con una gran carcajada general y el presentador despidiéndose de todos, dando las gracias al invitado por su simpatía y espontaneidad.

Paula apagó el televisor.

Aquella noche representó para ella el final de una historia de amor a la que se había entregado desde el principio y cuyo candil, tantas veces a punto de apagarse, protegió de los cuatro vientos para que él volviera a la vida y a ella. Fue un final amargo; no por temido y sospechado menos doloroso. Un final que la mantuvo despierta el resto de la noche pero sin poder llorar. Se llora a los muertos, se dijo; no a los huidos.

Habría sido un final intrascendente y vulgar de no ser porque las últimas palabras de Daniel en el programa de televisión hicieron fortuna. Nadie llega a saber por qué se producen esas cosas, puede que el azar tenga reglas y misterios imposibles de conocer y desentrañar, pero la realidad fue que, al día siguiente, aquella patética intervención estaba colgada en YouTube y en las primeras horas recibió más de medio millón de visitas. Al anochecer, todos los programas de *zapping* lo exhibieron igual que se muestra a un chimpancé metiéndose un dedo en el culo, llevándose a la nariz y dejándose caer de espaldas, esa monada que tanta gracia hace a niños y mayores, y el vídeo de Daniel-chimpancé fue mostrado tantas veces en decenas de cadenas de televisión que las visitas a YouTube alcanzaron en un día más de un millón, y dos millones antes de terminar la semana. Y todo lo referido a Daniel Peñalver fue *trending topic* mundial durante muchos días en Twitter, con los más diversos *hashtags*.

Paula no pudo saber con certeza lo que ocurrió después, aunque no era difícil imaginarlo por lo que fue viendo y por lo que le fueron contando. Estaba claro que Lola, la posesiva madre de Daniel, se había dado de bruces con la gallina de los huevos de oro y estaba dispuesta a cualquier cosa con tal de no dejarla alzar el vuelo.

Daniel no fue consciente de que su nueva imagen había desencadenado un terremoto que convulsionó una sociedad que se aburría con lo mismo de siempre. La televisión, aparentemente sin pretenderlo, había creado un personaje ante el que nadie se mostró indiferente, un símbolo adorado y criticado a la vez, aunque ninguna persona fuera capaz de concretar qué era lo que simbolizaba. Pero de inmediato legiones de mujeres jóvenes vieron en él al hombre perfecto, atraídas por su inusual belleza; los analistas y críticos televisivos se cebaron en él, motejándolo de simplón, lerdo y sin cerebro, o lo defendieron como si hubieran encontrado una mina de oro para sus tertulias; los directores de revistas encargaron realizar fotografías, entrevistas y toda clase de reportajes sobre él; los ejecutivos de las grandes cadenas se lo disputaron, para que acudiera a sus programas o se le fichara como asistente habitual a alguno de sus espacios más vistos; las agencias de publicidad pretendieron contratarlo y los representantes artísticos le ofrecieron sus servicios; hasta una encuesta del suplemento dominical del primer periódico del país puso de manifiesto que era considerado el yerno ideal por el sesenta y tres por ciento de las madres españolas.

Mientras Dionisio, su padre, aseguraba que todo aquel revuelo era flor de un día y que lo mejor para Daniel era dejar que pasara la tormenta, Lola, su madre, empezó a echar cuentas. Y le salieron tan altas que no dudó en decirle a su marido que la dejara en paz, que de sobra sabía ella lo que tenía que hacer, y se puso al timón de un navío en el que Daniel era un cascarón a merced de los vientos y de las mareas que sembraron el aliento de las intenciones de su madre.

Eligió a un representante de artistas al que sólo puso una condición: que estudiarían cualquier oferta que no exigiera que su hijo hablase. Entre quienes se ofrecieron para representar al joven, el agente que más le gustó fue un hombre mayor, Normando Solari, un argentino afincado en España desde el verano de 1976 que por edad y experiencia conocía la mayoría de los trucos de la profesión. Solari aceptó la condición impuesta por Lola porque vio brillar una fortuna dorada en los ojos de aquella madre y supo que habría momentos y circunstancias en los que ella cambiaría de opinión o condescendería a cambio de la suma necesaria. Y, de inmediato, viendo en el nuevo ídolo una perla a la que podía hacer brillar sin esfuerzo y con la que se llenaría los bolsillos, prescindió de los actores secundarios, de las actrices gastadas, de los niños promesa y de tres tertulianos de los programas de corazón para dedicar todos los recursos de su oficina al nuevo diamante al que tenía que pulir y vender a los mejores postores.

—Lo primero que necesitamos, doña Lola, es un golpe de efecto —explicó Solari—. Después del programa de la otra noche, todo el país está hablando de su hijo, pero no es suficiente.

—¿Qué quiere decir, Normando? —se extrañó Lola—. Porque yo prefiero que no vuelva a la tele. ¿O tiene que volver?

—Bueno..., creo que no —dudó el argentino—. Sería lo mejor, desde luego, pero he pensado otra cosa y así no tendrá que volver. Lo que hay que hacer es difundir nuevas imágenes por todas las televisiones, eso sí: son las reglas. Escuche: vamos a darle a una amiga mía, que es periodista de una agencia de noticias,

unas cuantas exclusivas. Quedaremos con ella para que haga diversos reportajes fotográficos a Daniel por aquí, cerca de su casa. Será muy cómodo para él, ya lo verá. En uno de ellos lo veremos paseando con un libro en las manos, para vender de él una imagen de hombre culto; otro reportaje se lo haremos comprando en el supermercado, con una bolsa en la mano, para dar una imagen de hombre moderno; otro en chándal, por el parque, para convertir su imagen en la de un buen deportista; otro en...

— Bien, bien — se impacientó Lola —. ¿Y luego, qué?

— La agencia de mi amiga venderá las fotos y los vídeos a las revistas y a las televisiones, asegurando que son imágenes robadas. Incluso yo interpondré una demanda judicial por vulneración de la intimidad de Daniel, demanda que naturalmente el juez no admitirá a trámite. Nunca lo hacen en estos casos. Ni que decir tiene que por el importe de la venta de ese material mi amiga periodista le dará a usted treinta mil euros. Puede que más.

— ¿Treinta mil euros? ¿Así, tan fácil? — A Lola le costó creerlo.

— Treinta mil. Como lo oye — prometió el argentino.

— Qué bien. ¿Y luego? ¿Ya está?

— Bastará por ahora para que Daniel siga protagonizando portadas en las revistas y en páginas de Internet, y para que se produzcan debates enconados sobre su imagen en las tertulias y en los rifirrafes habituales de los programas de ese tipo. Y después... ¡bum! ¡Daremos el golpe definitivo!

— ¿El golpe definitivo? — Lola no salía de su asombro.

— ¡Definitivo! Escuche: haremos una excepción a esa condición de que no hable. Sólo tendrá que decir una palabra a cambio de otros treinta mil euros. ¡Sólo una!

— ¿Sólo una? ¿Qué palabra?

— Imbécil.

— ¿Cómo dice?

Solari sonrió para sí, como si se le hubiera ocurrido una idea genial. Y casi seguro que era así. No porque la idea fuera nueva, porque se había repetido una y otra vez en muchos programas, sino porque a Lola no se le habría ocurrido nunca algo así y para ella constituía una genialidad ante la que su sorpresa alcanzaba cotas siderales.

— Se trata de algo muy sencillo — explicó Solari con gran convencimiento —. Entre las propuestas que hemos recibido para que Daniel acuda a un programa de televisión, tenemos la llamada del Canal Rosa, que ofrece quince mil euros a su hijo por asistir. Eso quiere decir que están dispuestos a llegar a los treinta mil y, a cambio de esa cifra, y de exigir que en el guión figure la intervención de un tertuliano que se meta con él, que le ofenda, aceptaríamos ir. Entonces Daniel, al ver que le insultan, sólo tendrá que mirar al tertuliano, llamarle imbécil y salir del plató. Abandonar el plató asegura una audiencia millonaria, los directivos de la cadena estarán felices, el director del programa procurará que todo se produzca tal y como le digo y ustedes ganarán otros treinta mil euros. ¿Qué le parece? No me diga que no visualiza ya, en todos los canales, al día siguiente, la imagen de su hijo abandonando un plató, irritado, malhumorado. De ahí al estrellato, ¡zas! ¡Una autopista!

Lola contemplaba los labios de Solari, explicando aquello, entre la perplejidad y la admiración. ¡Aquel hombre era un auténtico genio! Pero ¿cómo podía ser tan fácil ganar tanto dinero? Las preguntas se agolpaban en su cabeza, se preguntaba si no se molestarían en el Canal Rosa, si obligarían a su hijo a volver al plató, si no les demandarían por no cumplir el acuerdo de estar en el programa, si después le iban a insultar mucho, si... si... si...

— ¿Y si mi hijo se enfada de verdad y le da un puñetazo al otro pobre? ¿Qué clase de insulto le va a...?

— ¡Nada, mujer! — Solari movió la cabeza a un lado y otro —. Déjelo en mis manos. Se pacta todo, hasta los insultos. Figurará en el contrato, esté tranquila. Es la costumbre.

— ¡No me diga!

— ¡Todo!

— Hay que ver, Virgen santísima...

Mientras Lola acordaba con Solari iniciar aquel proceso de lanzamiento de Daniel a la ruidosa popularidad de la prensa más sensacionalista, tan fácil de conquistar con un buen pedazo de carne fresca, Paula no podía dejar de pensar en él ni dejar de sentir un vacío doloroso en las entrañas. Lo que había sido su más bella historia de amor se revolvía dentro de ella creando remolinos agrios en un devastador huracán de vientos contradictorios. No lograba evitar amarle, pero tampoco conseguía comprender por qué seguía amándolo. Ya no era Daniel, el hombre con el que había comprometido su futuro; pero tampoco dejaba de ser el hombre que una vez estuvo formando parte de ella misma y que, por haber cambiado el rostro y enfermado, no dejaba de pertenecerle, como si su ausencia la convirtiera en una viuda emocional y su presencia en una esposa traicionada. Las contradicciones son un estado de ánimo, como lo son la riqueza y la felicidad, y en su ánimo pugnaban el deber de rescatarlo y el derecho a recobrar la libertad propia. Un cúmulo de sensaciones que alborotaban sus días y desbarataban sus noches, conduciéndola en caída libre hacia un estado muy parecido al enloquecimiento.

En la fundación detectaron muy pronto que no se encontraba bien. El director habló con ella para conocer la razón de su bajo rendimiento laboral y la causa de sus continuos errores en los cometidos más sencillos, pero la entrevista terminó sin obtener respuestas convincentes ni esclarecer nada. Su pasado laboral, la impecable trayectoria anterior, impidió que se tomaran decisiones más drásticas sobre ella, y además una indiscreción de alguna compañera supuso que se difundiera la verdadera causa de su raro comportamiento, definido como ruptura sentimental, mal de amores y frustración de pareja, con el dato añadido de ser la ex novia de «ese tío guapísimo de la tele», el del atentado en Afganistán. La confidencia sirvió para que todos mostraran hacia ella una condescendencia muy parecida a la lástima, incluso por parte de los jefes, que se armaron de paciencia convencidos de que esa clase de depresiones amorosas son lavadas por el paso del tiempo con eficacia. Pero la propia Paula comprendió que aborrecía su trabajo, que lo que antes le satisfacía ahora le atormentaba, y aunque sabía que no podía permitirse el lujo de perder un puesto de trabajo en el peor momento de la crisis económica, cuando no tendría ninguna oportunidad de encontrar otro empleo, el insomnio, el desgaste emocional, el juego de sus contradicciones y el suplicio del amor y del desamor triturados por el mismo almirez le arañaban el alma cuarteando la piel de su cuerpo, envejeciéndola y aprisionándola en un silencio del que no podía salir.

Los restos de lucidez que le quedaron le aconsejaron pedir ayuda a un psicólogo que la atendió con esmero, diagnosticó su mal y le aconsejó someterse a terapia. Paula no se negó, pero se entregó a tres

sesiones que sirvieron para confirmarle que, por honestidad profesional y dignidad personal, no podía seguir ocupando un puesto de trabajo que no podía desempeñar. Solicitó unos días de baja por estrés y le fueron concedidos con la condición de que a su regreso tendría que volver a trabajar con la intensidad y resultados que exigía su puesto, a lo que se comprometió con tal de alejarse de obligaciones y disponer de más tiempo para permanecer encerrada en casa, con las persianas bajadas, pensando en él y sólo en él.

Cuando volvió a salir a la calle, seis días después, era una mujer difícil de reconocer. Había perdido peso, había descuidado su aseo, las ojeras se extendían como dos mares de color púrpura afeándole el rostro y las manos, nerviosas y temblorosas, sostenían un cigarrillo tras otro como si la muerte fuera una droga a la que se había enganchado y sólo deseaba filmársela deprisa para culminar su autodestrucción. No era una mujer nueva, sino una mujer derrotada. Todo ello a pesar de haber tomado dos decisiones que en aquellos momentos le parecieron certeras y salvadoras: forzar su despido de la fundación para disfrutar un año del subsidio de desempleo y viajar lejos, a Australia, para vivir con su padre y alejarse de Daniel y de todo cuanto se lo recordase.

No le fue difícil pactar un despido con derecho a paro. Incluso el director de la fundación, al verla en un estado tan lamentable, le hizo saber que comprendía lo que le pasaba y que le aseguraba que, si algún día decidía reincorporarse, tendría su puerta siempre abierta. Paula se lo agradeció con una sonrisa y dos besos antes de salir del despacho, sin saber que, en cuanto cerró la puerta tras ella, el director llamó por el interfono a su secretaria y le dijo:

— Lidia, toma nota: una nómina menos. Perfecto. Contrata a una becaria en prácticas que te parezca despabilada, de esas que alborotan con los indignados del 15M. Con carrera universitaria y algún máster, y que se incorpore cuanto antes al mismo puesto de Paula. Ofrécele jornada completa y por supuesto no más de cuatrocientos euros de sueldo. Catorce pagas, eso sí, para que no digan que explotamos a los jóvenes.

— ¿Y con Paula, qué hacemos?

— ¿Con Paula? Pobre chica... No podemos hacer nada más. Así es que dale mil euros como finiquito, eso sí, con buenas palabras y, si lo firma, nada de paro. No vamos a cargar al Estado con los caprichos de una neurótica, ¿verdad?

— Enseguida, don Mauro.

Paula firmó lo que le pusieron delante fiándose de la buena fe de su empresa y pensando únicamente en el viaje que se había propuesto hacer. Pero al cabo de unos días, cuando descubrió que no tenía derecho al subsidio de desempleo porque en su expediente constaba que había renunciado a su puesto de trabajo, de manera voluntaria, pidió de nuevo consulta con un psiquiatra de la Seguridad Social y, amable pero inflexible, el servicio de la especialidad le dio cita para siete meses después. Se quejó, pero el argumento de los recortes presupuestarios en la sanidad a causa de la crisis económica la dejaron indefensa. De nuevo encerrada en casa, sintiéndose abandonada por todos y sin lágrimas que derramar, acudió en su rescate un ataque de rabia tan intenso que tomó la decisión de pedir ayuda a la única persona que podía dársela.

Se pasó tres horas en la bañera, abriendo y cerrando el grifo del agua caliente para conservar una temperatura agradable, pensando en que la vida le había dado la espalda sin encontrar razones que le hicieran merecerlo. Comprendió que no había ningún puesto de trabajo para ella en un país asolado y de repente recordó a aquel Daniel que con tanta ternura le hacía el amor y que ya nunca volvería a su vida. Se masturbó dos veces sin ganas, salió de la bañera, se maquilló, se vistió y se peinó hasta que vio en el espejo

una mujer que podía presentarse en sociedad y salió a la calle, entró en un bar, pidió un pincho de tortilla y se bebió tres copas de vino antes de acabar con un gin-tonic. Y, débil y asustada, subió a su coche.

Eran las nueve y media de la noche. Por la autopista de Barajas circulaba un tráfico escaso en dirección al aeropuerto y pisó el acelerador hasta sentir el vértigo de la velocidad. Y doce minutos después se desvió por la primera salida que conducía a su destino y frenó el coche frente a un club iluminado por luces rojas y amarillas, igual que si fuera un símbolo de patriotismo. El neón azul cobalto parpadeaba su nombre, infatigable. Paula se quedó sentada al volante, con el motor en marcha, dudando de si estaba tomando la decisión más adecuada. No sabía lo que podía encontrar en el interior del local, y sintió miedo. Pero tenía ahorrado el dinero justo para hacer frente al siguiente plazo de la hipoteca y pagar los recibos de la casa, el teléfono y la luz, y poco más para vivir. Así es que pensó que no había alternativa y que, allí dentro, se iba a encontrar con quien, sin duda, la podría ayudar: Dionisio.

Tal vez hubiera un puesto para ella detrás de la barra, o en la caja registradora, o al menos de relaciones públicas, sin necesidad de ir más allá. Un puesto de trabajo y un sueldo que le permitiera reunir el dinero suficiente para realizar el viaje a Sídney y que, de todos modos, le impidiera caer en la peor de las situaciones del parado sin esperanzas: la pérdida de la propia dignidad.

Apagó el motor de coche, salió, cerró las puertas con el mando a distancia y, como quien camina a la guillotina con la dignidad de una reina, enfiló el camino de grava que conducía a la puerta de La Divina Con Medias.

Los paseos de Daniel por las calles de su barrio, por los pasillos de un supermercado y por los alrededores del parquecillo de la esquina se grabaron y fotografiaron en una misma tarde sin que él se diera cuenta. La fotógrafa de la agencia era una experta en imágenes robadas y en ningún momento se dejó ver. En realidad, el paseo lo hizo Daniel con su madre, pero Lola, advertida por Solari, se despegaba de su hijo de vez en cuando, con la excusa de entrar en una tienda un instante o de detenerse a mirar un escaparate, y Daniel, abstraído con cualquier cosa, avanzaba solo unos pasos, momento que la periodista aprovechaba para hacer las fotos y los vídeos pactados. En poco más de dos horas había recopilado material suficiente para llenar las páginas de todas las revistas del ramo y para emitir en los cien programas de carnaza popular que se retransmitían en las cadenas de televisión.

Los beneficios de aquel paseo fueron muy superiores a los treinta mil euros previstos. Restando la comisión de Solari, los beneficios de la agencia y los sobres de corruptelas que se perdieron en el camino, Lola contó cincuenta y cinco mil euros mientras Daniel hacía *zapping* por las cadenas y se veía en todas ellas, con extrañeza al principio y después con una sonrisa bobalicona de satisfacción no disimulada. «¡Mira, soy yo! ¡Otra vez! ¡Y otra!», repetía a su madre sintiéndose protagonista de algo que no comprendía pero que le resultaba halagador.

— Sí, hijo — explicaba Lola, contando billetes de cincuenta euros —. Es que mi niño es muy guapo.

— ¡Como hay Dios! — refunfuñaba Dionisio —. ¡Hay que joderse!

Daniel reía más y más fuerte y continuaba saltando de cadena en cadena, gesticulando despectivamente cuando en alguna de ellas no salían su foto o imágenes de él en la pantalla.

— Déjale al niño — le recriminaba Lola —. ¿No ves cómo disfruta?

— Sí. Ya veo. ¡Puedes estar contenta!

— ¡Amargado, que eres un amargado! Mira todo este dinero. — Le agitaba Lola los billetes ante los ojos, abanicándole con ellos —. Sólo me preocupo por su futuro. ¡Es lo único que me importa! Dentro de nada, tendrá lo suficiente para vivir bien el resto de su vida. No sabes la tranquilidad que supone algo así para una madre.

— Ya, ya... Lo haces por él...

Dionisio negó con la cabeza y volvió a meter los ojos en el periódico. El padre se negaba a participar en un juego que comprendía demasiado bien, una farsa en la que se ridiculizaba a su hijo para burla y escarnio de gente desocupada y el enriquecimiento de quienes manejaban los hilos de los nuevos títeres y bufones que necesitaba la sociedad para olvidarse de sus propios problemas. Pero Lola no llegaba a comprenderlo, pensaba Dionisio.

— ¡Pues sí! ¡Y además es una buena salida para el niño! Mejor que tú negocio de putas...

— ¡Cállate y no me calientes porque tú llevas comiendo de él toda la vida! — Dionisio cerró el periódico y lo arrojó contra el sofá, levantándose para irse—. ¡A mis putas, como tú las llamas, es a quienes deberías agradecerse!

— ¡Anda, anda! ¡Corre al club! — Sacudió la mano Lola, despectiva—. Y así descansaremos todos.

Dionisio arrambló con la gabardina colgada en el perchero del vestíbulo, dio un portazo y salió de la casa, otra vez harto de soportar el desprecio de su mujer por su trabajo y cansado de aquel idiota en que se había convertido su hijo. Bajó al garaje, se subió al coche, puso la radio y condujo enfadado hasta que salió de Madrid.

Cuando llegó a La Divina Con Medias no había mejorado su humor. Entró en el local dando grandes zancadas, por lo que la cubana Selene, que se había hecho cargo de la barra y de la caja en su condición de veterana, se dio cuenta del talante que traía el jefe y bajó la cabeza para concentrarse en sacar brillo a algunas copas de champagne y vasos bajos de whisky. A aquella hora tan temprana todavía no había llegado la clientela, pero ya estaban todas las señoritas que esperaban ofrecer sus servicios acomodadas en los sofás y en la barra, algunas de dos en dos, comentando sus cosas. Dionisio tiró la gabardina sobre el final de la barra y se acercó hasta Selene.

— ¿Ha habido algo?

— Está muy floja la tarde. — El tono fue de excusa, innecesaria—. Aún es pronto, ¿no?

— Puede.

— ¡Ah! Y esa señorita, que ha preguntado por usted.

Dionisio levantó los ojos hacia donde le indicaba la mirada de Selene y se sorprendió de verla allí. Paula, sentada en un taburete junto a la barra, con un vaso de Coca Cola ante ella, esperaba a que la viese y hablase con ella.

— ¿Paula? ¿Qué coño haces tú aquí?

— ¿Podemos hablar, Dionisio?

— ¡No me jodas que vienes a preguntar otra vez por el idiota de mi hijo!

— ¿Podemos?

— Sí, claro. Anda, ven conmigo.

Dionisio salió de la barra y le abrió paso hasta una habitación en donde estaba instalada la oficina. Una mesa rebosante de papeles, un ordenador viejo, un sillón incómodo y un enorme sofá, que a buen seguro podría contar muchas historias de burdel, era cuanto había sobre un suelo enmoquetado que olía a años y a restos de alcohol. Y en las paredes, un calendario de gasolinera y un apunte al natural de una mujer desnuda pintado por un artista necesitado que se pagó la lujuria con aquella obra sin terminar. Paula sintió asco en la garganta al entrar, del olor a alcohol, a tabaco y a podrido que desprendía todo, pero Dionisio la urgió para que se sentara en el sofá.

— ¿Aquí?

— En donde quieras. — Dionisio se sentó al otro extremo y encendió un cigarrillo—. A ver, ¿qué te pasa?

Paula tardó en contestar. En realidad, no había pensado cómo empezar porque supuso que el padre de su novio se alegraría de verla, la saludaría con un par de besos, se mostraría amable, iniciaría él la conversación pidiendo que le sirvieran algo para beber y, después, sólo después, se interesaría por el motivo de la visita al club, la primera vez que lo hacía. Pero aquella pregunta, a bocajarro y tan desprovista de cordialidad, le hizo dudar.

—Verás... —empezó diciendo, sin apenas voz—. La verdad es que necesito trabajar...

—¿De puta? —cabeceó Dionisio—. ¿Ahora te ha entrado la vocación? ¡No me jodas! ¿Y tú trabajo? ¿Y la fundación?

—Lo he dejado todo.

—Querrás decir que te han echado.

Paula agachó la cabeza avergonzada, pero se recobró pronto y le miró de frente.

—No. Nadie me ha echado. Les dije que quería irme y me aseguraron que cobraría el paro. Con ese dinero pensaba ir a ver a mi padre a Sídney y dejarlo todo para alejarme de Madrid.

Dionisio volvió a cabecear, a un lado y otro, sonriendo. Exhaló el humo a las alturas.

—¡Pero qué ingenua! Veo que eres tan gilipollas como lo era mi hijo. ¿Creías que una empresa te iba a regalar el paro? Pero ¿en qué mundo vives tú?

—Yo creía que...

—Creías, creías... —Dionisio se levantó y fue hacia su mesa, seguramente para ocultar que lo que en realidad sentía por la chica era lástima.

—¡Lo creía, sí! —Paula respondió con firmeza, ofendida—. ¡Me han engañado, claro, pero yo no tengo la culpa de que el mundo esté lleno de hijos de puta! ¡Además, que sepas que si quiero irme de aquí es porque no soporto ver ni un minuto más lo que le estáis haciendo a Daniel!

Dionisio se volvió con los ojos echando fuego y la cara desencajada.

—¡Oye, niña! ¡A mí no me vengas a sermonear! ¡A mí me da tanto asco como a ti! ¡Así que vete a pedir cuentas a su madre! ¡A mí, no! ¡No me jodas!

Tiró la colilla al cenicero y se dejó caer en el sofá, sacudiéndolo como si pretendiera desvencijarlo. Paula comprendió que no había estado acertada al explicarse.

—Son cosas de Lola, claro —musitó—. Lo imaginaba.

—¡Pues claro! ¿A quién se le iba a ocurrir, si no, pasearlo como a un mono de feria por todas las televisiones del país? Pero dejemos eso y vamos al grano: tú, ¿qué quieres?

Paula bajó la cabeza y cerró los ojos. Tenía tantas ganas de llorar que no pudo contenerse, a pesar de haberse repetido mil veces que no lo haría delante de él. Su llanto fue silencioso, pero las lágrimas le empaparon las mejillas. Que qué quería, le había preguntado... Como si ella lo supiera. Quería huir, eso era lo que quería. Huir de todo y de todos. Querría no tener que estar allí; querría que la vida le permitiese respirar; que Daniel fuera como el que fue, que su madre viniera de Oviedo y la abrazase, que su padre no estuviera tan lejos, que Dionisio no la tratase así... Que qué quería... No tener que mendigar trabajo, no vivir en un

mundo tan asqueroso, tan mentiroso, lleno de jóvenes en paro y de enfermos manipulados; no perder la dignidad, no tener que irse de casa porque el banco se iba a quedar con su piso si no pagaba la hipoteca, no sufrir más, por favor, no sufrir más, no sufrir más...

—Ha sido una tontería —dijo al fin, procurando arrancarse las lágrimas de la cara con un kleenex que sacó del bolsillo de su pantalón vaquero—. No debería haber venido.

—Vamos, no llores. —Dionisio le puso la mano en el brazo, estremecido al verla deshacerse de aquella manera—. Trabajo. Buscas trabajo, ¿no?

Paula afirmó con la cabeza.

—¡Es que no hay nada! ¡Nada! Ni para limpiar casas... Y necesito trabajar. Pero no sé por qué vengo a contártelo a ti. Como si no lo supieras de sobra...

Dionisio se rascó la nuca, pensativo. No entendía muy bien lo que le quería decir. No imaginaba que Paula hubiera llegado a tal estado de desesperación como para decidir vender su cuerpo, pero era cierto que las noticias aseguraban que la situación de mucha gente, sobre todo la de muchos jóvenes, había llegado a un límite inimaginable.

—Supongo que querrás que Lola no sepa nada de todo esto.

—Me da igual.

—¿Y Daniel?

—¿Daniel? ¿Es que es un delito trabajar? Además, él no se enteraría. No sabe ni que existo.

—Eso es verdad... —aceptó Dionisio, volviéndose a rascar la nuca—. Pero, joder, ¡es que lo que me pides...! Mira, ahora las chicas vienen de dos o tres países del Este. Casi todas las sudamericanas se han vuelto a sus casas.

—¿Quiénes?

—Las putas.

—¿Qué quieres decir?

—Que una española... no sé.

Paula lo miró desconcertada. Pensaba que la había entendido y ahora se daba cuenta de que estaba confundiendo. No se ofendió, pero le costó esfuerzo explicar que estaba en un error.

—Creo que..., bueno, me parece que no me he expresado bien... Yo, Dionisio, no he venido para pedirte..., bueno, que no quiero trabajar de puta, a ver si me entiendes. Que no es que tenga nada en contra de..., no es eso, lo que quiero decir es...

—Ahora soy yo el que no entiende un carajo.

—Pues... que había pensado que tal vez para la barra, para servir copas, ya sabes... Podría ayudarte y...

—Ah, ya me parecía a mí. —Dionisio lo pensó apenas unos segundos. Después, levantándose y señalándola con el dedo, advirtió—: De acuerdo. Pero a Lola ni una palabra de esto. Y nada de sueldo, ni Seguridad Social, ni hostias en vinagre, que no está el negocio para hacer caridad. Si quieres, quédate, pero

sólo ganarás lo que te saques en propinas. Así es que ya puedes despabilarte: mucho escote, mucha minifalda, mucha sonrisa y mucho calentar a la clientela. De ello dependerá lo que te ganes. Y dos cosas más: si aparece la pasma, se les invita siempre, no vayas a intentar cobrar sus copas; y si aparece la inspección de Trabajo, eres mi sobrina y me estás echando una mano. Aquí no estás currando, ¿entendido?

—Sí...

—Pues, hala. Empiezas hoy mismo que hay poca gente y así te vas poniendo al día. Por cierto, aquí de vestir pantalones vaqueros, nada. ¡Y ábrete esa blusa, por favor, que pareces la nieta de Teresa de Calcuta! ¡Selene!

La cubana Selene entró en el despacho corriendo, atendió a las instrucciones de Dionisio, y se llevó a Paula a la barra y le explicó a toda prisa en dónde estaba todo, cómo funcionaba la caja registradora y el horario que debía cumplir, que era desde las cinco de la tarde hasta la madrugada, sin hora fija. Allí no se cerraba hasta que se iba el último cliente.

—¿Quieres que te preste una minifalda? Con esos vaqueros no pones cachondo ni al chófer del papa...

—Es que estoy sin depilar y...

—¡Tú eres tonta! ¿Crees que los hombres se fijan en eso? Esas cosas sólo nos importan a nosotras, chica. Ven arriba, que te voy a vestir como debe ser. ¿Y tú? ¿Es que nunca te maquillas? Porque es que estás verde, hija...

Paula no pudo saber, por pasarse la noche entretenida en aprender a abrir las botellas de cava, a distinguir las diferentes clases de ginebra, a rellenar las cámaras y a darse prisa en cobrar, que en el mejor horario de la televisión, y en el canal de mayor audiencia, se había desencadenado una agria discusión sobre las tendencias sexuales de Daniel, y que mientras unos tertulianos aseguraban a voces que era homosexual, porque «alguien» le había visto en un bar de ambiente en el barrio de Chueca, otros levantaban todavía más la voz defendiendo la heterosexualidad del guapo teniente, una bronca televisiva para regocijo de la enorme masa de seguidores del programa en el que se empezó analizando los vídeos robados, en los que no aparecía ninguna mujer, y se terminó calificando a Daniel Peñalver de maricón, sin que los argumentos esgrimidos de que en el pasado había tenido una novia fueran suficientes para aplacar a los profesionales de la carnaza. Tan cierto era que, desde que se le conocía, no se había hablado de que tuviera ninguna relación, al igual que no se conocía lo suficiente de su vida privada como para afirmar lo contrario. Pero una de las participantes en la gresca tertuliana aseguró que esa misma tarde había hablado con «alguien» del entorno de Daniel y le había confirmado que no mantenía ninguna relación con mujer alguna. La información reafirmó la opinión de unos y fue minimizada por otros, que se negaron a establecer como definitivo ese dato para deducir la homosexualidad del protagonista.

Desde el sofá de su casa, Lola seguía el desarrollo de la discusión con asombro, al principio, y con una gran irritación, al final. A su lado, Daniel no comprendía el fondo de la discusión, aunque le complacía verse cuando se emitían, una y otra vez, imágenes suyas. Pero cuando se aburrió de verse, prestó algo más de atención a los gritos y a las voces airadas y se extrañó de oír aquellas palabras que no entendía.

—¿Homosexual? ¿Qué quiere decir homosexual, mamá?

—Nada, hijo. Calla y escucha.

— ¿Y maricón?

— Quiere decir que no te gustan las mujeres. Qué bobada, ¿verdad? Con lo a gusto que estás aquí conmigo.

Daniel guardó silencio y siguió atento al guirigay de los participantes en el debate. Y al cabo de un rato, como si se hubiera acordado de algo, preguntó:

— ¿A que sí me gustan las mujeres, mamá?

El programa, interrumpido en varias ocasiones por distintos cortes para la publicidad, duró hasta bien entrada la madrugada. Daniel, cansado de tanto griterío, llegó a dormitar un rato en el mismo sofá, aunque hablaran de él, y Lola iba encendiéndose a medida que avanzaba una discusión que, durante los intermedios, los tertulianos hacían más incisiva por indicación del director y con argumentos que se disparaban sin la menor prueba que los sustentaran. En algunos momentos, Daniel se despertaba y hacía algún comentario.

— Las mujeres me gustan porque son blandas, como las almohadas. ¿Verdad, mamá?

— Claro que sí, hijo.

O se iba a la cocina a beber un vaso de leche en el que mojaba un par de magdalenas, regresando con la boca manchada y una gota blanca pegada a la barbilla. En un momento de pausa, y sin relación con lo que se veía en la televisión, dijo:

— Un día soñé que dormía abrazado a una chica con los ojos azules. Era muy guapa. Y estábamos los dos desnudos. Sabía su nombre mientras lo soñaba, pero ya no me acuerdo.

— Calla, hijo, déjame escuchar. Y ven, que te limpie la barbilla. Que estás hecho un marrano.

Lola lo miró de reojo. No contaba con que Daniel pudiera soñar, y menos aún que en sus sueños pudiera reaparecer Paula, pero prefirió no volver a pensar en ello. Ahora tenía que encontrar el modo de salvaguardar la imagen de su hijo, puesta en cuestión por todos aquellos charlatanes.

De pronto sonó el teléfono. Era Solari, que llamaba al móvil para ver si tenía encendida la televisión y si estaba escuchando lo que se decía.

— Sí, claro que lo estoy viendo. Y tú ¿estás oyendo, Normando? ¡Es una vergüenza!

— Verdad, verdad... Y, qué quieres que te diga, no contaba con ello —replicó el representante—. Pero no te preocupes, Lola. Llevo un rato pensando y ya tengo la solución. Mañana por la mañana voy a tu casa.

— ¡Indignada! ¡Estoy completamente indignada! ¿Y qué va a pensar este pobre hijo mío, con lo que está oyendo?

— Nada. No te preocupes. Ahora lo mejor es que cambies de canal y te olvides. La publicidad, aunque sea de esta clase, no nos viene mal. Tiempo habrá para...

— Pero ¿ya has pensado qué hacer?

— Ya te he dicho que sí. Daniel va a demostrar lo hombre que es. Déjalo todo en mis manos.

— Si tú lo dices...

Manuela Vilmen presumía diciendo que era actriz. Había hecho teatro en el instituto de su Cuenca natal, a los dieciocho años se había ido a vivir a Madrid y, después de trabajar en dos discotecas y en un local del barrio de La Latina sirviendo copas cinco noches a la semana, a los veinte se había matriculado en un curso de teatro en la escuela del director argentino Víctor José. Unos meses más tarde, en cuanto comprendió más o menos en qué consistía el oficio y logró a cambio de un polvo desgastado que un amigo le hiciera una docena de fotografías artísticas, convenció a su profesor para que hablara con Normando Solari y aceptara ser su agente y representarla. Manuela podría llegar a ser una chica atractiva en cuanto se dejara asesorar en cuestiones de estética y, después de olvidarse de pintarse las uñas con dibujos esmaltados de medias lunas, solecitos y triángulos, después de dejarse el pelo largo y liso, después de borrarse un tatuaje y prescindir de la docena de piercings con que se adornaba y después de cambiar su forma de vestir, más propia de salir a hacer la carrera por las aceras de la calle de la Montera, Solari le hizo el favor a su compatriota Víctor José de aceptarla en su cartera de representados sin prometerle que pudiera conseguirle algún papel de importancia, y ella, al fin, pudo empezar a presumir de ser actriz. Aunque siguió sirviendo copas en la noche madrileña, porque de algo tenía que vivir.

Y lo cierto fue que terminó resultando una mujer atractiva, gracias también a una escogida selección de prendas compradas en las tiendas de Mango, Blanco, Zara y Trucco. Era bastante guapa, tenía buen tipo, unos zapatos Manolo Blahnik que le regaló un actor de edad que conoció en un *casting* y unas piernas interminables. Otra cosa era encontrarle trabajo. Solari lo había intentado en media docena de ocasiones cuando le solicitaron actores para series de televisión, pero nunca con éxito. Hasta que, aquella misma noche, se acordó de ella. Lo sucedido en el programa con Daniel Peñalver le hizo recordar que tenía en su cartera la persona que podía ayudarle a desbaratar las sospechas de homosexualidad del teniente y, de paso, enseñarle a la chica una puerta por la que podría acceder a la popularidad de manera rápida y eficaz.

Y aquella persona no era otra que Manuela Vilmen.

A primera hora del día siguiente la citó en su oficina y se lo propuso sin rodeos, con la brusquedad del que goza de un poder absoluto para manipular y aprovecharse de los débiles.

—Estoy seguro de que no quieres seguir poniendo copas toda la vida y dejándote manosear por todo el mundo —empezó diciendo—. ¿Me equivoco?

—¡Oiga! ¡Que a mí sólo me manosea quien yo quiero!

—De acuerdo. Como tú digas. Pero ¿te interesa o no lo que voy a decir?

—Sí, señor Solari —respondió la chica, arrepentida de su contestación anterior—. Claro que me interesa. Usted, para mí...

—Bien, así empezamos bien. Siéntate ahí. —Solari le indicó una silla al otro lado de su escritorio—. En ese caso vamos a convertirte en actriz, ¿de acuerdo?

—Es mi sueño. Yo... ¡ufff! —exageró Manuela.

—Vale, vale. Y déjate de aspavientos. En primer lugar te voy a proponer el trabajo más fácil de tu vida. De ti depende.

—Lo que haga falta, señor Solari.

Manuela se removió en su silla y se estiró, como si se hubiera tragado una estaca.

—Sí, ya... Eso decís todas, pero después... Bueno, de lo que se trata es de que no metas la pata, de que hagas única y exclusivamente lo que yo te diga y de que se te meta en la cabeza que, como se te escape una sola palabra de lo que te voy a decir hoy aquí, me encargaré personalmente de que no trabajes como actriz durante el resto de tu vida. O sea, que me aseguras tu silencio o te vuelves a Cuenca. Tú decides.

Manuela se amilanó un poco y perdió la esbeltez en su silla. Había vomitado la estaca. Adoptó un semblante confuso entre la preocupación y el miedo porque la seriedad de Solari parecía indicar que la propuesta iba a ser difícil, incluso puede que de algún papel en una película erótica, o algo peor; pero también consideró que cualquier cosa, en aquellos momentos, era una oportunidad y últimamente estaba demasiado desesperada, a punto de dejarlo todo y de volverse a casa, arrastrando el fracaso y vendida a los reproches de su padre, que se lo había advertido desde el principio. E imaginar ese purgatorio le impulsó a decir, en apenas un susurro:

—Confíe en mí, señor Solari.

—Muy bien. Se trata de Daniel Peñalver. ¿Sabes quién es?

—El militar guapo. Sí.

—¿Y sabes que anoche en la televisión se dudó de su hombría?

—Ah. Pero ¿no es gay?

—¿Gay? ¡Qué coño va a ser gay! —Solari palmeó la mesa con fuerza—. ¡Es un hombre con todo lo que hay que tener! Y ahí es precisamente en donde entras tú.

Manuela arrugó el entrecejo y miró fijamente a su representante. No imaginó que la propuesta pudiera ser... Y se le escapó la dignidad con la brusquedad de un géiser rompiendo la tierra para saltar por los aires.

—¿Quiere que me acueste con él? ¿Es eso? ¡Ah, no! Le advierto que yo...

—¡Tú eres tonta, niña! —Solari la cortó en seco—. Para acostarse con Daniel Peñalver tengo ciento cincuenta chicas ahí fuera, esperándolo y deseándolo, todas ellas bastante más guapas que tú. Anda que... ¡Qué más quisieras! Esto es un trabajo profesional. ¿Tú eres o no eres actriz?

—Sí..., claro..., yo.... Perdona.

—Además, si eres lista, te puedes ganar seis mil euros. Menos mi quince por ciento, naturalmente.

—¿Qué tengo que hacer?

Normando Solari se recostó en el sillón y cerró los ojos. Pausada y lentamente, remarcando algunas palabras y poniendo el énfasis necesario en las frases concretas que convenía, le fue detallando que el trabajo consistía en asistir a dos o tres citas con Peñalver que él mismo prepararía. Añadió que, en esas citas, su

papel protagonista consistía en interpretar que era la novia del muchacho, o al menos que mantenía con él un romance oculto. Su trabajo incluía convencer al chico de que en algún momento caminaran tomados de la mano, en otro momento incitarle para que se dieran un beso y, en otras ocasiones, entrar y salir con él de un restaurante, de un cine o de un coche. El mismo se encargaría de preparar los escenarios y los horarios de los encuentros. Una vez que ambos fueran fotografiados en esas situaciones, llegaría el momento estelar de su actuación como actriz. Daniel volvería a desaparecer y Manuela se quedaría sola ante el mundo. A requerimientos de la prensa, porque todos los medios se volcarían sobre ella para obtener declaraciones. Ahí empezaba su verdadera interpretación. Le prepararían las respuestas más adecuadas sobre un cuestionario de las cincuenta o cien preguntas posibles que pudieran hacerle, y ella debía memorizarlas y responder exclusivamente lo pactado. Ahí era en donde tenía que demostrar lo que valía, que era una auténtica actriz. Y aunque la pregunta más repetida sería qué clase de relación había entre Daniel Peñalver y ella, se limitaría a responder: «Ninguna; sólo somos buenos amigos», aunque, naturalmente, nadie lo creería. Luego, añadió, le insistirían sobre las actitudes cariñosas en que habían sido vistos; sobre la cantidad de veces que se les había descubierto juntos; sobre aspectos de la intimidad en sus relaciones sexuales; sobre si ya habían hablado de boda... En fin, lo de siempre, puntualizó Solari.

—Es que son tremendamente «originales» en sus preguntas, ¿sabes? —concluyó—. Pero tú ni caso. Responderás sólo lo que se te diga que tienes que responder y nada más. ¿Lo has entendido?

—Sí, claro. Comprendo.

—Todo el proceso durará una o dos semanas. Te invitarán a hablar en todos los platós de televisión, pretenderán que concedas declaraciones exclusivas, te ofrecerán dinero por una cosa y por otra. Y tú ¿qué es lo que tienes que hacer?

—No sé... —titubeó Manuela.

—¡Lo que yo te diga! ¡Sólo y exclusivamente lo que yo te diga! ¿Es que eres lerda o qué?

—Claro, señor Solari. Sólo lo que usted me diga.

—O sea, que nada de televisiones ni de exclusivas. Saldrás fotografiada en todos los programas, siempre junto a Daniel, pero tú sola no vas ni a mear, ¿entendido?

—Sí.

—Y al cabo de un tiempo, cuando se disipen las dudas sobre la homosexualidad de Daniel Peñalver, te pagaremos mil euros. Y de inmediato anunciarás la ruptura amorosa con él: más publicidad para ti. Después será el momento de ganarte los otros seis mil euros, si eres lista.

Manuela no alcanzó a comprender el modo. Guardó silencio mientras Solari encendía un puro y se levantaba para mirar por la ventana, y finalmente preguntó:

—¿Y esos seis mil euros? ¿Cómo se ganan?

—Se ganan si decides ganártelos. Eso ya es cosa tuya. Yo vendo un reportaje tuyo en una revista, en *Girls*, en *Summer* o en alguna de ese tipo, y serás portada: «Desnudamos a la ex novia de Daniel Peñalver», ya puedo ver el titular a toda página. Fotos exclusivas.

—¿Un reportaje erótico? ¿Totalmente desnuda?

— Un reportaje artístico, niña, con fotos con mucha clase e ilustrado con una entrevista en la que hablarás de tu vida como actriz, de tus sueños, de tus deseos... Y de que terminaste tu relación con Daniel Peñalver porque por ahora la boda no entra en tus planes y prefieres consolidar antes tu profesión de actriz. Ya te prepararé el cuestionario y las respuestas. Sólo con hacerlo ya serás una estrella y tendrás dinero.

— Pero desnuda... Yo... Señor Solari. Mis padres...

— ¡Pero bueno! ¿No quedamos en que eres una actriz? ¿O es que si Almodóvar te pide que te desnudes en una escena de cama con Antonio Banderas vas a andar pensando en tus padres?

— Pero Almodóvar no es *Interviú*, señor Solari.

— Yo no he dicho nada de *Interviú*. No entrarían en ese juego. Piensa en *Girls*, más bien. Ahora, que también puedes negarte: es cosa tuya. Pierdes el dinero y ya está. Ahora, que como algún día digas una sola palabra de lo que estamos hablando aquí, ya te he dicho adonde se va tu carrera de actriz.

Manuela empezó a darle vueltas a la cabeza. El trabajo principal, con Daniel Peñalver, estaba mal remunerado y los únicos beneficios reales que veía en la propuesta serían una popularidad que no podría explotar y unos miles de euros por aparecer desnuda en todos los quioscos de prensa de España. En realidad, desnudarse no le importaba demasiado: solía ir a playas nudistas y hacer *top-less* en las otras playas, pero una cosa era estar a la vista de sus amigos y de su novio y otra ponerse en cueros ante todo el país. Porque, por lo que había visto, esas portadas se exhibirían de inmediato en las televisiones, se colgarían en Internet, habría fotos suyas en mil páginas de la Red y, lo primero que le llegarían, sin duda, serían ofertas para volver a posar desnuda y, como mucho, unas cuantas ofertas para hacer películas eróticas. De ahí a tener que agachar la cabeza sobre unas cuantas braguetas y aceptar papeles vergonzosos había sólo un paso. Y habría ayudado a rescatar el buen nombre de ese guapo militar que no había hecho ningún mérito para lograr la fama que tenía mientras ella iniciaría una carrera de actriz, o de lo que fuera, por el más bajo de los lugares. Y, además, había otro inconveniente, y era que su novio no se lo iba a permitir.

— ¿Qué estás pensando tanto? — Solari se inclinó sobre ella —. ¿Se puede saber qué es lo que te preocupa?

— Las fotos, señor Solari... No creo que tenga un desnudo bonito. Además, mi novio...

— Pero ¡por la concha de mi madre! ¡Si son fotos artísticas! ¡Como un *book* de esos que os hacéis las actrices, que por cierto todavía estoy esperando el tuyo!

— Es que me lo está haciendo un amigo, sólo me cobra trescientos euros, pero como me falta algo de dinero...

— ¡Que dejes ya de hablar de dinero, joder! — Solari se irritó —. ¿Aceptas o no el trabajo con Daniel? Lo demás, tiempo tendrás de decidirlo.

— Sí, claro. Cuente conmigo, señor Solari.

— Pues ya está. Y una cosa más: si quieres llegar a algo en este mundo, déjate de novios. Los novios, hasta los más liberales, son celosos y posesivos, y te amargarán la vida hasta que te dejen o les dejes. Así es que ya puedes ir dando puerta al tuyo o terminarás por cagarla. Te lo digo por experiencia. Y ahora vete y empieza a concentrarte en tu papel. Te avisaré en un par de días para la primera función. Adiós, guapa.

— Adiós y gracias, señor Solari.

Manuela Vilmen caminó cabizbaja por las aceras de la Gran Vía sin pensar en Daniel, ni en el trabajo que acababan de proponerle, ni en sus padres, ni en Cuenca: sólo pensaba en Alex, su novio. Había quedado poco después con él en Cibeles, por donde pasaría a buscarla en su Ducati 848 evo, recién estrenada, para ir al garito de siempre con sus colegas. Y tendría que decirle cómo había resultado la entrevista y explicarle en qué consistía el trabajo. Pero ¿cómo contarle que iba a aparecer en todos los medios como la novia de otro? Podría decirle la verdad, que sólo se trataba de un montaje, y hacerle jurar que nadie más lo sabría, pero Alex, con lo bruto que era, no sería capaz de aguantar las burlas de sus amigos cuando se enteraran de que su novia le estaba poniendo los cuernos con el guapo de la tele, y menos aún podría explicar la verdad de los hechos porque Solari le había amenazado con el fin de su carrera si llegara a saberse lo que estaban tramando en realidad.

Manuela sabía que lo más fácil era llamar a Solari para comunicarle que lo había pensado mejor y que no aceptaba el papel, pero aquella negativa supondría, de igual manera, que su representante no volvería a confiar en ella y nunca más la enviaría a un *casting* ni le proporcionaría papel alguno en el cine o en la televisión. Fin de su carrera.

Otra posibilidad, pensó, era decirle toda la verdad a Alex, obligarle a apartarse de su grupo de amigos para no resultar herido con sus puyazos, al menos hasta que todo pasase, y convencerle de que sería bueno para su carrera de actriz, comprometiéndose, para compensarle, en no aceptar el reportaje fotográfico de la revista erótica, para que nadie la viera desnuda. Pero perder esa suma de dinero, con la falta que le hacía para seguir adelante y renovar su vestuario, pagar el alquiler, hacerse un *book* en condiciones y esperar llamadas de los productores de cine, era una pena, total por cuatro fotos como las que se hacían todas las actrices del mundo. Pero sabía que Alex no aceptaría esa afrenta, aunque sus amigos no se lo restregaran por la cara. Menudo era Alex para pasar ese trago, tan celoso, tan machista, tan posesivo... Sería el fin de la relación con su novio.

Así que sólo quedaba una tercera posibilidad: hacer caso a Solari y dejarle, poner fin al noviazgo y no tener que dar cuentas a nadie.

Pero ¿por qué se engañaba de esa forma? Manuela sabía que no podría dejar a Alex. Dos años de relación era mucho tiempo. Y le seguía queriendo aunque a él nunca le había gustado que quisiera ser actriz y prefiriera que se buscara un curro seguro de cajera en un súper, en el Carrefour o el Mercadona, o mejor aún, en una tienda de ropa, en H&M o el Bershka. Muchas veces le había hablado de su sueño profesional, de su carrera como actriz, de llegar a ver su nombre en letras grandes en las carteleras... Pero Alex se burlaba de ella y le decía que esas cosas eran pura fantasía, que para llegar ahí había que conocer muchas camas y que ella era de Cuenca, por si se le había olvidado.

— Además, que si te tengo que ver en una película haciéndotelo con un actor, paso de ti. A mí, tú no me pones los cuernos.

— Pero si es de mentira, es una película.

— ¡Y una mierda! ¡Como que no se morrean, se magrean, se comen las tetas y de todo! ¡Hasta follan de verdad, estoy seguro!

— ¡Qué bruto eres, Alex! Es cine, sólo cine. ¡Fingen!

— ¡Pues ya puedes ir pidiendo curro en el Bershka porque será todo lo fingido que quieras, pero a ti el

Bardem no te come los morros delante de mí ni en sueños, me cago en...!

Alex se ponía como un loco cuando discutían sobre esas posibilidades, por eso Manuela sabía que la quería. Si esos celos eran la demostración del verdadero amor, ¡cómo iba a dejarle por una propuesta de Solari con la que iba a cobrar lo mismo que sirviendo copas! Pero, por otra parte, ¿cómo decir que no? Alex decía que se pusiera a trabajar de cajera, pero de sobra sabían los dos que no había trabajo para nadie, incluso él había decidido hacer dos pases de costo desde Marruecos con el fin de ganar el dinero necesario para pagar los últimos plazos de la Ducati y esnifar de vez en cuando el gramo de cocaína que se metían entre los dos.

La Gran Vía se fue haciendo cada vez más corta. Al cruzar a la calle de Alcalá y pasar por delante del Círculo de Bellas Artes alzó la cara y vio, muy de cerca ya, a la diosa Cibeles tirando de su carro de leones. Alex estaría esperándola delante de la Casa de América y todavía no tenía ni idea de qué iba a decirle. Era imposible tomar una decisión. Era él o su carrera; Alex o el cine; su amor o su profesión. Al final iba a tener razón Solari...

Para no llegar a la cita, se sentó en un banco delante del Banco de España y se lió un cigarrillo. Tenía que pensar. Tenía que pensarlo muy bien porque Alex no le iba a poner la mano encima, eso no se lo consentiría, pero de algún modo tendría que envolver la historia para que, aunque se enfadara, no cortara con ella en ese mismo instante. Tal vez si le confundiera utilizando palabras técnicas que él desconocía, como por ejemplo que le habían propuesto hacer un papel en un documental de ficción para un *talk-show*, él se conformara, y cuando le preguntara en qué consistía su personaje, decirle que sólo pasear con un actor, de la mano, y poco más. Después, poco a poco, según fueran las grabaciones, podría contarle algo más.

— ¿Un *talk-show*? ¿Y qué coño es un *talk-show*?

— Bueno, técnicamente hablando es un *magazine*.

— No lo pillo.

— Pues... no sé, tío. Es fácil de entender. Mira, es un género televisivo muy popular, seguro que has visto alguno. Como cuando un torero famoso dice que se divorcia de una friqui y venden la exclusiva. Luego dicen que se han rejuntado y vuelven a cobrar otra exclusiva. Cada uno de esos reportajes es algo así como una ambigüación, no sé si me explico.

— Ya. ¿Y tú qué vas a vender?

— Lo mío es un docudrama en el que actúa también Daniel Peñalver, ¿sabes quién te digo?

— Sí. El pringado ese de Afganistán.

— Pues eso.

— Pero ¿tú qué coño vendes? ¿Y qué tienes tú que ver con ese cara bonita?

— Todavía no me lo han dicho. Me darán el guión uno de estos días... Se trata de un documental de ficción en el que se supone que somos novios o algo así.

— Joder, Manuela. ¡Qué obsesión con ser actriz! Para mí que alguien te está comiendo el tarro, y tú eres una buena tía. Tu novio soy yo, el único, no sé si lo tienes claro.

— Que sí, Alex, pesado. Anda, dame el casco. Que luego pisas el acelerador como un loco y un día vas a

conseguir que me rompa la crisma...

Paula tardó muy poco en aprender las normas del club y un poco más en comprender el modo en que se trabajaba, pero aquella primera noche no entró ningún cliente hasta pasadas las dos de la madrugada, por lo que Selene agradeció pasar el rato y entretenerse explicándole todo lo relacionado con La Divina Con Medias. Para empezar, lo básico era entender que allí no trabajaba ninguna chica, o sea, que no había prostitutas: se trataba de un bar de copas como cualquier otro al que acudían algunos clientes que si ligaban o no era cosa suya. Era esencial comprenderlo porque de vez en cuando entraban miembros de la Policía Nacional, uniformados o de paisano, a pedir la documentación a las mujeres. Si no tenían los papeles en regla, podían ser denunciadas, citadas para declarar e incluso enfrentarse a un expediente de expulsión del país; pero, fuera como fuese, el local no tenía nada que ver en ello. En cambio, a los clientes, los policías no les requerían nada y los dejaban marchar. Con la Policía Municipal, en cambio, había que tener más cuidado, porque acudían por alguna denuncia o por la queja de algún vecino a causa del horario de cierre, fijado a las tres de la madrugada, aunque era un límite que jamás se cumplía porque era a esa hora, precisamente, cuando empezaba a llegar la clientela.

Solían ser ejecutivos que ya habían ingerido la suficiente cantidad de alcohol y que esperaban culminar allí una noche de fiesta. Por lo general no eran conflictivos y, por si acaso se precisaba su intervención, a la puerta estaba Silvio, un guardaespaldas de casi dos metros de estatura que decidía a quién dejaba entrar y a quién no, según como dominara las consonantes al hablar y el sentido de la orientación que demostrase al enfilarse los quince o veinte metros existentes entre el aparcamiento y la puerta.

Una vez dentro, ellas se aproximaban, coqueteaban con los clientes y les pedían ser invitadas a una copa, para romper el hielo. Los precios eran fáciles de retener: la consumición de él, nueve euros, fuera refresco, cerveza o agua; quince si se trataba de una copa y dieciocho si pedía un whisky; la de ella, en cambio, siempre treinta euros. Si ellos querían un benjamín, veinte euros, mientras que la botella de cava costaba cien euros y la del champagne Moët & Chandon, doscientos. De esos precios, el setenta por ciento era para la chica y el treinta por ciento restante se lo quedaba como beneficio el local.

Después de una o dos copas, lo siguiente era solicitar subir a una habitación con la chica. Entonces el precio era de sesenta euros si pedían un servicio de media hora y ciento veinte por una hora, más tres o seis euros, respectivamente, que cobraba el club para gastos de lavado de sábanas, preservativos, jabón y otros pequeños detalles.

Al jefe no le gustaba que las chicas vistieran mal ni que usaran pantalones vaqueros, por lo que todas ellas lucían grandes escotes, pantalones cortos o minifaldas escandalosas y un maquillaje cuidado, salvo la ucraniana Anna, que estaba siempre desnuda, tan sólo cubierta con un tanga minúsculo, medias, ligero, zapatos de alto tacón y un sostén de encaje transparente. No era guapa, pero la naturaleza le había obsequiado con un cuerpo escultural. Las otras cinco o seis chicas, todas con edades comprendidas entre los veinticinco y los treinta y cinco años, no eran especialmente atractivas, pero la escasísima luz del local y lo avanzado de la noche ayudaban a convertirlas en princesas del amor alquilado. Dos eran rumanas, una

marroquí y otra dominicana, además de Anna, la ucraniana. Si tenían novio o proxeneta, no lo decían: a ellos les estaba prohibido entrar, y si alguno tenía que dar algún recado, Silvio se encargaba de recogerlo, transmitirlo y, en su caso, dar la respuesta.

— Ahora somos cinco o seis, según los días — informó Selene —. Todo por la maldita crisis. En este club, hace unos años, llegamos a trabajar hasta cuarenta chicas.

— ¿Y los clientes? — se interesó Paula —. Son más de las doce y no ha entrado nadie.

— ¡Uy, hija! — sonrió irónicamente la cubana —. Veremos si entran a las dos o a las tres. Esto ya no es lo que era.

— Y entonces, ¿hasta qué hora hay que estar?

— Eso nunca se sabe. Las cinco, las seis... Un día salimos de aquí a las once de la mañana. Mientras se vaya haciendo caja...

Las chicas fumaban y, como no había ceniceros a la vista por imperativo de la ley antitabaco, se usaban botes vacíos de refrescos para la ceniza y las colillas. Pero lo que más sorprendió a Paula del ambiente mortecino con que transcurrían las horas era el silencio de ellas, las escasas conversaciones que mantenían, apenas un par de frases cortas y desganadas, los largos bostezos y la búsqueda de nuevos cedés para encontrar una música que no las durmiese antes de que llegara el momento de intentar conseguir algún trabajo para saldar la noche. Paula le preguntó a Selene si siempre era así, incluso los fines de semana.

— ¿Los viernes y sábados? Todavía peor. Los hombres están con su mujer y sus hijos. Viene algún grupo de jóvenes, pero tan borrachos que apenas pueden hacer nada. Las chicas tienen siempre cocaína, a ver si los despabilan, pero ni así...

— Hoy es miércoles...

— Pues fíjate, porque es el mejor día, chica. Hoy y mañana. Los lunes y los martes también están matados. ¡Hazme caso! ¡Esto no es lo que era ni de largo! Esta crisis está llevándose todo, y eso que no se han subido los precios, todo lo contrario.

Cerca de la una entró un vendedor ambulante y las chicas se arremolinaron en torno a lo que vendía. Se trataba de un moro con chilaba que llevaba los brazos llenos de abalorios y juguetes de luces de colores, y un maletín bajo el brazo. Su sonrisa era amplia y la blancura de su dentadura, en los claroscuros del local, relucía como una luciérnaga. Paula expresó con la mirada a Selene su extrañeza.

— ¿Qué pasa?

— Nada — se desentendió ella —. Cuando vienen los vendedores es un rato de distracción para todas. Venden perfumes, tangas, vestidos, maquillaje... A muy buen precio. Silvio los deja entrar porque a Dionisio no le importa. Nosotras nos compramos cosas que están muy bien y ellos se ganan la vida. Mira, este bolso de Hermés, lo compré por veinte euros.

— Será falso...

— No. Robado.

— Ah.

Paula asistió con curiosidad al despliegue de ofertas y a las compras que las chicas hacían, alegremente, de perfumes, vestidos y algunos productos de belleza. Las faldas y vestidos se los probaban allí mismo, sobre su ropa de trabajo, y se aconsejaban unas a otras sobre la manera en que les quedaba la prenda. Después, si las convencía, regateaban durante un largo rato el precio con el vendedor hasta cerrar el trato.

—Lo que menos se venden son tangas. Como ahí tenemos la máquina...

—¿La máquina?

Selene se la señaló, después la acompañó hasta un extremo del club, junto a la puerta de los aseos, y se la mostró. Y, en efecto, entre una máquina expendedora de patatas fritas y frutos secos y otra de sándwiches y bollería industrial, una pequeña máquina expendía tangas en bolas de plástico, que se obtenían con una moneda de dos euros, haciendo girar una llave como la de un grifo. El mismo sistema que se utilizaba para los pequeños juguetes dispensados en bolas para los niños, pero con la diferencia de que su contenido era el de una minúscula braguita o un tanga.

—Aquí lo tienes —sonrió Selene.

—¿Y para qué? No lo entiendo.

—Ay, hija. No te imaginas la cantidad de hombres que, al terminar, quieren llevarse el tanga de la chica como recuerdo. De este modo, siempre hay tangas de repuesto.

—Desde luego —cabeceó Paula—, qué cosas más raras...

—Pues eso no es nada. Hay hombres que pagan para que les peguen. Y otros que pagan tres o cuatro horas de servicio sólo para dormir, para hacer tiempo hasta que llegue la hora de la salida de su vuelo. Prefieren dormir aquí a pagarse una habitación en un hotel. Aquí se ve de todo, chica, porque cuidado que los hombres son raros. Tú espera y ya verás. Menos peleas, claro. En eso, podemos estar tranquilas.

—¿Seguro?

—Y tanto. Como dice Dionisio, no hay que confundir montar un follón con follar un montón, o sea que la chica que arme jaleo se va a la calle. Más de una ha salido de aquí de mala manera... Y con los clientes, no hay cuidado: Silvio es un experto en calmarlos si alguno caga fuera del tabor.

—¿Cómo?

—Si hace algo malo...

—Ah. Pues, mira, me alegro. Porque tenía un poco de... miedo, o no sé qué.

Tres días después, Paula ya no se sorprendía de nada. Ni siquiera del perrillo de Ivona, que a veces acompañaba a su ama al club y nada más ver a Anna, la ucraniana, se iba con ella, se frotaba y restregaba y, a veces, le mostraba los ímpetus de su masculinidad. Y era que, como todos sabían en La Divina Con Medias, *Poe*, el perro de Ivona, estaba perdidamente enamorado de Anna. Y no era sólo una manera de hablar.

Al otro lado de Madrid, cuando Lola y Solari dijeron a Daniel que esa tarde iba a salir a pasear con una chica muy guapa que quería conocerle, no respondió ni que sí ni que no. Alzó los hombros y preguntó para qué, a lo que Lola replicó que para nada, sólo para que tomase el aire y hablara con alguien distinto, que no era bueno que estuviera todo el día encerrado en casa sin nada que hacer. Daniel tampoco se negó, volvió a

alzar los hombros y siguió haciendo *zapping* en el televisor.

—Vamos, date prisa. —Lola le quitó el mando a distancia de las manos y le urgió para que se arreglara un poco—. Ven al cuarto de baño, que te voy a peinar. Y te voy a dar un polo limpio, el blanco, que ése ya está hecho un asco. Ven conmigo.

—¿Y por qué tengo que salir con esa chica, mamá?

—Te va a gustar, ya verás. —Lola terminó de peinarlo—. Se llama Manuela y es muy guapa. No te vas a acobardar ahora por conocer a una chica, ¿verdad?

—No. Si a mí me da igual.

Manuela Vilmen esperaba desde hacía rato en el portal de la casa de Daniel. Al otro lado de la calle, sin ningún disimulo, aguardaba también la fotografía de la agencia con dos cámaras colgadas al cuello y una pequeña videocámara en el bolso para tomar otro tipo de imágenes. Eran poco más de las siete de la tarde y los días empezaban a crecer, conservando la luz natural hasta muy avanzado el día. Habría que esperar a la noche para que fuera más impactante el efecto que quería dar a las imágenes.

Manuela se remiraba en el reflejo del escaparate de la tienda que había justo al lado del portal y no se reconocía. Acostumbrada a vestir a su aire, Solari se había empeñado en llevarla esa misma tarde de compras y la había vestido, de los pies a la cabeza, de un modo raro, inusual. En Caramelo le había comprado una camisa de seda en un tono verde muy pálido y una minifalda negra, y en Sisley una chaquetita de lana fina en color verde bosque. Los zapatos negros de tacón, las medias transparentes y el bolso de Desigual le daban un aspecto de niña pija y conservadora, casi beata, con el que no podía identificarse.

—Yo es que así..., no me veo, qué quiere que le diga.

—Tú hazme caso y calla —zanjó Solari—. Es tu presentación en sociedad y yo sé lo que te conviene.

El pelo suelto, limpio y liso, y un maquillaje suave, completaban una imagen que, por extraña y ajena a su manera de ser, le ayudarían a interpretar el papel que había aceptado. Así se convenció y se tranquilizó. Aunque cuando la viera Alex de esa forma seguro que se partiría de risa, pero a la vez comprendería que se trataba tan sólo de una mera interpretación y se suavizaría la importancia que en otro caso habría dado a las imágenes que mostraría la televisión.

La fotógrafa de la agencia, en la otra acera, vestía en cambio como siempre: pantalones vaqueros, zapatillas deportivas, camiseta, jersey y chupa de lona. Fumaba un cigarrillo tras otro, matando la espera, y mientras lo hacía pensaba en el asco que le empezaba a producir su trabajo, siempre espiando y disparando fotos a personajes de tres al cuarto sin ningún mérito para ser fotografiados. Y de repente recordó los inicios en su profesión, cuando todavía era mucho peor: cuántas noches pasadas en vela ante la casa de un personaje popular a la espera de su entrada o salida, o de fotografiar a todo el que llamara al timbre de la casa o la abandonara después. E incluso algo más sucio aún, cuando le obligaban a robar las bolsas de basura del personaje famoso depositadas en el contenedor de su portal para, más tarde, en su casa, rebuscar desperdicio por desperdicio para descubrir qué comía, qué bebía, qué papeles había tirado y qué contenían aquellos papeles, celebrándolo como el hallazgo de un tesoro si aparecía un recibo de teléfono con las llamadas realizadas o un resguardo de tintorería, porque el que hubiera pedido una pizza por teléfono un domingo por la noche o que en el extracto del banco figurara un ingreso de tres mil euros proveniente de una discoteca de moda podían convertirse en una noticia escandalosa sobre la que podrían debatir media docena

de tertulianos durante tres *magazines* de corazón seguidos, haciendo conjeturas, cábalas, afirmaciones gratuitas y suposiciones con o sin fundamento. O sea, que entre rebuscar en la basura y fotografiar a distancia a una pareja de *celebrities* fabricados para consumo de masas, la actual ocupación había supuesto un notable ascenso en su carrera, por decirlo de alguna manera. Aunque el trabajo le diera cada vez más asco. Pero ahora ya no podía dejarlo: no tendría a donde ir.

Finalmente se asomó Daniel Peñalver al portal de la casa acompañado de su madre. Las frases de presentación fueron tan exageradas y sonrientes por parte de Manuela y de Lola como inexpresivas por parte de Daniel.

—Encantada de conocerte. —Manuela le besó ambas mejillas.

—Sí —respondió él, sin fijar la mirada en ella—. ¿Te gustan los Lince?

—Cariño —interrumpió Lola a su hijo—. Estoy segura de que a Manuela le va a encantar que le hables más tarde de eso, pero creo que ahora deberías ser un caballero y preguntarle adonde quiere ir. Yo os dejo, ¿de acuerdo? Anda, dame un beso e id a tomar algo a un bar.

—Sí, mamá.

—Y no olvides que Solari os ha reservado una mesa a las nueve en ese Tapelia de la esquina. Cena bien, ¿de acuerdo?

—Vale, sí.

—Hasta luego, Manuela. —Lola se despidió dando dos besos a la chica—. Encantada de conocerte.

—Igualmente, señora.

Daniel y Manuela se alejaron por la acera caminando lentamente y sin hablar, lo que a Manuela le puso nerviosa porque no sabía cómo empezar una conversación, mientras que a Daniel no le importó en absoluto porque ni siquiera se dio cuenta de que estaba con una chica ni pensó que tuviera que decir algo. En realidad, sólo le importaba la gente que se le acercaba a darle la mano, o dos besos, y a pedirle permiso para hacerse una foto con él. Al doblar la esquina, Manuela descubrió a la fotógrafa que les seguía por la otra acera y supo que tenía que decir algo, o por lo menos sonreír, para que las fotos fueran de interés.

—Mira, ahí hay una terraza. Y tiene estufas por si hace fresco. ¿Te apetece que nos sentemos a tomar algo?

—Yo no tengo sed.

—Bueno, yo tampoco. Pero estaremos más cómodos y podremos hablar. Y así me cuentas lo de los lince. He oído que es una especie en peligro de extinción...

Daniel alzó los hombros, indiferente a la invitación a sentarse en la terraza y se quedó pensativo. Mucha gente empezó a rondar la mesa y otros muchos le señalaban, sin atreverse a acercarse. Sólo un par de adolescentes le saludaron con sonrisa de embobadas y luego dieron un grito histérico. Nada más tomar asiento, Daniel frunció las cejas y dijo:

—¿Por qué van a extinguirse los Lince? Son, junto al RG31, los todoterrenos mejor blindados. El modelo MLV dispone de uno de los sistemas más avanzados de blindaje multicapa de doble generación y pesan seis mil quinientos kilos. En Afganistán, mi patrulla...

— Oh, perdona. — Manuela forzó una gran sonrisa y, con mucha naturalidad, puso su mano en la de él. — ¡Seré tonta! Pensé que hablabas del lince, el animal. Claro, como yo no entiendo nada de las cosas de la guerra.

Daniel la miró y luego miró la mano de la chica posada sobre la suya. Hizo un gesto de desagrado y apartó la mano. Manuela rezó para que la fotógrafa hubiera tomado la instantánea de las manos unidas. Cuando el camarero les preguntó qué iban a consumir, Manuela pidió un Red Bull y Daniel dijo que nada, que ya había merendado.

— Yo salgo mucho por la tele, ¿sabes? — dijo Daniel de improviso.

— Ah, ¿sí? — Manuela se hizo la interesante. — La verdad es que no la veo mucho, me paso el día trabajando, ya sabes... Pero he oído hablar de ti muchas veces y te he visto también en alguna revista.

— ¿Trabajando? ¿Por qué?

— Para ganar un sueldo, por qué va a ser. Hay que trabajar.

— Yo no. Yo soy un héroe de guerra y me pagan una pensión.

— Lo sé. Menudo mérito tiene lo tuyo...

Manuela dio un sorbo largo a su bebida. Tenía que pensar en cómo seguir la conversación, pero no se le ocurría nada. En realidad, nadie le había dicho que Daniel fuera tan parco en palabras, y mucho menos que no fuera normal. Porque todavía no estaba segura de cómo era, y no quiso prejuzgar nada, pero la impresión que le dio es que no estaba bien de la cabeza. Algo que confirmó cuando él, mirándolo todo como si estuviera descubriendo fachadas, coches, aceras, escaparates y todo cuanto le rodeaba en aquella calle vulgar, sin nada interesante que ver ni posar nunca los ojos en ella, dijo:

— Pues yo soy famoso. Más famoso que el general de mi regimiento y que muchos futbolistas del Atlético de Madrid. Me lo ha dicho mi madre.

— Perdona. Voy un momento al servicio.

Dentro del aseo de señoras, encerrada en una cabina, Manuela llamó a Solari por el móvil.

— ¿Sí?

— Solari, me largo de aquí. No puedo con este tío. No diré que no, está buenísimo, volvería loca a cualquier tía, pero es gilipollas del todo. O sea, que me voy.

— ¡Tú no te vas a ningún sitio! — ordenó el representante.

— ¿Cómo que no? ¿Cómo quieres que yo...? ¡Es que me vais a volver loca! Pero ¿qué le pasa? ¿Está drogado o es que es idiota?

— Es idiota — sentenció Solari sin inmutarse. — O mejor dicho, es un enfermo. O sea, que tú a callar. Son las secuelas del atentado, pero eso sólo tienes que saberlo tú. Así es que vuelve a su lado, haz tu papel y procura que salga todo según lo acordado.

— ¡Pero es que no puedo! — gimoteó Manuela.

— ¡Claro que puedes! Y haz el favor de no dejarlo solo ni un instante. Ve a cenar con él donde te he dicho y que se os vea bien. Y sonríe, sonríe todo lo que puedas. Aunque no lo creas, tú y yo nos estamos jugando

mucho. O sea que déjate de niñerías, ¡y haz de una puta vez tu trabajo!

Manuela guardó el móvil, salió de la cabina, se miró al espejo y, sin poder creer lo que estaba viviendo, a punto estuvo de echarse a llorar. Pero al cabo de unos segundos se recompuso, respiró profundamente, se metió una raya de cocaína que preparó sobre su dedo pulgar, se ajustó el sujetador con ambas manos, recolocándose las tetas, y salió del servicio y del bar, a la terraza, dispuesta a demostrar a Solari de lo que era capaz. Enfurecida, se deshizo a voces y malos modos de la docena de chicas que rodeaban a Daniel, pidiéndole autógrafos y haciéndose fotos con el móvil junto a él, obligándolas a alejarse de allí, y se sentó frente a Daniel.

—¿Quiere fotos comprometidas? ¡Pues las va a tener! —dijo para sí, hablando sola. Y luego, dirigiéndose a él, espetó—: A ver tú, bombón, no me digas que no te gusta mi culo. Porque bien que me lo has mirado hasta que he entrado en el bar...

Apoyada en la barra del club, Paula empapó con sus lágrimas la revista que estaba leyendo. Tenía delante de ella, esparcidas, siete u ocho publicaciones de actualidad, y en todas ellas, en la portada o en el interior, ilustrado el reportaje con muchas fotos, podía verse a Daniel con una tal Manuela Vilmen, una guapa, joven y prometedora actriz, paseando, cenando, tomados de la mano y, en una foto algo borrosa, besándose, o al menos era lo que se insinuaba en la publicación. No había declaraciones de Daniel, tan sólo una frase de Manuela, entrecomillada, afirmando que no había nada entre ellos, que sólo eran buenos amigos. Pero en los reportajes que daban cuenta «del nuevo amor del guapo teniente» se detallaba la relación amorosa y todas sus características, explicando que se veían con frecuencia, que él no había desmentido la exclusiva, que todavía no había planes de boda y que, no obstante, se había visto a la actriz entrando en una boutique de vestidos de novia de la madrileña calle de Serrano. Todas las revistas afirmaban que se esperaba una inminente rueda de prensa de la pareja en la que confirmarían el noviazgo y, tal vez, una fecha para el compromiso nupcial. Paula dejó de leer en cuanto las lágrimas le impidieron hacerlo y se tapó la cara con las manos.

—Pero ¿qué te pasa, chica? —Selene la vio llorar y corrió a su lado. Otras dos compañeras se acercaron también.

—¿Estás bien? —preguntó la dominicana Nerea.

Paula, al sentir el calor de las manos de sus compañeras sobre la espalda, se deshizo en lágrimas de un modo aún más ruidoso. Apartó las manos de su cara, las miró doliente y señaló el montón de revistas desplegadas sobre el mostrador.

—Es Daniel —pudo decir, en medio del cuajo que le cerraba la garganta.

—¿Qué Daniel? ¿El guapísimo ese? —inquirió Selene.

—Ya —informó Nerea, despectiva—. Parece que se va a casar. No hay derecho: a hombres así se les debería prohibir. Qué suerte tiene esa zorra de Manuela...

—Bueno. ¿Y a ti qué te importa? —Selene apretó la mano de Paula—. ¿Es que le conoces?

—¡No! —estalló Paula con la fugacidad de un relámpago, tomando aire para inhalar un poco de la dignidad que estaba perdiendo. Luego se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y pidió un pañuelo de papel para sonarse la nariz—. No le conozco, no. Es verdad, ¡a mí qué me importa!

—Pero estabas llorando de un modo... —insistió Selene—. Tú le conoces, chica, a mí no me confundes...

—Dejadme en paz.

Paula se zafó de todas ellas y se fue a los servicios para lavarse la cara y retocarse el maquillaje. Después de los días que llevaba trabajando en La Divina Con Medias ya había aprendido a maquillarse y a

vestirse como le gustaba a Dionisio, de modo que lucía un pantalón tan corto que no le cubría las nalgas por completo, un *body* de encaje negro con transparencias y medias negras con ligas.

A lo que no se había acostumbrado todavía era a los zapatos de tacón alto, pero para cualquier cliente su aspecto en general, y su vestuario en particular, no difería mucho del de las otras chicas del club.

En el aseo de señoras, apoyada en el lavabo y mirándose al espejo, sintió lástima de sí misma. Pero aún sintió más lástima por Daniel, al que estaban encerrando en un laberinto de mentiras en el que se estaba perdiendo, estaba segura. En cuanto llegara Dionisio le preguntaría si era verdad todo lo que contaban las revistas y, si no era así, cómo consentía que Lola estuviera jugando de esa manera con él. Se atrevería a decírselo porque estaba convencida de que Dionisio no estaba de acuerdo, ni participaba de cuanto sucedía, aunque luego pensó que tal vez lo supiera y no le importara, lo que podría ocasionar una discusión que terminaría con su despido del club. En todo caso, no pasaría nada si le diera la enhorabuena por el noviazgo de Daniel, preguntándole si el chico se sentía feliz. Eso es lo que haría.

Volvió a atender la barra, convencida de que se había repuesto del disgusto, y apartó de sí todas las revistas. Pero al cabo de un rato, en la soledad de un club al que nadie entraba, su cabeza volvió a dar vueltas a la noticia, imaginándose a Daniel besándose con la chica, acostándose con ella, dejándose acariciar y chupetear por ella y, como sube la marea, igual que se propaga un incendio, la rabia empezó a quemarle las entrañas, la marea a inundarle los ojos y el fuego a abrasarle el entendimiento, y empezó a odiar a Daniel, a sentir un volcán de resentimientos y a dejarse llevar por una riada vengativa como jamás sintió.

Su trabajo en el club se limitaba a servir copas y a aguantar a los borrachos sus insinuaciones primero y sus obscenas proposiciones después del segundo whisky, y aunque alguno se había puesto muy pesado insistiendo en que quería acostarse con ella, ofreciéndole el triple y aún más del precio que cobraban las otras chicas, ella les había repetido educada pero firmemente que su trabajo se limitaba a servir copas, que no estaba allí para nada más y que se buscaran a otra, hasta que en ocasiones tuvo que enfadarse y llamar a Silvio, el cubano, para apaciguar los ardores del cliente. Pero aquella noche, entre la rabia, el odio y los deseos de venganza, se juró que aceptaría subir a la habitación con el primero que se lo propusiera, sin importar su aspecto, edad ni el dinero que le ofreciera.

Una rabia, un odio y un deseo de venganza muy parecidos, aunque por motivos muy distintos, a los que en aquellos momentos sentía Manuela Vilmen tendida en su cama, llorando, dolorida y con la cara amoratada por efecto de los golpes que Alex, su novio, le acababa de propinar. En cuanto le llevaron al taller donde brillantaba la moto un ejemplar de la revista en la que pudo ver a su novia besándose con aquel tipo, corrió a buscarla, la arrastró hasta su casa y, sin mediar palabra, empezó a golpearla hasta que quedó semiinconsciente en el suelo. Ya desplomada, le propinó una última patada en la cara y salió dando un portazo después de jurar a voces que la mataría. Los gritos de la mujer dejaron indiferentes a los vecinos, ajenos a las campañas contra el maltrato a la mujer exhibidas en los últimos años en los medios de comunicación, y prefirieron no inmiscuirse aunque oyeron las amenazas de Alex. Cuando al cabo de un rato despertó Manuela, tuvo miedo y corrió a esconderse en su cama, arrebujándose en un ovillo, sangrando por la nariz y con un labio partido, además de otras muchas heridas y magulladuras. Pero después de llorar durante más de tres horas seguidas, sintió tanta rabia, tanto odio y tales deseos de venganza que reunió fuerzas para levantarse y, a trompicones, llegar al cuarto de baño.

La imagen que vio reflejada en el espejo era horrible: la sangre, seca, le manchaba casi toda la cara; tenía un ojo ennegrecido y el pómulo se le empezaba a hinchar. Se limpió lo mejor que pudo con un algodón

empapado, se puso una bolsa de hielo en el pómulo izquierdo y, arrancando el bolso del respaldo de una silla, salió a la calle y se fue al hospital.

En el portal, tres vecinas asistieron a la salida de una tambaleante Manuela en dirección a urgencias y la miraron como quien observa alejarse a un inmigrante subsahariano que acaba de limosnear unas monedas.

—Va caliente la vecinita, ¿eh? —sonrió una de ellas—. Y bien que se lo ha buscado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó otra, que volvía de la compra.

—¿Es que no ves la televisión? —se sorprendió la tercera—. Que se ha liado con Daniel Peñalver. Le ha puesto los cuernos a su novio y claro, el pobre chico...

—Normal. A ver si el gobierno acaba de una vez con tanto feminismo. Igualdad, igualdad... Lo que tiene que hacer una mujer como Dios manda es respetar a su hombre.

—¡Y que lo digas!

En el hospital, Manuela fue atendida por los servicios de Urgencias, que le preguntaron cómo se había producido esas heridas y hematomas en cara y cuerpo. Titubeó antes de contestar, sintiéndose humillada por tener que relatar la verdad de lo sucedido, pero, ante la insistencia de una doctora joven, insinuó que se había caído en el portal de su casa.

—Tropecé en la escalera y...

—¿Estabas sola o con alguien más?

—Yo... es que... Mi novio...

—Vamos, di la verdad. Dínosla. Esas heridas no son de una caída.

—Sí, sí... Me caí.

Los médicos se miraron entre sí y la doctora afirmó con la cabeza. Mientras uno de ellos salió a telefonar, la terapeuta le dijo sin rodeos:

—Mira, vamos a dar parte a la policía. Para mí, personalmente, está muy claro que se trata de una agresión y, en conciencia, tenemos la obligación de informar a la Unidad Contra la Violencia de Género. Luego denúncialo o no, haz lo que quieras, pero si hay un hombre que te ha pegado una vez, volverá a hacerlo en cualquier momento. Además, ¿no eres tú la que está saliendo con Daniel Peñalver? Si es él quien te ha pegado, se va a armar un buen escándalo.

—¡No! ¡Él no ha sido! Pero... —Manuela se vio de repente envuelta en un problema que la desbordaba—. Tengo que hacer una llamada, ¿me permite?

—Claro. Pero tienes que esperar aquí hasta que llegue la policía.

—Sí, sí, de acuerdo. Pero necesito hablar en privado.

Normando Solari tenía puesto el buzón de voz, tal vez hablara en ese momento, estuviera sin cobertura o con el móvil apagado, y Manuela le dejó un mensaje comunicándole que estaba en un hospital, que pronto llegaría la policía y que necesitaba saber urgentemente lo que tenía que hacer y decir. Su voz no dejaba lugar a dudas: le temblaba como si estuviera al borde de la muerte o frente a uno de los abismos del miedo y Solari no terminó de oír su mensaje cuando la telefoneó apresurado.

— Soy yo. ¿Qué ha pasado?

Manuela se disculpó ante la doctora, diciéndole otra vez que necesitaba estar sola porque se trataba de una conversación privada, y de inmediato la dejaron en la consulta, sentada sobre la camilla.

— Solari: Alex me ha dado una paliza y estoy en Urgencias, con la cara hecha un Cristo y con hematomas hasta en el carné de la Unión de Actores. Aquí he dicho que me he caído por las escaleras, pero nadie se lo ha creído. ¿Qué hago?

— ¿Y qué es eso de la policía que decías en el mensaje?

— Que la han llamado. Según la ley, tienen que hacerlo. Dicen que tiene que ver con la violencia de género o algo así.

— ¿Están ya ahí?

— No. Pero llegarán de un momento a otro. — Manuela estaba a punto de echarse a llorar —. ¿Qué hago? ¡Estoy muy asustada! ¡Tiene que decirme qué hago!

Solari se quedó callado al otro lado del teléfono. Era evidente que estaba pensando qué hacer. No sirvió de nada que la chica volviera dos veces a preguntar qué hacía; Solari callaba y su silencio pareció durar horas.

— Bueno — dijo al fin —. Lo primero es que te tranquilices. Respira hondo, haz un par de ejercicios de respiración de esos que os enseñan en la escuela para relajarnos y estáte quieta. Cuando llegue la policía, insiste en que se trata de una caída y nada más. Que no vas a denunciar a nadie porque nadie te ha puesto la mano encima. ¿Entendido?

— No se lo van a creer... — Manuela negó con la cabeza, como si el representante pudiera verla —. Estoy fatal y me duele mucho...

— ¡Da igual! ¡Aguántate! Tú haz lo que te digo y no pasará nada. Si no denuncias a nadie, nada pueden hacer. Y luego... — Solari guardó otro silencio interminable —, luego déjame hacer a mí. ¿En qué hospital estás?

— En el Doce.

— Bien. Yo me encargo de todo. Dentro de media hora, o un poco más, habrá un coche esperándote a la entrada de Urgencias. Un Audi negro con un conductor al volante. No tienes que hacer preguntas; se llama Edgar y trabaja para mí. Si sales antes, le esperas en la acera. Y si está, te subes al coche. No digas nada a nadie. Te vas de viaje.

— ¿De viaje? ¿Así, de repente? No puedo... Tendré que recoger mis cosas y...

— De eso nada. Tú te vas a ir derechita a Marbella. Te vas a hospedar en un buen hotel y te quedarás allí, viviendo como una reina, hasta que salgas como nueva. Descansarás, podrás darte todos los masajes que quieras, ir a las saunas, disfrutar de una buena comida... Y sobre todo me encargaré de que tengas allí un equipo médico que atienda tus heridas hasta que no quede ni rastro de ellas.

Manuela oía hablar a Solari y le pareció estar viviendo un cuento de hadas o una película de espías. No tenía fuerzas para negarse, pero tampoco comprendía a qué venía semejante montaje, tan espectacular, por unas cuantas magulladuras.

— Me parece un poco exagerado — dijo al fin —. Además, toda la prensa sabrá que estoy allí. Dicen que

Marbella está llena de *paparazzi*...

—De exagerado nada —Solari se mostró enérgico—. Tú haz lo que te digo y no me hagas perder más tiempo que tengo que organizarlo todo. Por ahora te callas ante la policía, después te vas a Marbella y lo demás lo dejas en mis manos. Y, por cierto: si tienes que llamar a tu madre o a quien sea, dices que tienes un rodaje en un pueblo cercano a San Sebastián y que ya volverás a llamar. Ni una palabra de todo esto. ¿Entendido?

—Sí...

—Y a ver si se te mete en la cabeza que, como alguien se entere de esto, los buitres van a caer sobre Daniel Peñalver como si fuera carroña fresca lista para un banquete. ¡Y a mí me jodes la vida! ¿Lo comprendes?

—Creo que sí, señor Solari. No se preocupe. Lo haré bien.

—Pues a ver si es verdad y te portas como una buena actriz o ya sabes lo que te dije. —Solari iba a colgar el móvil cuando, de repente, se acordó de que necesitaba un último detalle—: Ah, por cierto. ¿Cómo se llama tu novio?

—Alex. ¿Por qué?

—Alex, ¿qué más?

—Silva.

—¿Y en dónde vive?

—Pues, en su casa... ¿Por qué lo pregunta?

—¡Dame su dirección, joder! Tengo que hablar con él de todo esto para que no se vaya de la lengua. Voy a darle un montón de dinero para que se mantenga en silencio.

—En la calle Villarrubia. En el siete, ático dos.

—Pues, hala, andando. Al coche cuanto antes y a curarte. Ya te llamaré yo.

Solari colgó el móvil y rebuscó en el segundo cajón de su mesa de despacho. Allí, entre contratos con otros actores y actrices que había representado, tenía pasaportes, documentos de identidad y fotografías de muchos de ellos, en una carpeta. Eran documentos de actores jóvenes que alguna vez habían olvidado recoger su documentación, o que por creerla perdida se habían hecho duplicados y no habían ido a buscarla, y que Solari guardaba por si alguna vez los necesitaba. Revisó una a una las fotografías de los DNI de las actrices hasta encontrar el de Rosanna Andreu, una joven actriz morena con un lejano parecido a Manuela.

«¡Aquí está!», dijo para sí. Y luego, levantando el teléfono móvil, llamó a uno de sus colaboradores.

—Edgar, deja todo lo que estés haciendo y ven inmediatamente a mi oficina. Pero antes pasa por donde tú sabes y agénciate un Audi negro, lo más nuevo posible. Te vas de viaje.

—Sí, don Normando.

—Y di a Chorlito que venga también a verme, con un colega. Tengo un trabajo para los dos.

—Volando.

Edgar salió poco después de la oficina de Solari con seis mil euros para gastos y con el encargo de llevar a la chica a Marbella, al Gran Hotel, y registrarla a nombre de Rosanna Andreu. Tendría que quedarse un par de días por allí para asegurarse de que la chica no salía del recinto y, cuando ambos estuvieran convencidos, podría volver a Madrid.

Poco después, Chorlito y su colega el Cali abandonaron la misma oficina en dirección a un ático de la calle Villarrubia.

Todo transcurrió según lo indicado por Solari. Manuela insistió ante una agente de la policía que no había sufrido ninguna agresión, que había sido un accidente, y aunque ni los médicos ni la agente lo creyeron, no pudieron hacer otra cosa que informarle de sus derechos, darle el teléfono de atención a mujeres maltratadas y una tarjeta de la agente policial para que llamara cuando lo necesitara, de día o de noche. El parte de lesiones, firmado por el equipo médico, se extendió por triplicado, llevándose la policía una copia y Manuela otra. Y poco después, al salir de urgencias, con gasas y vendas cubriendo algunos puntos de sutura y manchas amarillentas tornasoladas de Betadine por diversas partes de la cara, el cuello y el cuerpo, un coche negro la esperaba en la puerta, tal y como había dicho Solari.

Edgar, al verla, bajó solícito a abrirla la puerta trasera del coche, esperó a que subiera, la cerró con cuidado y se puso en marcha en dirección a la carretera de Andalucía.

—Tenga usted, señorita— dijo, volviéndose para mirarla—. Este es su nuevo carné de identidad. Con él se registrará en el hotel al que la llevo: Rosanna Andreu. Mientras esté usted allí, ésta será su identificación, no lo olvide. Y antes, en Córdoba, nos detendremos para que haga las compras de ropa e higiene personal que necesite. El señor Solari se hace cargo de todos los gastos.

Manuela remiró el DNI de la otra chica y pensó que no se parecía en nada a ella. Aunque lo que en realidad ocupó su cabeza durante las horas del viaje, en las que no abrió la boca, era que aquello se parecía, en efecto, mucho más a una mala película de espías que a algo que le pudiera estar pasando de verdad. Incluso, cuando en Córdoba entró en varias tiendas para comprar pantalones, camisetas, ropa interior, jerséis, pañuelos de cuello, bisutería, productos de aseo, de maquillaje y de higiene íntima, siguió pensando que aquello era una locura y que no podía salir bien. Pero se dejó llevar porque, entre el dolor de las heridas y la incertidumbre de lo que iba a ser de ella en los días siguientes, lo aceptó con aparente naturalidad, como si fuera algo que le ocurriera todos los días. Y cuando Edgar, al salir de la última tienda, la invitó otra vez a subir al coche y le dio tres mil euros para que fuera pagando semanalmente su estancia en el hotel y otros dos mil en billetes de cincuenta para sus gastos menudos, lo único que se le pasó por la cabeza fue que nunca había ganado tanto dinero y que debería mandárselo a Alex para demostrarle que no le había engañado, que se había tratado de un trabajo y que la prueba era el dinero ganado.

Aunque lo que no podía saber Manuela era que, en aquellos momentos, Alex yacía en medio de una acera, cubierto por el papel dorado que utiliza el SAMUR para proteger la intimidad de los muertos, a la espera de que el juez de guardia llegara al lugar de los hechos para levantar el cadáver de un cuerpo que había caído, en lo que parecía ser un suicidio, desde el último piso de un inmueble.

Chorlito y el Cali también estaban entre la gente que se había arremolinado para curiosear, aunque lo suyo era más trascendente desde el punto de vista profesional porque estaban allí para asegurarse de que Alex Silva, el maltratador, estaba muerto.

Al comenzar el mes de julio, Daniel Peñalver y Lola se fueron de vacaciones a Marbella, por deseo de su madre, porque según ella era la playa en la que tenían que veranear, como lo hacían todos los famosos. Dionisio, harto de los tejemanejes de su mujer con su hijo, prefirió quedarse en Madrid con la excusa de que el negocio iba de mal en peor, lo que en efecto no se alejaba de la realidad, y que, en todo caso, si al final se lo podía permitir, iría algún fin de semana de agosto a visitarles.

Paula tampoco pudo moverse de Madrid. Hasta ese momento había ahorrado apenas trescientos euros con las propinas, porque lo demás había tenido que utilizarlo en pagar los plazos de la hipoteca, la gasolina y los demás gastos precisos para vivir. Miró en los portales de ofertas de Internet todos los viajes baratos a Sídney que se anunciaban y encontró alguno que podía pagar, pero eran vuelos previstos para después del verano, vuelos en compañías de *low cost* para finales de septiembre y octubre. Durante los meses del verano no había ofertas ni nada disponible para un viaje que pudiera costearse, a pesar de que la crisis parecía haber vaciado las cuentas corrientes de todo el mundo.

Al entierro de Alex fueron sus padres y muchos amigos, pero no Manuela, que no llegó a saber lo que le había ocurrido a su novio. Su ausencia fue muy criticada por todos los asistentes a los actos de incineración, y sólo la madre de Alex trató de disculparla porque era comprensible que estuviera destrozada, argumentó en un mar de lágrimas, y era natural que no se hubiera encontrado con ánimos para asistir, añadiendo que ella misma la telefonaría más tarde para preguntarle cómo se encontraba. Pero ni aquel día ni durante los siguientes consiguió que le respondiera al teléfono ni le devolviera las llamadas.

— Me ha llamado la madre de mi novio hace un rato — informó Manuela a Solari desde la habitación de su hotel.

— ¿Y qué le has dicho?

— No he contestado la llamada. Es que no sé lo que tengo que decir.

— Bien hecho — asintió Solari —. Si insiste en llamarte, no le contestes ni devuelvas sus llamadas. Se puede averiguar por un GPS dónde estás. O sea que escribe en un papel los números que quieras conservar, apaga el móvil, quítale la tarjeta, destrúyela y tira el aparato a la basura. Ahora le diré a Edgar que te compre otro terminal. Un iPhone 5, seguro que te gustará. Lo tendrás en la recepción antes de la hora de comer.

— Qué bien, Solari. ¡Me encanta el iPhone 5!

— ¡Pero guarda mi número! ¿Entendido? Que tú eres muy capaz de copiar todos menos el mío...



Lola y Daniel se instalaron en un apartamento de lujo que alquilaron en primera línea de playa. Lola había encontrado muy natural que todo lo pagara Solari y al llegar le informó de dónde estarían por si se le ocurría la manera de que su hijo concediera alguna exclusiva que se pudiera cobrar bien; el representante le contestó que seguro que sí y que, en cuanto diera con la fórmula, iría a verlos y a pasar unos días con ellos. Hasta entonces, lo importante era que Daniel se broncease bien, que se dejara ver por Marbella y que sonriera siempre que se le acercara alguien para pedirle un autógrafo, para darle un par de besos o, simplemente, para saludarle. Lola aseguró que así se haría.

A los pocos días de recorrer las playas y las calles de Marbella, Lola pensó que todo lo que se contaba eran mentiras inventadas por la prensa. No habían visto ninguna cara famosa, y eso que habían cenado en los restaurantes más caros y habían ido a las tres discotecas más populares de la ciudad, y lo único cierto era que su hijo era conocido por mucha gente de la que vestía pantalón corto, chanclas y chándal, de la que llevaba sillas, tumbonas y un transistor, y probablemente una sandía en la bolsa de playa. Gente de extracción humilde que se daba el gustazo de ir cinco días a Marbella más por contarlo después que porque la prefirieran a Benidorm, Cullera o Almuñécar, y que no sentían rubor alguno por acercarse a Daniel y saludarlo como si fuera de la familia, y seguramente lo fuera más que muchos de sus parientes; al fin y al cabo lo tenían cada noche en su cuarto de estar, dentro de la pantalla del televisor.

Al quinto día, Lola estaba decidida a irse de Marbella, harta de soportar legiones de pelmazos que no dejaban en paz a su hijo y, por el contrario, de no coincidir con nadie que le interesara para sus fines, ni con *celebrities* ni con *paparazzi*. Telefonó a Solari para manifestarle su profunda decepción, pero el representante no le dejó que terminara de hablar.

— Tranquilízate, Lola. Disfruta de estos días en la playa y, como te dije, procura que Daniel adquiera un bronceado atractivo. Este mismo fin de semana iré a verte un *bussinessman* muy importante. Ya he hablado con él.

— ¿Y eso qué es? Lo del *bisnes*... no sé qué.

— Nada. Tú tranquila. Es un *headhunter*. Se llama Adriano y...

— ¿Me vas a hablar en cristiano o te estás burlando de mí? — se irritó Lola —. Porque no entiendo una sola palabra de lo que dices y te advierto que te mando a la mierda a las primeras de cambio y me quedo tan pancha, que todavía no me conoces...

— Bueno, mujer. No te pongas así. — Solari trató de apaciguarle el ánimo —. Os va a proponer un asunto muy bonito, ya verás.

— ¡Pues a ver si se da prisa porque estoy hasta el moño de todo lo que veo por aquí! ¿No venían a Marbella jeques, actores famosos y todas las *putiplistas* y calentacamas que salen por la tele? Porque yo sólo he visto gentuza, a ninguno de todos esos, te lo aseguro.

— Vamos, vamos, calma... — suplicó Solari —. Estos días están todos los fotógrafos cazando a las famosas en *top-less*, pero pronto habrán terminado con todas, en cuanto se firmen los contratos y pacten el precio y el modo en que ellas finjan indignarse por atentar contra su intimidad. Después le tocará el turno a Daniel. Paciencia, no tenemos ninguna prisa.

— Pero es que me temo...

—No pasa nada, hazme caso. Ahora intenta relajarte y disfrutar, que ya verás cómo no te arrepientes de haber ido. Confía en mí.

Lola se conformó, al fin y al cabo tenía las vacaciones pagadas por Solari y tampoco se estaba mal en la playa, pero lo que no entendió era qué había querido decir con lo de los contratos y los pactos con esas mujeres a las que fotografiaban con los pechos al aire, como los exhibían casi todas las que tomaban el sol en la playa. Hasta ella lo hacía, por qué no. En todo caso empezó a roerle la duda de si el representante se estaba tomando en serio a su hijo o habría encontrado otro filón y se estaba desentendiendo de Daniel.

—Vamos, hijo —ordenó con la voz alterada por su enfado.

—¿Adónde, mamá?

—Nos vamos a comer a ese chiringuito de ahí, que he visto esta mañana que hacen paella. Te gusta la paella, ¿verdad?

—Sí. —Daniel afirmó repetidas veces con la cabeza—. Me gusta la paella y las tetas de esa chica de ahí. Parecen dos bolas de helado de chocolate. ¿Puedo comerme ahora un helado de chocolate?

—No, ahora no. Que se te quita el hambre y luego guarreas la comida. Y haz el favor de no hablar tan alto, que igual a esa chica le molesta que hables así de ella.

—Pues yo quiero un helado de chocolate...

Días después, Lola recibió la llamada anunciada por Solari.

Fue el jueves, a las cuatro de la tarde. El interlocutor se presentó como Adriano Boniccetti, de profesión relaciones públicas y mánager de una empresa cuyo nombre no entendió Lola. Exageraba su acento italiano, hablaba con la seguridad del que juega con el mundo como si fuera una pelota manual antiestrés de goma dura y se mostró tan amable y persuasivo al mismo tiempo que Lola no dudó en que tenía que aceptar su invitación para cenar en un restaurante de Puerto Banús. Habría una mesa sólo para dos, a su nombre, a las nueve y media, porque lo más conveniente era que Daniel no acudiera a la reunión: se trataba de una cena en la que se hablaría de negocios y los personajes importantes, como él, no tenían que soportar esa clase de encuentros, tan aburridos. Lola comprendió que aquel hombre prefería que su hijo no estuviera presente en la conversación y no le pareció mal.

Esa noche dejó a Daniel en el apartamento viendo la televisión con un par de pizzas sobre la mesa y una botella grande de Coca-Cola. Ella se arregló como si acudiera a un bautizo, pidió un taxi por teléfono y llegó al restaurante poco después de la hora fijada.

Boniccetti esperaba en la barra de la antesala del comedor con una copa de cava en la mano. Fue él quien la reconoció, sin duda por la descripción que le había hecho Solari, y se acercó a recibirla con una sonrisa ensayada y una sinfonía de ademanes aprendidos.

Lola se encontró, así, ante un personaje que le fascinó. Simpático, galante, atento, educado, complaciente... Aunque de aspecto muy juvenil, habría cumplido ya los cuarenta años. Vestía pantalones blancos, una camisa blanca rayada por listas azules y cuello azul, chaqueta de sport azul marino con botonadura dorada y zapatos tipo mocasín de ante azul muy oscuro. Impecablemente afeitado, llevaba el pelo engominado, peinado hacia atrás, y un reloj enorme en la muñeca que debía de ser de oro, quizá un Rolex. Adriano dejó la copa sobre el mostrador y la llevó, como si se tratara de un jarrón chino de la dinastía

Ming, a una mesa del fondo, abriéndole paso y mimándola para que no tropezara con nada y se sentara con toda comodidad en su silla. Luego levantó dos dedos y un camarero se acercó a toda prisa hasta la mesa.

—¿Tomarás conmigo un Martini mientras elegimos la comida? —preguntó sin apearse de su encantadora sonrisa—. Puedo tutearte, ¿verdad?

—Naturalmente. —Lola entornó los ojos. Se sentía una virgen felizmente asediada por un príncipe—. Pero prefiero una caña. ¿Tienen cerveza aquí?

—Por supuesto, señora —afirmó el camarero—. Un Martini muy seco para don Adriano y una cerveza para la señora. ¿Alguna marca en especial? Podemos ofrecerle Beck's, Diebels, Murphy's, Guinness, Affligem, Budweiser... También tenemos Spaten, Desperados, Franziskaner, Caesaraugusta, Löwenbräu, Hoegaarden, Moretti y Heineken. Además de Cruzcampo y McEwan's, naturalmente...

—Pues... no sé. ¿Tienen una Mahou?

—Lo lamento. —El camarero adoptó tal semblante de desolación que a punto estuvo de entristecer a Lola—. Si me permite la señora, le recomendaría que probase la Caesaraugusta. Claro, que en gustos...

—Pues esa misma —concluyó Lola—. Total, todas son cervezas, ¿no?

Adriano sonrió otra vez de un modo encantador y el camarero se fue en busca del pedido después de depositar sobre la mesa dos cartas con el menú de la cena.

La elección de los platos quedó en manos de Adriano porque a Lola le pareció más fino dejar que el caballero tomara la decisión por ambos. Él sugirió empezar con un paté de oca y ella no puso objeción. Luego ordenó una dorada a la sal para ella y una lubina salvaje para él. Y para acompañar la cena, una botella de Moët. El *maître* estuvo muy conforme con lo que calificó como una buena elección.

—El motivo de nuestro encuentro —comenzó a hablar Adriano con la copa del Martini aún en la mano— es invitar a su hijo Daniel para que sea la imagen de marca de un producto con un gran porvenir en la Costa del Sol. Lo he hablado ya con el señor Solari y le ha parecido una excelente oferta.

—¿Un producto? ¿Una marca? —Lola se llevó la cerveza a la boca y bebió un sorbo—. Oye, esta cerveza entra como el agua. Está riquísima. ¿Cómo ha dicho el camarero que se llama?

—Creo que se trata de la Caesaraugusta —respondió Adriano, y siguió a lo suyo—. Te decía, Lola, que la intención del grupo que represento es construir un campo de golf y una urbanización de chalés de lujo enfrente de una playa que hay muy cerca de esta ciudad, con una importante inversión.

—Pero ¿tú representas a una empresa? Creía que era cosa tuya.

—No, no... Se trata de un grupo inversor muy vinculado al gobierno, con mucho poder político y económico tras ellos. Yo sólo me encargo de dirigir su departamento de imagen. Y el problema es que el lugar elegido para construir el complejo urbanístico está declarado como zona protegida por los anteriores políticos de la junta de Andalucía, y ahora hay que recalificar los terrenos. No es que sea difícil, para eso manda quien manda, pero el papeleo es atroz y tal y como están los tiempos...

—La crisis, claro —se aventuró a comentar Lola.

—¿Qué crisis ni qué bobadas? La crisis es patrimonio de los pobres. Para los ricos, en cambio, la situación económica es una gran oportunidad.

— ¿Lo ves? ¡Cuidado que se lo decía yo a Dionisio! — Lola chasqueó la lengua, disgustada—. Pero el pobre es tan corto de miras... Sigue, sigue. ¿Qué es esto que han traído?

— Paté de oca.

Lola lo probó.

— Fuagrás. Ya me parecía a mí.

Adriano hizo como que no lo oía y untó una tostada de pan con un poco de paté. Mordisqueó la galleta y lo saboreó.

— El caso es — siguió diciendo — que para acelerar los trámites y que el gobierno municipal se apresure a recalificar los terrenos sería muy útil que una cara conocida y muy querida por todo el mundo, como la de tu hijo, fuera la imagen del proyecto. Una especie de marca inocente, adorada por todo el mundo, que hiciera comprender a la oposición y a los ciudadanos que, si lo recomienda Daniel Peñalver, no puede haber nada malo detrás de esa nueva propuesta turística para la Costa del Sol.

— ¿Es que alguien lo duda?

— No, no... Pero ya sabes... Se habla tanto de corrupción inmobiliaria, de alcaldes y concejales corruptos, de políticos sin escrúpulos... A mi grupo inversor no le gustaría sembrar la menor sombra de duda. Y ahí es donde interviene tu hijo.

— Pues no sé de qué forma. — Lola dejó de comer paté y vació la copa de Moët—. También servimos este champagne en el club, ¿sabes? A doscientos euros la botella.

— Muy fácil. — Adriano siguió con su propuesta, sin atender a un comentario que, por otra parte, no entendió—. Hoy en día no hay nada que venda más que la popularidad. Así es que se trataría de que su fotografía apareciese en la publicidad del anuncio de la próxima construcción del complejo Manilva Blue Sky para que vayan poniéndose a la venta los nuevos chalés y la Junta suprima la consideración de zona protegida. Al mismo tiempo, el Ayuntamiento se vería forzado a acelerar la recalificación de los terrenos, ¿comprendes? Y así todos saldríamos ganando.

— Esta dorada está fresquísima. — Lola la probó con el tenedor, llevándose un pedazo a la boca.

— ¿Qué te parece? — requirió Adriano.

— Pues que hay algo que no entiendo.

— ¿Sí?

— Que no sé por qué tenías ese acento italiano esta tarde, por teléfono, si ahora no tienes ninguno. Porque tú no eres italiano, ¿verdad? Tuvimos una chica en el club hace muchos años con tu mismo acento, y era de Teruel.

Adriano Bonicetti sonrió. Se limpió la comisura de los labios con la servilleta y la miró de un modo encantador.

— Tienes razón... — El hombre pellizcó el dorso de la mano de Lola, le guiñó un ojo y volvió a exhibir su sonrisa embaucadora—. Me has pillado... Sabía yo que estaba ante una mujer muy... pero que muy lista. En realidad soy aragonés, de Tarazona. Pero comprende que aquí, en Marbella, el acento extranjero y lo de

hacerme llamar Adriano Boniccetti abre muchas puertas. Mi nombre de verdad es Andrés Bonilla, pero este es un secreto entre tú y yo, ¿de acuerdo? No vayas a descubirme...

— ¡Qué va! —sonrió Lola, aceptando la broma—. Si supieras los nombres más raros que se ponen las putas...

— ¿Las putas?

— Sí, las putas. Y hablando de putas... ¿Cuánto dinero has calculado que cobraría mi hijo por prestarse a ser la imagen del chanchullo ese en el que están metidos tus amigos?

— ¡Hombre! ¡Chanchullo! —Adriano fingió indignarse—. No, no... Se trata de un negocio, Lola. Un negocio completamente legal, de una transparencia acrisolada...

— Ya. Pero cuánto. —Lola frotó los dedos índice y pulgar mostrándoselos a Adriano.

— Bueno —dudó el intermediario—. Tal vez lo mejor sea que ese aspecto lo hable con Solari. Hablar de dinero con una dama tan encantadora como tú me parece demasiado vulgar...

— Todo lo vulgar que quieras, pero yo soy la que va a decir si mi hijo se presta o no. Cuánto.

— ¿Cien mil? —tanteó Adriano.

— De acuerdo. —Lola acabó de masticar el último trozo de dorada y se limpió la boca con la servilleta—. Sé por experiencia que si me ofreces cien mil es porque te han autorizado a aceptar el doble. Así es que ni para ti ni para mí. Lo dejamos en ciento cincuenta mil euros y tú quedas como un marqués ante tus jefes. ¿Pedimos un postre?

Adriano dijo que sí, en un acto mecánico, pero en realidad pensaba en las condiciones que debía poner para aceptar la petición de la madre de Daniel. Guardó unos segundos de silencio, en los que se mantuvo pensativo y ausente, y finalmente dijo:

— Me parece bien esa cantidad, pero en dos plazos. Cincuenta mil euros al hacer la publicidad y los cien mil restantes cuando el Ayuntamiento recalifique los terrenos. Si no se consigue, la cantidad que me pides quedaría fuera de nuestros presupuestos.

— Ni hablar —zanjó Lola, y su firmeza no dejó lugar a dudas—. Todo a la firma del contrato. Imagínate que se monta un escándalo en la prensa por el chanchullo que intentáis hacer y la imagen de mi hijo queda por los suelos. ¡Ni hablar! Ya sabes lo que se dice: si no hay sardina, la foca no trabaja.

Adriano sonrió y pidió el postre: sorbete de helado de melón.

— Como tú digas. No vamos a discutir por eso. Ahora bien, las fotos hay que hacerlas este mismo fin de semana. Estamos un poco apretados de tiempo.

— Eso, a mí...

Las noches del verano se extendían demasiado en La Divina Con Medias. Noches de sofoco y sopor en las que sólo entraba el calor cuando, de vez en cuando, Silvio abría la puerta para confirmar que no había ningún cliente. Tal vez fuera por ser época de vacaciones, o por la falta general de dinero, o por el miedo a trasnochar en cualquier sitio distinto a una terraza al aire libre. Pero pasaban las horas y, sin venta alguna, Dionisio daba la orden de cerrar e irse todo el mundo a casa. Muchas noches, Paula regresaba a Madrid sin haber ganado siquiera para cubrir el gasto de la gasolina, aunque en alguna de ellas, cuando después de tres o cuatro días seguidos no había entrado un solo cliente en el club, Dionisio la mandaba llamar a la oficina y, pidiéndole que no se lo dijera a ninguna de las chicas, sacaba de la cartera uno o dos billetes de cien euros y se los daba.

— Si necesitas más, me lo dices. No voy a permitir que el banco se quede con tu casa mientras mi mujer está llenándose los bolsillos exhibiendo al idiota de mi hijo.

— Gracias, Dionisio. Con esto me iré arreglando.

Aquellas noches se hubieran hecho insoportables de no ser por la locuacidad de Selene, la cubana, que tenía unas ideas muy particulares sobre la vida y lo mismo se ponía a disertar sobre los hombres que sobre las mujeres, generalmente ante Paula y Anna, las únicas que se prestaban a oír sus ocurrencias, y entonces la escuchaban divertidas, igual que si asistieran a una función de teatro realista en la que Selene fuera la actriz principal. Todo empezó cuando una noche, hablando de si ellas querrían o no tener hijos en el futuro, Selene afirmó que sí, como todas, porque de lo contrario arrastrarían la culpa durante el resto de su vida.

— ¿La culpa? ¿Qué culpa? — quiso saber Anna, la ucraniana —. Yo no me sentiría culpable de nada...

— Claro que sí — sentenció Selene —. Todas las mujeres tenemos la culpa metida aquí, en el coco, en la cabeza. Nos sentimos culpables por todo: por querer sexo; por no sentirnos deseadas; por ganar más dinero que nuestros hombres o por no ganar bastante. Incluso de que nos digan un piropo. Y no digamos ya por no dar de mamar a los hijos. ¿O no es verdad que nos sentimos culpables por todo? Por ser alta o por ser baja; por estar delgada o estar gorda; por ser fea; hasta por ser guapa...

— ¡Qué exagerada! — comentó Paula.

— ¿Exagerada? Tú, que eres demasiado joven de aquí. — Se señaló la frente —. Yo lo veo clarísimo. Y, sinceramente, ¿cuántos hombres se sienten culpables por esas cosas? ¡Ninguno! Ellos nunca se sienten así. ¿Por qué lo hacemos nosotras? ¡Si es una trampa!

— En eso sí tiene razón — asintió Anna, dirigiéndose a Paula —. Los hombres...

— ¡Pues claro! — se reafirmó Selene —. ¿Y sabéis lo que creo? Que las mujeres somos iguales a ellos, pero los hombres no lo admiten. Y otra cosa... — Selene abrió un bote de Red Bull y echó un trago largo —. Puede que algunas mujeres no hagan gracia, pero de lo que estoy segura es de que hay demasiados hombres que

dan risa. Aquí no nos faltan ejemplos, ¿a qué no?

Con conversaciones así, Paula iba entreteniendo la noche hasta que, en ocasiones, aparecía algún cliente. Pero la mayoría de los días no era necesario abrir la caja registradora hasta que Dionisio salía de su oficina y daba la orden de cerrar. Entonces todas las chicas buscaban su ropa de calle en las taquillas, se arreglaban el maquillaje en los aseos y se volvían a Madrid para darse una vuelta por Colón, Sor Ángela de la Cruz o alguna de las discotecas de moda para ver si engatusaban a algún cliente y podían amanecer con un billete de cien euros en el bolso.

Todas menos Paula, que regresaba a casa y, después de tomar un yogur o un plátano, se iba a dormir para no pensar en nada. Porque todos los cuentos que le contaron en la infancia, todos esos cuentos que después se repiten a los hijos, generación tras generación, acaban demasiado pronto: el final es siempre el amor, el beso. Pero ¿y después? ¿Qué pasó después entre Cenicienta y el príncipe? ¿Qué fue del matrimonio de Blancanieves? ¿Es cierto que vivieron felices y comieron perdices? A Paula le parecía que para conocer el verdadero final de los cuentos había que ver la serie de los Simpson.

Desde que llegó a Madrid, o al menos desde que empezó a salir con Daniel, Paula se sentía bastante desorientada al escuchar lo que decían sus amigas con respecto al amor, a las relaciones de pareja, a sus deseos. Por eso no cesó de preguntarles. En una ocasión oyó decir a una de ellas que las mujeres tienen en la cabeza un concepto concreto del amor, un ideal que se había forjado en sus primeros años, y que luego todas trataban de encontrar a un hombre al que encajar en esa idea del amor, al que vestirlo con ese ropaje imaginado. El error, seguía diciendo, era pensar que ese vestuario, aunque encajara bien al principio, iba a perdurar con los años. Por eso era tan frecuente el fracaso en las relaciones sentimentales.

Y si le desorientaban lo que decían sus amigas, mayor desconcierto aún le producían las posturas de sus amigos, o los amigos de Daniel con los que casi siempre salían durante tantos años de noviazgo. Ahora recordaba sus palabras, y su forma de comportarse, y le seguían causando perplejidad, estupefacción. Igual que antaño. Los que no eran unos machistas, avanzaban hacia la misoginia; quienes no pensaban en la mujer como un mero objeto sexual decían que no las comprendían. Pocos eran los que no hablaban de igualdad, sino que la reconocían, sin necesidad de presumir de lo modernos que eran por aceptar que unos y otras compartían los mismos derechos.

Por eso prefería no pensar y buscaba en el refugio de las sábanas la manera de dormirse cuanto antes sin tener que pensar en nada ni en nadie, sobre todo sin ceder a la tentación de pensar en Daniel. Porque ella tenía una idea preconcebida del amor, y no le dañaba saber que la tenía. Pero a veces deseaba tenerla de la posesión, del deseo de poseer a Daniel, y entonces se asustaba porque lo que quería era cambiarlo, como se lo habían cambiado a ella, y sabía que el deseo de cambiar a la persona de la que se está enamorado es una perversión. Y un vicio, un ridículo vicio tanto femenino como masculino. De hecho, Paula había conocido muchos casos de hombres que destruían, o intentaban destruir, lo mismo que les fascinó de la mujer. Manzanas que tocaban a una deslumbrante princesa y la convertían en una oscura cenicienta. Porque la necesidad de cambiar al otro obedecía a una emoción universal; el miedo. Se trataba de anular lo que deslumbraba porque, una vez conseguido, se perdía el temor, consciente o inconsciente, de que otra persona se dejase atraer por el mismo brillo.

Esos pensamientos, a veces, la desvelaban. Y entonces no encontraba el modo de conciliar el sueño antes del amanecer.

En cambio, Solari siempre dormía de un tirón. Llegó a España en 1976 amparándose en la necesidad de huir de la dictadura argentina, solicitó asilo político y la España convulsa de aquel año, en los preámbulos de la transición democrática, lo acogió sin preguntas.

Por su aspecto duro y mirada desafiante no le costó ningún esfuerzo conseguir un primer trabajo en una sala de fiestas, para velar por su seguridad, aunque a efectos laborales su contrato decía que había sido empleado como relaciones públicas. Nadie preguntó, ni supo nunca, que su huida de Buenos Aires tenía relación con los crímenes de los primeros meses de aquella dictadura, con la que participó en su condición de policía sin escrúpulos. Cuando llegó a España había perdido la cuenta de los asesinatos que había cometido, pero no había olvidado el manejo de las armas ni la destreza para infiltrarse entre grupos de jóvenes estudiantes y después delatar a los cabecillas más peligrosos para el nuevo régimen.

Desde su llegada a Madrid, Normando Solari fue conocido por su inflexibilidad cuando era preciso y por su simpatía natural cuando trataba de integrarse en los grupos que le interesaban. Y aquel puesto de relaciones públicas en una de las más conocidas discotecas de Madrid le brindó la oportunidad de alcanzar rápidamente una posición privilegiada entre los habituales de la noche, a los que conoció y por los que fue conocido en muy poco tiempo.

Como consecuencia de esa situación tan favorable, unido a su buen aspecto, su juventud y el encanto que desplegaba, fue muchas más veces requerido para acompañar a mujeres que para disolver las escasas peleas que se producían, casi siempre además por el exceso de bebida, lo que solventaba con un poco de tacto y, llegado el caso, con la salida del local del alborotador de turno. Así fue como adquirió fama de seductor, se destacó su atractivo y algunas mujeres célebres lo convirtieron en un capricho de medianoche. Actrices de edad, tonadilleras y cupletistas, poetisas sin lectores y esposas de autores o artistas presumieron de alguna aventura con el argentino. Hasta que él, calculando sus posibilidades, optó por cortejar y finalmente casarse con una acaudalada cantante en el declive de su carrera, con la que compartió casa y fortuna hasta que, de improviso, ella murió y él se convirtió en millonario. Tan sonada para el *¡Hola!* fue aquella boda en el otoño de 1980 como el entierro de la olvidada diva en la primavera de 1982.

De vuelta a una vida nocturna que nunca dejó de ejercer, tras un razonable mes y medio de luto fingido, invirtió parte de su recién adquirida riqueza en negocios relacionados con el narcotráfico y, aunque se comentaba que fue uno de los principales agentes de la introducción y consumo de cocaína en Madrid, lo cierto es que nunca pudo probarse nada. Sólo se sabía que jamás se separaba de su pistola, para cuyo uso disponía de licencia, y que en 1990 era uno de los hombres más ricos de la noche madrileña.

Y fue entonces, precisamente en la Navidad de 1990, cuando cometió su primer error desde que había llegado a España: una noche demasiado larga en un local muy conocido de la calle Ponzano se excedió en la bebida, se sobrepasó con la amante de un importante empresario de la noche madrileña y, tras serle afeada su conducta, se pasó de las palabras a los gritos, y de la reprimenda a la insolencia, de modo que le hirvió la sangre, se le nublaron las entendederas y resolvió con un disparo el pleito. Un disparo que sólo causó heridas en el brazo a una camarera del local, pero que a él le costó la cárcel y una importante indemnización a la víctima.

En la cárcel conoció a Edgar, un colombiano con el que compartió celda y al que, con promesas y dinero, convirtió en su sirviente y guardaespaldas. Y a dos amigos del joven Edgar, Chorlito y el Cali, con quienes realizaba los paseos diarios del mediodía por el patio de la prisión.

Edgar estaba preso por atraco a mano armada a varias farmacias de la ciudad, todas siguiendo el mismo procedimiento, por lo que al cuarto intento la policía lo detuvo sin dificultad. Lo de Chorlito fue un delito menor: un intento de butrón en un sótano colindante con una sucursal de Caja Madrid; y lo de el Cali todavía más inocente: una burda falsificación de moneda a base de fotocopias de un billete de mil pesetas. Normando Solari comprendió pronto que se trataba de tres delincuentes sin cerebro y los convirtió en su guardia personal. Y cuando salió de la cárcel, en 1992, por buena conducta, removi6 los juzgados con los mejores abogados penalistas y consiguió que los tres disfrutaran, entre 1993 y 1995, de libertad.

Reinsertado a la sociedad, Solari decidió recuperar viejas amistades y crear una empresa de representación de actores y de músicos, para lo que se granjeó la confianza de algunos productores de cine, de varios directores con los que coincidía en discotecas y fiestas y con distintas actrices en los inicios de su carrera. Después, con el dinero que disponía y la simpatía que nunca le abandonó, en el año 2000 ya estaba considerado como uno de los representantes más eficaces a la hora de colocar a sus actores en películas y series de televisión. Para entonces había perdido por completo su acento argentino, que sólo se le escapaba cuando, al enfadarse, se aferraba a alguna expresión porteña, y nunca faltaba a un estreno de cine o de teatro, a ninguna fiesta a la que fuera invitado ni a reunión alguna con el Ministerio de Cultura en la que se debatiera cualquier normativa relacionada con los espectáculos públicos, sobre todo con las leyes reguladoras de ayudas al teatro y a la cinematografía.

Con la nacionalidad española desde 1985 y su elegante modo de vestir y de moverse, eligiendo sus indumentarias con la precisión de un dandi y la gestualidad con la zalamería de un argentino prototípico, el nombre de Normando Solari tenía un precio alto en el Madrid de principios del siglo XXI. Por eso, cuando Lola lo conoció y él detectó que en Daniel Peñalver había una fortuna oculta que era fácil sacar a la luz, dejó a sus representados sin el menor miramiento y se entregó a sacar brillo al diamante que se le ofrecía ante los ojos.

De sus crímenes en la Argentina de la dictadura nunca se investigó nada; de su pasado criminal con las drogas, nadie opinó; y de sus formas mañosas de lograr lo que se proponía cuando se trataba de colocar a uno de sus actores en una película (llegó a tender una trampa a un director proclive a la pederastia, fotografiándolo en un escenario preparado para ponerlo en evidencia), nadie comentó nunca nada. Ahora Solari era un hombre que, a los sesenta y dos años, gozaba de una excelente posición. Y desde que la derecha gobernaba en España, desde que sus amigos más cercanos ocupaban puestos de responsabilidad en el poder, en las empresas periodísticas y en las cadenas públicas de televisión, se sentía reconocido y feliz.

Durante toda la jornada del sábado siguiente se grabaron las imágenes de Daniel Peñalver en una playa situada cerca de una pequeña localidad de la Costa del Sol. Era un paisaje espectacular, todavía respetado por el urbanismo y sobrecogedor por el silencio que lo envolvía. A un lado, sólo se oía el apacible oleaje del mar que susurraba en voz baja el vaivén de la marea, apenas un arrullo que a veces ni siquiera se llegaba a percibir. Al otro lado, un bosquecillo de pinos tras las dunas salpicadas de matorros ocultaba una pradera natural de césped que se cuidaba solo al capricho de las estaciones. Un camino de tierra, por el que llegaron los coches, se acababa justo delante de la pradera, extendida a los pies de una ondulación montañosa que lo abrigaba todo, como si la naturaleza hubiera decidido proteger aquel paraje dormido antes de que lo decidiera un expediente de la Junta andaluza.

En los coches negros llegó el equipo de producción acompañado por los fotógrafos encargados de realizar el reportaje y por Daniel, Lola, Adriano y otro hombre de la agencia encargada del proyecto. Cuando dejaron los tres autos aparcados y cruzaron la pradera en dirección al bosquecillo y la playa, Lola comprobó la belleza del lugar.

— Pero este sitio es una maravilla — comentó entusiasmada a Adriano.

— ¿Verdad? — aceptó el intermediario—. Vivir aquí será un sueño. Va a quedar una urbanización incomparable.

— ¡Y qué silencio! ¡Lo bien que se debe de dormir aquí!

Daniel caminaba detrás de su madre remirándolo todo, a un lado y a otro. No sabía adónde iba aquel grupo de personas ni por qué estaban haciendo la excursión; lo único que le molestaba era el calor que estaba pasando en la travesía.

— ¿Falta mucho, mamá?

— Enseguida llegamos, cielo — respondió Lola—. ¿No es verdad, Adriano?

— Sí. Vamos ahí, a la playa.

El equipo de producción instaló el campamento entre las dunas y el bosquecillo con la parsimonia habitual de los técnicos mientras el fotógrafo y su ayudante buscaban de un modo inexplicable los encuadres adecuados para el reportaje fotográfico que les habían encargado. Lola dio un corto paseo con Adriano por los alrededores, observándolo todo.

— Qué manía de protegerlo todo, ¿verdad? — cabeceó el aragonés travestido de dandi italiano—. Yo siempre he pensado que lo que la naturaleza nos ofrece hay que disfrutarlo, ¿no?

— Será cosa de los ecologistas esos — insinuó Lola.

— Naturalmente. Mira lo que han conseguido por cuatro pájaros que anidan por aquí y unas cuantas

plantas autóctonas sin ninguna utilidad...

—Pero tus jefes van a obligarles a recalificar esto, ¿no es así? No me gustaría ver a mi hijo metido en un lío...

—Tranquila, Lola. Fíate de mí.

Lola se tranquilizó. Y quizá demasiado, porque no pasó mucho tiempo cuando pidió una silla para sentarse. Que se había mareado, dijo, y de inmediato le acercaron una silla plegable y un vaso de agua, y así se acomodó para ver trabajar a su hijo.

Daniel empezó a posar para el fotógrafo. Desganado, obedecía y se situaba allá donde le decían, a veces apremiado por su madre, que le urgía a hacer caso a aquellas personas que se disponían a hacerle unas fotos en las que iba a salir guapísimo. Cámaras, paraguas difusores de luz, paneles reflectantes y un pequeño monitor rodeaban a Daniel mientras el fotógrafo disparaba cientos de fotografías como si lo ametrallara. El chico se dejaba hacer, tal y como le decían, pero no conseguían de él esa sonrisa necesaria que buscaban para convertir el anuncio publicitario en demoleedor y el proyecto urbanístico en irreprochable.

Todos sabían que no era una cuestión de timidez sino que, sencillamente, era la primera vez que Daniel hacía un posado y no sabía fingir. Nadie le había enseñado. Porque sonreír sin ganas y que la sonrisa parezca natural es un oficio que hay que aprender. Un par de chistes tontos lograron por un instante una mueca iluminada, y una promesa de helado de chocolate, que se le ocurrió a Lola para acabar cuanto antes, consiguió un brillo especial en sus ojos. Pero la sonrisa buscada tardó un buen rato en aparecer.

No era la primera vez que Daniel se ponía ante las cámaras, pero sí frente a una sesión de fotos en las que se le enfocaba directamente. Además del primer programa de televisión, y las sucesivas emisiones de fotos y vídeos robados, el teniente Daniel Peñalver había aparecido ya tres veces en los telediarios e informativos de las grandes cadenas. En una ocasión, abriendo un telediario cuando fue recibido por el presidente del gobierno, acompañado por el ministro de Defensa, con motivo de la entrega de unas medallas de honor a militares españoles destinados a misiones internacionales, reconocimiento político que se personalizó en él porque el gabinete del presidente opinó que la imagen del saludo entre ambos daría grandes réditos ante la opinión pública y aumentaría la popularidad del gobernante. La segunda vez que apareció en los servicios informativos de todo el país fue con motivo del nombramiento de Daniel Peñalver como embajador de buena voluntad de UNICEF-España, embajador honorífico cuyo único cometido era aceptar serlo, sin ninguna otra obligación. Y la tercera vez fue cuando, para terminar los informativos del mediodía y de la noche, se dio cuenta de su ruptura sentimental con la actriz Manuela Vilmen, tras los numerosos rumores de boda entre ellos. Así, antes de irse de vacaciones a Marbella con su madre, Daniel ya era, según las encuestas, el personaje más popular de España, incluso más que la princesa Letizia, conocido por el noventa y ocho por ciento de la población y más querido que Fernando Alonso, Pau Gasol y Rafa Nadal a pesar de sus continuos éxitos deportivos.

A las siete de la tarde, cuando el sol empezó a declinar, se dio por acabada la sesión fotográfica. Se había logrado obtener alguna instantánea sonriente de Daniel, pero ninguna como la que habría podido tomarse si el fotógrafo hubiera andado listo y captado el instante en que se le dijo que ya se había terminado, porque fue el único momento en el que la sonrisa de satisfacción y alegría de Daniel fue tan amplia y sincera que con ella no habría habido gobierno autonómico ni local que se resistiera a permitir urbanizar en aquel lugar, desprotegiéndolo de su condición de paraje natural. Pero no se tomó, y los profesionales optaron por resolver

con Photoshop lo que el modelo no les había regalado durante las más de tres horas y dos mil fotografías de aquella jornada.



Aquel sábado por la noche, en uno de los días más calurosos del mes de julio en Madrid, La Divina Con Medias estuvo más animado que de costumbre. El éxito de la selección española de fútbol atrajo a algunos aficionados que terminaron celebrando la noche en el club, un pequeño grupo de jóvenes veinteañeros tan inofensivos como embriagados. Entraron con un cierto alboroto dispuestos a ser más hombres que nadie y a demostrarse entre ellos su dominio de la situación, pero en cuanto Nerea y Selene les abordaron con descaro, poco a poco fueron titubeando y reclamando una y otra copa antes de pasar a las habitaciones de arriba. Anna, la ucraniana, y Fátima, la marroquí, después de tantos días de abstinencia por falta de demanda laboral, presionaron un poco a los muchachos para ser invitadas a consumir y a hacer el amor, pero tan pronto se encontraron ante ellas se desinflaron y acobardaron. Sin embargo, Paula, que se dio cuenta enseguida de que aquella euforia inicial se estaba disipando y pronto abandonarían los chicos el local si no se les ofrecían otras distracciones, convenció a las chicas para que bebieran con ellos, bailaran y convirtieran la noche en una fiesta juvenil, con lo que, por lo menos, obtendrían su porcentaje en las consumiciones y Paula las propinas que necesitaba para rentabilizar el día.

A las tres de la mañana los chicos terminaron por irse mucho más borrachos de lo que estaban al llegar, pero tan vírgenes como habían entrado. Paula comprendió pronto que buscaban diversión, no sexo, y que sólo el alcohol y la música bastaban para satisfacer sus necesidades. Por lo menos, al marchar, la caja registradora había ingresado más de novecientos euros, una fortuna considerando las miserias que habían quitado las telarañas de sus cajones en los últimos ocho o diez días.

La visita de aquellos muchachos engalanados con banderas y camisetas deportivas sirvió, además, para matar la noche entre comentarios y risas, hasta que Dionisio dio la orden de cerrar. El debate sobre si habían asustado o no a los jóvenes, sobre si ellos buscaban realmente un local de aquellas características o se habían metido en el primero que encontraron abierto, sobre si a los chicos les interesaba el sexo o sólo la música, las drogas y la bebida, como aseguraba Nerea, y sobre la posibilidad de haber perdido la noche o si aquello había sido todo cuanto se les podía sacar, hubieran actuado de esa o de cualquier otra manera, les sirvió a todas para que no se hiciera largo el tiempo de espera, porque ya no volvió a entrar ningún cliente más. Y cuando al dar las cinco Dionisio dio por acabada la jornada, todas fueron a cambiarse, las luces se fueron apagando y el asfixiante calor de la medianoche las recibió en el exterior con un aliento de fuego.

—¿Me llevas a Madrid?— Selene se lo preguntó a Paula, a la puerta del club—. Es que hoy no me vienen a buscar y si no te viene mal...

—Claro— respondió Paula—. Te dejo en donde quieras. ¿Adónde vas?

—A casa. A estas horas, ya...

La autopista de Barajas estaba desierta, pero la noche invitaba al paseo y a la confidencia y Paula condujo despacio, con las ventanillas bajadas y Kiss FM en el dial de la radio. En aquel momento sonaba una canción de La Oreja de Van Gogh: *La niña que llora en tus fiestas*.

—Creo que voy a dejarlo, chica —dijo de repente Selene.

—¿Te vas del club? —Paula volvió la cara para mirarla.

—Dejarlo todo. —Selene continuó mirando al frente, con los ojos perdidos en la carretera—. El club, España y este oficio de mierda. Antes, por lo menos, podía mandar algo de dinero a mis padres a Cuba y a mi hermana a Miami, pero desde hace meses no me llega ni para mí.

—Son malos tiempos para todas, Selene.

—Ya... Pero al menos tú no tienes que meterte en la cama con un tío guarro por treinta euros, que es lo que puedo cobrar ahora. Y si al menos fueran diez hombres cada noche, llegaría a casa con las mismas ganas de vomitar, pero me compensaría. Ahora, ya ves lo que pasa en el club. No viene nadie.

—Es por el verano... —Paula intentó consolarla—. En cuanto empiece septiembre...

—Que no, Paula. Que no es eso. Hace meses que esto va de mal en peor. En España ya no hay dinero ni para follar. Para pasar hambre, me voy a mi casa y allí por lo menos no tengo que putear. Además, tú qué sabrás...

Paula no quiso contradecirle. Era cierto que ella no sabía nada de aquel negocio y menos aún de lo que pudiera sentir Selene. Para ella era un trabajo bastante cómodo, al otro lado de la barra y sin ser manoseada por nadie, pero lo de Selene era otra clase de oficio. Pensó que lo más prudente que podía hacer era guardar silencio y no llevarle la contraria.

—Vives cerca de Tirso de Molina, ¿no? —preguntó.

—Sí. Al lado.

—Te acerco.

Permanecieron un rato en silencio mientras en la radio sonaban ahora las notas de *Sultans of swing*, de Dire Straits. Paula miró de reojo a Selene y observó que unas gruesas lágrimas empapaban sus mejillas, sobre su dorada piel caribeña. Lloraba en silencio, con tanto recogimiento que Paula no se atrevió a decir nada. Siguió conduciendo por el carril de la derecha pero pisó un poco más el acelerador para entrar cuanto antes en la ciudad y sentirse con más fuerzas para escuchar lo que Selene quisiera compartir con ella.

—Y lo peor es que no quiero volver —dijo al fin Selene, sorbiendo sus propias lágrimas—. ¿Tienes un pañuelo de papel?

—Sí, toma. —Paula rebuscó en la guantera del coche y le entregó un paquete de kleenex—. ¿Por qué lo dices?

Selene se limpió la nariz y luego los ojos, secándose la cara. Le devolvió el paquete.

—Gracias —dijo, más tranquila—. No quiero volver, no. Al menos hasta que tenga la suficiente plata para instalarme bien. Mi familia creía que tenía un buen trabajo de cocinera, en un restaurante, pero ya se han enterado de la verdad.

—Lo siento.

Volvió el silencio. Paula no sabía qué decir y Selene parecía estar calibrando si le apetecía hablar sobre lo que sucedía o sería mejor esconder sus sentimientos ante una desconocida a la que seguramente no le

interesaban sus problemas. Aunque, al fin, y sin saber por qué, no pudo evitar seguir conversando.

— Mi padre no quiere hablarme, mi madre me ha dicho que para trabajar de jinetera a santo de qué me he ido tan lejos. — Selene volvió a llorar y a limpiarse los ojos con el pañuelo—. Perdona... Y mi hermana, bueno... mi hermana es una chancletera, pero ya está en Miami. ¿Lo entiendes? Sólo puedo volver cuando no tenga que depender de ellos. Ahora no puedo ni quiero.

Paula tampoco dijo nada. Condujo hasta la plaza de Tirso de Molina y detuvo el coche.

— ¿Aquí te viene bien?

— Sí. Vivo ahí enfrente.

— Siento lo que me has contado. — Paula se acercó para darle un beso—. Ahora intenta dormir y mañana seguimos hablando. ¿De acuerdo?

— Sí, sí... — Selene abrió la portezuela y se dispuso a bajar del coche. Pero antes de hacerlo volvió la cabeza y la miró—. ¿Por qué no te quedas en mi casa? Hoy no quiero dormir sola.

Paula tardó en responder. No le apetecía, pero en realidad no la esperaba nadie, sólo su casa silenciosa y vacía y un televisor que la arrullaría hasta que se quedase dormida.

— ¿Y tu novio?

— Ya no tengo novio. Anda —rogó—, sube y quédate conmigo.

Paula no pudo negarse. La siguió hasta un portal cercano que Selene abrió con su llave, subió andando varias plantas por una escalera estrecha y de paredes desconchadas en las que se apagaba la luz continuamente y llegó al rellano del tercer piso fatigada, sujetándose al pasamano de madera sin barnizar.

— No tenemos ascensor —lamentó Selene al verla así.

— No pasa nada —dijo Paula, jadeando—. Es que no hago nada de ejercicio, estoy desentrenada.

— Entra y alíviate el jipío.

Selene la invitó a entrar por un largo pasillo que acababa en una sala de estar. Se apresuró a recolocar varios cojines sobre el sofá, a apilar unas cuantas revistas y a apartar de la vista unas zapatillas, un par de camisetas arrugadas y a esconder bajo la mesa la bandeja con restos de lo que debió de ser su desayuno. Luego la invitó a sentarse y le ofreció algo de beber.

— No, gracias —Paula rechazó la invitación—. Ya he bebido bastante por esta noche.

— Entonces, ¿quieres que vayamos a dormir?

— Sí —aceptó Paula—. Está a punto de amanecer.

Ambas pasaron a la habitación colindante y Selene le mostró la cama.

— ¿Qué lado prefieres?

— Me da igual —respondió Paula—. El que no sea el tuyo.

— ¿Y al baño? ¿Quién va primero, tú o yo?

— A eso, yo. Me hago pis.

Cuando Paula volvió del pequeño cuarto de baño, en donde aprovechó para lavarse los dientes con un poco de pasta dentífrica extendida sobre el dedo índice, Selene estaba tumbada sobre la cama desnuda. Sonrió al verla entrar y le dijo:

—Ven. Quítate la ropa y tiéndete a mi lado.

Paula se sentó en la cama, dándole la espalda, y se quitó despacio los zapatos, la falda y la camiseta. Estaba nerviosa, sus movimientos eran torpes, no sabía qué pensar. No le pareció posible que Selene estuviera planteándose hacer nada con ella, pero tampoco la conocía lo suficiente como saber si la llegaría a poner en una situación incómoda. Dudó si debía quitarse el sujetador o dejárselo puesto, pero le pareció ridículo quedarse con él para dormir. Se lo desabrochó al fin y, sin mirar en ningún momento a Selene, lo dejó junto al resto de su ropa y fue a tumbarse.

—¿Duermes con las bragas puestas? —preguntó la cubana.

—Sí. Estoy más cómoda.

—A mí me molesta todo para dormir. No te importa, ¿verdad?

—No, no.

Selene se incorporó, rebuscó en la mesilla de su lado, tomó un frasco, lo abrió y se tomó una pastilla con un poco de agua. Luego apagó la luz de la lamparita y se quedó boca arriba. Un leve reflejo del anuncio del amanecer empezaba a colarse por la ventana abierta de la habitación, que daba a un pequeño patio de luces. Hacía mucho calor y Paula también se tendió sobre la cama semidesnuda, con los ojos abiertos, mirando al techo.

—Creía que tenías novio —dijo—. Ese chico que siempre te viene a buscar.

—Sí. Ese cerdo... Ha estado conmigo hasta hoy.

—¿Qué ha pasado?

—Que soy una puta, Paula. Eso es lo que ha pasado. Y las putas no podemos tener nada, ni siquiera novio. —Selene se removió en la cama, bruscamente, escenificando su malhumor—. Esta mañana, al levantarme, me lo ha dicho todo de golpe: que siempre le he dejado solo, que las noches son muy largas, que en algo tenía que entretenerse, que... ¡Pero qué hijo de la gran puta! ¡Pero si me quitaba hasta el último euro que yo ganaba!

—¿Y ahora?

—Ahora le apareció otra hembra. Una española, creo. Y el muy cabrón va y me dice que se ha enamorado de ella.

—Vaya. Lo siento.

—Es igual. Si quieres que te diga la verdad, estaba de él hasta la papaya. Lo único que siento es que ahora no tengo quien me lleve y me recoja del club. Y no voy a gastarme el sudor de los polvos en taxis, por eso lo voy a dejar.

—Yo puedo llevarte y traerte —improvisó Paula—. No me cuesta ningún trabajo.

—Ay, pero qué cielo eres. —Selene se volvió, la abrazó y la besó en los labios. Luego se quedó abrazada

a ella.

Paula sintió el roce de los labios de Selene y notó que se ponía en tensión. E inmóvil, paralizada, temerosa, acobardada, se dejó abrazar. Supuso que en esa posición Selene se quedaría dormida y todo quedaría en un beso de amiga, sin más.

Pero al cabo de unos segundos sintió, en la oscuridad del cuarto, que una mano bajaba por su vientre y se lo acariciaba. Y luego que volvía a ascender por su cuerpo y le acariciaba el pecho, con una excitante suavidad. Paula se removió, inquieta, y trató de zafarse con una pregunta.

—¿Y por qué se han enterado tus padres de que no eres cocinera? Antes, en el coche, me has dicho que...

—Por el puto Facebook y la mierda de Internet. —Selene detuvo sus caricias e inició su explicación—. Norma, una chica que trabajó en el club, también cubana, se fue a putear a Ámsterdam y, como éramos muy amigas, para no perder el contacto, nos conectamos por Facebook. Ahí tengo muy pocos amigos, sólo treinta y tantos, pero también están agregadas mi hermana y mi madre. Lo que no me imaginaba era que Norma iba a ponerme un mensaje en el muro preguntándome qué tal iban las cosas por La Divina Con Medias y diciéndome que tenía que contarle qué era de las chicas. Ni que decir tiene que a mi madre le faltó tiempo para buscar en Internet qué era La Divina Con Medias y, como a Dionisio le dio por poner esa página web... pues ya te puedes imaginar el resto.

—Ya.

—¿Ves por qué quiero dejarlo todo, chica? Bueno, quiero pero no puedo...

—Vamos, vamos. No irás a llorar otra vez, ¿verdad?

—No, no te quiero agobiar. —Selene se limpió de nuevo los ojos y la nariz con un pañuelo que tenía en la mesilla y volvió a abrazarse a Paula—. Sólo quiero que estés bien...

Y de nuevo volvió a acariciarla. El pecho, el vientre, el interior de su muslo, otra vez el vientre. Sus dedos eran alas de mariposa cosquilleando su piel y erizando sus poros. Sus vuelos eran tan excitantes como inesperados, tan sublimes como indeseados. Y de repente la mariposa se detuvo y Selene dejó sus dedos posados por encima del tanga de Paula. No se atrevió a quitarle la mano, ni tampoco a moverse. Sólo dijo, en un susurro:

—Selene...

—Anda, chica, déjate.

Selene se incorporó y le besó los labios mientras sus dedos, sus alas de colibrí, repiquetearon primero a través de la seda de la tanga y, al poco, con la agilidad de un orfebre extrayendo una pepita de oro para tallarla, traspasar la ropa para buscar el suspiro y el jadeo de su amiga. Paula sintió que se despertaba en su vientre una sensación olvidada y que se le entrecortaba la respiración.

—No... no... por favor...

—Tranquila...

Pero su cuerpo sudoroso se dejaba dominar mientras su mente, cada vez más nublada, se doblegaba y era incapaz de resistirse. Selene la quiso con tanta dulzura que era imposible rechazar sus caricias, sus besos

suaves, la ternura de su tacto... Por un momento pensó que tenía que haberlo evitado desde el principio, porque era evidente la intención desde que la esperó desnuda sobre la cama, pero, por no herir sus sentimientos cuando más triste estaba, había dejado que las cosas llegaran hasta ahí. Y ahora ya no podía hacer nada para evitarlo porque, por encima de todo, estaba gozando tanto con ella, y hacía tanto tiempo que se había olvidado de disfrutar que al fin se relajó por completo, se entregó y abrió su cuerpo para permitir una explosión de la que ya se le había olvidado el estruendo.

Y el estruendo coincidió, en aquel preciso instante, con la imagen de Daniel Peñalver, con el recuerdo de la última vez que hicieron el amor. Y también en ese momento se dio cuenta de que, a pesar del tiempo que había transcurrido, de todo cuanto sabía, de su estado actual y de todas las dificultades del mundo, seguía enamorada de él, perdidamente enamorada de él.

3

LA FARSA

— ¡Paula!

Lola corrió al dormitorio de su hijo cuando le oyó gritar. No había entendido lo que había gritado, pero al entrar en su cuarto lo encontró sentado en la cama, agitado, empapado en sudor y con los ojos perdidos en el infinito, sacudiendo la cabeza como un loco.

— ¿Qué te pasa, hijo mío? — Lola corrió a sentarse en la cama, a su lado y lo abrazó—. Ya, ya... ya pasó. Sólo ha sido sólo una pesadilla, tranquilo. Estoy a tu lado...

Daniel se dejó abrazar y poco a poco fue recuperando el pulso y la respiración, que se le habían acelerado. Apoyó la barbilla en el hombro de su madre y cerró los ojos, quedándose allí hasta que tomó una gran bocanada de aire y se serenó. Lola le acarició la cabeza y la espalda y le dijo que se tumbara otra vez, que permanecería a su lado hasta que volviera a quedarse dormido. Al tenderse, Lola vio que su hijo había manchado el pantalón del pijama y que mantenía su excitación sexual.

— Lo siento... — dijo Daniel, ruborizado y avergonzado al darse cuenta de que su madre había descubierto su erección.

— Vamos, vamos... Es normal. Ya pasó.

Daniel se tapó rápidamente con la sábana hasta la cintura y Lola sonrió la inocencia del muchacho. Una sonrisa que se le congeló en los labios cuando Daniel preguntó:

— ¿Quién es Paula, mamá?

Lola titubeó. Recolocó la sábana de su hijo para hacer tiempo mientras pensaba y, al acabar, respondió:

— No lo sé, hijo. ¿Por qué lo preguntas?

— Es que he soñado con una chica muy guapa... Me ha gustado mucho... Y estábamos los dos desnudos, ella me acariciaba y me besaba. Me...

— Sólo ha sido un sueño, amor mío. Has visto en la playa a tantas chicas...

— ¡No, no! — Daniel se incorporó en la cama y se quedó sentado—. ¡A esta chica la conozco muy bien! ¡No es la primera vez que aparece en mis sueños y siempre estamos juntos, abrazados! Pero esta noche ha sido distinto.

— ¿Distinto? ¿Por qué?

— Porque he entrado en ella, me ha dejado... que yo... Y entonces le he preguntado cómo se llamaba. Al principio no quería decírmelo y yo me he enfadado mucho, la he insultado, y se ha ido corriendo. Pero yo he corrido y corrido tras ella..., no podía alcanzarla. Intentaba correr y no podía, no podía... Y entonces he sentido mucho miedo, mucho... Entonces, de repente, lo he recordado. Su nombre es Paula.

Lola volvió a sonreír y le obligó a tumbarse de nuevo.

—Bueno. Es el primer nombre que te ha venido a la cabeza. Y ya lo sabes: cuando vuelvas a soñar con ella, ya tiene un nombre porque tú se lo has puesto. Venga, vuelve a dormir que hoy ha sido un día muy largo y tienes que descansar. Mañana iremos tú y yo a la playa, ¿quieres?

—Sí, mamá.

—Pues, hala. A dormir. Buenas noches.

Lola apagó la luz, salió de la habitación y cerró la puerta, y cuando volvió a su dormitorio se quedó sentada en el sillón, dándole vueltas a lo ocurrido. Temía que Daniel volviera a soñar una y otra vez con la chica y que, un día, llegara a recordar quién era. Y entonces, si lo alcanzaba a comprender, querría verla, y quizá llegara a recobrar la suficiente lucidez para saber que Paula era, o había sido, su novia, y se empeñara en reencontrarla, con lo que podría tener que compartir su hijo con ella. Paula era un peligro, o lo podría ser.

Tenía que hablarlo con Solari antes de que aquello se le escapara de las manos.

En realidad, no había vuelto a saber nada de ella desde hacía muchos meses, desde abril si no recordaba mal, cuando telefoneó para preguntar si era cierto que Daniel intervendría por la noche en aquel programa de televisión. Nunca más volvió a llamar. Quizá ya se hubiera olvidado de Daniel y estuviera saliendo con otro chico. Paula era una chica joven y atractiva y no le habría costado nada conocer a otro, enamorarse de otro. Lola prefirió pensar que era así pero, de todos modos, lo hablaría con Solari por si podía averiguar qué había sido de ella.



Muy cerca de allí, en una amplia habitación del Gran Hotel, Manuela Vilmen, alojada con el nombre de Rosanna Andreu, leía en la cama una revista antigua en la que salían ella y Daniel Peñalver tomados de la mano y en la que se especulaba con una declaración de ambos, o de alguno de ellos, en la que confirmarían un compromiso inminente. Manuela se recuperaba bien de sus heridas, hacía ejercicio, tomaba baños y saunas, comía a su gusto de los platos de un menú que se preparaba ella misma en el bufé del hotel y todas las mañanas y al final de las tardes se sometía a una revisión médica en la que se cuidaba su recuperación. La verdad era que se sentía bien allí, aunque echaba de menos hablar con Alex y con su madre, pero sabía que lo tenía prohibido y decidió cumplir lo pactado con Solari, que a fin de cuentas era quien lo pagaba todo.

Hasta entonces nadie la había reconocido. Las magulladuras en el rostro y el poco cuidado que ponía en su aspecto, siempre peinada de cualquier forma y sin maquillar, además de atender por el nombre de Rosanna, facilitó el anonimato. Y de esa manera podía transitar con absoluta despreocupación por todas las estancias del hotel, de la piscina al comedor, del bar al spa y de su habitación a la policlínica, el centro médico situado en un edificio anexo al hotel. Con tantas actividades, el día no se le hacía largo; pero las noches sí. Veía la televisión y hojeaba revistas, se levantaba al baño para extenderse una crema hidratante cualquiera y volvía a tumbarse en la cama sin sueño, y muchas veces se dedicaba durante horas a arrancarse con una pinza vellos minúsculos o imaginarios de las piernas que sólo ella veía. Al amanecer lograba quedarse dormida y, para no perderse la revisión médica y el desayuno, madrugaba, por lo que no era infrecuente que

luego se quedara dormida en una hamaca de la piscina, bajo una sombrilla, hasta la hora de comer. Y entonces el insomnio, otra vez, la visitaba por la noche.

Al quinto día, Edgar se presentó a desayunar con ella, en el hotel. Le traía saludos de Solari y le comunicó que tenía que seguir hospedada allí hasta que él mismo la telefonara para pasar a recogerla y llevarla de nuevo a Madrid. Sería cuestión de unos pocos días más, añadió, un par de semanas como máximo. Manuela pidió que le dijera a Solari que ya se encontraba mucho mejor y que por ella, cuando él lo decidiera, podría volver, que supiera que nadie la había reconocido y que, por lo que leía en las revistas y veía en la televisión, ya se había olvidado de ella todo el mundo, así que no creía que a su regreso le pidieran hacer declaraciones, la buscaran ni la comprometieran a nada relacionado con su pasado.

—Y lo de las revistas *Girls* o *Summer* —añadió con una cierta timidez—, no sé... si siguen interesados. Ahora los seis mil euros me vendrían muy bien...

—Yo de esas cosas no sé nada —se desentendió Edgar—. Lo tendrás que hablar con el jefe.

—Claro...

Edgar engulló con apetito varias piezas de bollería, endulzadas con mermelada de fresa, y tres zumos de naranja. Manuela, en cambio, repitió el desayuno de todos los días, consistente en un té, dos galletas integrales, un poco de queso blanco y unos trozos pequeños de melón. Estaba masticando el último de los bocados de fruta cuando Edgar se echó hacia atrás y se palpó la tripa.

—No cabe duda de que aquí te tratan bien. Yo también debería venir unos días a hospedarme a este paraíso. Has tenido suerte, niña. A ver si yo en mis próximas vacaciones...

Manuela sonrió, sin ganas. Y comentó, sin mirarle:

—Mientras no te tengas que esconder porque te han dejado la cara como un mapa... Mírame a mí. Yo, en cambio, espero no tener que volver aquí.

—Eso es agua pasada. —Edgar se encogió de hombros—. Muerto el perro...

Manuela arrugó los ojos, intrigada.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Hago tantos crucigramas que me sé un montón de refranes.

Manuela se quedó pensativa, mirándolo fijamente.

—¿Te refieres a Alex? ¿Qué sabes de Alex?

—¿Quién es Alex?

—Mi novio.

—Ah, ¿ése? ¿El que te puso la cara como un mapa, como tú dices?

—Sí.

—Pues, la verdad, no sé mucho. Creo que no pudo soportar la culpa y ha desaparecido. O quizá se ha muerto, déjame que lo piense.

—¿Muerto?

—Algo así. Pero no me hagas tantas preguntas y come algo. Mira todo lo que hay en ese bufé.

Manuela se sintió, de pronto, indisputada. O indignada. Notó que la sangre se le agolpaba en las orejas y le ardían. Y que los ojos se le nublaban. No sabía si era la sorpresa, el miedo o la rabia, pero las manos se le crispaban y la cara se le hizo de roca.

—Pero... pero... ¿qué quieres decir con eso de que Alex está muerto? ¿Muerto? ¿Has dicho que Alex está muerto?

Edgar señaló al bufé, sin atenderla.

—Tienes toda clase de fruta, panecillos, zumos, café...

—¿Alex muerto? —Manuela se incorporó y se aferró a las solapas de la chaqueta de Edgar—. ¡No es verdad! ¡Dime que no es verdad!

—¡Eh!, ¡eh! —El hombre arrancó las manos de Manuela de su chaqueta—. Sin tocar, que entonces es más caro. Además, ¡a mí qué me cuentas si a la gente le da por suicidarse!

—Pero... ¡no me lo puedo creer! —Manuela se desplomó en su silla y se frotó la frente con las manos—. Primero me hacéis pasar por la novia de un idiota, luego me pegan una paliza, después me hacéis huir de un hospital como si esto fuera una película de James Bond, ahora me tenéis escondida y aislada igual que a una espía rusa y, por si faltaba algo, me entero de que habéis matado a mi novio. ¿Sabes lo que te digo? Que yo me largo de aquí. ¡No quiero saber nada de Solari ni de ninguno de vosotros!

—¡Oye, oye! —Edgar la sujetó el antebrazo con tanta fuerza que le hizo daño. No le importó el gesto de dolor de Manuela—. En primer lugar vas a bajar la voz y tranquilizarte un poco porque no sé si lo has comprendido todavía, pero tú eres un producto. Un producto y nada más, ¿lo has entendido? O sea que un poco de respeto al señor Solari y no le hagas enfadar, por tu bien.

—Pero yo...

—¿Tú? ¿Tú, qué? —sonrió Edgar, soltando su brazo—. Pero ¿cuándo has soñado vivir en un sitio como éste? ¿Cuándo has tenido en el bolsillo tantos miles de euros? ¡Tú eres un producto de la fábrica del señor Solari y así va a seguir siendo hasta que él lo decida! Cría de mierda...

Manuela se dio cuenta de que Edgar hablaba en serio y de lo que habían hecho de ella. Iba a negarse, a reclamar su libertad, a decir que iría a la policía si no la dejaban en paz, pero no se atrevió. Porque tampoco sabía si serviría de algo. La seguridad de aquel hombre y la firmeza con que hablaba dejaba claro que no temía nada de lo que pudiera hacer o decir. ¿Qué contaría? ¿Que se había prestado a un montaje amoroso para la televisión?, ¿que había utilizado una documentación falsa para hospedarse en el hotel?, ¿que creía que habían matado al novio que le pegó una paliza, aunque no tuviera ninguna prueba?, ¿y que estaba prisionera de los asesinos de Alex en un gran hotel de cinco estrellas y por eso se pasaba el día de la sauna al masaje y del comedor a una tumbona en la piscina? Manuela se echó a llorar dándose cuenta de que no tenía escapatoria y, sin decir nada, se levantó y caminó lentamente hacia la salida, en dirección a su habitación.

Edgar, limpiándose la boca con la servilleta y dejándola sobre la mesa, se levantó y fue tras ella. En el vestíbulo del hotel la alcanzó y le dijo:

—Bien. Ahora yo me vuelvo para Madrid. Tú sigue como hasta ahora y no te arrepentirás. ¿Has oído

bien?

—Sí— musitó Manuela.

—Buena chica. Toma, para que te entretengas. —Edgar le puso en la mano con disimulo una bolsita transparente llena de polvo de nieve. Luego miró a lo alto—. Y ahora a seguir disfrutando de todo esto. ¡Qué envidia me das, niña!

Edgar se dio media vuelta y salió paseando tranquilamente del hotel, convencido de lo que ya sospechaba: que Manuela no aguantaría la presión y terminaría por hablar. Quizá tardara en hacerlo una semana, o un mes, pero era evidente que terminaría en un plató de televisión confesándolo todo entre lágrimas de cocodrilo. Por eso se fue tranquilo a Madrid, esperando acontecimientos. Mientras que Manuela, inmóvil en medio del vestíbulo, le vio partir con los ojos inundados en lágrimas. Y pensó que tenía que hacer algo para saber qué le había pasado a Alex, y para eso era necesario huir de toda aquella gente que la mantenía enjaulada.

Tendría que pensar en cómo hacerlo. Si Alex había muerto, quería saber cómo, porque lo conocía de sobra y él nunca se habría suicidado. Y si alguien tenía que devolverle el daño que le habían hecho, era ella. Si le habían robado su vida, o su muerte, se vengaría. Claro que se vengaría.



En la playa, a esa misma hora, Lola observaba a su hijo. Estaba recostada en una hamaca bajo una exagerada pámela a rayas, resguardados sus ojos tras unas enormes gafas de sol con montura multicolor, luciendo bikini fucsia y el cuerpo salpicado por pegotes de crema bronceadora mal extendida, mientras Daniel permanecía a su lado, sentado en su tumbona, mirando al infinito, como si contemplara unos imaginarios fuegos artificiales en el horizonte del mar. La última noche también se había despertado con una pesadilla y Lola empezaba a preocuparse por él.

Había hablado con Solari de los malos sueños de su hijo y el representante le había dicho que no se preocupara, que lo hablarían más despacio el fin de semana, cuando tenía previsto ir a Marbella para visitarles, por lo que tendrían tiempo de buscar con calma alguna solución. Pero ahora Lola empezó a sentir pena por Daniel, aparentemente tan triste y, sobre todo, tan solo. Estaba segura de que se sentía mal, quizá sumido en una profunda melancolía o en un aburrimiento comprensible, y lo peor de todo era que no se le ocurría la manera de buscar algún entretenimiento o cualquier distracción para él. Y por un momento pensó que Paula podría ser un remedio. Al fin y al cabo, ¿qué daño podía hacer la chica? Tendría una amiga con la que hablar y ella, cuando comprendiera su estado, no trataría de reanudar aquella relación entre adultos que ahora ya era imposible. En el caso de que lo quisiera, claro, porque a saber si estaba saliendo con otro hombre y había olvidado a Daniel. Y de repente le dio rabia que Paula no hubiera insistido en ver a su hijo; se preguntó cómo era posible que, después de tantos años, le hubiera olvidado. Su hijo se merecía a Paula y a cualquier mujer cien veces mejor que Paula, qué se habría creído la tonta de ella. No había derecho a... Pero no, no estaba siendo justa. No era verdad. Su hijo era el hombre más guapo del mundo, desde luego, y todo lo que se pudiera decir de él era poco, aunque comprendía que... No, ni siquiera ella se habría casado de joven con alguien como su hijo. No, no podía juzgar a Paula por algo así.

Lola volvió la cara y lo observó en su ensimismamiento, absorto en sabe Dios qué pensamientos...

— ¿En qué piensas, hijo?

— Oye, mamá. ¿Yo he ido al colegio?

— Claro. Al colegio y luego al instituto.

Daniel no había girado la cabeza para preguntárselo. Siguió prendido del infinito. Hasta que, pasados unos segundos, se volvió e insistió en preguntar.

— ¿Y yo tengo amigos?

A Lola le costó trabajo contestar. Intentó pensar dónde le llevaba esa pregunta y no sabía cuál debía ser la respuesta acertada. Cuando sintió los ojos de Daniel posados en los suyos, esperando que replicara, contestó:

— En el instituto tenías algunos amigos. Pero luego, cuando te fuiste al ejército, no os volvisteis a ver, me parece. Pero seguro que entre tus compañeros tienes algún amigo, ¿no? Estarán en Afganistán, o en Haití, o a saber, por uno de esos mundos de Dios.

Daniel giró la cabeza y volvió a perderse en el horizonte. A Lola no le cabía duda de que estaba pensando en algo que no sabía expresar pero que, desde hacía rato, le rondaba por la cabeza. Por eso no le sorprendió cuando dijo, casi en un susurro:

— ¿Y por qué no me acuerdo de nada, mamá?

— Hijo mío...

Daniel se tumbó y extendió la mano para aferrarse a la de su madre. Se sentía perdido, confundido, y buscaba protección en la única persona que le protegía. Lola vio que una lágrima le resbalaba desde el rabllo del ojo y se deslizaba por la sien hasta perderse entre la maraña de su cabellera. A Daniel le atormentaban los pensamientos y Lola no sabía qué hacer para aliviar su sufrimiento.

— Intento recordar y no puedo. Está todo tan negro, mamá... Tengo miedo.

Paula aprovechó que Selene dormía profundamente para levantarse con cuidado, recoger su ropa y dejar la casa con sigilo. Ya en el coche, camino de la suya, recordó lo sucedido y se sorprendió a sí misma al no sentir ningún arrepentimiento por lo ocurrido durante las últimas horas. Al contrario: lo revivió con agrado y con una excitación creciente que decidió sofocar por su cuenta al llegar a casa y echarse en la cama, antes de dormir hasta el mediodía.

De nuevo pensando en él.

En los momentos del éxtasis se le había aparecido con una gran nitidez la imagen de Daniel. La imagen sonriente del hombre que amaba dejándose hacer mientras ella descendía la cuesta de su cuerpo para absorberle el alma. Y esa imagen, olvidada durante tanto tiempo, le había devuelto a su amor y a reconciliarla con el pasado. Era consciente de que Daniel ya era sólo un recuerdo, un imposible, un ideal desmoronado aunque ahora volviera a presentarse con fuerza, como si estuviera a su alcance y necesitara recuperarlo. Sabía que era tarde, que pertenecía a otro tiempo del mismo modo que los muertos pertenecen a otra dimensión, o como se reconstruyen en la imaginación los personajes que se interpretan en las películas; pero le reconfortaba pensar que el cuerpo y el alma de Daniel Peñalver estaban vivos en ese mismo momento en algún lugar cercano, quizá allí mismo, justo al lado, en Madrid.

Daniel existía, sí. Pero su mente ya se había roto para siempre. Ella no formaba parte de su memoria, de su pasado..., o sea que tal vez la que estaba muerta era ella, al menos para él. Porque uno muere cuando se le olvida, no cuando deja de respirar. Y ella podría seguir respirando, incluso jadeando, para él ya estaba tan muerta como lo estaban Marilyn, Lady Di o Whitney Houston. Y en esas circunstancias, ¿qué podía hacer sino resignarse, olvidar, tratar de volver a comenzar y partir desde cero, como cuando se inicia una nueva partida?

Cuando llegó a casa, se echó a dormir. Pero no pudo hacerlo porque volvió a llorar como hacía tiempo que no lo hacía.



A esa misma hora, Normando Solari llegaba a Marbella y quedaba a comer con Lola y con su hijo.

A las dos y media, en un restaurante de la playa, brindaron los tres por la buena solución económica dada al anuncio publicitario del Manilva Blue Sky y por las nuevas perspectivas que se presentaban para ganar mucho dinero a partir de septiembre. Solari estaba pensando en que Daniel anunciara su boda con cualquier chica que se prestase para un nuevo montaje y, pasados dos meses, su ruptura sentimental y la consiguiente anulación de la ceremonia, con lo que podrían venderse dos exclusivas muy jugosas. Desde

luego tendría que buscar una mujer adecuada para el proyecto porque...

— Precisamente de eso quería hablarte, Normando — interrumpió Lola.

— ¿Sí? Dime, dime...

— No sé... — titubeó —. El caso es que desde hace unos días encuentro al chico, no sé cómo decirte..., un poco apagado. Está tristón, apenas si habla, siempre con la mirada perdida... No está bien, no. Quizá debería conocer a alguna chica.

— No es fácil, Lola — cabeceó Solari —. Compréndelo.

— Ya, ya. — Lola miró a Daniel y comprobó que no prestaba atención a la conversación —. Por eso había pensado en... — bajó la voz — aquella chica.

— ¿Qué chica?

— Déjame tu pluma.

Solari se la dio y ella escribió en una esquina del periódico que había sobre la mesa el nombre de Paula. El representante lo leyó y frunció los ojos.

— No sé quién es.

Lola señaló con las cejas a su hijo y luego juntó los dedos índices de sus manos.

— Es la dama del «caballero ausente», supongo que te habré hablado de ello alguna vez, ¿no?

— No recuerdo.

— Cinco años. Noviazgo. — Lola seguía disimulando aunque Daniel estaba muy lejos de atender a lo que hablaban los mayores —. Lo que ha pasado es que, aquí, el ausente, no lo recuerda.

— Bueno. ¿Y qué propones?

— Pues... no sé. Quizá si ella reapareciera... Si ella quisiera volver a...

— Espera, espera. — Solari la detuvo con las palmas de las manos —. Si he entendido bien, estamos hablando de alguien que el chico no reconoció y que, dado el tiempo transcurrido, no sabemos en dónde está. ¿Es así?

— Bueno... sí.

— Por no decir que ella se ha desentendido del galán.

— No exactamente.

— ¿Qué quieres decir?

Lola bebió un sorbo de vino para disponer del tiempo necesario para decidir cómo explicarlo.

— ¡Hijo, Solari, lo quieres saber todo! — Lola prefirió adoptar una actitud de irritación para justificarse —. ¡Pues yo la alejé del chico, ésa es la verdad! Como al principio no la reconoció, me encargué de que no se vieran. La chica estuvo telefoneando hasta abril o mayo, no recuerdo, pero dejó de hacerlo porque deliberadamente la traté muy mal. La comprendo, en su lugar, yo tampoco habría vuelto a llamar.

Solari afirmó con la cabeza, indicando que lo entendía.

— Bien. Y entonces, ¿a qué viene ahora tu cambio de opinión?

— Pues porque veo mal al chico, ya te lo he dicho. Y porque me está haciendo muchas preguntas.

Y entonces Lola le dio cuenta de sus pesadillas, del nombre que había pronunciado varias veces, de la melancolía en que lo veía sumido, de su soledad y de la necesidad que debía de tener de estar con alguien más que no fuera su madre. Y también de lo atormentado que lo había visto en los últimos días, preguntando desconsolado por qué no podía recordar nada.

— Está bien — concluyó Solari —. Déjame pensar.

Pidieron al *maître* los platos que habían decidido del menú, también el vino con que acompañarían el pescado y el agua mineral para Daniel. Después comieron sin hablar durante un buen rato. Solari rompió el silencio en tres o cuatro ocasiones para interesarse por el perfil del carácter de la chica, por las posibilidades que tenía de reconciliarse con el chico y, sobre todo, con su madre.

También quiso saber cuál era su aspecto, dónde trabajaba y, al final, una dirección en la que poder encontrarla.

— Ay, no sé. Vive en uno de esos barrios de Madrid que hacen ahora con nombres tan raros... Uno que empieza por San... San no sé qué.

— ¿San Blas?

— No, hombre. Ese es un nombre muy fácil.

— ¿San Cristóbal de los Ángeles?

— Que no. Mucho más difícil.

— San Fermín, San Francisco...

— ¡Y dale! ¡Que te he dicho un barrio con nombre raro! ¿Cómo va a ser raro San Fermín, que es un sol de santo? Es algo así como... no sé, a mí me suena a salchicha.

— ¡Ah! — cayó en la cuenta Solari —. Te refieres a Sanchinarro.

— ¡Eso!

— Bueno, algo sabemos ya. ¿Y su calle?

— Ni idea. Nunca he ido a su casa.

— Pues así no será fácil dar con ella. ¿Sabes al menos dónde trabaja?

— En una fundación, eso sí que lo sé. Se llama Madrid Cultural o algo parecido.

— De acuerdo. Si la encuentro, hablaré con ella. Y luego tomaremos una decisión.

— Gracias, Normando. Déjame otra vez tu pluma, te escribiré su nombre completo.

— ¿Aquí pone Cortázar?

— Eso es.

Lola pareció aliviada. No sabía si hacía bien o mal, pero de lo que estaba segura era de que no quería seguir viendo así a su hijo. Contempló a Daniel ensimismado en sus pensamientos, con los ojos perdidos más allá de las cristaleras del restaurante, donde el lejano mar y el bullicio de la gente en la playa no habían cambiado. Lola y Solari comían en silencio una langosta mientras Daniel, masticando despacio, se metía en la boca una y otra vez la misma croqueta, mordisqueándola sin apetito. Su aspecto era estremecedor. Lola no lo había visto así desde su vuelta a la vida y Solari, coincidiendo con ella, se convenció de que tenían que hacer algo para no prolongar aquella melancolía que tal vez debiera tratar un psicólogo para que no terminara por convertirse en un estado crónico de depresión.

Con esa actitud no podría sacarle partido.

—De todos modos —dijo Solari rompiendo el silencio—, me han hablado muy bien del comportamiento de Daniel durante la sesión fotográfica del complejo urbanístico. Por eso creo que deberíamos tomar algunas decisiones.

—¿A qué te refieres? —quiso saber Lola.

—Bueno, ya te lo dije. Hace tiempo que me están bombardeando las agencias de publicidad más importantes de España porque muchos de sus clientes quieren que Daniel sea la imagen de sus marcas. Una cadena de moda lo requiere para que sea el rostro que avale su colección de ropa de la próxima temporada primavera-verano. También dos marcas de yogures, una de refrescos, tres cadenas de supermercados y muchos otros anunciantes. Lo que me preocupa es que todos lo quieren en exclusiva, por eso no ponen límite a lo que cueste el contrato. No fijan el precio: parece que aceptarían el que decidamos.

—¿Y a ti qué te parece?

Solari expresó sus dudas.

—Pues no estoy seguro, Lola. Lo de la exclusividad no me convence. También hay tres bancos interesados. Uno de ellos ofrece a Daniel como pago a su campaña publicitaria un chalé a las afueras de Madrid, una casa que, al parecer, se la han quedado porque los propietarios no han podido cumplir con la hipoteca. Otro banco ofrece un plan de pensiones a Daniel que se iniciaría con una aportación de la entidad de trescientos mil euros. Y aún hay más.

—¿Sí?

—Sí. El propio Ministerio de Hacienda solicita que Daniel protagonice la campaña del año que viene de la Declaración de la Renta. Se trata del mismo Estado, compréndelo. Hay que valorar esas cosas porque, en este caso, tendríamos muchas ventajas fiscales... Nos podríamos despreocupar del modo en que pagamos los impuestos por los ingresos que genera nuestra actividad. Creo que harían la vista gorda, por decirlo así, si se nos olvidara cotizar por algún pequeño detalle...

—¡Mira qué bien!

—En fin, que deberíamos pensarlo y tomar pronto una decisión, Lola. Además, cualquiera de estos trabajos serviría para entretenerlo, a ver si logramos que vuelva a sonreír. Y, por cierto, aquí traigo un par de docenas de invitaciones para que Daniel asista a distintas fiestas que se van a celebrar durante el verano en Marbella. De discotecas, de jeques, de personajes famosos... Tú dirás qué hacemos.

—¿Tenemos que ir?

—Bueno, algo de prensa no le vendría mal al chico. Pero a todas no, desde luego. Si te parece, seleccionaré las que mejor paguen por su presencia y decidimos. Con ir a dos o tres, por ahora, es más que suficiente.

—Pero ¿es que pagan? —Lola entendía cada vez menos.

—¡Claro que pagan! Si no, ¿para qué iba a ir? Son fiestas aburridísimas... En una le ofrecen tres mil euros por asistir, en otra seiscientos sólo por pasar un momento por el *photocall* y sonreír un poco ante los fotógrafos. Es lo habitual.

—Hijo, ¡qué cosas! Y yo que creía que con invitarnos ya eran muy amables... Esto de ser famoso da mucho trabajo, desde luego, pero hay que reconocer que es un chollo.

—Así es. Bueno, entre hoy y mañana echamos un vistazo a todos estos papeles, pero ahora vamos a comer con calma, que estoy harto de tanto trabajo. ¡Eh, chaval!

—¿Qué? —Daniel se sobresaltó.

—Que se te van a enfriar las croquetas. Y enseguida van a traer tu escalope con patatas.

—No quiero escalope.

—¿Y qué quieres, hijo mío? —Lola puso su mano en la suya.

—Un helado de chocolate, mamá.



Esa misma tarde, en Madrid, a Edgar le costó muy poco trabajo buscar en Internet las fundaciones en activo dedicadas a la cultura madrileña y encontrar Madrid Cultura 2000, la más activa de todas ellas. En su página web se relacionaban el patronato, los directivos y los responsables de las diferentes áreas de la fundación, pero el nombre de Paula Cortázar no aparecía por ningún sitio. Así es que introdujo su nombre en Google y, entre las casi cinco mil entradas con su nombre, localizó una vieja noticia del año 2006 en la que se daba cuenta de la presentación de un coloquio que conmemoraba los «Veinte años de la muerte de Tierno Galván» a cargo de la periodista Paula Cortázar en la Fundación Madrid Cultura 2000 en el que intervenían, entre otros catedráticos, los profesores Elías Díaz y Raúl Morodo. Edgar supuso que había acertado en la localización y dejó para el lunes ponerse en contacto con la fundación y transmitir a Paula el mensaje de doña Lola Soteras de que se la invitaba a pasar unos días en Marbella con todos los gastos pagados para visitar a Daniel Peñalver.

Con lo que no contaba era con que le informaran de que ya no trabajaba allí, que se había despedido y que no habían vuelto a saber nada de ella, por lo que lo más probable era que se hubiera ido al extranjero, quizá a Australia, en donde vivía su padre. Lo único que logró, después de asegurar que tenía que intentar encontrarla porque su madre había fallecido y tenía el encargo de comunicárselo, fue que hicieran una excepción dada la naturaleza de la noticia y le facilitaran su dirección, en el edificio Mirador del barrio de Sanchinarro. Con ese dato, a Edgar se le solucionaron todos los problemas para cumplir el encargo de Solari. Excepto el de saber el aspecto exacto que tenía Paula.

Por ello, lo que tuvo que hacer es plantarse ante el portal del edificio y esperar a que saliera o entrara una chica joven. Sabía que podían vivir en el edificio varias mujeres con esas características, pero el propio Solari, después de telefonar a Lola, supo describirla con bastante precisión: pelo castaño, ojos azules, menuda de cuerpo y de una altura aproximada al uno sesenta y cinco. Dar con ella, pues, no sería difícil.

Y así fue porque, sobre las cinco de la tarde, una chica de esas características salió del edificio y se subió a su coche. Edgar se dispuso a seguirla mientras hacía una llamada para que un contacto que tenía en la Dirección General de Tráfico le confirmara a quién pertenecía el coche con aquella matrícula. Cuando, unos minutos más tarde, su contacto le informó de que estaba matriculado a nombre de Paula Cortázar, Edgar supo que había dado en el clavo a la primera y que, no sabía por qué, estaba persiguiéndola por la carretera de Barajas a una hora infernal en que el sol y el calor abrasaban la tarde de Madrid.

Y aún mayor fue su sorpresa cuando el automóvil de Paula salió de la autopista, se adentró por una carretera secundaria y se detuvo, al fin, en el aparcamiento de un club del que Edgar no tardó en reconocer su naturaleza. Una sorpresa que se convirtió en sonrisa irónica cuando la vio bajar del coche, trastabillar con sus zapatos de alto tacón por la grava del camino y acomodarse la escandalosa minifalda que vestía al atravesar la puerta de entrada a La Divina Con Medias.

Una camarera del Gran Hotel dio un grito prolongado al abrir la puerta de la habitación y darse de bruces con el horror: en un revoltijo de sábanas blancas, el cuerpo de Manuela Vilmen yacía desbaratado en la cama, con la cabeza colgando por uno de sus lados y la cara tiznada por la sangre que goteaba desde su nariz. La doncella del servicio de habitaciones se tapó la boca con la mano y corrió a dar cuenta de lo que había visto a la encargada de planta, quien no dudó de la certeza de lo dicho por la empleada y avisó al director del hotel. Pocos minutos después, dos policías de la brigada de homicidios entraban con el policía del hotel en la habitación 304, en donde ya se encontraban un médico y el director del establecimiento hotelero.

El médico, sin necesidad de mover el cuerpo, certificó la muerte del huésped tras buscar su pulso en vano. Por la posición en que se hallaba el cadáver, y sobre todo por la sangre que rebosaba su apéndice nasal, dedujo que la muerte podía deberse a una sobredosis de una droga que le había producido un fallo cardíaco fulminante por una hipertensión severa. De todos modos, añadió, la autopsia revelaría la verdadera causa del fallecimiento.

Los miembros de la brigada dieron aviso a jefatura para comunicar los hechos y para que se pusiera en conocimiento del juez de guardia encargado del levantamiento del cadáver. No tardaron, tras un rápido vistazo, en descubrir una bolsa medio vacía de una sustancia que identificaron como cocaína y que guardaron para analizar en el laboratorio, como prueba número uno. Después, recibieron al fotógrafo de la brigada, hablaron con el director del hotel y con la camarera que descubrió los hechos y, tras las preguntas de rutina para saber los datos de la fallecida y si se había tocado algo de la habitación antes de que llegaran ellos, se fueron sin esperar a que acudiera el juez. Todo parecía responder a una muerte por sobredosis, tan frecuentes en los días de calor agobiante, como lo era aquél.

—Se llamaba Rosanna Andreu —dijo el inspector Santonja revisando las notas tomadas—. Vivía en Madrid, parece ser, aunque nació en Sitges. Ha venido sola al hotel.

—¿Prostituta?

—No, hombre. No se hospedaría en un hotel como éste. Más bien una niña rica.

—Pues habrá que avisar a la familia.

—Eso te lo dejo a ti. Yo no puedo con estas cosas.

—¡Qué listo! —se quejó el compañero—. Y yo sí, ¿verdad?

—No lo sé, pero tú eres el nuevo aquí y tienes que ir curtiéndote —sentenció Santonja—. ¿Has pedido una fotocopia de su documento de identidad?

—Han pasado un fax a la brigada.

—Perfecto.

Todo apuntaba a que iba a ser un caso rutinario de muerte por sobredosis que se resolvería con una autopsia y una llamada a los padres para que fueran a recoger el cuerpo de su hija. Todo lo indicaba hasta que de repente se empezaron a cruzar los datos y resultó que nada concordaba. Por suerte, la sorpresa se produjo instantes antes de llamar a los padres de la verdadera Rosanna Andreu y darles la trágica noticia: telefonearon a los números que la fallecida tenía en la agenda de su teléfono móvil y se encontraron con que todos los que respondieron dijeron desconocer a la tal Rosanna. La unánime coincidencia confundió tanto a Santonja, encargado del caso, que optó por pedir una fotografía del cadáver y, aunque la cara de la víctima tenía secuelas severas de lesiones, no le costó trabajo reparar en el nulo parecido entre la propietaria del DNI y el rostro de la fallecida. Desconcertado, de inmediato ordenó comparar las huellas dactilares de una y otra en los archivos centrales de la policía y el informe remitido desde Madrid aclaró que no correspondían a la misma persona.

Santonja, entonces, decidió llamar a esos mismos números desde el móvil de la chica, pero nadie lo reconoció: en efecto, Manuela Vilmen no había hecho ninguna llamada desde un teléfono tan nuevo que todavía conservaba el plástico protector de la pantalla.

Identificar a la chica, a partir de entonces, no iba a resultar tan fácil. Si hubiera estado detenida en alguna ocasión, el ordenador central revelaría su verdadera identidad con una mera yuxtaposición de sus huellas dactilares, pero no había sido así. Y para buscar otros ficheros policiales se necesitaban varios días, por lo que por orden judicial el cuerpo quedó finalmente depositado en el Instituto Anatómico Forense de Málaga.

El resultado de la autopsia, por otra parte, fue el esperado: «Muerte por fallo cardiaco causado por la ingestión excesiva de una sustancia con componente básico de cocaína y aditivos de diversas procedencias que adulteran la base, entre otras, acetaminofeno, creatina, sulfatiazol, vidrio molido y una gran cantidad de lidocaína, causante en último extremo del fallo cardiaco causante del deceso. Debido al estado general del cuerpo de la víctima, en el que se aprecian lesiones en proceso de curación en rostro y brazos, no se identifican agresiones recientes, si bien durante el proceso de la agonía la víctima sufrió convulsiones y trastornos circulatorios, que junto a la excitación, los escalofríos y, en ocasiones, las alucinaciones, son síntomas típicos de la sobredosis por ingesta de cocaína adulterada.» El laboratorio coincidió con la autopsia cuando detalló la composición química de los restos del producto de la bolsa encontrada junto al cadáver en la habitación del hotel.

El inspector Santonja, al leer ambos informes, se limitó a comentar:

—Compran esa mierda a cualquiera y les dan puro veneno. Les está bien empleado.

—¿Y si no se tratara de una simple sobredosis, Santonja? —Su compañero lo insinuó con la timidez del novato.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que pudiera tratarse de un homicidio. En realidad no sabemos dónde compró la droga ni quién se la vendió, pero a lo mejor fue un regalo. Un regalo envenenado, claro.

—Pues sí que vienes tú con ganas de trabajar. —Santonja negó con la cabeza—. Estos nuevos... ¿Y qué? ¿Propones que le demos un par de vueltas al caso?

—Yo no sé, tú sabrás. Pero yo lo haría.

—Está bien, Sherlock Holmes...

Santonja alzó los hombros, afirmó con la cabeza y buscó el expediente completo del caso. Extendió sobre su mesa los informes, las fotografías y cuantas notas había tomado, y antes de terminar de revisarlos salió de su mesa para ir en busca de un café a la máquina.

Fue el momento preciso que aprovechó Noelia Santos, la limpiadora de las oficinas, para adecentar un poco su zona, vaciar la papelería y pasar el plumero por el ordenador y la lámpara del inspector. El momento exacto en el que, por azar, miró las fotos esparcidas por la mesa y fijar su atención en la cara del cadáver de Manuela Vilmen, a la que remiró varias veces porque había en aquel rostro algo que le resultaba familiar. No supo recordar cuándo había visto a aquella mujer con anterioridad, aunque estaba segura de haberlo hecho, y siguió con su labor de limpieza hasta que volvió el inspector Santonja.

—¿Quién es? —le preguntó, señalando con el dedo la fotografía.

—No lo sabemos, Noelia. Estamos averiguándolo. Pero en todo caso no me parece que su trabajo incluya...

—Perdone usted, inspector —se disculpó por entrometerse—. Es que yo... Vale, vale, no he dicho nada.

Noelia continuó limpiando las oficinas con la celeridad y eficacia de siempre, pero no podía quitarse de la cabeza aquella cara ensangrentada. La conocía, estaba segura de que la había visto antes, pero no lograba situar dónde y cuándo. Hasta que, después de darle mil vueltas, de improviso, lo recordó. Fue como un flash, pero suficiente para situarla al lado de Daniel Peñalver en la televisión y en muchas revistas.

—¡Es ella! —Se le escapó la frase, y rápidamente pidió perdón a los funcionarios que levantaron los ojos para mirarla y siguió como si no hubiera dicho nada.

Porque lo que pensó de inmediato fue que su descubrimiento podía representar dinero. Le encantaban los programas del corazón, hacía tiempo que no se perdía ninguno, conocía los nombres y apellidos de todos los famosos que se pasaban las horas y los días debatiendo por cuestiones mucho menos importantes que la muerte de un personaje popular y veía que en los programas salían rótulos con un teléfono al que podían llamar los aludidos. Y como una vez se enteró de cómo funcionaba todo el tinglado, envidiaba profundamente a quienes, por ir a un programa u otro, cobraban cantidades enormes de dinero. Entonces pensó que ella tenía una exclusiva que ni siquiera conocía la policía y que sería tonta si desaprovechaba la oportunidad.

Por eso esperó a que el inspector Santonja abandonara de nuevo su sitio. Se acercó con disimulo y, aparentando que ordenaba la mesa, se apropió de una de las muchas fotos de la famosa esparcidas entre informes y carpetas. Y al terminar su jornada, aquella misma tarde, llamó al Canal 5 y pidió hablar con alguien del programa de los viernes por la noche.

Desde la centralita de la cadena le pasaron con uno de los miembros del equipo de producción del programa, que empezó atendiéndola con el hastío de quien recibe todos los días mil llamadas de telespectadores que dicen saber tal o cual cosa, que quieren ir como público al programa o conocer el número del móvil de un presentador o de un tertuliano para darle la enhorabuena por lo bien que lo hace.

—Sí, dígame —respondió la productora.

—Buenas tardes. Quería hablar con quien mande en el programa —empezó Noelia.

—Dígame.

— ¿Es usted la jefe?

— No, soy una de sus ayudantes. Puede hablar conmigo. ¿Qué desea?

— Es que es algo muy importante.

— Ya replicó rutinariamente. Estoy segura de que sí. Dígame, señora.

— Pues mire, es que yo soy la encargada de limpieza de la Jefatura Central de la Policía de Málaga.

— Bien. Siga, por favor.

— Lo que ha pasado es que esta mañana estaba yo limpiando como todos los días las oficinas, que otra cosa no, pero yo soy muy cuidadosa en mi trabajo, ¿vale?, y de repente he descubierto que en una de las fotografías que hay de la muerta, porque ha habido una muerte, ¿sabe usted?

— Siga, siga... La productora se recostó en su silla dispuesta a aguantar la llamada de otra loca.

— El caso es que al principio no he caído, me sonaba que la conocía, pero no he caído...

— ¿En qué?

— En que era ella, ¿vale? afirmó Noelia con mucho aplomo. Y luego siguió: Y el caso es que me sonaba, figúrese usted qué tonta, pero no caía. Hasta que al cabo de un rato, ¡zas!, me ha venido de repente a la cabeza.

— ¿El qué, señora?

— En que la muerta es ella.

— Vamos a ver. La productora empezó a impacientarse. ¿Quién es la que se ha muerto?

— Manuela Vilmen.

La productora dio un respingo, se incorporó en su silla y frunció las cejas.

— ¿Me está usted diciendo que ha muerto Manuela Vilmen?

— Bueno, bueno, vamos a ver reculó la limpiadora. Lo que yo quiero decir es que tengo una exclusiva muy importante y quiero saber cuánto vale.

— ¿Cómo que cuánto vale? La productora dudó qué hacer. No sabía si estaba ante la noticia del verano o hablando con una estafadora que intentaba sacar dinero por nada. De todos modos, por experiencia e intuición, sabía que no podía dejar de enterarse de aquello. Escuche, ¿cómo me ha dicho que se llama usted?

— Noelia.

— Eso es, Noelia. Escúcheme bien. Antes que nada, déjeme su número de teléfono por si se corta la comunicación que pueda llamarla yo.

— Bueno aceptó Noelia. ¿Tiene un boli para apuntar?

— Sí, claro. Dígame.

Noelia Santos le dio su nombre completo y su teléfono. La productora, entre tanto, pensó en el mejor

modo de afrontar la conversación.

— ¿Lo ha apuntado bien?

— Sí, Noelia. A ver, dígame todo.

— Que cuánto me van a pagar.

— Pues depende de lo que usted me cuente. Todavía no me ha dicho nada concreto.

— ¿Cómo que no? Le decía que estaba limpiando la mesa del inspector Santonja cuando...

— ¿Inspector Santonja? — La productora anotó el dato.

— Eso, Santonja. Y entonces he visto unas fotografías muy feas, ¿vale?, de una chica muerta, así como con la cara llena de sangre... muy de muerta, ya me entiende. Y entonces yo, por decir algo, sólo por dar un poco de conversación, que yo de chismosa no tengo nada, le he preguntado al inspector que quién era, y me ha dicho que no lo saben todavía, que están intentando averiguarlo. Y como el caso es que a mí me sonaba la cara, me he quedado pensando mientras seguía con mi trabajo, que es que, hija, allí no se acaba nunca. Y estaba yo vaciando la papelera de la inspectora Saladrich, no sé si la conoce...

— Al grano, Noelia.

— Pues eso, que entonces me he acordado de dónde había visto yo esa cara. Y mire usted por dónde es esa chica que he visto un montón de veces en su programa.

— ¿Está segura?

— ¡Y tanto! La novia de Daniel Peñalver. Bueno, la novia, o la ex novia, o la querida, que con tanto ir y venir, una ya no sabe dónde...

— Se refiere usted a Manuela Vilmen, claro.

— Claro.

La productora se tomó un tiempo para digerir la noticia. No era verosímil que, si de verdad se tratara de ella, la policía no supiera a quién pertenecía el cadáver, pero de todos modos la historia podía ser cierta al tratarse de una persona que trabajaba en una comisaría de policía.

— Muy bien, Noelia. Pero ¿tiene alguna prueba de lo que me está contando?

— Tengo la foto, ¿vale?

— Ya. Usted me está llamando desde Málaga, ¿verdad?

— Sí, señora.

— Pues mire, vamos a hacer una cosa — la productora utilizó el protocolo recomendado para casos similares — : uno de nuestros colaboradores más conocidos, Peralta... ¿sabe usted quién es Borja José Peralta, verdad?

— Sí, claro. Qué majo es también... ¡Y qué guapo!

— Pues eso. Peralta está veraneando en Marbella, precisamente, al lado mismo de Málaga. Si le parece, le voy a llamar ahora y va a ir a verla, a su casa. Usted se lo cuenta todo, le muestra la fotografía y, en

cuanto lo compruebe, me llamará a mí delante de usted, ¿de acuerdo? Con lo que me diga, le haré una oferta económica.

—Pero yo quiero ir a la tele a contarlo— protestó Noelia.

—Por supuesto, por supuesto. Precisamente ahora iba a invitarla a venir a Madrid. Pero dejemos que primero la visite a usted Peralta, ¿qué le parece?

—Ay, estupendo. ¡Peralta en mi casa! ¡Qué emoción!

—Pues estará ahí en media hora o poco más. Y muchísimas gracias por haberme llamado. Ya sabe la sensibilidad que tenemos en esta cadena para tratar estos casos. Cualquier otra cadena hubiera tratado de aprovecharse de usted, pero con nosotros puede estar tranquila. Daremos a su información la importancia que tiene. Muchas gracias, Noelia. Ahora, si no le importa, deme su dirección y llamo de inmediato a Peralta.

—Sí, sí, apunte...

Una hora más tarde Borja José Peralta tocaba el timbre de la casa de Noelia Santos. Y dos horas después, tras intercambiar tres llamadas en las que participó el director de programas de Canal 5, el vicepresidente de la cadena y el director de informativos, un coche negro esperaba a la puerta de Noelia para trasladarla junto con Peralta a Madrid, en donde se la hospedó en un hotel cercano a los estudios de Canal 5 acompañada por la propia productora que había recibido la llamada, vigilada como si se tratara de un secuestro, hasta la mañana siguiente, en la que toda la programación se alteró para que el primer telediario del día diera la noticia y para que la primera en intervenir en el «Especial Manuela Vilmen» fuera Noelia Santos, narrando con todo lujo de detalles lo que había visto en la imagen, pero simulando que lo había contemplado personalmente para no desvelar la verdad y que sus declaraciones pudieran crearle problemas en su puesto de trabajo: la sangre, el semidesnudo de Manuela, el revoltijo de sábanas..., todo cuanto de morbo pudiera describirse pero sin mostrar la fotografía, que por tratarse de una prueba policial robada acarrearía complicaciones judiciales. Por eso, los asesores jurídicos de la cadena recomendaron, como así se hizo, que Noelia hiciera su entrevista de espaldas, con la voz distorsionada y en penumbra, sin decir en ningún caso la procedencia de la información e insinuando que lo sabía porque trabajaba en el hotel y había visto el escenario en donde apareció muerta Manuela Vilmen.

Noelia Santos aceptó la cantidad fijada de seis mil euros por todo, y a las nueve en punto su presencia sustituyó a la entrevista pactada con el ministro de Asuntos Exteriores para esa misma hora, entrevista que se canceló al igual que el resto de la programación prevista hasta el telediario de las 14.30 horas, que por supuesto abrió con la noticia de la muerte de la ex novia de Daniel Peñalver.

Fue una mañana enloquecida de televisión en directo en la que tertulianos, colaboradores y presentadores debatieron, hasta exprimirla, la noticia, así como la vida de Manuela Vilmen, su trayectoria como actriz sin éxito, su relación con Daniel Peñalver sobre las imágenes de archivo de sus encuentros; incluso se intentó entrevistar a los padres de la víctima en Cuenca, a quienes la misma prensa fue quien dio la dramática noticia, «para abordar el aspecto humano de la actualidad», explicaron, y hasta una unidad móvil de la cadena se desplazó hasta la localidad de Priego para entrevistar a la abuela de Manuela, doña Carmela, que fue asaltada en su casa, en el pueblo, para obtener en directo las declaraciones balbucientes de una pobre anciana a la que consumía el llanto y el dolor. Fue una mañana trepidante de un *magazine* que encogió el corazón de una audiencia millonaria y se convirtió en el espectáculo televisivo más visto del año después del partido de fútbol entre el Barcelona y el Real Madrid en las postrimerías del campeonato de Liga.

Por ello, el inspector Santonja no salió de su asombro cuando al mediodía fue informado de que a las puertas de la jefatura se agolpaban periodistas, cámaras y fotógrafos de todos los medios, pidiendo ser recibidos por el policía que llevara el caso de la muerte de Manuela Vilmen o por cualquier portavoz de la policía; y que otra nube de reporteros se había plantado a las puertas del Instituto Anatómico Forense en busca de captar todos los detalles, cuanto más morbosos mejor, de la novia del militar herido en Afganistán.

— ¡Una puta! ¡Esa chica es una puta, jefe! — Edgar gritaba al teléfono para informar a Solari de lo que había descubierto de Paula Cortázar.

— ¡Déjate ahora de tonterías, Edgar! — respondió más fuerte aún el argentino—. ¡Y dime qué coño ha pasado con Manuela!

— Lo esperado, jefe — se amilanó Edgar—. Tal y como lo habíamos planeado.

— Pero ¿tú eres imbécil o qué? — Solari resopló al teléfono—. ¿Cómo se te ha ocurrido...? Pero, vamos a ver: ¿cuánto tiempo crees que va a tardar la policía en atar cabos?

— No hay cabos sueltos, jefe.

— Ah, ¿no? ¡Serás idiota...! Pues te advierto que te vas a comer tú solo el marrón. ¡Yo no quiero saber nada!

Solari apagó el móvil y lo tiró sobre la cama de su habitación en el hotel. Después dio varios paseos nerviosos por la estancia y se frotó la frente con las dos manos. Tenía que pensar. Sabía que la policía revisaría todas las grabaciones de seguridad del hotel y daría con el momento en que Edgar y Manuela desayunaron juntos, el día anterior a su muerte. Y, en cuanto detuvieran a Edgar, sabrían que trabajaba para él. En realidad, todo el mundo lo sabía, o sea que después irían por él. Y no ayudaría el hecho de que fuera precisamente el mánager de los dos, de Daniel y de su ex. Por no contar con la muerte del novio de ella, el tal Alex, o como se llamara. No podrían probar nada, probablemente, pero iba a tener que pasarse media vida ante la policía y los jueces dando explicaciones absurdas.

Tenía que pensar. Pensar, pensar... Y lo peor de todo era que, pensara lo que pensara, todos los itinerarios confluían en él. Había sido un plan mal organizado y peor ejecutado. Y más erróneo aún contar con que el animal de Edgar sabría llevarlo a cabo, un tipo sin cerebro. Si fuera la solución, lo mataría sin mover un músculo de la cara. Pero, por desgracia, ni siquiera esa muerte serviría para salvarle a él de lo que le esperaba.

Volvió a telefonarle.

— Oye, animal.

— Diga, jefe.

— ¿Qué es eso de que la chica es una puta?

— Pues, no sé. La he seguido hasta un club de carretera, La Divina Con Medias, ya me entiende usted.

— Yo no entiendo nada.

— Pero ¿no se acuerda de que estuvimos allí una noche y...?

—Déjalo ya, Edgar. Cuéntame qué viste.

—Que la seguí hasta allí, bajó de su coche y entró. Esperé más de dos horas por ver si salía, y nada.

—Bueno, es igual. Localízala y dile que doña Lola Soteras quiere hablar con ella. Que la llame. Y tú, mientras vuelves a encontrarte con la chica, te vas a una agencia y te sacas un billete de avión para el primer vuelo a Buenos Aires. O no, mejor, para Montevideo, que es más pequeño y podrás encontrar algún trabajo hasta...

—Pero ¡jefe!

—Ni pero ni nada. Un billete y te largas de España un año por lo menos. Hasta ver cómo resuelvo el lío en que me has metido. Te pasas luego por mi oficina, que habrá un sobre con doce mil euros para que vayas tirando mientras encuentras algo. ¡Y no me vuelvas a llamar! ¿Has entendido bien? ¡Nunca! Borra mi número de tu móvil y el registro de todas las llamadas recibidas y enviadas que, cuando te necesite, ya te llamaré yo.

Solari colgó el teléfono sin esperar respuesta. Y se apresuró a arreglarse para salir: había quedado con Daniel y su madre en acudir a una fiesta que se celebraba en un cortijo de las afueras, en casa de una marquesa que había puesto tanto interés como dinero para que no fallara a la cita el famoso Daniel Peñalver. Se lo había prometido a todo el mundo y ella no podía quedar mal con «todo Marbella».

Lola y Daniel lo esperaban en el portal de su edificio. Ella se había arreglado como para acudir a una boda y a Daniel lo había vestido con un traje de lino blanco, camisa blanca y zapatos de rejilla también blancos, por lo que la pareja parecía sacada de una película de la mafia en la Sicilia de los años cincuenta. Solari les sonrió al verlos y con un gesto les invitó a que lo acompañaran. Un coche alquilado, con conductor, les esperaba en la puerta. Subieron a él y, sin hablar, se dirigieron a la fiesta.



En Madrid, a esa hora, las chicas de La Divina Con Medias estaban solas en el club. Era muy temprano para esperar que entrara algún cliente y casi todas mataban las horas mirando su móvil, fumando por los rincones o retocándose una y otra vez el maquillaje. Sólo Paula y la ucraniana Anna conversaban en voz baja, cada una a un lado de la barra, sobre la ausencia de Selene.

—Anoche me dijo que quería dejarlo todo —comentó Paula—. Creí que se trataba de un enfado pasajero, pero, mira, ahora creo que hablaba en serio y que no vendrá.

—No puede ser —Anna mostró su decepción—. Ya verás como aparece.

—No lo sé. Ha roto con su novio y...

—¿De veras? —Anna se inclinó sobre el mostrador—. Qué horror. Con lo unidos que se les veía...

—Pues ya ves.

—¡Hombres! —sentenció la ucraniana—. ¿Cómo ha sido?

—Se le ha cruzado otra, lo de siempre. —Paula se detuvo y pareció que le asaltaba un pensamiento atroz—. Bueno, ha tenido suerte.

— ¿Suerte?

— Sí... no... Bueno, yo me entiendo.

Anna se la quedó observando con perplejidad pero no dijo nada. Comprendió que Paula estaba sangrando por alguna herida y prefirió no continuar la conversación. Para cambiar de tema, dijo:

— ¿Nos hacemos un porro?

— Yo no fumo — se disculpó Paula —. Pero me gusta el olor. Fuma tú si quieres.

Dionisio entró en ese momento en el club. Llegaba cabizbajo, más serio que de costumbre. Revisó el local para comprobar si había algún cliente y después negó con la cabeza.

— Paula, ven a la oficina. Que se quede Selene en la barra.

— Selene no ha venido hoy — informó Anna.

— Bueno, ha hecho bien. Chica lista... Quédate entonces tú — le ordeno a Anna —. Y tú ven, Paula.

Entró en la oficina y ella lo hizo detrás de él. Se le veía apagado, como si llegara de un entierro o de recibir una multa de Hacienda. Dionisio se sentó en su silla del escritorio y Paula no supo qué hacer. Él encendió un cigarrillo.

— ¿Me siento aquí? — Paula señaló el sofá.

— Sí. Donde quieras.

Paula se sentó y Dionisio fue a sentarse cerca de ella.

— Estás enfadado, ¿verdad?

— No, no es eso. Es que esto va muy mal — empezó diciendo —. Si siguen así las cosas, y no parece que vaya a cambiar, tengo que cerrar el club. ¿Sabes lo que me cuesta abrir cada día la puerta? La luz, los impuestos, las bebidas que toman las chicas, la nómina de Silvio... Son más de seiscientos euros diarios, y para no perder dinero, sólo para no perder, tendríamos que vender cerca de cien copas. Y ya lo estás viendo: la mayoría de los días no se abre la caja ni para quitarle el polvo.

— Está muy floja la cosa, sí — aceptó ella.

— Y sin esperanzas, Paula. Sin ninguna esperanza. Lo que no sé es cuánto voy a poder aguantar así porque te aseguro que si no cierro hoy mismo el club es por ti.

— ¿Por mí? No te preocupes, Dionisio. Haz lo que tengas que hacer.

— ¿Y dejarte en la calle, sin nada? Porque no has encontrado ningún trabajo, ¿verdad? Claro que no. Si lo tuvieras, no seguirías viniendo.

Paula le observó y se dio cuenta de que sufría. Estaba inquieto y respiraba mal. Y no le gustó nada que estuviera sufriendo también por ella. Le puso la mano en la suya.

— Ya me las arreglaré, Dionisio. Y te aseguro que nunca olvidaré lo que estás haciendo por mí.

— ¡Si no es sólo por ti, tampoco es eso! Es que... — A Dionisio le costaba expresar lo que sentía. Estaba congestionado y hablaba haciendo un verdadero esfuerzo —. Es que si cierro el club... es como si me suicidara.

Es el fin. Han sido más de veinticinco años, compréndelo, toda mi vida... Y ahora... ¡una mutilación! ¡Sería como una mutilación!

—Lo entiendo.

Dionisio se levantó y fue en busca de otro cigarrillo. Estaba realmente cansado y hundido.

—No, no lo entiendes porque ni siquiera yo lo comprendo. Pero ¿qué ha pasado? ¿Dónde está la gente? Era un buen negocio, te lo aseguro. Con él he mantenido a mi familia, he podido ganarme la vida. Pero ahora, ya ves. Cada mes pierdo una fortuna, me estoy quedando sin los ahorros de tantos años. Y cerrar no sólo es un fracaso personal, es que además no sé si hay alguien que quiera pagar un traspaso por el local. Hoy en día nadie tiene dinero para invertir, y menos en un tipo de local como éste.

—Véndelo —apuntó Paula—. Quizá así...

—¿Venderlo? ¡Pero si no es mío! Pago un alquiler, por eso te digo que la única solución sería traspasarlo.

—Ah, claro.

—Pero bueno. Dejemos eso. Lo que quería decirte es que las cosas no van a cambiar, o sea que voy a aguantar todo septiembre y en octubre cerraré. Te lo aviso para que intentes encontrar algo. Y, de todos modos, si no encuentras trabajo, yo tengo un poco de dinero, muy poco, pero sí puedo pagarte el viaje a Sídney para que te vayas con tu padre.

—Gracias, Dionisio. —Paula se abrazó a él y dejó la cabeza apoyada en su pecho—. Gracias, pero tengo que ganármelo yo. Bastante has hecho ya por mí.

—¡No seas terca, carajo!

—No es terquedad, te lo prometo. Lo que no quiero es que el banco se quede con mi casa... Y, además, bueno... Es que no me sentiría bien aceptando un dinero que también es de Lola, y de Daniel...

—No me hables de ellos. No se lo merecen. —De repente cambió el rictus y bajó la voz—: Ni una sola vez me han llamado en todo el verano...

—A lo mejor esperan a que les llames tú.

—A lo mejor. —Dionisio no quiso seguir hablando de su familia. Le apartó la cabeza con brusquedad y se levantó del sofá—. Bueno, ya me has oído. Si quieres largarte a Australia, yo te pago el viaje. Y si no, tú sabrás.



Era medianoche y el inspector Santonja daba vueltas y más vueltas en la cama. Hacía mucho calor en la noche malagueña, pero la causa de su insomnio no era la temperatura, que mitigaba con un aparato de aire acondicionado, sino la inquietud, además de la rabia, por haberse enterado de todo por la prensa. Si el comisario no lo había despedido ya, nunca lo haría, porque había que ser torpe para no saber lo que se traía entre manos hasta que medio centenar de medios periodísticos había asediado la jefatura. ¿Es que nadie le podía haber dicho que desde las nueve de la mañana lo sabía todo el país menos él? Además, ¿cómo se

habrían enterado? ¿Y por quién? El director del hotel había asegurado no conocer la verdadera identidad de la muerta, al igual que la camarera, la encargada de piso, el policía del hotel y las demás limpiadoras que fueron preguntadas. ¿Quién había ido con la información a una televisión, una información tan veraz y, a la vez, tan sencilla de descubrir? Lo primero que haría por la mañana sería pedir al Gran Hotel todas las cintas de vídeo que registraran las entradas y salidas del hotel de las últimas setenta y dos horas para ver si encontraba en ellas alguna pista que le sirviera.

Porque hasta ahora tenía claro que se había tratado de una muerte accidental por sobredosis de droga, pero a lo mejor podía ser algo más serio. De hecho, resultaba extraña la mezcla de la cocaína detectada por el laboratorio, con tantos aditamentos, un combinado letal que no era fácil imaginar que fuese cortado por un camello, a sabiendas de que lo más seguro era que se quedara sin cliente para una siguiente venta. Si, por el contrario, alguien hubiera querido deshacerse de la famosa Manuela Vilmen, con un regalo así le resultaba sencillo. Pero ¿por qué querer matar a una chica que, aparentemente, no podía tener enemigos? Ni le habían robado nada, ni había sido agredida ni sexual y ni físicamente antes de su muerte, ni se le conocían actitudes extrañas en los días que llevaba hospedada... El hecho de que se hubiera registrado con un nombre falso y una documentación de otra actriz podía ser sólo con la intención de pasar inadvertida unos días en los que buscaba el reposo y el anonimato. No era infrecuente algo así en personajes públicos. Pero ese modo tan raro de cortar la cocaína... Había algo que no encajaba en el caso. Y él tenía que descubrirlo.

A las seis de la mañana ya estaba duchándose y a las siete tomando un primer café ante su mesa de trabajo. Había telefoneado al hotel y dejado recado de que el director le llamara en cuanto llegara a su oficina. Y a las ocho en punto sonó su teléfono.

— Necesito todas las grabaciones de los últimos tres días — dijo, o más bien exigió.

— ¿De la entrada, el vestíbulo, los pasillos de las plantas...? ,

— Todas.

— Veré lo que puedo hacer. Se suelen borrar porque se graba cada día sobre la misma cinta del día anterior — explicó el director —. Pero veré qué tenemos.

El inspector Santonja pidió otra vez al laboratorio que se volviera a analizar la cocaína causante del fallecimiento de Manuela Vilmen, por ver si algún dato nuevo ayudaba a entender la complejidad de componentes con que se había adulterado la droga. Y ofició a los servicios centrales de la Dirección General de la Policía de Madrid por si existían antecedentes de una manipulación similar de la cocaína y, en su caso, si había fichada alguna banda organizada que trabajara de aquel modo. Por último, antes de que llegara el comisario, se estudió la vida de Manuela Vilmen publicada en los periódicos del día y en la Wikipedia para intentar descubrir algún lado oscuro en su biografía que le facilitara una pista, por pequeña que fuera.

La única curiosidad que llamó su atención fue que en algún lugar se decía que la chica mantenía, o había mantenido hasta su noviazgo con Daniel Peñalver, una relación sentimental con un joven, Alex Silva, que se había suicidado unos días antes. Y se especulaba con que se hubiera suicidado por amor, al verse abandonado por ella. Eso podía explicar que Manuela se hubiera retirado a Marbella para estar sola y llorar su luto, y era la razón de que hubiera decidido viajar sin ninguna amiga ni pariente alguno, escondiéndose del mundo y de los focos de la prensa. Pero también era cierto que nadie en el Gran Hotel la recordaba como un alma en pena, sino que su comportamiento y actitud, en lo que habían observado, era por completo normal. Un poco reservada, sí, habían coincidido el director y otros empleados, porque nadie había hablado mucho ni

simpatizado con ella, tampoco los camareros del comedor, ni se la había visto en todos esos días hablar con ningún otro huésped. Pero tanto como estar pasando por una etapa de luto, parecía que no.

—Sería una chica rara —aventuró Santonja—. Además, si quería mantenerse en el anonimato...

—En ese caso, es comprensible —asintió el director. Y añadió—: ¿Y por qué piensa usted que era una chica rara?

—¡Hombre! Qué pregunta. ¿Cuántas chicas de veintitantos años conoce usted que tengan en su agenda sólo seis números de teléfono, a los que nunca ha llamado, por cierto? Y ningún mensaje, ni enviado ni recibido, ni una mísera foto y sin *whatsapp* ni cualquiera de esas aplicaciones que usamos todos... Y con un iPhone 5, nada menos.

—Eso sí, claro.

—Pues por ahí habrá que ir investigando.



A esa misma hora, Edgar entró en una agencia de viajes de la Gran Vía de Madrid para adquirir un billete de primera clase a Montevideo con cargo a la cuenta que tenía abierta Normando Solari en el establecimiento. Y la casualidad hizo que sentada ante la mesa de otro agente de viajes estuviera Paula Cortázar revisando fechas y precios para un viaje en avión de Madrid a Sídney.

Finalmente, la noche anterior había aceptado el ofrecimiento de Dionisio: pensó que sería más rentable para él pagar el importe del vuelo que seguir dándole, como hacía, cien o doscientos euros cuando pasaban unos días sin que entrara ningún cliente en el club. Por eso aceptó el ofrecimiento del billete de avión y por eso también se dedicó a buscar el vuelo *low cost* más económico. Paula no quería, en ningún caso, abusar de la generosidad de Dionisio.

Edgar la miró y remiró con impertinencia, asegurándose de que, en efecto, se trataba de la misma chica que había seguido la tarde anterior. Hasta que Paula, incomodada ya por tanto y tan persistente acoso visual, terminó protestando.

—¿Le pasa a usted algo? —Se enfrentó al hombre.

—Perdone, señorita —se excusó Edgar, adoptando una pose sumisa y un tono de voz cordial—. Usted es Paula Cortázar, ¿verdad?

—¡Yo no le conozco a usted!

Paula pensó, de inmediato, que se trataba de algún cliente de los que la habían conocido en el club y se avergonzó. Respondió con brusquedad para poder negarlo en el caso de que él lo insinuara, y se echó el pelo a la cara para disimular su sonrojo.

—Verá... Es que tengo un recado para usted.

—¿Un recado?

—Sí, así es. Me han encargado que le diga que debe llamar cuanto antes a doña..., espere que lo mire.

—Edgar sacó un papelito doblado del bolsillo y lo abrió—. A doña Lola Soteras. Eso es.

Paula se quedó estupefacta. La madre de Daniel quería hablar con ella. Pero ¿cómo la habían encontrado allí, en una agencia de viajes a la que entraba por primera vez en su vida? ¿Y quién era aquel hombre?

Se asustó. Se asustó mucho. Se levantó de golpe, dejó a la empleada con los papeles de las ofertas en la mano y se quedó de pie, mirando a Edgar. Tardó en recobrar el ánimo antes de responder.

—Gracias.

Y salió apresuradamente del local sin mirar atrás.

A esa hora, Lola daba vueltas y más vueltas en la cama sin que le apeteciera levantarse y empezar el día. Había dormido muy mal, apenas unos minutos a primera hora después de tomar sus pastillas y un somnífero, y no había dejado en toda la noche de pensar en lo que le había dicho Solari en la fiesta, mientras Daniel posaba en el *photocall* ante las cámaras de los fotógrafos y las cadenas de televisión que cubrían la fiesta marbellí como una de las más tradicionales de los veranos en la Costa del Sol.

Daniel sonreía con una naturalidad forzada ante los cientos de disparos de flash que lo bombardeaban aunque, por su actitud indecisa, mirándolo todo y distrayéndose con las cosas que le decían los periodistas, parecía no querer abandonar la alfombra de los famosos. Entonces Solari tomó por el brazo a Lola y, apartándola del barullo de los periodistas, le dijo en voz baja:

— He localizado a esa chica.

— ¿A Paula?

— Sí. Y no tengo buenas noticias. Se ha echado a perder.

— ¿Qué quieres decir? — Lola escrutó a Solari, intentando entender a qué se refería.

— Pues eso. Que de trabajar en una fundación cultural, como me dijiste, nada. Ahora hace la calle.

— ¿Qué calle?

— ¡Que es una puta! — Solari alzó la voz y de inmediato volvió a contenerse—. ¡Vamos, Lola! ¡Que parece que tenga que explicártelo todo!

Lola se quedó pensativa, con la mirada clavada en los ojos de Solari, masticando las palabras que acababa de oír. Era un hombre del que se fiaba, no la había engañado nunca, pero lo que estaba diciendo ahora no podía ser verdad. Era tan absurdo que negó con la cabeza y le sonrió condescendiente.

— No, Normando. ¡Qué horror! Te has equivocado de chica. Paula nunca...

Solari hizo un gesto de indiferencia.

— Puede ser. A ver. — Sacó del bolsillo el móvil y miró su agenda de notas, tras alejar la pantalla de los ojos y guiñarlos para leer mejor—. Paula Cortázar, ¿no? Me dijiste que vive en el edificio Mirador y su coche es un...

— Sí, sí, todo lo que quieras. Pero esa chica es, a ver, ¿cómo decirlo? Una pava. Cursi, remilgada, tímida, chapada a la antigua... ¡Pero si es asturiana, por el amor de Dios! Del mismísimo Oviedo, además.

— No digo que no. — Solari volvió a alzar los hombros—. Pero lo cierto es que mis informes dicen que trabaja en un club de carretera que está muy cerca de Barajas, en una desviación. Si quieres te doy hasta el nombre del prostíbulo.

—No, gracias. Déjalo.

Lola se apartó de Solari y fue en busca de su hijo, que ya se bajaba por fin del *photocall*. El resto de la noche lo pasó junto a Daniel, forzando sus sonrisas y sin moverse de su lado.

Después, ya en la cama, no había podido dejar de pensar en las palabras de Solari. Era evidente que, a saber por qué motivo, Paula estaba trabajando en La Divina Con Medias, y Dionisio se lo había ocultado. Tendría que telefonearle para confirmarlo y, sobre todo, para que le explicara a santo de qué la tenía allí, y en condición de qué, de puta o de otra cosa. Porque no podía dar crédito a lo oído: no se imaginaba a Paula ejerciendo la prostitución. Imposible. Conocía demasiado bien a la chica y estaba segura de que no era cierto, de que no podía ser verdad. Aunque no lograba comprender ni qué hacía en su club ni por qué su marido se lo había ocultado. ¿Desde cuándo? ¿Y por qué?

A medianoche, además, se había vuelto a sentir mal. Cada vez eran más frecuentes esas sensaciones de inquietud y de debilidad, como si el agotamiento se hubiera aliado con las preocupaciones para hacerla más vulnerable. Y no se lo podía permitir: no sabía cuánto duraría todo lo que había comenzado, pero de lo que estaba segura era de que no iba a apartarse de su lado ni iba a dejar de hacer lo que fuera necesario para que no se apagara la estrella que le estaba aportando tanto dinero. Todo menos escupir sobre el azar que tan generosamente había puesto los ojos en su hijo.

Tenía que levantarse. Eran más de las diez de la mañana y en cualquier momento Daniel pediría su desayuno. Sí, era preciso levantarse y no olvidarse de telefonear a Dionisio, aunque no podría hablar con él hasta la hora de comer, cuando solía despertarse.



A esas horas, Paula deambulaba por Madrid, perpleja por el encuentro que acababa de tener en la agencia de viajes y sin comprender cómo aquel hombre la había podido localizar allí, un lugar al que nunca había ido. Y más incrédula y estupefacta aún de que Lola quisiera hablar con ella. No alcanzaba a imaginar qué podía querer de ella la madre de Daniel, y todo le resultaba extraño, muy extraño. Podía llamar de inmediato al móvil de Lola, pero estaba asustada. ¿Y si quería comunicarle algo terrible, como que a Daniel le había ocurrido alguna desgracia? Asustada. Estaba asustada, temerosa e intrigada a la vez, y entre sus divagaciones fue perdiéndose por las calles del centro, por la calle de la Reina, Libertad, Augusto Figueroa, Gravina... Al final se sentó a una mesa en una terraza de la plaza de Chueca y pidió un café. El sol lucía rabioso con la fuerza de agosto en Madrid.

Varias veces sostuvo el móvil en la mano con el número de Lola a la vista, a falta tan sólo de pulsar la tecla de llamada, y otras tantas lo volvió a guardar. Había decidido esperar a la tarde y preguntar a Dionisio si sabía de qué se trataba y por qué su mujer quería hablar con ella, pero no sabía si tendría paciencia para esperar tanto. La curiosidad la arañaba como un gato que no se deja apresar y por momentos le mordía; y entonces, era cuando volvía a buscar su móvil en el bolso, lo abría y se topaba con el teléfono de Lola. El café muy cargado que le sirvieron no sólo no ayudó a que se relajara sino que hizo que aflorara aún más su inquietud.

Se levantó y siguió caminando por calles y callejas del Madrid histórico. Hacía mucho que no lo hacía por

las mañanas y le sorprendió contemplar la cantidad de forasteros que iban y venían por toda la ciudad. Extranjeros quemados por el sol, turistas con vestuarios escasos y estrafalarios, inmigrantes en paro huyendo de policías que les pudieran pedir papeles e identificación, madrileños que no se podían permitir salir de vacaciones por la miseria a que les había conducido la crisis, parados sin prestación de desempleo... Madrid era un enjambre de personas de todas las edades, razas y condición que deambulaban sin rumbo. Como ella, como lo hacía Paula en busca de una respuesta que se dejara leer en cualquiera de las fachadas de los edificios, en los carteles publicitarios que lo salpicaban todo o en un grafiti viejo cayéndose a pedazos de la pared que se desconchaba por abandono municipal. La calle Pelayo, la plaza de Vázquez de Mella, Gran Vía, Callao, Preciados, Puerta del Sol, Carretas, la plaza de Tirso de Molina... Y de repente, sin saber cómo, se encontró ante el portal de Selene. Puede que, sin ser consciente de ello, sus pasos la hubieran conducido hasta alguien con quien compartir su inquietud y hablar de sus dudas. Con alguien que supiera aconsejarle.

Compró dos cruasanes en la panadería Tirso y se plantó ante el portero automático. No estaba segura del botón que tenía que presionar, recordaba que era el tercer piso pero no la letra que correspondía la casa de Selene, A, B o C, aunque se acordó de que era la puerta situada frente a las escaleras, y que a ambos lados había viviendas, así es que dedujo que sería el timbre del centro, el tercero B. Pulsó el telefonillo y esperó a que Selene respondiera a la llamada. Pero no lo hizo.

Detenida ante el portal, contemplaba la puerta como si esperara que por arte de magia se abriera sola. Y entonces fue cuando una voz que se aproximó por la espalda le susurró al oído:

—¿Así es que te has enamorado de mí, chica?

Paula se sobresaltó un instante, pero de inmediato reconoció el acento cubano de Selene y se volvió, con una amplia sonrisa.

—Te he traído un cruasán. —Levantó el paquete de la panadería y se lo puso ante los ojos—. Para desayunar.

—¡Lo sabía! Cosas de enamorada. Anda, pasa.

Abrió el portal con su llave y subieron los tres pisos. Paula fue delante, sonriendo por el equívoco de Selene y contenta por tener una amiga con la que poder hablar, y Selene la siguió dos peldaños atrás, también contenta porque le había gustado la sorpresa de que Paula hubiera ido a verla.

—Tengo que contarte —dijo Paula, nada más entrar en la casa.

—Yo también —respondió Selene.

—Pues entonces creo que he traído pocos cruasanes.

Paula le ayudó a preparar café y después se sentaron en el suelo del salón. Con todo lujo de detalles le contó el extraño encuentro en la agencia de viajes, el recado de que hablara con la madre de su ex novio y lo raro que le parecía todo.

—No sé de qué te extrañas —dijo Selene cuando Paula terminó de hablar—. ¿Qué hay de raro? Las madres llaman a veces para ver qué tal está la chica que podía haber sido su nuera. Saben que sus hijos son unos cabrones que nos dejan sin motivo.

—En este caso lo dudo. Creo que todo es más complicado de lo que crees.

— ¿Por qué?

— Mi ex es Daniel Peñalver.

— ¿Y?

Paula resopló. No estaba segura de tener ánimo para contar toda su historia, pero la expectación que leía en los ojos de Selene le dio fuerzas para hacerlo. Y, según iba narrando los hechos, aquellos ojos se abrían más y más, dibujando apuntes de incredulidad y esbozos de estupefacción. Hasta que dio por acabada la historia en el día en que Daniel salió en un programa de televisión diciendo tonterías.

— Pero... no entiendo... Entonces, ¿te dejó él?

— No. En realidad me dejó su madre. Él ni siquiera sabe quién soy.

— ¿Cómo que no lo sabe, chica? ¡Tú estás loca!

— Como lo oyes. Y ahora quiere verme. ¿Tú lo entiendes?

— Voy a prepararme un mojito. — Selene tenía que tomarse un tiempo para ordenar en su cabeza todo lo que había oído. — ¿Te preparo uno a ti?

— Es un poco temprano, ¿no?

— No.

Tres mojitos más tarde se había echado encima la hora de comer. El asfixiante calor del ático, bajo el despiadado sol de Madrid, había convertido la casa en una sauna. Selene se había duchado dos veces y se había quedado desnuda mientras preparaba el tercer mojito, tan sólo cubierta con un tanga estampado de floridos colores, mientras Paula se había quitado la camiseta y la minifalda y permanecía recostada en el suelo, en ropa interior, sobre un revoltijo de cojines vestidos de pavos reales y hojas de selva.

— Porque estoy enamorada, Selene. Enamorada como una perra. Y lo he descubierto gracias a ti.

— Ya. Pues a mí no me mires porque no tengo la papaya para mucho reventón. Tengo que coger un diez para pensar.

— ¿Puedes hablar en cristiano? — Paula notó que la lengua se le había engordado y, mientras hipaba, pensó que eran demasiados mojitos para una hora tan temprana. Pero no le importó. Sólo añadió: — Es que no entiendo nada de lo que dices.

— Yo sí que no entiendo nada. ¿Otro mojito?

— Pues claro.

— ¡Mira que estás en llamas! Pues no bebas tú ni nada para venir con cuentos horarios...



En Marbella, antes de que en el restaurante les sirvieran la comida, Lola le dijo a Daniel que se quedara en la mesa, que ella tenía que ir un momento al aseo. Y, una vez dentro, se encerró en una cabina y marcó el

número de su marido.

— Pero ¿cómo has podido? — gritó en cuanto le oyó descolgar.

— Gracias, Lola. Estoy bien.

— ¡Déjate de tonterías, Dionisio! ¡Lo sé todo!

— ¿Todo? ¿Qué es todo? ¿Y sobre qué? — Dionisio se mostró aún más irritado que ella. — ¡Porque yo no sé nada de vosotros, ni de mi hijo ni de ti! ¿Se puede saber por qué cojones no has llamado ni una sola vez?

— ¿Y tú? ¿Es que no sabes telefonar? Porque te cuesta lo mismo marcar el teléfono que a mí. ¡Y no te andes con historias! ¿Por qué está Paula en el club? ¿Y por qué no me lo has dicho?

Dionisio no se esperaba esa recriminación. Ni siquiera imaginaba que pudiera conocer la verdad. Guardó silencio antes de contestar con la brusquedad que solía.

— ¡Porque yo tengo en el club a quien me sale de los cojones! ¡Se llame Paula o Santa Petra de Coñogrande! ¿De qué carajo me estás hablando?

— Mira, Dionisio, que no respondo... — amenazó Lola fingiendo paciencia, como si le perdonara la vida. — De sobra sé que la novia del niño está trabajando en el club, de puta o de camarera, eso no me importa. Lo que quiero saber es por qué, desde cuándo y a santo de qué no me has dicho nada.

Dionisio tardó en responder. Se había apartado el móvil de la oreja y estaba a punto de cerrar la conversación y tirar el aparato al suelo, pero algo le hizo, como tantas otras veces, armarse de paciencia y no enfrentarse a su mujer. Resopló, lanzó un bufido exagerado para que lo oyera bien Lola, con la intención de intimidarla, y después se limitó a decir:

— Está bien. La novia del niño, como tú dices, está sin trabajo y necesita unos euros para irse a Australia con su padre. Me pidió ayuda por unos días y le permití que estuviera en la barra sin sueldo, ganando sólo lo que se sacara con las propinas. Pero esta misma semana se va a Sídney, o sea que no te preocupes más por eso. ¿Aclarado?

— ¿Que se va? ¿A Australia? ¡Pero eso no puede ser! — Lola convirtió su tono de voz en una catarata de lamentos. — ¡No puedes dejar que se vaya!

— Lola, cada día estás peor de la cabeza. — Dionisio no entendía a qué venía ahora esa petición, tan parecida a una súplica. — ¿Se puede saber a cuento de qué...?

— ¡No, Dionisio! ¡No puedes dejar que se vaya! ¡Por lo que más quieras!

— ¡Y dale! — Dionisio apartó el móvil del oído y negó con la cabeza. Luego volvió a acercárselo. — No hay quien te entienda, mujer. ¿No quedamos en que no querías...?

— ¡No la dejes ir, por el amor de Dios!

— ¡Deja ya esa cantinela, mujer! ¡Y haz el favor de explicarte, que no sé a qué viene ahora ese empeño!

Lola se puso a llorar y Dionisio oyó sus gemidos a través del teléfono. Y, como siempre le había ocurrido, no podía soportar el llanto de una mujer, y mucho menos el de Lola. Fuera o no por su causa, una insufrible sensación de culpa se le agarraba al estómago cuando alguna mujer lloraba cerca de él, y aquellas lágrimas le dificultaban la respiración. Le rogó a su mujer que se tranquilizara, que le contara qué pasaba y por qué esa

súplica, ahora, de que Paula no se fuera de Madrid.

—Ay, Dionisio. Habla con ella, por favor.

—¿De qué, si puede saberse?

—De Daniel.

Y entonces Lola, con la voz entrecortada y entre gemidos, le contó el estado de su hijo, le habló de su soledad, de su tristeza, de sus pesadillas y de sus necesidades; y del miedo que tenía a que la situación se estuviera desbordando y terminara por causarle una enfermedad depresiva. Y cómo había llegado a la conclusión de que Paula era la medicina que su hijo necesitaba. Por eso, cuando terminó de contárselo todo, más entera ya, desahogada, le volvió a pedir a Dionisio que hablara con ella, que la convenciera para que viera de nuevo a Daniel, para que la perdonara a ella y para que, si era posible, fuera a verlo a la playa.

—De acuerdo, ahora lo entiendo.

—Lo harás, ¿verdad? Dime que sí, Dionisio.

—Sí. Haré lo que pueda. Y ahora dime: ¿cómo está el idiota de mi hijo? ¿Y tú?

Al visionar la tercera grabación del vestíbulo del Gran Hotel, el inspector Santonja halló lo que buscaba: un hombre que entregaba a Manuela con disimulo algo que por su tamaño y forma podía ser la bolsa de cocaína que se encontró después junto al cadáver. Digitalizada y ampliada la imagen, descubrió que había acertado porque se veía las manos del hombre y de la chica unidas por una bolsita transparente que contenía una sustancia blanca. Ya sólo quedaba escanear la imagen del hombre y enviarla a los servicios centrales, a Madrid, para su identificación.

A última hora de la tarde recibió la respuesta: se trataba de Edgar Cifuentes, conocido por ciertos antecedentes, pero limpio de todo delito o falta desde hacía más de quince años. En todo este tiempo, su comportamiento no había dado lugar a diligencia alguna. Su documentación estaba en regla, estaba empadronado en Madrid, tenía domicilio fijo, estaba al corriente de sus obligaciones fiscales y cotizaba como trabajador autónomo en la Seguridad Social, con un IAE como relaciones públicas e ingresos medios provenientes de distintas empresas y actividades, todas legales.

A pesar de los informes, Santonja decidió que a primera hora de la mañana dictaría una orden de detención y traslado a la jefatura de Málaga de Edgar Cifuentes para ser interrogado. Antes tenía que cumplir con el protocolo y ser autorizado por el comisario, y fue en su busca para solicitárselo. Pero el comisario ya había abandonado el despacho y le informaron de que ya no regresaría hasta el día siguiente. No se atrevió a telefonar para dar cuenta de sus pesquisas y prefirió, entre tanto, preparar algunas preguntas para el interrogatorio y llamar al laboratorio por si se había descubierto alguna novedad que le ayudara en su investigación.

—Nada, lo ya sabido —le respondió el director del laboratorio.

—¿Cocaína mal cortada?

—Cortada por un salvaje. Letal. Hasta un caballo hubiera caído fulminado con una segunda dosis.

Eran más de las siete de la tarde y Santonja pensó que ya no podía hacer nada más en comisaría. Decidió salir a dar un paseo para airear el dolor de cabeza que le había perseguido durante todo el día y que tres aspirinas no habían sido capaces de aliviar, y callejó hasta el paseo marítimo. Ante la playa, se sentó en una terraza, pidió un gin-tonic de Beefeater con un toque de limón y encendió un Marlboro. Y de repente pensó que quizá todo fuera tan normal y cotidiano que con la investigación sólo estuviera perdiendo el tiempo. ¿Cuántas muertes por sobre dosis se producían al año? ¿Y qué cocaína no se vendía cortada, mucho o poco? La misma que llevaba en el bolsillo pequeño del pantalón vaquero, la que consumía cuando estaba muy cansado, no era pura. Y eso que se la vendía Piquillo, un tipo de toda confianza que también se la suministraba a Velarde, Castro, Santifloro y Antúnez. Tal vez debería olvidarlo todo y seguir disfrutando del verano malagueño hasta septiembre, cuando le correspondían las vacaciones anuales.



A las siete, también, Paula y Selene entraban en La Divina Con Medias tambaleándose, riendo a carcajadas y abrazadas, sosteniéndose la una en la otra para no caerse. Llegaban completamente borrachas. Las otras chicas las ayudaron a alcanzar el cuarto de taquillas y las obligaron a sentarse. Seguían riendo y diciendo a voces que querían otro mojito, no la tónica que les ofreció Anna para digerir el exceso de alcohol en sangre.

—Pero ¿habéis comido algo?

—Moradas de hierbabuena —tartamudeó Paula—. Nos hemos puesto moradas de hierbabuena.

—Y de rodajas de limón —añadió Selene—. No te olvides del limón. Es muy alimenticio.

—Eso.

—Os voy a preparar un café —sentenció Anna—. Como os vea Dionisio en este estado...

Anna estaba preparando un café muy cargado cuando entró Dionisio en el club. Oyó el escándalo que provenía del vestuario de las chicas y preguntó a Anna con un gesto qué ocurría allí dentro.

—Paula y Selene —respondió, alzando los hombros—. Me parece que han estado celebrando la Nochevieja por adelantado.

—Pues que se dejen de gilipolces, que no está el horno... Y dile a Paula que quiero verla en mi despacho. ¡Ahora mismo!

Anna les llevó el café pero no le resultó fácil que se lo tomaran. Insistían en que lo que querían era un mojito y que, si tenían que pagarlo, lo pagaban, que tenían dinero de sobra para comprarse el local si querían. Anna insistió en dárselo a beber a Paula, usando la fuerza para metérselo en la boca, mientras le decía que acababa de llegar el jefe y que le había dicho que quería que fuera a su despacho. Y que no parecía estar de buen humor.

—A sus órdenes, mi sargenta. —Paula se llevó la mano a la frente en primer tiempo de saludo—. Si el coronel llama, la tropa responde.

Trató de ponerse en pie y volvió a caer sobre la banqueta, partiéndose de risa.

—¡Te vas a matar! —Anna la sujetó como pudo.

—Me parece que tendrá que ser el coronel el que vaya a ver a la tropa. —Su carcajada fue aún mayor.

—Vamos, Paula. —La ayudó a volver a levantarse—. Vamos a dar un paseo por aquí. Dionisio te espera.

Obedeció y echó a andar unos pasos del brazo de Anna, que la sostenía como podía, hasta que se tropezó con las piernas de Selene, que ya dormía tendida en el suelo cuan larga era, y volvió a reírse a carcajadas mientras caía de rodillas otra vez. Anna logró finalmente enderezarla y la llevó a dar dos vueltas por todo el club. Y cuando vio que se podía mantener en pie sin ayuda, la dejó ante la puerta de la oficina de Dionisio y le dijo que entrara.

Paula entró sin llamar, procurando forzar un semblante de seriedad pero evidenciando que hacía grandes esfuerzos para contener la risa. Pero cuando Dionisio la miró con ojos de fuego y le ordenó a voces que se sentara en el sofá, recuperó la sobriedad con la rapidez de quien recibe una inyección de B-12.

—He hablado con mi mujer —empezó diciendo.

—Yo no —replicó Paula, instintivamente.

Dionisio no entendió por qué le respondía así, pero achacó la frase al estado etílico de la chica. E hizo como si no la hubiera oído.

—Bien. He hablado con ella y me ha pedido que vayas a ver a Daniel a Marbella.

—¿Yo? —Paula se incorporó en el sofá—. ¿Para qué?

—Está mal.

—Peor estoy yo. Y por lo que respecta a Lola...

—Espera. —Dionisio fue a sentarse a su lado—. Me ha dicho que quiere disculparse contigo. Que quiere que la perdones, que habléis. A pesar de lo burra que es, me parece que ha terminado por comprender que te ha hecho una putada. Y que no ha sido justa separándote de Daniel.

Paula se volvió a recostar en el sofá y se le humedecieron los ojos. Se cubrió la cara con las manos y permaneció así, mientras maldecía:

—Es un bicho, tu mujer es un bicho, y no se detiene ante nada. ¿Sabes que me ha enviado a un hombre con un aspecto horrible para decirme precisamente eso, que la llame? Esta misma mañana me ha encontrado en una agencia de viajes mientras estaba buscando precios para el vuelo a Sídney. Haga lo que haga, no la creo, Dionisio. —Paula apartó las manos de su cara y lo miró fijamente—. ¡No me creo a Lola, no me la creo! A saber qué es lo que pretende ahora.

Dionisio no supo qué responder. Era posible que Paula tuviera razón. Se levantó, fue a encender un cigarrillo y, sin volver a sentarse, afirmó con la cabeza.

—No digo que no, Paula. Puede que sea como dices. Pero lo que me ha dicho es que Daniel está al borde de la depresión, que se pasa el día solo, que se hunde en una gran tristeza, en la melancolía... Y lo que más te interesa: que sueña contigo y pregunta por ti; quiere saber quién eres, por qué te le apareces en sus sueños y en sus pesadillas. El cerebro debe de ser una cosa muy rara, Paula. No te reconoce cuando está despierto, pero su cerebro no te ha olvidado y te recuerda en sueños.

—En sueños... —Paula no pudo contener las lágrimas. Lloró en silencio, con el rostro demudado, sufriendo como no recordaba. Buscó un pañuelo para secarse los ojos y las mejillas mientras la cara se le contraía como un papel arrugado. Nunca la había visto Dionisio más crispada, tan crispada que de repente se había vuelto fea, enlutada y vieja. Tardó en recobrar el aliento para seguir—. Él me recuerda en sueños y yo sueño con él todos los días. Le quiero muchísimo, Dionisio, sigo tan enamorada de él como hace un año. Pero no sabe quién soy, ni me quiere, ni siquiera es capaz de amar. ¿Qué va a ser de mí, qué va a ser? No puedo volver con él, pero no puedo seguir sin él. ¿Qué hago, Dionisio? ¿Qué hago?

Era una pregunta retórica, porque no esperaba que Dionisio contestara, ni siquiera que supiera responderle. Y no sabía. Nunca había sido un hombre romántico ni había pensado nunca en los caminos que

debe tomar el amor cuando se vuelven encrespados. Pero tenía un mandato de Lola y se sentía obligado a cumplirlo. Por eso se limitó a decir:

—Ve a verlos. No pierdes nada. Escuchas lo que Lola te tenga que decir y compruebas en persona cómo está Daniel. Aunque no sea más, servirá para que luego me lo cuentes, porque yo tampoco sé nada de ellos.

—¿Y tengo que llamar a Lola?

—Supongo que sí. Con lo que te diga, haces lo que consideres más acertado. Y si al final decides ir, yo te pago el viaje del AVE. No puedo hacer más.

—Ya. Lo comprendo.

Paula aceptó llamar a Lola. Y la conversación fue tal y como esperaba. Se mostró tan amable, se disculpó tantas veces, le rogó de tal manera que fuera a ver a Daniel y se ofreció tan servilmente a lo que ella necesitara que no le quedó más remedio que aceptar. Le respondió que tendría que acabar algunas cosas pendientes y que lo antes posible viajaría para verle.

—Cuanto antes, mejor — volvió a suplicar Lola.

—Sí, de acuerdo. Mañana o pasado. Te aviso de mi llegada.

Anocheceía en Madrid y Paula salió a dar un paseo por los alrededores del club. Ante ella se abrían unas expectativas nuevas que no sabía cómo tendría que gestionar para que no le removieran las tripas y comenzara otra vez un sufrimiento que había logrado mitigar con la convicción de que su historia de amor era algo que se había perdido en el pasado y con la decisión de alejarse de todo para iniciar una nueva vida en Sídney, junto a su padre. En primer lugar tendría que superar la repugnancia que le producía Lola por el modo en que se había comportado con ella y, sobre todo, con Daniel, convirtiéndolo en lo que le había convertido. Y después tenía que afrontar el drama de ponerse delante de él, de aceptar que no la reconociese y, a partir de entonces, ver la forma de que la aceptase, adquiriese confianza y no volviera a rechazarla, lo que no soportaría. Era una misión difícil que ahora empezaba a convertirse en demasiado dura. Quizá no había hecho bien comprometiéndose a ir. Pero tampoco se atrevía a volver al club y decirle a Dionisio que lo había pensado mejor y que se iba a Australia, sin cumplir su palabra.

Sintiéndose mal por el viaje y también por desdecirse de su palabra dada, Paula decidió no pensar más en ello, al menos por esa noche y entró en el local, se introdujo detrás de la barra y llamó a Selene, que acudió tropezando con todo.

—¿Cómo se prepara un mojito?

Selene la miró extrañada, pero ante la firmeza de Paula, se puso a su lado.

—Pon hierbabuena y dos cucharadas de azúcar en un vaso. Así. Machácalo todo un poco. Vale, vale. Así. — Paula siguió machacando —. Bueno, ya está. Ahora pon un poco de zumo de lima. Eso es. Y llena el vaso de hielo picado. — Paula lo hizo —. Bueno, pues ya está la base — dijo Selene —. Ahora ponle un poco de ron blanco... ¡Eh, eh! ¡Ya está bien!

—Déjame en paz. ¿Y qué más?

—Soda. En lo poco que has dejado... Remuévelo todo..., así, sin agitar... Ya está. Y ahora, para adornar, si quieres, una hoja de hierbabuena y una rodaja de limón. A ver, ¿qué tal está?

Paula bebió un buen sorbo.

— ¡Con una pajita, chica! ¡Menuda la vas a agarrar!

— Tú, déjame. Cubana tenías que ser...

Unos minutos más tarde, todas las chicas de La Divina Con Medias estaban en torno a Paula pidiendo un mojito para ellas y celebrando una fiesta particular en ausencia de clientes, al igual que los últimos días. Una celebración que tenía sabor a despedida. Porque no era sólo que empezaran a comprobar que el trabajo en el club se acababa; era que se les había roto el ánimo a casi todas para seguir gastando las tardes y las noches en un local al que la crisis económica general, su escaso éxito personal en el arte de la seducción o el declive de un negocio que había sido el oficio más antiguo estaba condenando a la nada, sentenciando a muerte. Aquellas rondas de mojitos les alegraban el alma, una vez inutilizado el cuerpo. Y su espíritu festivo empezó con tantas risas y acabó en tales carcajadas y brotes de alboroto que ninguna de ellas oyó el golpe seco en el despacho de Dionisio, con el ímpetu de un árbol talado en medio del bosque, al caer.

Fue a medianoche, cuando echó en falta que el jefe se hubiera asomado para comprobar qué tal iba la noche, como solía, el momento en que Paula decidió entrar a la oficina para despedirse de Dionisio y pedir un poco de dinero para comprar el billete del AVE a Málaga. Fue el momento en que lo vio desplomado en el suelo, inconsciente y con la mano en su cuello, como si hubiera querido abrirse la garganta para poder respirar. Paula dio un grito, corrió a su lado, se agachó sobre él y buscó reanimarlo, en vano. Y Anna, la ucraniana, entrando para ver el motivo por el que Paula había gritado, enseguida se hizo cargo de la situación y no perdió la calma. Fue al teléfono, marcó el 112 de emergencias y dijo a las demás que no debían tocar nada hasta que llegara el SAMUR y una patrulla de la policía municipal.

Una UVI móvil se llevó a Dionisio al Hospital Gregorio Marañón. Iba como muerto.

Y tal vez lo estuviera, aunque respirara.

Cuando Lola recibió la llamada de Paula, pasada la medianoche, estaba con Daniel y Solari en una fiesta que se celebraba en el cortijo Mirafior, de Estepona. Después de cumplir con los actos protocolarios a la entrada, por fin habían conseguido sentarse en una mesa alejada de la orquesta de charanga que amenizaba la noche, justo al lado de la piscina, y bebían tranquilamente una copa de champagne muy frío. Lola llevaba un rato comentando a Solari que tenían que dejar de acudir a fiestas por la noche, que cada vez la cansaban más y que, no sabía si a causa de la humedad o de aquel modo de vida tan ajetreado, cada vez se sentía más débil y le dolían todos los huesos. Y era verdad: Lola sentía un dolor sordo en la espalda que no se le quitaba con las pastillas que llevaba siempre en el bolso y, a primera hora de la noche había vuelto a marearse, como le sucedió en la playa y en alguna otra ocasión.

—El estrés, Normando. Que una ya no está para tanto trote.

—¡Pero si estás hecha una cría! —coqueteó Solari.

—Y a propósito de crías... ¿Has oído lo de esa chica? Pobrecilla, tan joven.

—¿Lo de Manuela? Ya. —Solari negó con la cabeza—. Las drogas, Lola. ¡Las drogas! Que son muy malas...

Daniel fue pronto descubierto por un grupo de jóvenes de pelo al viento y cuerpos bronceados, cubiertas con minúsculos vestidos escotados que apenas les tapaban nada, que se sentaron a su alrededor y esperaron, revoloteando, a que Daniel Peñalver se dirigiera a ellas. Lola, con tal de dejar de oír las tonterías que decían las jóvenes, le dijo a su hijo que no fuera soso y que hablara con ellas, pero el chico negó con la cabeza y encerró su mirada en el fondo de la copa de champagne, como si le aterrorizara el enjambre de mujeres que, con el móvil en la mano, no cesaban de preguntarle si podían hacerse una foto con él.

Lola, desentendiéndose del revoloteo de las jóvenes, se volvió hacia Solari.

—¿Cuánto has dicho? ¿Tres mil?

—No. Cinco mil.

—¿Cinco mil euros sólo por estar aquí, tomando esta copa de champagne? —Lola no dejaba de sorprenderse—. ¡Qué mundo este!

—Bueno, no es sólo por tomar una copa. —Solari la apuró de un sorbo—. Esto es trabajo. Daniel ha tenido que venir, perder la noche, dejarse fotografiar, aguantar periodistas y flashes... ¡Es mucho trabajo! Y, además, no te extrañes: aunque no lo creas, Daniel les está haciendo un gran favor. —Solari pidió a un camarero que le sirviera otra copa—. Esta fiesta saldrá mañana en todas las cadenas de televisión y Petrita estará otra vez de moda. Ella es quien lo necesita, no nosotros.

—¿Petrita? —Lola arrugó las cejas—. ¿Quién es Petrita?

— ¡Pero, Lola! ¡Si no ha hecho otra cosa que hacerte la pelota una barbaridad, ahí, en la entrada!

— No recuerdo...

— ¿Cómo que no? La señora que te ha comido a besos. La momia del vestido ibicenco con las tetas medio fuera. Si vestía como si tuviera quince años...

— Ah, sí. Ya recuerdo. La de la cara renegrida, llena de arrugas...

— Esa.

Lola afirmó también con la cabeza y volvió a mojarse los labios en la copa. Luego se volvió hacia Daniel.

— Anda, hijo. Dile algo a esta rubita. Mira qué mona es.

— Déjale, Lola —terció Solari—. Sólo buscan una foto con él para ver si les sale algo de trabajo.

— En ese caso... —Lola se dirigió a las chicas—: ¡Vamos, ricas, largo de aquí! ¡Que estáis mareando al niño! ¡Vamos, vamos...! Por cierto, Normando, ¿no crees que a Daniel le vendría muy bien una aparición en algún programa en televisión... no sé, de otro tipo? Tengo miedo a que me lo encasillen, al pobre. No sé, un programa cultural o algo así...

— ¿Un programa cultural? ¿En la tele?

Solari movió un poco los labios, sonriendo. Intentó evitarlo, sin duda hizo todo lo posible para evitarlo, pero su sonrisa fue ampliándose más y más hasta que, sin conseguir impedirlo, estalló en tal carcajada que se le llenaron los ojos de lágrimas. El estruendo de su risa fue tan natural, y nació de un lugar tan profundo, desde el fondo de sus mismas tripas, que aunque lo intentó muchas veces le costó un gran esfuerzo volver a recuperarse. Quería parar de reír, ante la mirada recriminatoria de Lola, y le indicaba con las manos que ya, que enseguida se le pasaría, pero no lograba detener su ataque.

— Normando, ¡por Dios!

— ¿Cultural...? ¿En la tele...?

Era imposible detener sus espasmos. Lola, indignada, convencida de que se estaba riendo de ella, se dio media vuelta y se puso a mirar para otro lado. Estaba furiosa. ¡Qué se había creído aquel botarate que no hacía más que comer a su costa! Por eso, cuando sonó su móvil y vio que se trataba de Paula, respondió de mala manera:

— A ver, ¿y tú qué quieres ahora?

Paula habló. Y, a medida que escuchaba lo que Paula le decía, Lola fue cambiando el rictus de sus gestos hasta que su rostro quedó descompuesto.

— Cuando se lo han llevado estaba vivo —aseguró Paula—. Han dicho algo de un infarto.

— Vaya, qué inoportuno —logró articular Lola.

— Bueno, te llamaba sólo para que lo supieras.

— Gracias. Sí, sí... Gracias.

Lola cerró el teléfono y se volvió hacia Solari, que por fin se había recompuesto. La cara delataba que estaba impresionada, totalmente desconcertada.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Solari, más que asombrado, preocupado por el semblante demudado de la mujer.

—Mi marido —consiguió articular Lola, casi sin aliento—. Un infarto. Mañana nos volvemos a Madrid. Saca los billetes del AVE para mañana.

—Si quieres, hay un AVE a primera hora.

—Sí, sí... Cuanto antes.

Al mediodía, mientras Lola y Daniel acompañados por Solari bajaban del tren en la estación de Atocha, el inspector Santonja se dio cuenta al fin de que se había quedado sin rastro que seguir en relación con Edgar Cifuentes y el caso de Manuela Vilmen. La policía madrileña, atendiendo a su petición, había ido a buscarle a su domicilio, pero el portero informó de que el señor Cifuentes había salido de viaje el día anterior, muy temprano, sin dejar dicho adónde iba ni el tiempo que tardaría en regresar. Pasarían tres días más hasta que Santonja fuera informado de que Edgar se había detenido un día hospedado en la Pensión Josefina, en la Gran Vía madrileña, y que después embarcó en un avión con destino a Montevideo, en donde se había perdido su pista.

Así fue como Santonja se quedó sin saber por qué camino tirar en la investigación. El comisario le prohibió molestar de nuevo al laboratorio con nuevas peticiones analíticas, que no aportarían nada nuevo; le quitó la idea de viajar para interrogar a Rosanna Andreu, la propietaria del carné de identidad con el que se había registrado Manuela en el Gran Hotel, de quien sólo se sabía que estaba veraneando tranquilamente con Mikel, su pareja, en Sitges; le invitó a cerrar el caso un par de veces por falta de cualquier prueba que indicara que la muerte se había producido por causa distinta a una vulgar sobredosis de cocaína en malas condiciones, como tantas otras; y, ante las reticencias de Santonja a dar carpetazo a un asunto en el que, además de su prurito profesional, se jugaba la posibilidad de alcanzar una cierta celebridad si aceptaba después, como era su intención, acudir a los platós de televisión para contar todo lo que hubiese descubierto, el comisario se hartó de tener en lance un caso que sólo causaba incomodidades a su personal, a la jefatura de policía y a su propia vida y le ordenó que acabara con el asunto. ¡Punto final!, ordenó a voces, con una irritación que al inspector le resultó desmedida, un exceso.

—Y si no estás de acuerdo, Santonja, me lo dices y curso tu traslado inmediato a Melilla, que allí te vas a entretener de lo lindo, ¿entendido?

—Sí, señor.

—Pues ya está. Caso cerrado.

Cuando dos días después conoció que se había perdido la pista de Edgar Cifuentes, Santonja estuvo seguro de que la muerte de Manuela Vilmen iba a ser otro caso de asesinato que nunca se llegaría a resolver, pero tenía que elegir entre su carrera y sus principios y, después de pensarlo un par de veces, decidió olvidarse de todo. Al fin y al cabo, concluyó, todo cuanto le rodeaba estaba marcado por la corrupción, y a él no le pagaban para enarbolar la bandera de la moralidad.

De la que, por otra parte, ni siquiera conocía sus colores.



Dionisio fue ingresado en la unidad coronaria del hospital después de ser reanimado mediante el protocolo habitual, pero por el tiempo transcurrido desde que sufrió el infarto hasta que pudo ser atendido, más de tres horas, el optimismo del equipo médico fue muy limitado. De repetirle en las horas siguientes, comentaron, poco podría hacerse por salvar su vida.

Y así fue: pasadas las cuatro de la mañana sufrió un nuevo ataque y, a pesar de la celeridad con que actuaron los médicos especializados de la unidad, Dionisio Peñalver falleció en el hospital poco antes de las cuatro y media de la madrugada del último viernes de agosto, según quedó certificado en el parte de defunción.

Paula, aunque también dejó el número de móvil de Lola, fue la única que recibió una llamada del hospital comunicándole el deceso. Y de inmediato se trasladó al centro médico sin saber con exactitud lo que tenía que hacer. Telefoneó a Lola, que tenía el móvil apagado, y dejó en su buzón de voz un mensaje con la luctuosa noticia. Y añadió que ella permanecería en el hospital hasta que llegara.

Y Lola llegó, sin una lágrima, a las doce y media del día siguiente, acompañada por Daniel y por Normando Solari, que fue el que se ofreció a responsabilizarse de todos los trámites conducentes a hacerse cargo del cadáver y a su subsiguiente incineración.

—Hay que ver, qué inoportuno —repitió Lola mientras Paula la besaba en señal de pésame—. Anda, hijo. Pasa y despídete de tu padre, que se ha muerto.

—Esa chica, mamá... —Señaló a Paula.

—Deja eso ahora. Pasa a ver a tu padre.

—No quiero, mamá. Yo... yo... ¿Quién es ella, mamá? Yo la conozco...

—Pues bueno. Haz lo que te dé la gana. No pases a despedirte de tu padre. Tú sabrás. En ese caso, vamos a comer algo, que estás sólo con el desayuno.

—Yo... yo...

—Anda, tira, y no fastidies ahora. ¡Que hay que ver el día que me estás dando hoy, criatura!

Paula no entendió nada. Aunque Lola insistió en ello, se negó a acompañarles a comer, excusándose con que tenía que resolver algunos asuntos, ir a buscar unos papeles al banco y adecentar la casa, que la tenía hecha un desastre, y tan pronto como pudo se marchó, no sin antes rogar a Lola que no dejara de avisarla con la hora y el lugar del entierro.

—No te preocupes, yo te lo digo —le aseguró Lola—. De todos modos te llamaré más tarde para ver si podemos hablar tú y yo. Y también con Daniel. Ya verás lo mucho que se alegra de charlar contigo. Está deseándolo. ¿Verdad, cariño?

—Mamá...

—Sí, Lola, como quieras —asintió Paula mientras se despedía con dos besos.

Paula salió del hospital convencida de que Lola estaba tramando algo: la conocía muy bien y tanta simpatía no presagiaba nada bueno. Y también se fue deprimida por el estado de alelamiento en que había vuelto a ver a Daniel. Fue a echarse un rato en el sofá del salón, a procurar dormir, y a olvidarse de lo prometido. Aunque no sabía si podría hacerlo.

En todo caso, lo peor de todo era que no veía alternativa. Sin recursos ni posibilidades de encontrar un trabajo, tenía que quitarse de la cabeza la idea de su viaje a Australia, y mucho más encontrar un modo de ahorrar para el pasaje. Tal y como se habían puesto las cosas, bastante suerte tendría si con el dinero que le quedaba podía pagar la hipoteca de septiembre y aguantar hasta fin de mes. Además, estaba segura de que La Divina Con Medias no abriría más, como mucho aquella misma tarde hasta que las chicas conociesen la noticia, pero después, sin dueño, el cierre estaba asegurado.

Por un momento se le ocurrió que podría ir a Oviedo a pasar unos días con su madre, o poner un mail a su padre pidiéndole que le pagara el billete de avión, pero no sabía si a él le vendría bien en esos momentos semejante gasto. Incluso barajó la posibilidad de pedir dinero prestado a su hermano. No sabía. Era todo tan complicado...

Tendría que pensarlo.

Pero ahora estaba tan cansada...

4

EL AMOR

Cuando se despertó, pasadas las cinco de la tarde, Paula se sintió mucho mejor. El cansancio la había vencido al poco de tumbarse en el sofá y de no ser por la insistencia del móvil en canturrear con su soniquete las llamadas de Anna, la ucraniana, hubiera podido seguir durmiendo hasta la mañana siguiente. No respondió a la llamada ni leyó el mensaje que tenía en el *whatsapp*, sino que se desperezó y, todavía somnolienta, se metió bajo la ducha. Al salir, unos minutos después, se sintió muy bien.

Anna le preguntaba si sabía qué tal estaba Dionisio y si se abría el club por la tarde, y Paula le respondió la verdad y añadió que no sabía si había que ir a trabajar o no. Luego lo pensó mejor y decidió que su obligación, en aquellas circunstancias, era ir a La Divina Con Medias, comunicar al resto de las chicas lo ocurrido y dejar cerrado el local para que, a partir de entonces, Lola hiciera lo que considerase más oportuno. Volvió a escribir un *whatsapp* a Anna y quedó en que se verían allí.

Por eso llamó a Selene, le informó de que Dionisio había muerto y le preguntó que si le importaría acompañarla al club, porque ella creía que tenía que ir para hablar con las chicas y, después de hablar con todas ellas, decidir si lo más conveniente era dejarlo cerrado o continuar explotándolo hasta que la mujer del jefe tomara una decisión.

—¿Explotándolo?— se rió Selene—. ¡Qué optimismo, Paula! ¡Pero si allí no entra un cliente desde hace semanas!

—En cualquier caso a las chicas tendremos que decirles algo, ¿no?

—Serás tú, porque yo no tengo nada que decirles. Pero está bien, chica, no te acalores, yo te acompaño. Aunque no sé si te das cuenta del meneo en el que nos vamos a meter.

—Gracias, Selene. Creo que tengo que hacerlo.— Paula se sintió responsable de un negocio que para ella era, de alguna manera, algo familiar—. ¿Paso a buscarte por tu casa dentro de media hora?

—Ahorita mismo estoy esperándote.

Al llegar, el club estaba abierto, como todos los días. Anna se había hecho cargo de la barra y las demás chicas y Silvio permanecían de pie, rodeándola, debatiendo sobre lo que tenían que hacer. Paula les confirmó la muerte de Dionisio durante la madrugada, les informó de la existencia de su mujer y de su hijo y expresó sus dudas acerca de si debían mantenerlo abierto, aunque no viviese Dionisio, o si su obligación era cerrarlo y entregar las llaves del local a la viuda. Y también les dijo que, en todo caso, ella no iba a continuar allí porque su trabajo había sido una especie de regalo secreto de Dionisio y no quería que Lola llegara a saberlo.

—O sea, que tú y el jefe...— Anna juntó varias veces sus dedos índice—. ¡Qué calladito te lo tenías!

—Si ya decía yo...— Silvio sonrió, irónico.

—¡Que no, idiotas!— replicó airada Paula—. Yo era la novia de su hijo, nada más.

—¿Del guapísimo? —Fátima abrió los ojos con desmesura—. Pero ¡qué callado te lo tenías, perra!

—¡Nada menos que la novia de Daniel Peñalver! ¡Vaya noticia! —Nerea e Ivona se quedaron perplejas—. ¡Y trabajando aquí!

—Bueno, ¡vale ya! —Paula se enfadó—. Fui su novia, pero eso se acabó mucho antes de venir a trabajar aquí. Y ahora dejemos de hablar de mi pasado, por favor, que lo importante es saber lo que tenemos que hacer ahora. Yo no voy a seguir, ya os lo he dicho, pero vosotros haced lo que queráis. Supongo que ya vendrá Lola, la viuda de Dionisio, a tomar decisiones.

—Yo tampoco sigo —afirmó Selene—. En realidad ya no estaba viniendo.

—Y yo, la verdad... —Anna salió de la barra—. Hace un mes por lo menos que no he ganado ni para el alquiler. ¡Hasta mi Yuri está enfadado conmigo! No, yo tampoco sigo.

—Para mí, sin el jefe, ya no hay plata, o sea que dimito. —Silvio se metió las manos en los bolsillos.

—Entonces nos vamos todos —sentenció Nerea.

—Será lo mejor —se sumó Ivona—. Y además creo que me vuelvo a Bucarest. Total, para lo que hago en España, allí por lo menos está mi familia.

—Entonces estamos todos de acuerdo —concluyó Paula—. Nos vamos. Apagamos luces y adiós. Yo voy a ir al entierro de Dionisio, o sea que me llevo las llaves para dárselas a Lola.

—¡Eso! —atajó Selene—. Y de pasada le explicas por qué tienes tú las llaves. Pero, chica, ¿tú eres tonta o qué?

—Es verdad, no había caído.

—Lo lógico —argumentó Anna— es que digamos que nos hemos enterado por las noticias del entierro y una de nosotras, la que quiera, va al funeral y le da las llaves a la viuda. Nosotras somos sus putas, tú no.

—Ya —recapacitó Paula—. Pero le extrañará que os hayáis enterado del sitio y de la hora. Si os pregunta, ¿quién le vais a decir que os lo ha dicho?

—Mi amigo el poli —intervino Silvio, con toda tranquilidad—. Yo también tengo mis contactos y a un poli no le cuesta nada enterarse de esas cosas.

—De acuerdo —asintió Paula—. De todos modos, no tendría manera de comprobarlo. Entonces eres tú el que va al entierro, ¿no?

—Por mí, de acuerdo —afirmó Silvio.

—Yo no iré, no —dijo Anna—. A mí los entierros... Si no os importa, claro.

—Yo tampoco voy. —Nerea negó con la cabeza.

—Ni yo —dijeron a la vez Ivona y Fátima.

—Pues ya lo ves, Silvio, tú irás en representación de todas. Te avisaré del entierro en cuanto sepa cuándo es. Y ahora, si os parece, propongo que antes de irnos hagamos un brindis en recuerdo de nuestro jefe. ¿De acuerdo?

Tan de acuerdo se mostraron que vaciaron entre todos cuatro botellas del mejor champagne francés y

luego, sin escrúpulos, arramblaron con seis botellas de whisky Macallan 30 Years Oíd, cuatro de ron Havana Club Máximo y otras cuatro de Nolet's Dry Gin, la mejor ginebra del local, botellas que Dionisio tenía reservadas para una ocasión especial. Y tras ello apagaron todos los aparatos eléctricos, cortaron la corriente de luz y las llaves del agua, salieron del club y entregaron las llaves a Silvio para que en el entierro cumpliera lo acordado.



Lo que no sabía Lola cuando oyó decir a Solari que él se encargaría de todo, era que el mánager de Daniel iba a organizar el lío monumental con que se encontró en las horas siguientes. Porque la policía nacional tuvo que tomar posiciones en el tanatorio de la M-30 durante la noche por el asalto a la sala funeraria de varias docenas de periodistas y fotógrafos en busca de una instantánea del féretro del padre de Daniel Peñalver, incluso colándose tras la cristalera para obtener un primer plano del cadáver, lo que sin duda les daría una buena suma de dinero por su venta a determinadas revistas de gran tirada. La policía, una vez custodiada la sala, tuvo que organizar con la policía municipal un servicio de acceso restringido al lugar donde se encontraba el cuerpo yacente de Dionisio Peñalver, y desde primeras horas de la mañana impedir la entrada a todo aquel que no fuera familiar directo del difunto.

Por ello, desde las siete hasta las doce, sólo permanecieron en la sala número diecisiete Lola y Daniel, acompañados de Paula desde las diez y media y de Solari desde las once. Ni siquiera Silvio accedió a la sala. Y peor aún fue la llegada a las puertas del cementerio de la Almudena: un centenar de fotógrafos y de cámaras de televisión, con conexiones en directo, estaban prestos a no perder detalle del ceremonial y de cualquier gesto de la familia, sobre todo de las reacciones que pudiera tener Daniel Peñalver, al que persiguieron desde su llegada en el coche de acompañamiento.

La expectación fue desorbitada. Miles de flashes compitieron con el sol de septiembre y Daniel no podía dar un paso sin apartar a manotazos las decenas de micrófonos que cubrían su cara a la espera de que dijera algo, o a que emitiera cualquier sonido, aunque sólo fuera un suspiro o un gemido. Buscaron una imagen de sus ojos enrojecidos, o líquidos, o acaso el despeñamiento de una lágrima. En vano. Daniel, aferrado al brazo de Lola, se abrió paso como pudo hasta la capilla en donde iba a rezarse un responso antes de que la boca de fuego se tragase el ataúd destinado a la incineración. Una sala que, desde hacía horas, estaba tomada por los *paparazzi* y por diversas cámaras de televisión.

Al otro lado de Lola, también cogida a su brazo, permanecía Paula, incrédula, estupefacta, desconocedora de la popularidad desmedida que despertaba Daniel. Muchos micrófonos se acercaron a ella en cuanto alguien quiso saber de quién se trataba y Lola, para desahogar a su hijo un poco de la presión del agobio, se volvió para decir a Solari que presentara a la niña a los medios como una amiga íntima de su hijo, con lo que el revuelo se disparó aún más. Gritos de «¡Es la nueva novia de Daniel!» y de «¿Cómo se llama?» se repitieron como un eco en lo más alto de una montaña nevada. Y el nombre de Paula Cortázar, poco después, fue tan popular en España como el del mismo Daniel.

Al mediodía, todos los informativos pospusieron las noticias de la Unión Europea y el Banco Central Europeo sobre la crisis económica para abrir los telediarios con imágenes del entierro al que había asistido Daniel para dar el último adiós a su padre. Y por la tarde, Solari, una vez superada la marabunta del día, se

presentó en casa de Paula para preguntarle qué pensaba hacer con la avalancha de posibilidades que se le avecinaba, si quería que la representara ante los medios como hacía con Daniel, a qué tipo de medios aceptaría conceder entrevistas y si se prestaría a un posado artístico para la revista *Girls* por sesenta mil euros, una cantidad que ya le habían ofrecido, aunque estaba seguro de que podía negociarse al alza.

“Sólo quiero que me dejen en paz” respondió, todavía perpleja ante lo que había contemplado. Y además, como no quiero saber nada de toda esa basura, no necesito ningún representante.

“Piénsalo bien” insistió Solari. Piénsalo. De todas formas no van a renunciar a perseguirte, o sea que serías tonta si no aprovecharas esta oportunidad.

“¡Pues claro que van a renunciar!” Se enrocó en su idea. Ya lo estás viendo: estoy en mi casa tan tranquila.

“¿Tan tranquila? Anda, asómate a la ventana y mira hacia abajo.

Paula tardó en comprender a qué se refería Solari pero, por averiguar lo que quería decir, se acercó a la ventana, la abrió y miró hacia donde estaba su portal. Y, como sacudida por un latigazo, se echó hacia atrás y se escondió de nuevo en la habitación.

“Pero ¿quiénes son todos esos?”

“Periodistas, *paparazzi*, *freelancers*, fotógrafos de todos los medios, cámaras de vídeo y de la televisión, huelebraguetas, coleccionistas de autógrafos, curiosos, fans... ¿De verdad crees que desde hoy te van a dejar en paz?”

“Pero ¿por qué?”

Solari se tomó con calma la explicación. Le habló de las preferencias de la audiencia, de la necesidad social de identificarse con ídolos, de la búsqueda de referentes triunfadores, del desengaño con la política y del desencanto con las actividades de los representantes del pueblo, del desprestigio de todo lo que se pudiera relacionar con lo intelectual, de la perentoria necesidad de evasión de las sociedades en decadencia, del poder mediático, del negocio de los medios con la creación de rostros populares, de la imposibilidad de eludir los deseos del público, de la mitomanía, de las horas de consumo televisivo, del morbo de ver de cerca a los personajes famosos y, en definitiva, del mérito que se adjudicaba en un mundo mediocre a las personas normales que llegaban a alcanzar fama, prestigio y popularidad por el simple hecho de ser como todos, lo que alimentaba la esperanza de que cualquiera podría, en un momento determinado, llegar a alcanzar la cumbre social, económica e institucional.

Solari se tomó una pausa, respiró profundamente y se asomó a la ventana, meditando. Luego, acabó su disertación afirmando que antiguamente se soñaba con la lotería como solución para poner fin a una vida anodina; antes, aun, con un milagro. Y aunque ahora se buscaba el premio gordo en los sorteos de azar, las ilusiones se alimentaban también con la posibilidad de salir en la tele y quedarse.

“El cuarto de hora de Warhol ya no basta” añadió. Ahora se busca la gloria para quedarse en ella. Como se ha quedado Daniel y se quedará mucho más tiempo si sabe jugar sus cartas. Como podrías jugarlas tú” terminó asegurando. Si me haces caso, claro. Como me lo hace Lola y, por lo tanto, Daniel.

“Lo siento” replicó ella. No juego.

“Tú sabrás.” Solari se levantó y se dispuso a salir de la casa. De todos modos, si cambias de opinión,

llámame. Ah, por cierto, Lola me ha dicho que quiere hablar contigo.

—Sí, sí... Ya lo sé. Pero quiero que me diga algo que no entiendo. —Paula se sentó en el suelo con la espalda apoyada en la pared—. ¿Qué ha podido ver toda esa gente en Daniel? Si está mal, si es un...

—Un retrasado mental, ya lo sé. —Solari no escondió la descripción.

—Bueno, no sé si es un retraso mental o padece una enfermedad que lo ha devuelto a una infancia cruel, infeliz, de la que no entendería nada en el caso de que tenga destellos de lucidez, que tampoco lo sé. ¿Los tiene?

—Nadie lo sabe, Paula.

—Ya. Pobrecillo... Porque si los tuviera... no quiero ni pensarlo. De todos modos, ¿a qué ese empeño de todos de verlo como un ídolo, un héroe, un icono o como quiera llamarse? ¿Es que no se dan cuenta de qué...?

—No. O no quieren darse cuenta. Han hecho de él un modelo social y se agarran a lo que quieren ver. No pueden ver la verdad. Es como cuando alguien se niega a aceptar que sufre un cáncer. Da igual lo que se le diga, o lo que vea.

—Pero a Daniel se le nota su enfermedad en cuanto se le oye hablar...

—Claro. Por eso no le dejamos hablar —afirmó Solari con naturalidad.

El representante sonrió, indulgente con la ingenuidad de la chica. Y después de respirar profundamente, se sentó frente a ella y le explicó que la gente había comprado una imagen, una belleza evidente, el aspecto de un joven atractivo que parecía, además, un chico excelente. Soltero, educado, callado, con una sonrisa infantil... Era el yerno ideal, el novio perfecto, el marido buscado, el hijo deseado... No había muchos así. Y por eso se había convertido en un ideal muy parecido al soñado por todos. Y es que así quisieran ser todos los hombres, opinó; y así quisieran ellas que fuéramos todos, añadió. Y concluyó sentenciando que el resultado para la prensa, para la sociedad, para Daniel y para quienes trabajaban en ese modelo era impecable. Y que si ella no lo entendía era porque no conocía el mundo en el que vivía.

—No lo entiendo, no.

—Pues es tu problema. Porque te parecerá bien o mal, pero en seis meses la familia de tu novio, o ex novio, o lo que sea, ha ganado más de un millón de euros con la farsa. Y si me dejan trabajar con él un año más, serán tres millones. ¿Alguien puede aspirar a ganar esa fortuna en un par de años por no hacer nada? ¿Podrías tú?

Paula cerró los ojos y negó con la cabeza. No quería seguir escuchando y replicó:

—Me parece indecente.

—Ya. —Solari volvió a sonreír con suficiencia—. Olvidaba que estaba hablando contigo, un claro ejemplo de moralidad. Moralidad y dignidad. No me digas más. Con alguien que se gana la vida en un puticlub de carretera. Vamos, ¡no jodas!

—¡Oiga, no le consiento...!

—Pues nada, no me lo consientas. En fin, como quieras. Ya me voy. Y ya sabes: si puedes y quieres, ve

esta noche a casa de Lola. Te invita a cenar.

Cuando Paula se quedó sola fue a asomarse a la ventana y comprobó que allí seguía una multitud inamovible y expectante. No podía creer que todo aquel revuelo fuera por su causa. Al fin y al cabo, ella no era nadie ni le interesaba serlo. ¿Qué podía hacer? ¿Huir? ¿Seguir el juego?

O jugarlo a su manera. Sí, podía ser...

2

— ¿Por qué repiten tanto el nombre de papá en la tele, mamá?

— Es que se ha muerto, hijo.

— ¿Y es famoso, como yo?

— No. El famoso eres tú. ¿No ves que todas las teles están hablando mucho de ti, por haber ido al entierro?

— ¿Y esa chica de ahí? Se llama Paula, ¿verdad?

— Sí.

Daniel guardó unos segundos de silencio. Miraba la pantalla del televisor pero no veía nada. Estaba revolviendo entre sus pensamientos, esforzándose en rebañar un recuerdo de lo más profundo de su memoria. Al cabo de un rato, dijo:

— Es igual que la chica que se me aparece en sueños.

— Vamos, hijo. No le des más vueltas.

— Sí — añadió Daniel, bobamente —. Es ella. Y durmiendo le he visto el culo y las tetas. Y sus ojos. Me gustan sus ojos, mamá. Me mira como si algo le diera pena, ¿verdad?

— No lo sé, hijo.

— Sí. Igual que me miras tú cuando crees que no me doy cuenta. — Daniel cambió de canal, buscándose —. ¿Por qué te doy pena, mamá?

— Pero... ¡si no me das pena, cariño! — Lola le besó en la frente y le estrechó entre sus brazos —. ¡Con lo que yo te quiero!

— ¿Y Paula? ¿Tú crees que Paula me quiere?

— Ay, hijo. Eso ya no lo sé. Hoy viene a cenar. Si quieres, se lo preguntamos.

— ¡No, no!

— De acuerdo. Pues no se lo preguntamos.

En ese momento sonó el móvil de Lola. Era Solari que llamaba para ver qué tal se encontraban y para informarle de la propuesta que acababa de llegar a su oficina: querían a Daniel para que protagonizara el tradicional anuncio de Navidad de una conocida marca de cava catalán. Añadió que ya les había dicho que no era el momento más oportuno para hablar con él, o para proponerlo a la familia, el mismo día en que había enterrado a su padre, pero ellos replicaron que estaban hablando de negocios, no de sentimientos, y que lo sentían mucho pero que necesitaban una respuesta con urgencia porque de ello dependía que una estrella de

Hollywood, de la que no habían querido dar el nombre, aceptara ser su pareja; además se trataba de la más famosa actriz de cine, sin duda, añadieron, sin olvidar el hecho de que ella había puesto como condición hacer el spot con Daniel Peñalver y nadie más, con ningún otro lo haría, así que necesitaban una respuesta inmediata porque el tiempo se les echaba encima y la Navidad estaba, como quien decía, a la vuelta de la esquina.

—Pues en ese caso deberíamos pensarlo, Solari —respondió Lola, conformista—. ¿Qué tendría que hacer mi hijo?

—Brindar con una copa de cava vestido con esmoquin y al final, junto a la actriz, decir «¡Feliz Navidad!» O algo así. Y quizá los guionistas del anuncio consideren interesante que dé unos pasos de baile con ella, o que paseen de la mano, quién sabe.

—¿Y de cuánto estamos hablando?

—No lo han precisado. Sólo han dicho que de cinco ceros.

—Ya, pero eso tanto pueden ser cien mil euros o novecientos mil. Y no es lo mismo. Así es que, si lo cierras en trescientos mil, diles que aceptamos. Si no, no nos interesa. Y, por cierto, ¿hay noticias de la oferta del Ministerio de Hacienda?

—Sí, sí. ¿No te lo dije? Ya hemos acordado hacerlo. Sin palabras, utilizando sólo la imagen de Daniel. Las cuatro sesiones se realizarán en noviembre para emitir la campaña publicitaria en marzo y abril del año que viene en varias oleadas de emisiones en prensa, radio, televisión e Internet. He aceptado el caché mínimo, cien mil euros, pero tardarán en pagar. Ya sabes, con la Administración...

—Ah, no, no. De eso nada. O cobramos antes de acabar la grabación o no hay anuncio. Que lo sepan los de la agencia de publicidad: allá ellos cuándo se lo cobran al ministerio, no es nuestro problema. Y además tengo que hablar con Paula de todas estas cosas, y no me preguntes por qué.

—De acuerdo, no te lo pregunto. Y con respecto a la agencia, haré lo que pueda. Te llamaré.



Entre tanto, Paula, con una ingenuidad de novata, intentó esquivar la marabunta agolpada en el portal de su casa ocultándose tras unas gafas de sol y echándose el pelo a la cara, como si quienes la esperaban no estuvieran de vuelta de esa y otras mil maniobras de camuflaje. Abalanzados sobre ella, tuvo que abrirse paso a codazos hasta su coche y salir a toda prisa, con lo que poco faltó para atropellar a media docena de *paparazzi* y a dos adolescentes que querían hacerse una foto con ella. Con todo, logró abandonar su calle y perderse por la avenida hasta evadirse de la persecución.

Antes de las nueve, así, pudo llegar a la casa de Lola. Y allí soportar a los periodistas que hacían guardia en el portal, otro enjambre que le metió focos y micrófonos hasta la boca preguntándole sobre ella, sobre Daniel y sobre el futuro que planeaban juntos. Al final logró alcanzar el ascensor y, mientras ascendía, comprendió lo imposible que se volvía una vida cuando se quedaba atrapado en la telaraña tejida por la realidad de una sociedad podrida, en decadencia.

El reencuentro entre Paula y Daniel no fue fácil. Lola hizo lo que estuvo en su mano para dejarlos solos durante el mayor tiempo posible, marchándose a la cocina para preparar algo para cenar, yéndose una y otra vez para poner la mesa del comedor, excusándose para ir al aseo y disculpándose cuando decidió cambiarse de ropa porque hacía mucho calor. Durante todos esos ratos se quedaron solos en el salón, pero Daniel no apartó los ojos del televisor, sin atreverse a mirarla, y Paula no sabía qué decirle para no incomodarle. En el saludo, al llegar, le había dado dos besos y le había preguntado qué tal estaba, y él había respondido que estaba bien, nada más. Después, en soledad, no supieron de qué hablar.

Fue Lola, en una de sus entradas al salón, la que le pidió que les contara algo de su vida.

— Me quedé sin empleo en la fundación — dijo Paula —. Desde entonces, estoy buscando trabajo, pero todo está tan mal que desde hace unas semanas estoy buscando el modo de marcharme a Australia, con mi padre.

— No, no. No es buena idea... Además, ¿a Australia? Qué horror. Eso está lejísimos.

— Sí. Un poco.

— ¿Tú sabes en dónde está Australia, cariño? — Lola intentó que Daniel se integrara en la conversación.

Daniel negó con la cabeza.

— Yo tampoco lo supe hasta que lo busqué en un mapa. — Paula trato de justificar a Daniel y, mirándolo, le sonrió.

Daniel la miró también, le devolvió la sonrisa y se ruborizó.

— A la mesa, vamos a cenar — ordenó Lola —. Luego nos sigues contando.

Antes de marcharse, Gladys, la asistente, había dejado preparados una ensalada de espinacas, queso, pasas y piñones, una bandeja de champiñones rebozados, unos muslitos de pollo al limón y una fuente de natillas. A la cabecera de la mesa se sentó Lola, a su derecha Paula y a su izquierda Daniel, que esperó a que le sirviera su madre y se puso a comer con los ojos metidos en el plato, sin atreverse a levantar la cabeza. La luz del comedor era tenue, la brisa de septiembre entraba por la ventana abierta y el ruido de los coches, allá abajo, en la calle, se mezclaba con los murmullos del televisor, que se había quedado encendido en el salón. La ensalada la comieron sin hablar, pero, antes de terminarla, Paula rompió el agobiante silencio del tintineo de los cubiertos sobre la loza de los platos.

— ¿Qué es? — señaló la bandeja de champiñones —. Tiene un aspecto estupendo.

— Gladys se da una maña especial para los rebozados — alabó Lola mientras le servía —. Lo mismo da que se trate de mozzarella, gambas, croquetas o champiñones. Prueba, prueba, estos te van a encantar.

— Es verdad. — Paula mordisqueó un champiñón —. ¿A ti te gustan, Daniel?

Daniel se encogió de hombros y volvió a ruborizarse.

— ¡Pero contesta, hijo! — Lola le recriminó su silencio —. Paula te ha preguntado si te gustan.

— Ya he contestado, mamá.

— Yo le he entendido — sonrió Paula —. Lo que me ha querido decir es que le gustan más las croquetas. ¿A que sí?

—A mí me gustan las natillas —replicó el chico, con la boca llena y sin levantar la mirada.

—¡Y las croquetas! —corrigió Lola—. ¡Anda y que no le gustan las croquetas! ¿Verdad, cariño?

Daniel afirmó con la cabeza.

Paula se dio cuenta de que no había mucho de lo que hablar. Lola, por el contrario, tenía que mantener con Paula una extensa conversación, pero no podía hacerlo delante de Daniel y tenía que esperar a que, tras la cena, se fuera a ver la televisión o decidiera irse a dormir. Daniel, por su parte, estaba muy nervioso. No entendía lo que le pasaba; sólo sentía que por una parte quería que Paula se fuera de su casa y por otra deseaba que no se fuera nunca. Y esa contradicción que no era capaz de resolver, ni siquiera de definir con tanta claridad, le había quitado por primera vez el hambre, al menos por primera vez desde que recordaba.

—No quiero pollo, mamá.

—¡Pero si no has cenado nada!

—Que no quiero pollo.

—¿Y un plato de natillas?

—Bueno. Pero pequeño, ¿vale?

—¡Hijo! ¡Qué raro estás!

Lola fue a la cocina a buscar la fuente de natillas conservadas en la nevera y Paula se quedó a solas con Daniel, una vez más. Paula le sonrió y le dijo:

—Estás muy guapo, Daniel.

Y Daniel se ruborizó mucho, dio una patada en el suelo de rabia, se levantó y salió corriendo del comedor, pasillo adelante, hasta encerrarse en su habitación.

—¿Qué ha pasado? —Lola volvió de la cocina al oír la carrera de su hijo—. ¿Qué le has dicho para que se haya ido a su habitación?

—No sé. Sólo le he dicho que está muy guapo.

—Pobre. Está fatal... —Lola se sentó en su silla y movió la cabeza a un lado y otro—. Precisamente quería hablarte de eso. Mira, me alegro de que Daniel nos haya dejado solas.

Paula se quedó pensativa.

—Oye, Lola.

—Dime.

—¿Qué se le pasa por la cabeza a Daniel? ¿Qué tiene?

—Eso no lo sabe nadie, Paula.

—Pero ¿piensa?

—A veces me parece que sí, pero los médicos me dicen que pueden ser imaginaciones mías. No lo sé, de verdad. No lo sé.

Paula observó a Lola. Su mirada, aun siendo serena, le resultaba desconocida. Recordaba sus ojos vivarachos, esa manera suya de mirar tan segura, incluso desafiante: una flecha incendiaria que expresaba lo que decidía con la contundencia de un grito. Y, sin embargo, ahora ya no tenía ese brillo en las pupilas que intimidaba e infundía respeto, incluso que se hacía temer cuando las fijaba en el otro y no las apartaba hasta que doblegaba la fuerza necesaria para sostenerle la mirada. Sus ojos tenían el mismo color, el maquillaje con que se cubría los bordes era igual, o más intenso, que antaño, pero su mirada ya no era tan segura, ni sus ojos tan vivos. Era como si se hubieran cubierto de una opacidad extraña, como si toda ella hubiera perdido fuerza y la debilidad se reflejara en aquella forma de mirar que, en lugar de altivez, denotaba flaqueza. No eran los ojos de una mujer derrotada que suplicara misericordia, no había llegado a tanto, pero tampoco los de la reina del aplomo. Delataban que necesitaban hablar, que requerían ser escuchados, que buscaban comprensión y precisaban amparo. Eran los ojos de alguien que sufría, y descubrirlo le dio miedo a Paula.

Porque algo terrible estaba sucediendo y sintió que ella había sido escogida como la depositaria, y tal vez la heredera, del drama.

—Dime, Lola— dijo, al fin.

—Sí, claro— titubeó—. Aunque, mira qué cosas... Tanto tiempo pensando en ello y ahora no sé por dónde empezar. —Lola se levantó y fue a asomarse a la ventana. Necesitaba respirar un poco de aire fresco que no encontró al otro lado del alféizar. Entornó las hojas de la ventana—. Si has acabado de cenar, vamos al salón. Vamos a poner un rato el aire acondicionado, a ver si se puede vivir. Porque, a mí, este calor me mata. ¿No te pasa a ti también?

—Sí, es verdad. Hace mucho calor.

—¿Qué ganas de que empiece el invierno, hija!— exclamó—. Aunque, no sé para qué digo estas cosas.

—¿Qué te pasa, Lola? Te encuentro muy rara.

—¿Y cómo quieres que esté?— De repente se encendió y dio una muestra más de su mal carácter, levantando la voz—. Hoy he enterrado a mi marido, tengo ahí al lado un hijo enfermo y yo estoy para que me den el Señor. —Lola se sentó, resopló y se recompuso—. Perdona, hija, tú no tienes la culpa de nada. Anda, ven y siéntate, que tengo que ponerte al día.

—Sí. —Paula se sentó frente a ella.

—Bueno, a lo mejor no hace falta que te diga nada. Porque ya sabrás... —Se detuvo y miró a Paula con simpatía—. Hay que ver. ¿Sabes cuántos años me he pasado yo en el club, como tú, atendiendo la caja y la barra? Porque eso es lo que hacías, ¿no?

Paula se sorprendió de que lo supiera. Guiñó los ojos y observó fijamente a Lola, intentando descubrir la intención con que le hacía la pregunta. Guardó un instante de silencio pero decidió contestar con firmeza y a la defensiva.

—Pues claro. ¿Qué te crees?

—Sí, sí, ya lo supongo. Y hay que ver cómo son las cosas: treinta y dos años casada con el pobre Dionisio y no ha tenido el valor ni la confianza para decirme que te había contratado. Yo no sé qué le he hecho para que al final se portara así conmigo. Es como si me tuviera miedo, no sé... ¿Tú qué crees?

Paula alzó los hombros. Prefería no seguir con aquella conversación y optó por mentir.

—Fui yo. Le pedí que no te dijera nada.

—Aun así... Yo era su mujer.

—Sí, claro. Pero lo importante es que ahora tienes que decidir qué vas a hacer con La Divina Con Medias.

—Cerrarlo, naturalmente. En la posición de Daniel, nadie debe saber cuál era el negocio familiar. La verdad es que lo mejor sería que lo cerraras tú y despidieras a las chicas. ¿Te importaría ayudarme en eso?

—Ya lo hice ayer, no te preocupes. Y, si quieres, me encargo de poner un anuncio para traspasarlo y así te deshaces discretamente de él. Es muy fácil.

—Te lo agradecería mucho. Y ahora, vamos a lo más importante. ¿Qué sabes tú del trabajo de Daniel?

Paula se recostó en el sillón y supuso que lo sabía todo, que no habría nada oculto en lo que se difundía por ahí. Respondió:

—Lo que sabe todo el mundo. Lo que se dice en la prensa y en la televisión.

—Entonces no sabes nada. Y ahora te necesito. ¿Puedo contar contigo?

—Supongo que sí. Claro.

La respuesta de Paula no fue sincera y Lola comprendió que su tono encerraba una duda muy parecida a la desconfianza. No quiso preguntarle por qué, de sobra conocía la respuesta. Y para no hablar más de la cuenta se excusó diciendo que tenía que ausentarse un momento al cuarto de baño y salió del salón.

Paula se quedó sola, observándolo todo a su alrededor. La casa de los padres de Daniel no había cambiado en nada, ni los muebles ni su disposición; tampoco parecía haber nada nuevo: ni sillones, ni cuadros, ni luces, ni ceniceros de plata adornando la mesa baja del centro. Sólo la televisión era nueva, más grande y más moderna. Lo demás permanecía tal y como lo recordaba.

Lo que había cambiado, y mucho, era el aspecto de Daniel. Su madre lo había convertido en un hombre de una perfección absoluta, un hombre guapo, más que ningún otro; pero tan bello como frío, o al menos así se lo parecía a ella. Y con una forma de comportarse huidiza, apocada, esquiva e insegura. El atractivo que pudiera tener, el que todo el mundo destacaba, tendría que buscarse en su mudez, aunque seguro que bastaba con ello porque sabía que un rostro hermoso era, en sí mismo, una tentación irrechazable, un imán. Pero ¿cómo no había pensado Lola en lo efímero de la belleza y en lo velozmente que pasaba la juventud? ¿Y qué sería de Daniel una vez que se deteriorara su aspecto, lo que sin duda ocurriría más pronto que tarde? ¿Es que Lola no podía ver lo que le deparaba el porvenir?

Odiaba a aquella mujer. Le enfurecía su frialdad, su egoísmo, su insensibilidad para manipular la desgracia de su hijo y enriquecerse con ello, sin pudor, sin disimulo. Desde el principio se había marcado el camino y lo seguía con una indiferencia detestable ante el daño que pudiera dejar a su paso. Hasta la muerte de su marido le había parecido, tan sólo, inoportuna. Ni una lágrima se había asomado a sus ojos. Tal vez lo mejor que podía hacer era salir de allí, olvidarlo todo y, como había planeado, viajar al otro lado del mundo.

Porque ¿qué pretendía Lola de ella? ¿Acaso intentaba que fuera su cómplice? De ninguna manera se iba a prestar a ello. Y, como se lo propusiera, no podría contener su ira y sería peor. Lo mejor que podía hacer era marcharse.

—¿Adónde vas?

Lola retuvo por un brazo a Paula que, a toda prisa, salía del salón para dirigirse a la salida.

—¡Tengo que irme!

—Espera un poco, mujer —le pidió Lola, con la súplica dibujada en los ojos—. Tengo que decirte algo.

Paula se dejó arrastrar otra vez hasta el centro del salón, donde la llevó Lola sujeta con firmeza por el brazo. Una vez allí, la invitó a tomar asiento y Paula lo hizo, pero con la ira dibujada en el rostro.

—No sé qué pretendes con Daniel, Lola. —Paula alzó la voz—. ¡No lo sé!

Lola no se sintió intimidada. Todo lo contrario: de repente descubrió en la actitud de Paula que Daniel tenía en ella a una defensora firme y ardiente, alguien que también le quería, y era cuanto le interesaba saber. Por eso se levantó de su sitio y se acercó a abrazarla y le dio un beso.

—Gracias, Paula —exclamó tras besarla—. No sabes la alegría que me produce...

—¡Tú estás loca, Lola!

—No, no. Al contrario. No sabes el sufrimiento de estos meses, tanto tiempo sin saber... Pero ahora me quedo más tranquila, porque tú...

—No te entiendo, Lola. ¡No entiendo nada!

—¡Pero si no hay nada que entender! Tú te preocupas por Daniel lo mismo que me preocupo yo, y eso significa que las dos le queremos. ¿Te querrás creer que llegué a dudar de si tú le seguías queriendo? Y ahora, con lo que me dices, demuestras que estaba equivocada, que le defiendes, que le proteges... Como yo, ¡igual que yo! —Lola se recostó en el sofá y entornó los párpados antes de elevar los ojos a las alturas—. Si supieras la de veces que he pensado en lo que será de Daniel el día de mañana, cuando ya no sea ni guapo ni famoso... Porque sucederá algún día, Paula, un día será olvidado. Y, entonces, ¿qué va a ser de él?

Paula la escuchaba con toda la atención que podía para lograr entender adonde quería llegar. Era evidente que Lola trataba de decirle algo, pero todo era demasiado confuso.

—No comprendo —dijo al fin—. No sé lo que me quieres decir.

Lola suspiró. Cerró los ojos y negó con la cabeza. Luego volvió a abrirlos para mirar a Paula, que esperaba, incorporada en su asiento, a que le hablara con claridad.

—Yo no estoy bien, hija. Tienes que perdonarme. Me siento muy cansada. ¿Te importa que sigamos hablando mañana? U otro día, yo te llamo, ¿vale?

—Como quieras. —Paula sintió alivio por acabar aquella conversación que la estaba desquiciando. Iba a

marcharse cuando, de repente, pensó en él. Lola, me encantaría poder hablar un rato con Daniel... ¿Puedo ir a su cuarto?

—No, ahora no. Deja al chico en paz. Ya te diré yo lo que tienes que hacer.

—¿Pero si ni siquiera sé si se acuerda de mí! Necesito preguntárselo.

—Déjalo, ya te lo he dicho. Lola se mostró inflexible. Y no se acuerda de ti, no. Sólo ha soñado alguna vez con la sombra de un recuerdo, y ese recuerdo podrías ser tú. Pero ahora está muy confundido, o sea que lo mejor es que te vayas. Yo te llamaré.

—Está bien. Adiós.

Paula abandonó la casa desconcertada. Había sido invitada por Lola para hablar con ella y se marchaba dos horas después sin entender qué se le estaba pasando por la cabeza a aquella mujer. Y ni siquiera había podido pasar un rato con Daniel: había descubierto que hablar con él era demasiado difícil, tan difícil que, después de lo que había oído, dudó en cuanto a si merecía la pena intentarlo. Porque si no la recordaba, si no era capaz de comprender lo que ella sentía por él, quizá lo mejor era volver a renunciar. Como lo había hecho durante unos meses; como llegó a creer que tendría que hacerlo para siempre hasta que se dio cuenta de que seguía enamorada y hasta que, a saber para qué, Lola la había llamado.

Sólo le hicieron unas cuantas fotos a la salida del portal, una docena de flashes que iluminaron la noche, pero por fortuna la dejaron en paz enseguida y cuando arrancó el motor de su automóvil no la siguió ningún *paparazzi*. Mejor así porque, de lo contrario, no hubiera sabido qué hacer para huir de ellos.

Eran las once de la noche y no tenía adonde ir. A casa no quería, demasiado pronto y demasiadas emociones vividas durante el día como para permitir que le explotaran en la cabeza en la soledad de su cuarto. Y sola... ¿adónde podía ir sola? Al subir a su coche miró el móvil. Tenía tres llamadas perdidas de Selene, así que no lo dudó: iría a verla para volver a compartir con ella unos mojitos y, sobre todo, para sentir que podía rellenar con alguien la sensación de soledad que le estaba impidiendo respirar bien.

Las calles, a pesar de lo temprano de la hora y del calor asfixiante que se desprendía del asfalto, estaban desiertas. Apenas unos cuantos taxis con la luz verde que indicaban su disponibilidad y algunas motos se cruzaron en su camino por el centro de Madrid, una ciudad que a causa de las restricciones de luz mantenía muchas calles en penumbra y apagados casi todos los escaparates de las tiendas. Los neones de los anuncios publicitarios tampoco inundaban las aceras con la luminosidad de otros tiempos, y la gente, como en casi toda Europa, se había refugiado pronto en sus casas para cenar algo y dar por acabado el día, a la espera de que el siguiente diera motivos para sentir un poco más de esperanza en el futuro.

Madrid le hubiera producido miedo en aquella hora ciega si no hubiese sido porque a Paula ya no le quedaban resortes en el corazón que no estuviesen ateridos por los fríos del desamor, la pobreza y la soledad. Quizá, si hubiera tenido algo que perder, habría temido perderlo; pero, por más que lo pensaba, nada le podían robar, ni siquiera ese dolor por Daniel que no conseguía anestesiar. Un dolor que iba y volvía porque el amor jamás entendió de lógica y en su ceguera cree que cada fleco suelto es suficiente colgadura para aferrarse a su cabo y volver a escalarlo.

Un *whatsapp* de Selene rompió su melancolía y le obligó a detener el coche en doble fila: «Llámame.»

Paula lo hizo.

— Dime.

— ¿En dónde estás, chica?

— En la calle. Ahora iba a verte.

— Pues apresúrate. No te puedes imaginar quién está en la tele.

— ¿Yo?

— ¿Tú? No, no. Silvio. Y dándose ínfulas de huracán diciendo que es tu amigo. Igual que un pavo real, tienes que verlo. Me estoy partiendo el culo de risa. Corre.

— Voy.

Cuando llegó a la casa de Selene se tiró en el suelo junto a su amiga para ver el programa de la 12TV. Allí estaba Silvio, el impenetrable e inexpresivo portero del club, repeinado, embadurnada su cabeza con brillantina, desplegando unos irresistibles aires cubanos de seducción y disfrazado del más guapo del local: traje negro, camisa blanca, zapatos de charol... Sonreía como si acabara de ganar un premio en la lotería y mostraba sus dientes, blancos como su camisa, contagiando alegría a los demás participantes en la mesa de invitados.

— Ha venido corriendo esta tarde para dejarme las llaves del club — explicó Selene —. Estaba muy nervioso... Y míralo ahora: el hombre imperturbable de La Divina Con Medias convertido en un salsero del malecón.

— ¿Que estaba nervioso? ¿Y por qué?

— Me ha dicho que esta mañana, en el entierro de Dionisio, ha conocido a los de la tele. Y que allí mismo le habían invitado a ir esta noche. Ya lo ves.

— Sí. Lo que no sé es para qué.

— Para pillar *money*, a ver... Por lo que acaba de decir, supongo que esta mañana se habrá puesto estupendo ante los de la tele diciendo que te conocía de toda la vida. ¡Tenías que haberle visto! Que si no está contigo, que si sólo sois buenos amigos, que de boda no habéis hablado nunca...

— ¡Qué cabrón! Pero ¿no es gay?

— ¡Pues claro! Pero no imaginas lo bien que se lo monta. Ahora volverá a salir, ya lo verás. Desde luego, hay que reconocer que el *brother* sabe sacarle cacho a las cosas. ¡Se va a hacer famoso!

— Bueno. — Paula se levantó del suelo —. Por lo menos que alguien saque algo en limpio de toda esta mierda... ¡Voy a mear!

Paula salió del salón deprisa, como si con aquel gesto buscara alejarse de la realidad. Una realidad que le mostraba la podredumbre de todos, la catadura moral de las personas y de las cadenas de televisión, de todo el mundo; un mundo dispuesto a venderse y a dejarse comprar a cambio de unas monedas. Desde hacía tiempo observaba que en todas las películas norteamericanas que veía en la tele siempre había un personaje que transmitía la idea de que el dinero era lo único importante, y que cualquier cosa valía para ganarlo. Un mensaje repetido que se extendía como una sucia capa de polvo sobre todos. Cuando Paula terminó de satisfacer su necesidad, vació la cisterna y cerró la tapa con fuerza.

Selene oyó la brusquedad del golpe y sonrió, desde el salón.

— ¡Estás encendida, chica! ¿Un mal día?

— No preguntes y prepara un mojito, anda — pidió Paula, desde el cuarto de baño.

— Se acabó el ron — se disculpó Selene —. Te lo bebiste todo ayer.

— Entonces vamos a tomarlo por ahí. Hoy necesito salir y emborracharme.

— ¿Y a Silvio? ¿No le seguimos viendo? A saber lo que se va a inventar ahora. ¡Es tan divertido...!

— Luego le llamamos y que nos lo cuente. ¿No te ha traído las llaves del club?

— Sí. Aquí las tengo.

— Pues vamos a La Divina... Allí hay mucho ron y no está la vida para ir desperdiciando nada...

Subidas al coche, Selene le pidió que le contara de verdad cuál era su relación con Daniel Peñalver y Paula, anunciando que le aburría hablar de ello, le habló de Afganistán y de la mina explosiva, de Lola y de Dionisio, de la enfermedad y de la pérdida. Y terminó diciendo que Lola la había llamado, que quería algo de ella pero que no había conseguido saber todavía de qué se trataba.

— Ay, chica. Pero lo que a mí me parece es que tú estás muy enamorada de ese hombre.

— No lo sé, Selene. Algo me dice que debería alejarme, huir de él y de su madre, olvidarlo todo... pero no puedo. No se me ocurre nada mejor que hacer en la vida que cuidarlo, quererlo, estar junto a él. ¡Es tan mono! A veces me mira de reajo, ¿sabes?, como si le diera vergüenza... Y entonces siento que me responde, que le gusta que esté cerca.

— Muy enamorada, insisto.

— ¿Lo crees?

— O eso, o lo tuyo es amor de madre, chica. Tú sabrás. Pero a mí no me lo parece...

Paula sonrió sin ganas y siguió conduciendo carretera adelante en dirección al club.

— Vamos a hablar de otra cosa — dijo, al fin, y puso la radio.

Selene aceptó el deseo de Paula y se entretuvo siguiendo con las manos el compás de *She will be loved*, la canción de Maroon 5 que sonaba en esos momentos en Kiss FM y mirando los edificios apagados que flanqueaban la autopista de Barajas.

— No me extraña que ya no esté yendo nadie al club. Mira, es medianoche y no hay un solo coche en la carretera. Madrid se ha muerto. ¿Te acuerdas de cómo era hace unos años? ¡Estaba de reventón!

— ¿De reventón? — Paula no conocía la expresión.

— En la onda, sí; dando la talla. Comprendo que Dionisio haya preferido salir como perro que tumbó la olla. Total, para lo que queda aquí.

— Pobre Dionisio — se lamentó Paula.

— Dejé de sufrir, chica. Aquí nos quedamos los demás para sacar la rifa del guanajo. Porque a lo visto...

— ¡Oye, rica! ¡Deja de hablar en cubano que no te entiendo un carajo! ¿Se puede saber de qué hablas?

— De que Dionisio ya no cargará con más pleitos. — Selene bajó el volumen de la emisora y miró a Paula—. ¡Me cago en la mierda! ¿Qué vamos a hacer ahorita tú y yo, chica? Ni trabajo, ni dinero, ni enamorado, ni nada. ¡No tenemos nada! ¿Sabes cómo le decimos en mi país? Rema, rema, que aquí no pican... Pues eso, a ti y a mí nos va a tocar remar y salir voladas a pescar a otro lugar, porque aquí ya no pica nadie. Salvo los bancos, claro, que acabaron con la quinta y con los mangos.

— ¿Por qué no nos hacemos putas? — ironizó Paula.

— Ya ni eso, chica.

En el club permanecieron con las luces apagadas y sólo encendieron los focos pequeños de la barra, en donde extendieron todas las botellas de ron que encontraron, los frascos de hierbabuena, el azúcar, la lima y los botellines de soda. Y ambas se pusieron a preparar bebida como si estuvieran a punto de dar la razón a los mayas y en cuatro días se fuera a acabar el mundo.

No habían terminado el tercer mojito cuando el móvil de Paula anunció una llamada de Silvio.

— ¿En dónde estáis?

— En el club.

— Voy allá. Tengo que contaros.

— Te va a costar un riñón el taxi...

— ¡Qué no, mi *amo!* ¡Tú sabes... ¡Tengo un coche de la tele a la puerta que me lleva a donde le diga!
¡Esto es mojo sabrosón, chica!

Silvio llegó a La Divina Con Medias cuando acababan de preparar tres vasos de su cuarto mojito, uno de ellos para él. Silvio iba emocionado, pues no sólo le habían pagado tres mil euros por asistir al programa sino que llevaba en un bolsillo tres números de móvil: del presentador, de uno de los colaboradores y de un chico de producción. Yuna invitación del programa para volver al plató a la tertulia del sábado.

— ¿Y qué vas a hacer? — preguntó Paula.

— No me apresures. — Se bebió de un sorbo el mojito y pidió a Selene con un gesto que le hiciera otro—. Lo único que he decidido es regresar el sábado. ¡Tres mil euros! No los he ganado aquí en todo el verano.

— ¿Y con tus pretendientes? — Paula guiñó un ojo a Selene.

— Entretenerlos — respondió, muy convencido, Silvio—. Mientras esperen algo, me garantizo el trabajo. Porque con quien voy a meter es con Estrellita Mariscal.

— ¿Quién? ¿La cupletista?

— Claro, chica. No me ha quitado ojo en toda la noche. Te apuesto a que mañana me está llamando.

— Pero si no cumple los... — Selene se escandalizó.

— Cincuenta, ya lo sé — Silvio se encogió de hombros.

— Sesenta años y unos cuantos meses — rió Paula—. Cien meses, o así.

—¿Y qué más da? Daremos la campanada, todas las cadenas hablarán de nosotros, me invitarán muchas veces a la tele... ¡Esa mujer es una mina de oro y yo un cubano enamorado!

—¡Pero si tú eres maricón, Silvito! —Selene le puso delante un nuevo mojito—. ¡De pinga! Sólo eres aserrín de cofre de pirata...

—Ya, pero ella no lo sabe. Y para fingir el amor, no falta escuela. Bien merecerá la pena cerrar un poquito los ojos y la luz.

—La cagarás.

—Sí. Pero en retrete de oro, chica.

Durante los meses de septiembre y octubre, Paula no volvió a ver a Lola ni, por lo tanto, a Daniel. Las pocas veces que llamó por teléfono recibió siempre la misma respuesta de Lola: que la avisaría muy pronto porque tenía que hablar con ella. Y no añadía ninguna otra explicación que justificara el reiterado retraso de la cita.

Mientras esperaba una llamada que no terminaba de producirse, pasó los días sin hacer nada más que ayudar a Selene a preparar su viaje de regreso a La Habana, un retorno que finalmente se produjo al amanecer del martes 2 de octubre. A ratos, sola en casa o desde el salón de la casa de Selene, seguía las peripecias de Silvio y sus donjuanescas aventuras que se iban contando en los programas de la televisión, un Silvio cada vez más desenfadado y divertido que, finalmente, hizo pública su relación con Estrellita Mariscal. La noticia se convirtió en un acontecimiento mediático de grandes magnitudes, y tanto Paula como Selene celebraron el ingenio del cubano para ganarse la vida.

En aquellos días intentó también cumplir el encargo de Lola de traspasar el club, poniendo un cartel en la entrada y anunciándolo en los tres portales de Internet más populares de alquiler y compraventa de inmuebles, pero no obtuvo ningún resultado. Y una mañana de martes, al fin, despidió a Selene en el aeropuerto de Barajas con lágrimas en los ojos, prometiéndose ambas seguir en contacto a través del correo electrónico y de sus respectivas páginas de Facebook. No se comprometieron a nada, ni siquiera a visitarse, aunque Paula insinuó que si algún día tenía suerte y encontraba trabajo le encantaría ir de vacaciones a Cuba. Su regreso a Madrid, tras el despegue del vuelo que se llevaba a su amiga, fue un desgarró más en el raído vestuario de su alma.

A Silvio no lo vio más. Bastante tenía con esquivar a los fotógrafos y *paparazzi* que la perseguían sin descanso como para, además, citarse con otro famoso de la tele para engordar su popularidad y verse obligada a dar explicaciones. Tan sólo habló con él dos veces por teléfono, y en una de ellas Silvio le dijo que Normando Solari se había ofrecido para representarle y que no sabía qué hacer, por eso le preguntó su opinión. Paula no respondió. Prefirió decir que ella no quería saber nada de esas cosas y que lo mejor era que dejaran de hablarse para evitar malentendidos. Silvio lo entendió y de ese modo se firmó una despedida entre ambos que resultó ser definitiva.

El traspaso de La Divina Con Medias no fue posible durante aquellos dos meses. Nadie llamó preguntando por condiciones y precio, nadie demostró ningún interés. En la situación económica que vivía el país era de esperar, pero para Paula cualquier novedad con respecto al club le habría abierto la posibilidad de llamar a Lola y buscar el modo de volver a ver a Daniel. Pero su móvil permaneció tan mudo que hubo días en los que llegó a dudar de si se habría estropeado.

Sólo por su madre sabía que aún funcionaba. Hablaba con ella, una vez cada dos semanas y en dos ocasiones consiguió que le hiciera una transferencia de mil euros para poder sobrevivir y cumplir con los recibos de cada mes. Aunque su madre insistió en que fuera a verla a Oviedo, Paula prefirió quedarse en

Madrid esperando a que, en cualquier momento, sonara el teléfono y fuera Lola quien la reclamara a su lado.

Pero no se produjo esa llamada.

Porque fueron dos meses de agobio por los compromisos y por los incidentes que ocuparon la vida de Daniel. Primero fue invitado a una tertulia televisiva sobre su vida privada y sus relaciones amorosas, una tertulia que, de acuerdo a los pactos firmados, terminó con un insulto pronunciado por Daniel Peñalver a un colaborador del programa y el abandono del plató, imagen que se repitió hasta límites desmesurados en los programas de *zapping* de todas las cadenas y que, en su versión recortada, sobrepasó los tres millones de visitas en YouTube. La rentabilidad de aquella fuga de plató fue tan enorme que Daniel tuvo que rechazar reportajes fotográficos y entrevistas durante dos semanas, tiempo que se utilizó para rodar y grabar el anuncio del Ministerio de Hacienda de la Campaña 2013 de la Renta y para el anuncio de Navidad de una marca de cava que, finalmente, hizo en solitario por problemas de agenda de la actriz norteamericana prevista para acompañarle.

La siguiente semana grabó varias felicitaciones para la Navidad 2012 de diversas cadenas de televisión, que se emitirían en los programas especiales de Nochevieja. Todas esas actividades cansaron a Daniel, que grabó las últimas apariciones con el hastío dibujado en su rostro, sin sonreír, lo que fue agradecido por los productores porque, de ese modo, constituiría un elemento diferencial en noche tan señalada, cuando todos fingían una desmesurada alegría, a la vez que daba pie a tertulianos y periodistas especializados para debatir sobre la tristeza que embargaba al joven por no haber encontrado a su verdadero amor. Incluso se hicieron propuestas de programas para el primer trimestre de 2013 titulados algo así como «Buscando novia para Daniel», concursos en el mejor horario de la noche a los que podían presentarse candidatas de toda España.

Y si fueron semanas agotadoras para Daniel, aún lo fueron más para su madre. Lola perdió el apetito, adelgazó deprisa, las ojeras encontraron cuna bajo sus ojos y el ánimo se le fue agriando de manera que ni el propio Solari encontraba el modo de aliviarle el esfuerzo de estar presente en todas las grabaciones de su hijo y de acompañarlo de aquí para allá.

A finales de septiembre, cuando parecía que el trabajo se aligeraba un poco, ocurrió un imprevisto que recargó otra vez su agenda de compromisos hasta situar a Daniel al borde de la extenuación y a Lola en el abismo de la fatiga vital. Sucedió a la entrada de su casa, al atardecer, cuando una joven muy atractiva se acercó al chico con la excusa aparente de pedir un autógrafo y, al despedirse, mientras le sonreía y acariciaba una mano, darle dos besos. Daniel, deseando acabar con el trámite y de apartarse de la prensa que hacía guardia permanente en su portal, se dejó besar, pero aquel beso no fue como todos: la joven, Laura Zapardiel, aprovechó para besarle en los labios cerrando los ojos y extender la escena en besos distintos y en distintas posiciones para que un amigo suyo fotógrafo, citado para la ocasión, tomara las imágenes de los besos.

Al día siguiente, la joven puso en marcha su plan. Convocó a la prensa más sensacionalista, anunció que mantenía una relación con Daniel, afirmó que se estaba acostando con él y aportó como prueba las fotos retocadas, de modo que pareciera que las distintas imágenes, tratadas con Photoshop, estaban tomadas en días distintos y en diferentes lugares. Toda la prensa se hizo eco del nuevo romance de Daniel con Laura Zapardiel y la joven fue citada a tertulias, entrevistada en decenas de revistas y fotografiada en mil poses diferentes para que repitiera, una y otra vez, la historia de su amor con él.

Quiso hacerse famosa en tres días y lo consiguió. Y al cuarto ya había ganado suficiente dinero para pagar a un asesor de imagen que manipulara pruebas, inventara episodios, argumentara hechos y convirtiera

a Laura en una nueva estrella. Al principio, Solari recomendó a Lola que Daniel no interviniera para negarlo, convencido de que la historia se agotaría en sí misma y pronto se olvidaría, pero al ver que no sólo no era así sino que estaba creciendo sin pausa y que el silencio de Daniel podría interpretarse como asentimiento a todas las mentiras que Laura extendía por todos los medios de comunicación, optó por poner en marcha los mecanismos de desmentidos con todos los periodistas que conocía y dar la batalla a una falsedad que no convenía a su representado.

Pero la guinda necesaria para que fuera eficaz el desmentido de la relación con Laura exigía una aparición televisiva de Daniel y ello implicaba que el chico memorizara un puñado de frases y que las pronunciara de modo convincente. Lola comprendió que tenía que ser así y durante siete días tuvo que acompañar a Daniel a clases de oratoria, memorización e interpretación, que un experto fue a darle a domicilio, para poder finalmente grabar un vídeo que lo desmintiera todo y fuera creíble. En definitiva, otro esfuerzo más cuando la entereza de Lola estaba a punto de desmoronarse y sus fuerzas permanecían al límite de lo soportable.

Cuando al final Laura Zapardiel consiguió ser portada de la revista *Girls* como ex novia de Daniel Peñalver, aceptando que habían roto la relación «a causa de la impericia del joven en la cama», otra invención que ayudó a hacer más popular todavía a Laura, el episodio se acabó. Pero el agotamiento hizo presa en Lola. Incluso el propio Daniel, por muy al margen que mentalmente se encontrara de aquello, supo que estaban sucediendo cosas raras y le pidió una explicación sobre las razones por las que tenía que hacer cosas que no le gustaban nada.

— ¿Por qué, mamá?

— Porque eres guapo y famoso — trató de explicarle su madre.

— ¿Por ser guapo? Pero ¿es que soy guapo?

— Sí, hijo mío. Mi niño es muy guapo.

— Pues entonces no quiero ser guapo. ¿Qué tengo que hacer para no ser guapo, mamá?

Lola calló. Y Daniel se fue a su cuarto y, por primera vez desde que despertó del coma, sintió que el pecho se le inundaba de calor y experimentó una sensación desconocida que le estranguló; una nueva emoción que no sabía que existiera: la de saberse incapaz, torpe, confuso y rabioso contra sí mismo. Y entonces se tumbó en la cama y se echó a llorar despacio, sin alaridos, gimiendo apenas, como llora un hombre cuando se encuentra perdido y no sabe hallar una salida.

Lola, al oírle llorar, comprendió que todo había llegado a su fin. Se metió en la cama, dolorida, tomó sus pastillas y antes de dormirse adoptó la decisión definitiva: se había cumplido la hora de acabar con aquella pesadilla.

Paula sólo se enteró de lo ocurrido durante esos dos meses a través de los medios de comunicación, pero sabía que nada de lo que oía era verdad. Y así dejó pasar los días con el móvil como única compañía, un móvil que sólo le alegraría el alma cuando Lola estuviera al otro lado del teléfono.

Poco a poco murieron septiembre y octubre. Hasta que el último día del mes, el miércoles 31, muy temprano, Lola la llamó y le rogó que acudiera urgentemente a su casa. Su voz era lastimosa, como si no pudiera respirar.

Y sus súplicas, conmovedoras.

La escena que se encontró al llegar a casa de Lola le rasgó, un poco más, la poca entereza que le quedaba. Afuera, había amanecido un día gris, de los que duelen, con el cielo demasiado bajo y las aceras sucias, como si necesitara llover y no pudiera. Días que se escogen para los entierros, o para llorar, o para resguardarse en casa bajo la primera manta del invierno con música de jazz al fondo, a poca voz, y con la decisión de buscar ánimos para sacar del altillo la ropa de abrigo para el otoño y el frío. Día de hablar por teléfono, de recordar, de preguntarse los porqués de la vida propia y de comprender que hay que arrepentirse de lo hecho, no de haber dejado de hacer lo que se podía y se quería. Día propicio para el fin del mundo. Día húmedo, igual que una mejilla después de llorar.

Paula entró en una casa sombría, silenciosa y marrón, como un ataúd. Le abrió la puerta una nueva asistente sin nombre ni papeles de residencia que le indicó que pasara directamente al dormitorio de Lola, tan lúgubre como el resto de la casa. Y allí, entre penumbras, tendida en su lecho, con los ojos cerrados, estaba ella. Y a su lado, sentado en una silla, mirándola como si esperara a que abriera los ojos para que lo viera y le sonriera, Daniel era el perro fiel que aguardaba paciente un gesto de su amo para cumplir lo que se le ordenase.

Él no levantó la cabeza cuando entró. Ella, al sentir su cercanía, entreabrió los párpados y esbozó una sonrisa apenas perceptible. Y, a continuación, giró la cabeza hacia su hijo, le sonrió tristemente y, tras suspirar, le dio la orden que esperaba:

—Anda, hijo. Ve a tu cuarto o a ver un rato la tele, que Paula y yo tenemos que hablar.

—Vale, mamá.

Cuando se quedaron a solas, Lola indicó a Paula con un gesto de la mano que se sentara en la silla que había dejado libre Daniel. Luego le pidió un poco de agua y, en un esfuerzo que pareció sobrehumano, se incorporó y se ajustó la almohada para poder hablar con ella.

—¿Qué te pasa, Lola?

Ella tardó en contestar. Le costaba esfuerzo hablar, pero aún más expresar lo que tenía que decir. Finalmente reunió ambas fuerzas.

—Necesito que me perdones, Paula.

—Pero ¿cómo puedes decirme esto ahora? Eres la madre de Daniel.

—Por eso mismo. —Lola se revolvió apenas y adoptó una postura que le resultó más cómoda—. Soy la madre de Daniel y nadie me ha comprendido. Tú tampoco.

—Es verdad, no te comprendo. La verdad es que, si no fuera por él, no estaría aquí.

—Te parezco una bruja, ¿verdad?

—No. Una bruja es la madrastra de Blancanieves, o Lady Gaga, o Angela Merkel... Incluso la vicepresidenta del gobierno. Tú lo que eres es una hija de puta.

—Ya se resignó Lola—. Supongo que es lo que pensará todo el mundo.

—¿Y te extraña?

Paula se levantó y fue hacia la ventana. Apartó un poco el visillo para ver a través de las rendijas de la persiana el cielo plomizo que pesaba tanto en Madrid y volvió de dejarlo caer.

—Abre un poco, ¿quieres?— pidió Lola—. Sube la persiana y deja que pase la luz. ¿Está lloviendo?

—Todavía no— respondió Paula.

—Pues duele como si lloviera.— Lola hizo un gesto de dolor, crispando la cara, y se removió en la cama. Señaló su mesilla—. ¿Ves ese frasco amarillo? Dame una pastilla, por favor.

Paula se acercó, miró el frasco, leyó el nombre del medicamento, que no conocía, y sacó una pastilla. Se la dio en la mano y le acercó el vaso mediado de agua que había al lado.

—¿Qué es esto? ¿Para qué lo tomas?

—Para poder seguir— murmuró antes de meterse la pastilla en la boca y tragarla con un sorbo de agua—. ¡Qué difícil es, Dios mío!

—Pero ¿qué te pasa?— repitió Paula.

—¿De verdad lo quieres saber?— Lola hizo una pausa y entornó los ojos—. No, no creo que te importe. Además, no tiene por qué importarte. Porque lo único que te tiene que importar ahora, como a mí, es Daniel. Porque tú sigues queriendo a Daniel, ¿verdad?

Paula guardó silencio. Era una pregunta muy difícil. Y más difícil aún interpretar el significado de la pregunta. No sabía si Lola le estaba preguntando si le quería, como se quiere a un niño o a un perro, o si lo que pretendía era descubrir si seguía enamorada de él. Porque si lo que buscaba era saber si le quería, la respuesta era que no, que lo que en realidad sentía por Daniel era odio. Y rencor. Porque no comprendía que, con lo que fueron, con lo que vivieron juntos, con lo que se amaron, él ni siquiera la recordara. Ni mostrara, al verla, una brizna de amor, de cariño. De reconocimiento, aunque no fuera más. Por eso le odiaba, le odiaba con todas sus fuerzas. Él era otro hijo de puta, aunque fuera un inocente, un pobre enfermo mental. Así que no podía contestar si le quería o no: la educación le impedía manifestar a su madre el rencor que le guardaba. Pero si la pregunta era que si estaba enamorada de él, entonces la respuesta era que sí, que estaba completamente enamorada, que estaba locamente enamorada, como no se podía estarlo más. Y, yendo un poco más allá, tampoco sería capaz de dilucidar y explicarle si estaba enamorada de Daniel o de la idea de Daniel, de aquel Daniel al que tanto amó y que, al verlo, volvía a amar de idéntica manera. Aunque fuera otro. O él se creyera otro. O la propia Lola lo hubiese convertido en otro.

—No sé, Lola— respondió al fin.

—¿No sabes si le quieres? Pues anda que no es fácil saber una cosa así...

—No es eso. Lo que no sé es lo que quieres saber de verdad. Me preguntas que si le quiero... Si le quiero para qué. ¿Para casarme con él? ¿Como un amigo? Como qué.

—Hija, qué rara eres. —Lola pareció recobrar el ánimo por unos instantes—. ¡Si le quieres! ¡Nada más! Para casarte con él, claro.

—No te voy a contestar, Lola. —Paula se puso de pie y respondió con toda la rabia que había acumulado en todos aquellos meses—. No creo que te importe. Y además es mi vida y te aseguro que me la vas a respetar. ¡A mí sí que me la vas a respetar! Estoy harta de tus manejos, de tu avaricia, de tus manipulaciones. Así es que dime para qué me has llamado y me voy. ¡Conmigo no vas a jugar!

A Lola no le sorprendió lo que oía, sino la dureza con que se expresaba. Paula tenía que acumular mucho resentimiento para hablar de un modo tan hiriente y le dolió. Negó con la cabeza, entornó los párpados y exhaló un suspiro.

—Lo siento —dijo en un susurro apenas audible—. Lo siento mucho. Perdóname Paula. Perdóname, por favor.

—¡Déjame en paz!

Paula se fue a la ventana y permaneció un largo rato mirando los coches pasar por la avenida. Poca gente transitaba a esa hora de la mañana, sólo algunas ancianas con bolsas de la compra y algunos hombres y mujeres caminando despacio, quizá pensando adonde ir o dónde encontrar trabajo. Muchas tiendas de la calle tenían el cierre echado y lucían carteles que indicaban que estaban a la venta, en traspaso o en alquiler. Otras, simplemente, permanecían cerradas. Como el club, con un cartel ofreciéndose a ser traspasado y nadie para leerlo. Paula contempló una ciudad que, bajo las nubes, parecía desolada. Y de repente oyó gemir a su espalda. Supo que Lola lloraba, pero no le importó. Era más que posible que estuviera haciendo teatro y ella no estaba dispuesta a dejarse embaucar. Sin embargo, había sido llamada para algo y Lola no acababa de decírselo. Así es que se volvió y, sin miramientos, le espetó:

—Bueno, que no tengo todo el día. Dime lo que querías decirme y me voy.

Lola se derrumbó. Cerró los ojos, volvió la cabeza y con la voz rendida preguntó, como si se lo preguntara a sí misma:

—Pero, hija... ¿qué te he hecho? Dime, ¿qué...?

—¿Que qué me has hecho? ¡De sobra lo sabes! Pero lo importante no es eso. Lo importante es lo que has hecho a Daniel. ¿Es que no te das cuenta lo que has hecho de él?

—Yo...

—¡Un bufón! ¡Eso es lo que has hecho de él! —Paula se inclinó sobre la cama para que la oyera bien—. Aunque, bah..., seguramente no sabes ni lo que es un bufón... ¿Has ido alguna vez al Museo del Prado? No, claro. Demasiado aburrido para ti. Pero al menos sabrás quién era Velázquez, ¿no? El pintor de los idiotas... Sí, ese pintor que retrataba tullidos, bobos, anormales, enanos y bufones..., toda esa clase de personajes desgraciados de los que podían burlarse sin piedad los reyes, los cortesanos, los políticos, los listos, ¡todos...! Si entonces hubiera habido periodistas, se habrían partido el culo de risa con ellos, por supuesto, y seguro que los pobres eran personas infelices, inocentes, buenas..., pero retrasados, claro, sin luces. ¿Y qué has hecho tú con Daniel, eh? ¡Lo mismo que aquella gente sin escrúpulos! ¡Y lo mismo que toda esa gente que ve la televisión para burlarse de todos los Daniel del mundo! —Paula negó con la cabeza y adoptó un gesto de asco—. Que qué le has hecho... ¡qué desfachatez! Al menos Velázquez pintó bufones para defenderlos y

criticar a quienes se reían de ellos. Pero tú, en cambio, has crucificado a Daniel ante la gente a cambio de dinero para que un día descubran cómo es y acaben burlándose de él, humillándole, pisoteándole. Y ese día tú te limitarás a contar los fajos de billetes, ¿no? ¡Eres despreciable, Lola!

—Hija...

—Vete a la mierda.

Paula salió de la habitación y dio un portazo. Iba a irse de la casa cuando, al pasar por delante del salón, observó a Daniel que, sentado en el borde de un sillón, la miraba con el miedo incrustado en sus ojos. A Paula la paralizó aquella mirada. Se detuvo, se volvió hacia él y se acercó con la intención de acariciarle la cara. Daniel hizo un pequeño aspaviento y ella se detuvo.

—¿Por qué has reñido a mamá? —preguntó.

Paula no supo lo que debía responder. Despacio, muy lentamente, extendió la mano y le acarició la mejilla. Él se dejó hacer. Paula, entonces, abrazó su cabeza y la estrechó contra su vientre.

—Hemos discutido un poco, nada más. —Y añadió—: Pero no te preocupes, ya pasó. Ahora tengo que irme.

—¿Y por qué no se levanta mamá de la cama?

—Está un poco cansada. Puede que no haya dormido bien. Pero luego se levantará, ya lo verás.

Daniel guardó silencio. Estaba a gusto apoyado en el regazo de Paula, sintiendo las caricias de sus dedos suaves en la cabeza, sumidos en el silencio... Tan a gusto que deseó que aquello no acabara nunca. Se sentía seguro, protegido, querido, sin miedo... En ella había encontrado una madriguera en la que resguardarse igual que junto a su madre, pero de forma distinta, sin que supiera por qué.

—Oye, Paula.

—¿Sí?

—¿Por qué vienes a verme mientras duermo?

Paula se quedó sorprendida al oírlo y le miró a los ojos, intentando descubrir a qué se refería. Se apartó, se sentó en el brazo del sillón y le tomó la mano.

—¿Qué quieres decir?

—Que me gusta.

—¿El qué?

—Lo que hacemos. —Daniel sonrió y se ruborizó, escondiendo la cabeza para que no le viera.

Paula trató de entender lo que quería decir, pero estaba cada vez más confusa.

—¿Y qué hacemos?

—De sobra lo sabes... —La risa de Daniel fue tan infantil que le causó una inmensa ternura.

—No. Dímelo tú —le pidió.

—Pues eso. Estamos desnudos... —Volvió a esconder la mirada y se tapó la boca, simulando que se

avergonzaba por haber dicho una palabrota . Uy, se me ha escapado.

¿Y nos besamos?

Claro. Daniel afirmó rápida y repetidamente con la cabeza . Y más. Entonces siento cosquillas y me hago pis. Pero no se lo digas a mamá, ¿eh?

Comprendo.

Paula se dio cuenta de que Daniel, sin reconocerla, tenía sueños eróticos con ella, lo que demostraba que a pesar de todo seguía viviendo en su subconsciente. El descubrimiento le produjo una enorme alegría, de algún modo sintió que algo en él la correspondía en el amor, y le abrazó con fuerza. ¿Sería posible que en algún rincón de su escaso entendimiento aún la amara?

De pronto decidió que tenía que comprobar más cosas. Tal vez fuera una locura, una barbaridad llena de riesgos, y además estaba en su casa y por allí había una señora de la limpieza trabajando por las habitaciones. Y Lola, también estaba Lola, muy cerca, en el dormitorio, y podía levantarse en cualquier momento. Pero ni la limpiadora le importaba demasiado ni nada le debía a Lola, así es que no lo pensó y lo hizo.

Tomó la cabeza de Daniel, se la volvió hacia ella y empezó a besarle. Despacio, con mimo primero por la frente y las mejillas y, poco a poco, cada vez más cerca de la boca. Y de inmediato en la boca. Succionando sus labios, jugando con su lengua. Daniel, impasible, tal vez confundido, sorprendido, se dejó hacer. Y cuando entendió cómo se jugaba el juego, un juego que le gustaba, también empezó a mover la lengua dentro de ella. Entonces Paula extendió la mano sin recato, descendió por su pecho, le abrió lentamente los botones de la bragueta del pantalón y comprobó su estado.

Daniel seguía siendo un hombre. Las luces que no regaban su cabeza no escatimaban encenderse en su virilidad. Era un hombre y como tal reaccionaba. Y Paula, sin esperar más, se arrodilló en el suelo y le hizo gemir.

Fue un instante. Apenas pudo Daniel contenerse un instante, y bruscamente se derramó. Paula, entusiasmada, le acarició con dulzura, volvió a sentarse en el brazo del sillón y permaneció abrazada a él, en silencio, con los ojos cerrados, escuchando sus latidos y los mínimos jadeos que exhaló hasta que se rehízo.

¿Te ha gustado?

Sí.

A mí también.

Paula se sentía feliz. Había soñado durante tanto tiempo con volver a tener a Daniel entre sus brazos que no podía creerlo. Le quería, le seguía queriendo de un modo que no era capaz de explicar. Se hubiera quedado allí, así abrazada, para siempre. Pero de pronto le asaltó la embestida de la realidad y se apartó de él, furiosa contra el mundo. Daniel, sin comprender la brusquedad de su movimiento, le preguntó:

¿Podemos hacerlo otra vez?

No, Daniel. No podemos.

¿Por qué?

—Porque no creo que a tu madre le parezca bien. Ella quiere que hagas otras cosas.

—Pero ¿por qué no puedo estar contigo? ¿Porque soy guapo?

Paula no encontró la relación entre una cosa y otra, incluso le pareció una pregunta absurda, pero no podía esperar que las palabras de Daniel estuvieran siempre ordenadas por la lógica y pensó que era largo y difícil explicarle el porqué. Quizá algún día pudiera tratar de que la entendiera, pero en aquel momento no era posible. Por eso se limitó a afirmar con la cabeza y a aceptarlo.

—Sí, Daniel. Porque eres guapo.

Daniel, dando una patada de rabia en el suelo, se levantó y se fue corriendo a su habitación. En la puerta atropelló a la asistenta que, en ese momento, entraba en el salón.

—Ay, hijo, ¡qué torbellino! —se quejó. Y dirigiéndose a Paula, le informó—: Me ha dicho la señora que si seguía usted aquí le dijera que, por favor, fuera a su alcoba. Me ha insistido mucho en que se lo pida por favor.

—Sí, gracias.

Paula se quedó pensativa. Volver a la habitación de Lola no le apetecía después de la discusión anterior y, sobre todo, después de la escena que acababa de vivir con Daniel, pero era cierto que ella todavía no le había dicho para qué la había hecho ir a su casa y debía de tratarse de algo importante porque la había citado con urgencia y, en el estado de debilidad en que la encontró, no parecía ser el mejor día para una visita de cortesía ni para insistir en nada relacionado con el trabajo de Daniel. Quizá tratara de hablar del club, preguntarle si le había dedicado algo de tiempo, a lo que ella se comprometió, y si se había cerrado y vendido ya. Aunque tampoco le había interesado nunca La Divina Con Medias, o al menos desde que Paula la conocía.

En todo caso tendría que regresar a su habitación y atenderla: irse ahora, después de saber que, en efecto, continuaba en la casa, le pareció de mala educación. Pero como ella tratara de reiniciar la discusión la dejaría con la palabra en la boca y se iría para no volver más.

Aunque, pensándolo bien, quizá era posible que la asistenta les hubiera sorprendido minutos antes en el salón y, sin hacer ruido, hubiera ido a dar cuenta a Lola de lo que estaba ocurriendo entre Daniel y ella. De ser así, a buen seguro le afearía su conducta, le reprocharía aprovecharse del chico y terminaría insultándola y echándola de casa, prohibiéndole volver a verle. No sabía: eran tantas las posibilidades que lo mejor que podía hacer era apartar las dudas, enfrentándose a lo que tuviera que decirle. Al fin y al cabo no le tenía miedo; ni nunca más se lo tendría.

Se levantó del sillón, avanzó por el pasillo y entró en el cuarto de Lola sin llamar. Se acercó a la cama, en donde se la encontró con un aspecto todavía peor de cuando la dejó, y se quedó de pie.

—Qué quieres ahora.

—Siéntate, hija. —Le señaló de nuevo la silla dispuesta junto a la cabecera—. Tengo que hablar contigo.

Paula tardó unos segundos en decidirse. Al final, rodeó la cama y fue a sentarse en donde le había indicado.

—Dime.

—Quiero que me escuches con mucha atención, Paula— dijo, arrastrando las palabras, expresándose con un enorme esfuerzo. Era evidente que a Lola le costaba mucho hablar. Buscó una mejor postura para que le resultara más fácil—. Lo que te voy a decir sólo podemos saberlo tú y yo. Nadie más, ¿me lo prometes?

—No sé— titubeó Paula. Y luego añadió—: Bueno, si no se trata de hacer daño a nadie más...

—No seas cruel, hija mía.

Lola señaló el vaso de agua y Paula se lo acercó. Bebió un sorbo y adoptó un profundo gesto de dolor, sin acompañarlo de gemido alguno. Luego le devolvió el vaso y Paula lo dejó de nuevo sobre la mesilla de noche mientras decía:

—No soy yo la cruel, Lola. Yo no. —Luego la miró a la cara—: ¿Qué te duele?

Lola se esforzó en adoptar una sonrisa, que le salió tan minúscula como forzada, y a Paula casi le irritó lo que interpretó como una muestra más de suficiencia. Una irritación que se congeló cuando Lola, entomando los párpados, anunció:

—Me duele la vida, Paula. Por eso me estoy muriendo.

—Vamos, Lola. Creía que hablábamos en serio.

Paula lo dijo porque, en su fuero interno, no podía admitir ni por un momento que fuera verdad lo que había dicho. Prefería creer que se trataba de otro intento de manipulación; un chantaje emocional más del que buscaba servirse Lola para conseguir algo de ella, aunque no imaginaba de qué podía tratarse. Pero el rostro contraído de aquella mujer no engañaba. La debilidad de su voz tampoco. Y la tristeza de su mirada, su opacidad, su falta de ánimo vital sugerían que podía ser cierto. Y, sólo con pensarlo, la piel se le erizó y sintió un vuelco en el estómago muy parecido al vértigo. Paula tuvo que apartar los ojos de Lola para no marearse.

—Escucha, Paula —susurró Lola—. Y óyelo bien porque puede que nunca pueda volver a decírtelo. Estoy enferma, muy enferma. Bueno, si sólo pensara que estoy enferma sería una optimista. Los médicos dicen que un mes, pero yo creo que no aguantaré tanto.

—Lola, por favor...

—Escucha, hija —continuó ella—. Cuando sucedió el accidente de Daniel en Afganistán acababan de decirme que tenía un tumor mamario. Que era maligno y que era necesario operarme. ¿Me das otro poco de agua?

—Sí, toma. —Paula le acercó el vaso.

—Gracias. —Lola bebió un sorbo y devolvió el vaso—. La verdad es que los médicos no sabían cuánto tiempo llevaba ahí el cáncer y me insistieron en que tenía que operarme porque parecía agresivo, pero me hablaron del proceso, de la extirpación, la radioterapia o la quimioterapia, no recuerdo si una cosa u otra, o las dos, y de una larga temporada de reposo. Y yo, como comprenderás, en aquellos momentos, no podía dejar solo a Daniel, en aquel estado.

—¿Por qué? Estaba Dionisio. Y yo. Estábamos los dos.

—¡Cómo se ve que no eres madre, Paula! —Lola acompañó a su exclamación un suspiro profundo—. Por nada del mundo habría dejado solo a Daniel. Y yo, bueno..., me desentendí del tumor. Ahora creo que no le di la importancia que tenía, o que me olvidé de mí, o que pensé que podía esperar..., ya no sé qué pasó. Lo único importante para mí siempre ha sido Daniel.

—Pero ¿cómo se te ocurrió...?

—Déjame seguir, por favor. —Lola tomó aire antes de continuar—. Luego despertó, siguió hospitalizado, tuvo que someterse a bastantes operaciones, ¿te acuerdas? Y en cuanto me di cuenta de cómo había quedado... sí, sí, como un idiota, un retrasado mental, un inútil... Me di cuenta, Paula, claro que me di cuenta... ¡Soy su madre!

—Lola...

La mujer se tapó la cara con las manos y calló. Se estaba emocionando. Pero necesitaba seguir.

—Durante todos aquellos meses estuve dándole vueltas a qué iba a ser de él. Sí, mi preocupación era constante, no podía ni dormir... Y lo primero que pensé fue que, si iba a quedarse tonto, por lo menos que fuera guapo. En este mundo ser guapo da facilidades para todo, ¿no lo sabes ya? Para encontrar trabajo, para que la gente te perdone muchas cosas, para todo... Por eso me empeñé y, como no podía contarte mis razones, y te pusiste tan violenta, tan tozuda, terminé por enfadarme contigo.

—Si me hubieras dicho que...

—Pero ¿cómo iba a decírtelo si ni siquiera se lo dije a mi marido?

Lola se echó a llorar. Estaba agotada. Paula no sabía qué podía responder ni siquiera si debía hacerlo. Se limitó a decir.

—Descansa. Luego seguimos hablando.

—Es que Dionisio nunca supo nada de mi enfermedad. —Lola trató de recuperar el aliento. Se enjugó las lágrimas antes de continuar—. Busqué el momento oportuno para decírselo, te lo prometo, y justo cuando iba a hacerlo sucedió lo de Daniel. Luego ya no quise añadirle más preocupaciones. Porque Dionisio fue toda la vida un pobre hombre. Con el club se daba importancia, parecía un rey de cartón rodeado de mujeres, de pobres chicas que tenían que matar el hambre vendiendo su cuerpo y su dignidad, pero él nunca tuvo ni un solo amigo. Ni su familia le ha tomado nunca en consideración. Lo verías en el entierro... ¿no? ¿Acaso viste a algún pariente suyo? ¡A ninguno! No se hablaban. Qué pena de hombre, Dios mío, qué pena... —A Lola se le volvieron a humedecer los ojos.

—Descansa, Lola.

—No te apures, hija, estoy bien. —Quería seguir, puede que estuviera contando el tiempo que le quedaba y lo sintiera cada vez más estrecho—. Pero yo no notaba nada, te lo aseguro, confiaba en que el tumor se curara solo... Es que, ¿sabes?, soy muy ignorante, Paula, nunca pude estudiar... Y los médicos..., bueno, los médicos me decían que no lo dejara, que estaba creciendo, que iba a ser peligroso dejarlo sin tratamiento; pero yo siempre les decía que esperaran un poco, sólo un poco más, que enseguida me operaría.

—¡Pero debiste hacerlo, Lola! —Paula empleó un tono de voz del que se arrepintió de inmediato—. Quiero decir...

—Sí. Pero, cuando estaba a punto de hacer caso a los médicos, surgió la casualidad del programa de televisión en que Daniel se hizo famoso. Y en ese momento pensé que, aunque no lo entendiera nadie, porque ni el propio Dionisio lo aceptó nunca, mi obligación era velar por el futuro de mi hijo, por su bienestar... Sabía que algún día necesitaría tener dinero para que estuviera atendido, cuidado... Y hoy en día la salud sólo se compra con dinero, Paula. Sólo teniendo dinero.

—Hay ayudas especiales para casos así...

—No. Las había antes, ya no. Y las que hay no son para personas como Daniel. Y aunque estábamos nosotros...

—Y yo también.

—No podía decírtelo, compréndelo. ¿Me das otro poco de agua? —Lola bebió otro sorbo y respiró

profundamente. Voy a abreviar, hija. Estoy muy cansada.

—Anda, déjalo ya. Descansa un poco y más tarde...

—No, tengo que contártelo todo. —Lola se removió en la cama—. Porque quiero que sepas que hace unos meses estábamos en la ruina. El club sólo daba pérdidas, yo sabía que terminaría cerrándose, y a Dionisio no le quedaba paro, ni pensión de jubilación, ni nada. Y a mí, como nunca he trabajado, tampoco. ¿Y con qué íbamos a vivir? Y, sobre todo, cuando faltáramos nosotros, ¿de qué iba a vivir él?, ¿quién lo iba a cuidar? Su pensión de invalidez no da para tanto como él necesita...

Paula empezó a sentirse mal por odiar a Lola como lo había hecho. Afirmó con la cabeza y comentó:

—Y entonces pensaste...

—Sí. Pensé que a lo mejor Daniel podía ganar un poco de dinero con la televisión. ¿No te diste cuenta? Yo lo vi enseguida: todo el mundo lo adoraba, le llamaban de todas partes, la gente le paraba por la calle para saludarle, en todos los programas de televisión hablaban de él. Y cuando apareció Solari, nuestro representante, diciendo que se podía ganar una fortuna, vi el cielo abierto. Daniel podía, en poco tiempo, ganar lo suficiente para estar atendido toda la vida. Pero tenéis que perdonarme, Paula, tú y Daniel, porque yo quería un poco de dinero para su futuro, nada más...

—¿Perdonarte?

—Sí, perdonarme. Porque todo se me ha ido de las manos y, sin quererlo, Dios me perdone, he permitido que Daniel se convierta en lo que es: un títere. ¡Oh, Dios mío! ¡Cómo he podido llegar tan lejos!

Lola cerró los ojos y se echó a llorar. Repetía que su hijo era un títere, sólo un títere, y que algún día le harían mucho daño. Todo por su culpa.

Paula, al verla en aquel estado, le tomó la mano y trató de tranquilizarla.

—Descansa un poco, Lola. Te estás fatigando mucho. —Lo dijo para que dejara de llorar y también porque, en realidad, necesitaba digerir lo que estaba oyendo. Ordenar sus ideas porque, por momentos, se estaba sintiendo cada vez más culpable por el modo en que había juzgado a Lola.

—Han sido unos meses muy duros —siguió ella, arrancándose las lágrimas con la misma sábana—, pero ahora creo que he hecho lo que tenía que hacer. No debería arrepentirme de nada, de nada... Pero ¿tú sabes cuánto le han llegado a pagar por una entrevista, por un anuncio, por unas fotos? Jamás lo hubiera imaginado.

—Y ¿has pensado a cambio de qué? Tu salud también debería haberte importado, aunque sólo fuera para seguir a su lado.

—Claro. Lo sé. Pero ese ha sido el precio, no ha podido ser de otra forma. Cuando fui a la última revisión, me dijo el doctor que el tumor había hecho metástasis, que ya no servía de nada operar. Se había extendido al pulmón, al hígado, a los huesos... Y ahora, bueno, ahora ya está extendido por todas partes. Me han ofrecido un tratamiento paliativo para cuando empiecen los dolores más fuertes, pero nada más...

Paula se desplomó en la silla.

—¡Lola! ¿Qué vamos a hacer?

— Nada, hija. Nada. Será cuestión de unos días. No te preocupes. Porque tampoco tengo miedo, ¿sabes? Ha compensado...

— ¿Cómo puedes decir eso?

— Porque es verdad. Además, por si faltaba alguna desgracia, sucedió lo de mi marido. Más inoportuno no pudo ser, ¿no es verdad? Cuando empecé a sufrir mareos y a sentirme débil, estaba segura de que me iba a morir, pero confiaba en que, con la compañía de su padre, Daniel estaría bien cuidado. Pero el pobre se murió. En el peor momento. Y entonces, entonces... Perdona, hija. Necesito descansar un instante...

— Claro que sí, Lola.

Paula se levantó, le recolocó las sábanas y caminó hasta la ventana. Entonces se dio cuenta de que las piernas le temblaban y de que apenas podía mantenerse en pie. Se recostó en el quicio de la ventana y se sintió muy mal por todo lo que había pensado de aquella mujer, por todo lo que le había dicho, por todo lo que la había odiado... Pero ya era tarde para remediarlo. El tiempo se acababa y, aunque le pidiera perdón, no se sentiría mejor. Su injusta actitud sería algo con lo que tendría que cargar. Cargaría con ella siempre, aunque se fuera al fin del mundo. Y se lo reprocharía cada noche, antes de dormir, en el caso de que algún día la culpa le permitiese el descanso.

— Paula.

— Dime, Lola. — Paula volvió a sentarse junto a ella.

— No creas que estoy tan ciega. No, no lo estoy. Sé lo que he hecho. — Lola jadeó y tosió, soportó un agudo dolor que tardó unos segundos en descomponerle la cara y, al cabo, volvió a relajarse—. Sé en lo que he convertido a Daniel, sé que ha sido utilizado por todos, que se han reído de él y que lo han idolatrado. Y que todo es falso. En ese mundo todo es mentira. Pero me río yo de ellos, ¿sabes? Porque ha tenido que hacer cosas feas, se ha convertido en un bufón, como tú me has dicho antes... Le han obligado a mentir, a fingir, a interpretar... Le han utilizado los políticos, la publicidad, las televisiones, los periódicos... pero hoy, ahora mismo, después de ocho meses, Daniel tiene en su cuenta más dinero del que va a necesitar nunca, aunque viva cien años más. ¡Todo en su cuenta, Paula! ¡Todo! ¡Te lo juro!

— Lo sé, Lola. — Paula le tomó la mano.

— No, no lo sabes. Pero te juro que es verdad. Yo no he tocado ni un euro de su dinero. Al contrario, ¡he ahorrado todo lo posible!

— Tranquila, no te excites.

— Y ahora, escúchame bien, ahora voy a hacer lo único malo que le he hecho a Daniel en todo este tiempo. Voy a usar su dinero.

— Deberías descansar, de verdad. Te estás excitando mucho.

— ¡No, no! ¡Escúchame Paula, quiero que me escuches! — Lola se incorporó en la cama y se inclinó hacia ella, en un esfuerzo sobrehumano—. ¿Cuánto quieres por...? — Lola no pudo acabar. Sintió un vahído y se derrumbó en la cama.

— ¡Lola! — Paula se asustó y tomó el vaso de agua—. Bebe un poco, anda.

— Sí...

—Estás muy cansada. Creo que debería dejarte sola un rato.

—No, no. Tengo que preguntártelo. ¿Cuánto dinero quieres por cuidar a Daniel para siempre? ¿Cuánto? ¡Usaré su dinero, todo el que haga falta, si me das tu palabra de que nunca le dejarás solo!

—Pero ¿qué dices? Lola, por favor...

—Tú eres la única que...

En ese momento, Lola perdió el conocimiento. Paula, asustada, no supo qué hacer y salió a buscar a la asistenta. La mujer, sorprendida en sus quehaceres, también se vio superada por los nervios y las dos, sobre la cama de Lola, permanecieron inmóviles, a la espera de que se recuperara.

Pero, al no hacerlo, Paula decidió llamar a una ambulancia para que la trasladaran a un hospital. Marcó en su móvil el 112 y comunicó lo que sucedía.

—Enviamos una ambulancia del SAMUR con UVI móvil —le respondieron—. En unos minutos estará ahí.

—Gracias.

La asistenta se apresuró a preparar una maleta pequeña con algo de ropa de Lola mientras Paula rebuscaba en el cajón de la mesilla y en los de la cómoda los informes médicos que fuera conveniente llevar al hospital para que los médicos de urgencia supieran la naturaleza de su enfermedad. También miró en el móvil de Lola la agenda de teléfonos para intentar descubrir el nombre de su médico, o de alguno de los médicos que la atendieran desde el principio de su mal. No supo con exactitud quiénes serían, porque figuraban algunos apellidos sin otra especificación, así es que decidió que lo mejor sería llevar también el teléfono móvil por si en el hospital identificaban a algún médico oncólogo o ginecólogo que pudiera ser su especialista.

Estaba todo dispuesto para la llegada de la ambulancia, y las mujeres esperándola, cuando, desde el cuarto de baño, estallaron unos alaridos incendiados, unos gritos de dolor sobrecogedores. Era la voz de Daniel, desgarrada en unos aullidos que encogían el alma.

Paula corrió hasta allí, seguida por la asistenta, y se encontró con un espectáculo escalofriante, estremecedor: Daniel, con un cuchillo en la mano, gritaba «¡No quiero ser guapo! ¡Yo no quiero ser guapo!» mientras de su cara manaban ríos de sangre que empapaban su camisa, el lavabo y el suelo de baldosas. Y seguía produciéndose cortes en las mejillas y en la frente hasta que Paula, cuando al fin pudo reaccionar, se echó sobre él y le arrancó el cuchillo de las manos.

—¡Quieto! Pero qué ¡haces, Daniel! ¡Por favor, estáte quieto!

El chico sangraba y lloraba, gritaba y se retorció, como si estuviera bajo los efectos de un ataque epiléptico, repitiendo cada vez más fuerte:

—¡No quiero! ¡No quiero, no!

—¡Daniel, cariño, por favor! —Paula tiró el cuchillo lo más lejos que pudo y se abrazó a él, salpicándose también de su sangre—. Tranquilo, Dani, tranquilo... Ya, ya...

Cuando Daniel empezó a dejar de temblar, arropado por los brazos de Paula y al arrullo de su voz tranquilizadora, se echó a llorar con un cuajo que le obligó a sentarse en el suelo y a Paula con él. Entonces ella se volvió hacia la asistenta, que asistía al horror con la mano tapándose la boca para no chillar, y le dijo

que volviera a llamar al 112 y que pidiera otra ambulancia.

—¿Y qué les digo, señorita?

—La verdad. Y de prisa, mujer. Está desangrándose. Deme una toalla, por favor. Esa misma —señaló el toallero—, acérquemela.

Paula le envolvió la cabeza con la toalla con todo el mimo que pudo, cuidando de dejarle los ojos al aire para que no se asustara, y se mantuvo abrazada a él. El timbre de la puerta anunció que llegaba una de las ambulancias.

—Ven conmigo, Daniel. Unos señores muy buenos te van a curar, cariño.

—¡Yo no quiero ser guapo, Paula! —repitió varias veces—. ¡No quiero!

—No, amor mío. Te lo prometo. Ya nunca volverás a ser guapo.

Dos ambulancias, una tras otra, cruzaron a media mañana la ciudad rompiendo el tráfico con el estridente ulular de sus sirenas. En una viajaba Lola, acompañada de Gladys, la asistente, y en la otra Daniel y Paula iban abrazados como si ya no fueran a separarse jamás.

Lola Soteras no volvió a recuperar la conciencia y permaneció sedada unos días hasta que, el primer sábado de diciembre, murió sin aspavientos. El entierro, al que asistió con la cara casi completamente vendada su hijo Daniel, acompañado por Paula, fue multitudinario, cubierto por cientos de fotógrafos y cámaras de televisión. El ceremonial fue retransmitido en directo por dos cadenas y constituyó la noticia de portada de los informativos del mediodía y de la noche.

Normando Solari fue nombrado secretario de Estado de Cultura en el último Consejo de Ministros celebrado antes de la Navidad. Su designación no fue una sorpresa para nadie.

Silvio desapareció de los medios tras su divorcio de Estrellita Mariscal y desde entonces regenta un chiringuito de su propiedad en una playa de Ibiza. De vez en cuando se interna en una clínica de desintoxicación de San Antonio, de donde nunca sale curado del todo de su adicción a la cocaína.

Selene vive ahora en Miami con su hermana y trabaja en el bar de un casino hispano, el Miami Beach Habana. Obtiene algunos ingresos extra, discretamente, aceptando subir a la habitación de algún turista neoyorquino o texano. Paula dejó de saber de ella antes de acabar el año.

La Divina Con Medias sigue siendo hasta hoy un edificio abandonado cerca de la autopista de Barajas. Un inmueble que ha sido «okupado» por siete familias desahuciadas de sus casas por dos de las más importantes entidades bancarias españolas.

Daniel Peñalver fue dado de alta de sus heridas la segunda semana de enero. Perdió el lóbulo de su oreja izquierda y quedó marcado por múltiples cicatrices que Paula no aceptó que se trataran con cirugía láser para mejorar su fisonomía. Tampoco quiso someter a Daniel a nuevas torturas de quirófano y recuperación.

Y la segunda semana de febrero, por fin, volaron a Brasil después de poner en orden las cuentas bancarias de Daniel y transferir los fondos a bancos de la ciudad de Natal.

Desde entonces son felices, cada uno a su manera, pero juntos, para siempre, y han cumplido sus sueños. El de Daniel, si acaso en algún momento pudo soñar, era el de vivir, sin más; el de Paula, hacer realidad su más bella historia de amor, repitiéndose una y otra vez que el amor es un sentimiento que se nos regala. Y que sólo cuando se comparte, aunque sea con una mirada de agradecimiento o una sonrisa al despertar por la mañana, se descubre lo maravilloso que es.

— ¿Qué quieres de postre?

— Natillas. Quiero natillas.

— Aquí no las hacen, amor mío. ¿No prefieres un helado?

— ¿De chocolate?

— Sí, de chocolate.

Bueno, sí, un helado de chocolate. Pero grande, ¿eh? Muy grande.

Sobre el Autor

Antonio Gómez Rufo



Madrid, 1954

Antonio Gómez Rufo nació en Madrid y estudió Derecho y Criminología en la Universidad Complutense. Considerado uno de los mejores escritores españoles, es autor de una docena de novelas, así como de la biografía de Berlanga y de diversos libros sobre Madrid. Su obra, elogiada por la crítica española e internacional, ha sido traducida al alemán, holandés, búlgaro, portugués, francés, griego, rumano, polaco e italiano. Premio Fernando Lara de Novela y Premio Independencia Dos de Mayo por *El secreto del rey cautivo* (2005), fue finalista del Premio Nacional de Narrativa con *El alma de los peces* (2000). También es autor, entre otras, de *Las lágrimas de Henan*, *Los mares del miedo* (2003), Premio...

¡Visítanos!

*Moonlight
Vampire*



<http://moonlightvampireclan.blogspot.com/>